

MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS

Angela
MARSONS

JUEGOS DEL **MAI**

UN THRILLER DE
KIM STONE



Cuando un violador aparece mutilado tras un ataque brutal, se exige que la detective Kim Stone y su equipo resuelvan el caso de inmediato. Pero salen a la luz más y más asesinatos por venganza, y eso hace evidente que, detrás de esos trabajos, hay alguien muy siniestro. La investigación cobra impulso rápidamente y, de pronto, Kim se encuentra expuesta a un terrible peligro. Está en la mira de un individuo dispuesto a emprender su propio y muy retorcido experimento. Ante un psicópata que parece conocer todas sus debilidades, no hay un solo movimiento de la detective Stone que no lleve una carga mortífera. La cuenta de los cadáveres sigue en aumento. Kim tendrá que ir más profundo que nunca para detener al asesino. Y esta vez... es personal.

Angela Marsons

Los juegos del mal

Kim Stone

2

Título original: *Evil Games*
Angela Marsons, 2015
Traducción: Jorge Buen de Unna, 2022

Revisión: 1.0

 25/04/2022

*Este libro está dedicado a mi abuela, Winifred Walford, mi mejor amiga.
Ningún tiempo con ella habría sido suficiente.*

Agradecimientos

Empecé a escribir *Juegos del mal* con la intención de representar la naturaleza de un genuino sociópata. Hubo momentos, a lo largo del proceso, en que estuve a punto de poner en Alexandra Thorne un talón de Aquiles o una pequeña debilidad para dar esperanzas de una posible salvación. A fin de cuentas, me apegué a la verdad: por más perturbador y difícil de digerir que resulte, hay entre nosotros gente que no tiene remordimientos. Pero, por fortuna, también hay personas como Kim Stone, dispuestas a interponerse en su camino.

En mis investigaciones para escribir *Juegos del mal*, hubo dos libros que se volvieron invaluable para mí:

The Sociopath Next Door, de Martha Stout y *Without Conscience*, del doctor Robert D. Hare.

Como siempre, quiero darle las gracias al equipo de Bookouture por su inquebrantable pasión por Kim Stone y sus historias. Su apoyo, entusiasmo y confianza han convertido mis más anhelados sueños en una maravillosa realidad. Keshini, Oliver, Claire y Kim: un «gracias» no puede expresarlo todo.

Junto con los fabulosos autores de Bookouture, tengo el privilegio de ser parte de una familia talentosa y solidaria.

Mi agradecimiento más sincero a mamá, que lleva un ejemplar de mi libro pegado al frente de su andador, y a papá, que camina junto a ella. Su entusiasmo y apoyo son prodigiosos.

Estoy agradecida, también, con todos los maravillosos bloggers y revisores que no solo han leído y criticado mis libros, sino que han acogido a Kim Stone en sus corazones y abanderado sus aventuras. Me inspiran mucho el amor que profesan por los libros y su apoyo apasionado.

Quiero saludar a los encantadores miembros de mi club de lectura local: Pauline Hollis, Merl Robertos, Dee Weston, Jo Thomson, Sylvia Cadby y Lynette Wells.

Finalmente, las palabras no alcanzan para expresar mi agradecimiento a mi compañera, Julie. Cada libro es un testimonio de su fe inquebrantable. Ha sido mi luz en los días oscuros y nunca dejará que me detenga. Ella es, de verdad, mi mundo.

Uno

Black Country, marzo del 2015

Tres minutos.

Las redadas al amanecer no habían sido más grandes que esta. Habían tardado meses en darle forma al caso. Ahora, Kim Stone y su equipo estaban listos. Los trabajadores sociales estaban en sus puestos, al otro lado de la calle, y les darían la señal de entrar. Las dos pequeñas no dormirían aquí esta noche.

Dos minutos.

Habló por la radio.

—¿Todos en sus puestos?

—A la espera de tus instrucciones, jefa —contestó Hawkins. Su equipo, aparcado a dos calles de distancia, estaba preparado para vigilar la parte trasera de la vivienda.

—Listo —dijo Hammond desde el coche de atrás. Él tenía en su poder la «llave maestra» que les daría un acceso rápido y silencioso.

Un minuto.

La mano de Kim sujetaba ya el picaporte: los músculos tensos, la descarga de adrenalina ante el peligro inminente, el cuerpo frente a la disyuntiva de pelear o huir. Como si huir fuera una opción.

Se volvió hacia Bryant, su compañero, que tenía en su poder la pieza más importante: la orden judicial.

—Bryant, ¿estás listo?

Él asintió.

Kim miró el segundero llegar a las doce.

—Vamos, vamos, vamos —clamó por la radio.

Ocho pares de botas resonaron por el pavimento y convergieron en la puerta principal. Kim fue la primera en llegar. Se hizo a un lado en lo que Hammond arremetía con el ariete. El marco de madera de la puerta barata se hizo pedazos bajo tres toneladas de energía cinética.

Tal como lo habían acordado en la sesión informativa, Bryant y un agente corrieron escaleras arriba hacia el dormitorio principal para presentar la orden judicial.

—Brown, Griff, tomad el salón y la cocina. Despejad el lugar, si es necesario. Dawson, Rudge, Hammond, quedaros conmigo.

De inmediato, la casa se llenó del sonido de puertas de armarios que se abrían y de cajones que se cerraban de golpe.

Arriba, las duelas crujían. Una mujer salió dando gritos histéricos. Kim no se inmutó y dio a dos trabajadores sociales la señal de entrar al edificio.

Se detuvo ante la puerta del sótano. La cerradura estaba bloqueada con un candado.

«Hammond: cortadores de pernos», gritó.

El agente se materializó a su lado y, con un movimiento experto, cortó el metal.

Dawson se adelantó y se puso a palpar la pared en busca de un interruptor.

Un embudo de luz proveniente del pasillo alumbraba los escalones. Dawson siguió descendiendo y encendió su linterna. La luz iluminó el camino bajo sus pies. Dentro, el aire estaba impregnado con un olor a humo rancio y humedad.

Hammond se dirigió a una esquina, donde se veía un reflector, y accionó la clavija. El rayo de luz estaba dirigido hacia una colchoneta cuadrada de gimnasia que dominaba el centro de la habitación. Al lado había un trípode.

En el lado opuesto se levantaba un armario. Kim lo abrió y encontró algunos conjuntos de ropa, incluyendo un uniforme escolar y trajes de baño. Debajo, en el suelo del armario, había juguetes: un aro de gimnasia, una pelota de playa y muñecas.

Kim tuvo que reprimir las náuseas.

«Rudge, toma fotografías», instruyó.

Hammond iba golpeando las paredes, buscando espacios secretos.

En el rincón más alejado, en una hornacina, había un escritorio con un ordenador y, encima, tres estantes. El más alto estaba lleno de revistas. Los delgados lomos no daban ninguna pista sobre los contenidos, pero Kim sabía de qué se trataban. En el estante de en medio había una colección de cámaras digitales, minidiscos y equipo de limpieza. En el más bajo, diecisiete DVD.

Dawson cogió el primero de los DVD, titulado *Daisy va a nadar* y lo puso en el reproductor. El poderoso equipo cobró vida de inmediato.

Daisy, la niña de ocho años, apareció en la pantalla con un traje de baño amarillo. El aro de gimnasia rodeaba su diminuta cintura. Con sus bracitos se cubrió la parte superior del cuerpo, pero no por eso dejó de temblar.

La emoción cogió a Kim por la garganta. Quería apartar la mirada, pero no podía. En su fuero interno, fingía que era capaz de evitar lo que estaba a punto de suceder... Pero no podía, claro, puesto que ya había ocurrido.

—¿Y...? ¿Y ahora qué, papá? —preguntó la voz trémula de Daisy.

Todo estaba quieto, nada se movía en el sótano. No salía el menor sonido de los cuatro curtidos agentes paralizados por la voz de la pequeña.

—Vamos a jugar a algo, cariño —dijo el padre, entrando en escena.

Kim tragó saliva y rompió el hechizo.

—Apágalo, Dawson —dijo. Todos sabían lo que sucedería después.

—Hijo de puta —dijo Dawson. Sus dedos temblaban cuando quitaba el disco del reproductor.

Hammond se quedó contemplando el rincón y Rudge, lentamente, se puso a limpiar la lente

de su cámara.

Kim se recompuso.

—Chicos, lograremos que este pedazo de mierda pague por lo que ha hecho. Os lo prometo.

Dawson sacó los formularios, listo para clasificar cada pequeño indicio. Tenía una larga noche por delante.

Kim oyó jaleo escaleras arriba. Una mujer daba gritos histéricos.

—¿Jefa, puedes subir? —pidió Griff.

Kim echó un último vistazo alrededor.

—Chicos, destrozad este sitio. —En lo alto de las escaleras del sótano, se encontró con el agente.

—¿Qué?

—La esposa exige respuestas.

Kim fue a la puerta principal, donde una mujer de cuarenta y tantos años comprimía su cuerpo demacrado dentro de un albornoz. Los trabajadores sociales habían puesto a sus dos temblorosas hijas dentro de un Fiat Panda.

Al sentir, detrás de ella, la presencia de Kim, Wendy Dunn se volvió. En su pálido rostro había un par de ojos enrojecidos.

—¿A dónde se llevan a mis hijas?

Kim controló el impulso de ponerla fuera de combate.

—Lejos de tu marido enfermo y pervertido.

La mujer se ciñó bien la ropa a la altura de la garganta. Su cabeza se sacudía de un lado al otro.

—Yo no lo sabía, le juro que no lo sabía. Quiero a mis hijas. No lo sabía.

Kim inclinó la cabeza.

—¿De verdad? La esposa tiende a no creer hasta que se le exhibe alguna prueba. ¿Aún no tiene ninguna, señora Dunn?, ¿o sí?

Los ojos de la mujer divagaron alrededor, hasta fijarse de nuevo en Kim.

—Se lo juro, no lo sabía.

Kim se inclinó hacia delante, con la imagen de Daisy aún fresca en la mente.

—Cerde mentirosa. Usted lo sabía. Usted, la madre de esas niñas, permitió que las dañaran para siempre. Espero que no vuelva a encontrar un solo momento de paz en lo que queda de su miserable vida.

Bryant apareció detrás.

—Jefa...

Kim apartó la mirada de la mujer temblorosa y dio media vuelta.

Por encima del hombro de Bryant, miró directo a los ojos del responsable de que esas dos niñas nunca vieran el mundo como es debido. Todo se desvaneció alrededor y, por unos segundos, solo estuvieron ella y él.

Ella lo miró fijamente. Notó el exceso de piel que, flácida, colgaba de sus mandíbulas como cera derretida. El tipo respiraba agitadamente y con dificultad, agotándose con cualquier movimiento de sus doscientos cincuenta kilogramos.

—No pueden venir... a joder... y hacer, simplemente... lo que les da la gana.

Ella se le acercó. Todo su ser se resistía a cerrar el espacio entre los dos.

—Tengo una orden judicial que dice que sí puedo.

—Lárguense... de mi casa antes de... que llame a mi abogado.

Ella sacó las esposas que llevaba en el bolsillo trasero.

—Leonard Dunn, lo arresto bajo sospecha de violación de una menor de trece años mediante penetración; por agresión sexual a una menor de trece años y por hacer que una menor de trece años participe en actividades sexuales.

Los ojos del hombre se clavaron en los suyos. Kim solo percibió pánico.

Abrió las esposas. Bryant tenía a Dunn agarrado por los antebrazos.

—No tiene que decir nada, pero su defensa podría verse afectada si no menciona ahora algo que declarará después en la corte. Cualquier cosa que diga podrá ser usada como prueba.

Cerró las esposas, con cuidado de no tocar la piel blanca y peluda. Se apartó de los brazos del tipo y miró a su compañero.

—Bryant, quítame de enfrente a este asqueroso y enfermo hijo de puta o terminaré haciendo algo de lo que tú y yo nos arrepentiremos.

Dos

Kim pudo oler la colonia para después de afeitarse antes de que apareciera el portador.

—Vete a la mierda, Bryant. No estoy en casa.

El corpachón de más de uno ochenta se dobló bajo la puerta a medio abrir de la cochera.

Ella apagó el Ipod, silenciando las notas platinadas del *Invierno* de Vivaldi.

Cogió un paño que encontró suelto por ahí y se limpió las manos. Aprovechó todo su metro setenta y cinco para encararlo. Instintivamente, se tocó con la mano derecha la corta mata de pelo negro. Bryant sabía que ese era el modo que Kim tenía de prepararse para la batalla. Ella se llevó la mano errante a la cadera.

—¿Qué quieres?

Cauteloso, Bryant se paró entre la explosión de piezas de motocicleta que había por todo el suelo de la cochera.

—Madre mía, ¿qué va a querer ser todo esto cuando crezca?

Kim siguió por el espacio la mirada de su compañero. Para él, aquello era el rincón de algún depósito de chatarra; para ella, un tesoro olvidado. Le había tomado casi un año rastrear cada pieza para construir esa motocicleta y no podía esperar más.

—Es una BSA Goldstar de 1954.

Él enarcó la ceja derecha.

—Voy a creerte.

Ella se lo quedó mirando, a la espera. Sabía muy bien que ese no era el motivo de la visita.

—No viniste anoche —dijo él, levantando del suelo el colector de escape.

—Buena deducción, Sherlock. Deberías pensar en convertirte en detective.

Él sonrió y, enseguida, se puso serio.

—Era una celebración, jefa.

Kim entrecerró los ojos. Ahí, en su casa, ella no era la inspectora detective, él no era el sargento detective. Ella era Kim, y él, Bryant, su compañero de trabajo, lo más parecido que tenía a un amigo.

—Vale, lo que sea. ¿Dónde estuvisteis? —Su voz se suavizó. No era la acusación que ella esperaba. Le quitó de las manos el tubo de escape y lo colocó en el banco de trabajo—. Para mí, no era una fiesta.

—Pero lo atrapamos, Kim.

Ahora, él estaba hablando con su amiga.

—Sí, pero no a ella.

Ella cogió las pinzas. Algún idiota había sujetado el colector con un tornillo seis milímetros más largo de lo debido.

—No había suficientes pruebas para inculparla. Ella alegó que no sabía nada y la fiscalía de la corona no pudo desmentirla.

—Entonces deberían dejar de mirarse el culo y poner más cuidado.

Apretó con las pinzas el extremo del tornillo y comenzó a girarlo suavemente.

—Hicimos lo que pudimos, Kim.

—No basta, Bryant. Esa mujer es la madre. Dio a luz a esas dos pequeñas y después permitió que el propio padre las usara de la peor manera posible. Esas niñas nunca tendrán una vida normal.

—Por culpa de él, Kim.

Sus ojos se clavaron en los de él.

—Él es un guarro, un hijo de puta, ¿qué excusa tiene ella?

Él se encogió de hombros.

—Insiste en que nunca supo nada, que no había ninguna señal.

Kim apartó la mirada.

—Siempre hay señales.

Giró las pinzas con delicadeza, tratando de retirar ese tornillo sin dañar el colector.

—No podemos moverla de ahí. Se pega a su versión.

—¿Me estás diciendo que nunca se preguntó por qué la puerta del sótano permanecía cerrada? ¿Nunca, en ninguna ocasión, llegó a casa antes de tiempo y sintió que algo andaba mal?

—No pudimos demostrarlo. Hicimos todo lo posible.

—Vale, pero no es suficiente, Bryant. Ni de cerca. Ella es la madre. Tenía que haberlas protegido.

Puso un poco más de fuerza y giró las pinzas en contra de las agujas del reloj.

La pieza se rompió y cayó dentro del colector.

Kim lanzó las pinzas contra la pared.

—Me cago en... Me llevó casi cuatro meses encontrar este maldito colector.

Bryant movió la cabeza de un lado al otro.

—No habrá sido el primer tornillo que rompes, ¿verdad, Kim?

A pesar de la rabia, una sonrisa tiró de sus labios.

—Ni el último, con toda seguridad. —Negó con la cabeza—. Alcánzame de vuelta esas pinzas, ¿quieres?

—Un «por favor» vendría fetén. ¿Sus padres no le enseñaron buenos modales, moza?

Kim no dijo nada. Había aprendido un montón de cosas de los siete juegos de padres de acogida, pero no muchas buenas.

—En todo caso, el equipo te agradece lo que dejaste para pagar la cuenta.

Ella asintió y suspiró. El equipo merecía esa celebración. Habían trabajado muy duro para construir el caso. Leonard Dunn pasaría un largo tiempo sin contemplar el mundo exterior.

—Si piensas quedarte, haz algo de utilidad y pon café... Por favor.

Él movió la cabeza de un lado al otro. Cruzó la puerta de la cocina.

—¿Está puesta la cafetera?

Kim ni siquiera se molestó en contestar. Cuando ella estaba en casa, siempre había una cafetera puesta.

Mientras Bryant se ocupaba de las cosas en la cocina, ella se admiraba, una vez más, de que su compañero no exhibiera la menor hostilidad por el hecho de que ella ascendiera en rango mucho más rápido que él. A sus cuarenta y seis años, Bryant no tenía ningún problema en acatar las órdenes de una mujer doce años menor que él.

Bryant le dio una taza y se apoyó en el banco de trabajo.

—Por lo que veo, has vuelto a cocinar.

—¿Probaste uno?

Él soltó una risotada.

—Na, está bien, quiero seguir viviendo y no me comería nada que no pudiera nombrar. Parecen minas terrestres afganas.

—Son galletas.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué te metes en estas cosas?

—Porque soy una mierda.

—Vale, claro. Te distrajiste otra vez, ¿no? Ahí hay un poco de cromo que hay que pulir y un tornillo que necesita...

—¿No encontraste nada mejor que hacer un sábado por la mañana?

Él negó moviendo la cabeza.

—No, las mujeres de mi vida han ido a que les arreglen las uñas. Así que no, realmente no tengo nada mejor que hacer que venir a darte la tabarra.

—Vale, vale, pero ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Mira, estoy felizmente casado y tú eres mi jefa, así que la respuesta es no.

Kim gruñó.

—Es bueno saberlo. Pero, y esto es lo más importante, ¿cómo no has tenido la presencia de ánimo para decirle a tu mujer que no quieres oler como el camerino de una banda de chicos?

Él negó con la cabeza y bajó la mirada.

—No puedo. Llevo tres semanas sin hablarle.

Kim se volvió alarmada.

—¿Por qué?

Él levantó la cara y sonrió.

—Porque no he querido interrumpirla.

Kim movió la cabeza de un lado al otro y consultó su reloj.

—Vale, téminate el café y esfúmate.

Bryant apuró su taza.

—Me encanta tu sutileza, Kim —dijo, dirigiéndose hacia la puerta de la cochera. Giró. Su expresión era una interrogante: ¿te encuentras bien?

Por toda respuesta, ella soltó un gruñido.

Mientras el coche de Bryant se alejaba, Kim suspiró hondo. Tendría que sacarse ese caso de la cabeza. Que Wendy Dunn consintiera en que abusaran sexualmente de sus hijas le provocaba un dolor de muelas. La enfermaba tan solo saber que esas dos pequeñas estarían de regreso con

su madre. La atormentaba pensar que volverían a quedar bajo el cuidado de esa persona, la única que, supuestamente, debía protegerlas.

Arrojó el paño al banco de trabajo y cerró la puerta de la cochera. Tenía una familia que visitar.

Tres

Kim puso las rosas blancas frente a la lápida que llevaba el nombre de su hermano gemelo. La punta del pétalo más alto quedó justo debajo de las fechas que marcaban la duración de su vida. Seis años, apenas.

En la floristería había estado rodeada de cubos de narcisos, la flor del día de la Madre. Kim detestaba los narcisos, abominaba el día de la Madre, pero, sobre todo, odiaba a su madre. ¿Qué flor se podía comprar para una perra malvada y asesina?

Se enderezó y miró el césped recién cortado. Era difícil no imaginar el frágil y escuálido cuerpo que hacía veintiocho años le habían arrebatado de las manos.

Ansiaba poder traer a la memoria aquel rostro dulce y cándido, lleno de risas y alegrías inocentes, pleno de infancia. Pero no pudo.

Sin importar los años transcurridos, la cólera nunca la abandonaba. Que la corta vida de su hermano hubiera estado tan llena de tristeza, de tal pavor, seguía atormentándola día tras día.

Kim abrió el puño derecho y acarició el frío mármol, como si alisara el negro y corto cabello del niño, un cabello igual al suyo. Hubiera querido, desesperadamente, decirle «lo siento». Quería disculparse con él por no haber podido protegerlo, por no haber podido mantenerlo con vida.

—Mikey, te amo y te echo de menos todos los días. —Se besó los dedos y trasladó el beso a la piedra—. Duerme bien, angelito mío.

Después de mirar por última vez, giró y se alejó.

La Kawasaki Ninja aguardaba a las puertas del cementerio. Algunos días, la motocicleta de seiscientos centímetros cúbicos de pura potencia la transportaba de un lugar a otro. Hoy podía ser su salvación.

Se puso el casco y se alejó del bordillo. Hoy necesitaba escapar.

* * *

Condujo la motocicleta por Old Hill y Cradley Heath, pueblos de *Black Country* que alguna vez prosperaron con compradores que, semanalmente, saltaban de las tiendas al mercado y al

café para ponerse al día. Pero, ahora, las marcas se habían mudado a las plazas comerciales del extrarradio, llevándose consigo a los compradores y el bullicio.

El paro en *Black Country* era el tercero del país y nunca se había recuperado desde el declive de las industrias siderúrgica y del carbono, que florecieran durante la época victoriana. Las fundiciones y las acerías habían sido demolidas para dar espacio a las fincas comerciales y los pisos.

Pero, hoy, Kim no estaba para paseos turísticos por *Black Country*. Quería andar en motocicleta. Y duro.

Puso rumbo de Sourbridge a Sourton, un tramo de carretera de poco menos de treinta kilómetros que serpenteaba hasta la pintoresca ciudad de Bridgnorth. No le interesaban las tiendas ni los cafés de la ribera del río. Lo que quería era conducir.

Al mirar la señal blanca y negra, aceleró. El previsible ramalazo de adrenalina corrió por sus venas cuando el motor volvió a la vida debajo de ella. Se inclinó sobre la máquina, con los pechos apretados contra el tanque de combustible.

Una vez desencadenado, el poder de la motocicleta desafiaba cada uno de los músculos de su cuerpo. Podía sentirlos agitados, impacientes por explotar. Y, en ocasiones, se sentía tentada a darles gusto.

Vamos, venid a por mí, pensaba mientras su rodilla derecha prácticamente besaba el suelo en una curva brusca y repentina. Os estoy esperando, gamberros, os estoy esperando.

De vez en cuando le gustaba provocar a los demonios. Le gustaba incitar al destino que se le negó cuando tenía que morir junto a su hermano.

Uno de estos días, terminarían por atraparla. La cuestión era cuándo.

Cuatro

La doctora Alexandra Thorne dio una tercera vuelta por el consultorio. Tal era su costumbre antes de encontrarse con un cliente importante. Hasta donde Alex sabía, su primera paciente de la jornada no había hecho nada sobresaliente en sus veinticuatro años de existencia. Ruth Willis no le había salvado la vida a nadie, no había descubierto un medicamento milagroso ni había sido una pieza particularmente productiva de la sociedad. No, la existencia de Ruth era significativa solo a los ojos de Alex; un hecho del que la propia paciente, por fortuna, no sabía nada.

Alex continuó su inspección con ojo crítico y se sentó en la silla reservada a los pacientes; por un buen motivo. Estaba hecha de cuero italiano, curtido al modo de los indios americanos. Le acariciaba la espalda con delicadeza y le ofrecía una comodidad y una calidez tranquilizadoras.

La silla estaba colocada en ángulo. Lejos de las distracciones de la ventana de guillotina, ofrecía al paciente una exposición de los certificados que adornaban la pared detrás del escritorio de imitación del estilo Regency.

Sobre la mesa del bufete había una fotografía, girada apenas. Lo bastante para que el paciente pudiera mirar a un hombre guapo y atlético acompañado de dos niños, todos sonriendo a la cámara: la reconfortante imagen de una hermosa familia.

Para esta sesión particular, lo más importante era la presencia, en el campo visual, de un abridor de cartas de hoja fina y mango de madera tallada que adornaba el frente del escritorio.

El sonido de la campanilla la hizo sentir por todo el cuerpo los escalofríos de la expectativa. Perfecto. Ruth había llegado a tiempo.

Alex hizo una breve pausa para comprobar su apariencia de la cabeza a los pies. Los tacones de ocho centímetros añadían magnitud a su estatura natural de un metro sesenta y ocho centímetros. Sus largas y delgadas piernas estaban cubiertas por unos pantalones azul marino, hechos a la medida, sujetos con un ancho cinturón de cuero. Una sencilla blusa de seda resaltaba la ilusión de discreta elegancia. El cabello castaño oscuro, rizado en las puntas, formaba una melena airosa y ordenada. Sacó del cajón las gafas y se las colocó en el puente de la nariz para completar el conjunto. El accesorio era superfluo para su visión, pero imperativo para su imagen.

—Buenos días, Ruth —dijo Alex tras abrir la puerta. Ruth entró como una personificación del día sombrío que había en el exterior: el rostro sin vida, los hombros caídos, deprimida—. ¿Cómo has estado?

—No muy bien —contestó Ruth, y se sentó.

Alex fue a la cafetera.

—¿Has vuelto a mirarlo? —Ruth negó con la cabeza, pero Alex sabía que estaba mintiendo—. ¿Regresaste?

Ruth apartó la mirada con aire de culpabilidad, sin saber que había hecho exactamente lo que Alex había querido que hiciera.

Ruth tenía diecinueve años y era una prometedora estudiante de derecho cuando fue brutalmente violada, golpeada y dada por muerta a doscientos metros de su casa.

Las huellas digitales halladas en la mochila de cuero que le arrancaron de la espalda revelaron que el violador era Alan Harris, un hombre de treinta años. Los datos del tipo habían ingresado en el sistema unos dos o tres años antes, a raíz de un hurto.

Ruth había enfrentado un arduo juicio que terminó con el perpetrador sentenciado a doce años de prisión.

La chica hizo su mejor esfuerzo por reconstruir su vida, pero aquel suceso cambió su personalidad por completo. Se volvió retraída, dejó la universidad y perdió el contacto con sus amigos. Las subsecuentes sesiones habían sido ineficaces para llevarla de regreso a una vida más o menos normal. Su existencia no era más que ir de un lado al otro. Incluso su frágil fachada se había desmoronado tres meses atrás, cuando pasó por un *pub* de Thorns Road y descubrió a su atacante saliendo de ahí acompañado de un perro.

Un par de llamadas telefónicas le confirmaron que Alan Harris había sido liberado por buen comportamiento antes de cumplir la mitad de su sentencia. Las noticias habían inducido a la chica a intentar suicidarse. De ese hecho surgió la orden judicial que la trajo a Alex.

Durante la última sesión, Ruth había admitido que pasaba todas las noches a las afueras del *pub*, entre sombras, con tal de mirarlo.

—Si recuerdas bien, en nuestra última reunión te aconsejé que no volvieras ahí.

No era mentira, no del todo. Alex *la había* advertido de no regresar ahí, pero no con tanta vehemencia como debía.

—Lo sé, pero tenía que mirar.

—¿Por qué, Ruth? —Alex hacía un esfuerzo por hablar con ternura—. ¿Qué esperabas?

Ruth se agarró del apoyabrazos de la silla.

—Quiero saber por qué hizo lo que hizo. Quiero mirar su rostro y saber si está arrepentido, si siente alguna culpa por haber destruido mi vida. Por haberme destruido.

Alex asintió comprensivamente, pero tenía que seguir adelante. Era mucho lo que había que lograr y muy poco el tiempo.

—¿Recuerdas lo que hablamos en nuestra última sesión?

El rostro demacrado de Ruth se volvió ansioso. Asintió.

«Sé lo difícil que esto será para ti, pero es una parte integral de tu proceso curativo. ¿Confías en mí?».

Ruth asintió sin la menor vacilación.

Alex sonrió.

«Qué bien. Estaré aquí para ti. Llévame al principio. Dime qué ocurrió esa noche».

Ruth respiró hondo varias veces y fijó la mirada por encima del escritorio en el rincón. Perfecto.

—Fue un viernes diecisiete de febrero. Yo había asistido a dos conferencias y tenía una montaña de cosas que estudiar. Unos amigos iban a ir a celebrar algo en Stourbridge, como todos los estudiantes.

»Fuimos a un pequeño *pub* del centro. Cuando salimos, yo me excusé para irme a casa, porque lo menos que quería era una resaca.

»Perdí el autobús por unos cinco minutos. Traté de coger un taxi, pero era la hora pico de las discotecas en viernes por la noche. Estuve veinte minutos esperando, y todo para un recorrido de dos kilómetros y medio hasta Lye, así que eché a caminar.

Ruth hizo una pausa y bebió un sorbo de café con la mano temblorosa. Alex se preguntaba cuántas veces, en todos los años que habían pasado desde entonces, esta chica había deseado haberse quedado a esperar el taxi.

Alex asintió para incitarla a continuar.

«Me alejé de la parada de los taxis en la estación de autobuses y encendí mi Ipod. Hacía mucho frío, así que caminé de prisa y llegué a Lye High Street al cabo de unos quince minutos. Me metí en un Spar y cogí un sándwich, porque no había comido nada desde el almuerzo.

La respiración de Ruth se aceleró. Miró sin parpadear, recordando lo que había sucedido enseguida».

«Seguí caminando mientras trataba de abrir el maldito contenedor de plástico. En ningún momento oí nada. Al principio pensé que un coche me había golpeado por la espalda, pero entonces me di cuenta de que me arrastraban hacia atrás tirándome de la mochila. Para cuando me percaté de lo que estaba sucediendo, una mano enorme ya me tapaba la boca. Estaba detrás de mí, así que no podía golpearlo. Yo seguí luchando, pero el tipo estaba fuera de mi alcance».

»Sentí como si me hubieran arrastrado varios kilómetros, pero solo fueron unos cincuenta metros hasta la oscuridad del cementerio, en la parte más alta de High Street.

Alex notó que la voz de Ruth se había vuelto distante, clínica, como si recitara algo que le había sucedido a alguien más.

«El tipo me metió un pedazo de tela en la boca y me tiró al suelo. Mi cabeza dio en el borde de una lápida y la sangre corrió por mi mejilla. En ese momento, él metió la mano debajo de mí para tratar de bajar la cremallera de mis vaqueros, pero yo no podía pensar en otra cosa que la sangre. Había mucha. Me bajó los pantalones hasta los tobillos. Puso un pie en mi pantorrilla y apoyó ahí todo su peso. Traté de no hacer caso al dolor y me esforcé por levantarme. Él me pateó el lado derecho de la cabeza, y entonces oí el ruido de su cremallera y el rumor de sus pantalones».

Ruth respiró hondo.

«Fue en ese momento, apenas, cuando me di cuenta de que estaba a punto de violarme. Traté de gritar, pero el trapo en mi boca amortiguó el sonido.

»Me arrancó la mochila y metió su rodilla entre mis piernas hasta abrírmelas. Se me echó encima y me penetró por detrás. El dolor era tan horrendo que yo no podía respirar. Mis gritos no traspasaban la tela que tenía en la boca. Perdí el conocimiento un par de veces y, cada vez que lo recuperé, recé por morir».

Las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Ruth.

—Continúa.

—Pareció estar así por horas, hasta que se agotó. Se levantó rápidamente, se vistió y luego se

agachó. Me susurró al oído: «Espero que esto te haya gustado, cariño». Volvió a patearme la cabeza y se marchó. Me desmayé y solo volví en mí cuando me estaban subiendo a la ambulancia.

Alex extendió el brazo y cogió la mano de Ruth. Era fría como el hielo, y trémula. Alex no había estado escuchando muy atentamente. Esto tenía que avanzar.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital?

—Casi dos semanas. Las lesiones de la cabeza fueron las primeras en sanar; por lo visto, las heridas en la cabeza sangran mucho. Fue la otra cosa.

La incomodaba hablar de las otras heridas, pero Alex necesitaba que Ruth sintiera la vergüenza y la humillación de todo aquello.

—¿Cuántos puntos de sutura fueron, otra vez?

Ruth hizo una mueca.

—Once.

Alex observó cómo se tensaba la mandíbula de Ruth mientras la chica recordaba los horrores de su infierno particular.

—Ruth, yo ni siquiera podría comenzar a comprender lo que te ha sucedido, y siento mucho tener que pedirte que lo revivas, pero es necesario, si queremos que te cures a largo plazo. — Ruth asintió y se la quedó mirando con ojos de absoluta confianza—. Así que, en tus propias palabras, ¿qué te quitó este monstruo?

Ruth lo pensó por un momento.

—La luz.

—Continúa.

—Ya nada tiene luz. Pienso que, antes de esa noche, yo veía todo iluminado. El mundo era luz, e incluso un día apagado y tormentoso era claro; pero, ahora, es como si mis ojos miraran a través de un filtro que lo oscurece todo.

»Los días de verano ya no son tan brillantes, los chistes ya no son tan graciosos, no hay motivaciones sin agenda. Mi visión del mundo y de todos los que en él habitan, incluyendo a las personas que quiero, ha cambiado para siempre.

—¿Qué te indujo a intentar suicidarte?

Ruth descruzó las piernas y las volvió a cruzar.

—Cuando lo miré, fue una sacudida, al principio. Yo no podía creer que estuviera fuera tan pronto, que la justicia me hubiera defraudado de una manera tan miserable, pero era más que eso —dijo, como si de pronto se hubiera percatado de un hecho inexplorado—. Fue la constatación de que nunca me liberaré de la cólera que me habita. Un odio puro corre por mis venas, y es extenuante. Me di cuenta de que él siempre me controlaría y de que no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo. Esto solo terminará cuando muera uno de los dos.

—¿Y por qué tendrías que ser tú y no él?

Ruth lo consideró.

—Porque, de esas dos posibilidades, solo una está bajo mi control.

Alex se la quedó mirando por unos instantes. Cerró la libreta y la colocó sobre la mesa.

—Tal vez no —dijo reflexivamente, como si la idea se le hubiera ocurrido apenas, a pesar de que había ido marchando en esa dirección durante todo el tiempo que llevaban juntas—. ¿Te sientes preparada para darme gusto con un experimento? —Ruth la miró vacilante—. ¿Confías

en mí?

—Por supuesto.

—Me gustaría intentar algo que podría ser útil. Es posible que te devolvamos algo de esa luz.

—¿De verdad? —preguntó Ruth, lastimosamente, esperando un maldito milagro.

—Absolutamente. —Alex se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. Antes de empezar, quiero que entiendas que esto es un ejercicio simbólico y de visualización.

Ruth asintió.

«Vale. Solo mira al frente y hagamos un viaje juntas. Ponte fuera del *pub* donde él bebe, pero no eres una víctima. Te sientes fuerte y confiada, eres una persona justa. No tienes ningún miedo de que salga del bar, lo estás deseando. Has estado esperando esta oportunidad. No te escondes entre las sombras, no estás asustada».

Ruth se enderezó en la silla y sacó la mandíbula unos milímetros.

«El tipo sale del *pub* y caminas unos metros detrás de él. No lo estás amenazando, eres una mujer que camina sola detrás de un hombre hecho y derecho, y no tienes miedo. Dentro de la faltriquera del abrigo, tu mano sujeta un cuchillo. Te sientes confiada, tienes el control.

Alex se dio cuenta de que los ojos de Ruth se posaban en el abrecartas y que se quedaban ahí. Perfecto».

«Al final de la calle, se mete en un callejón. Esperas el momento perfecto, cuando no hay nadie alrededor, y aceleras el paso. Cuando estás a medio metro de él, le dices “Perdone usted”. Él se vuelve con una expresión de sorpresa y entonces le preguntas si sabe la hora exacta».

La respiración de Ruth se aceleró de solo pensar en quedar cara a cara con su agresor, incluso en una escenificación, pero tragó saliva y asintió.

«Cuando él levanta la muñeca para consultar el reloj, le clavas el cuchillo en el vientre tan fuerte como puedes. Una vez más, sientes su carne en la tuya, pero, esta vez, en tus propios términos. Él baja la mirada, aterrado, mientras retrocedes. Observa tu rostro y te reconoce. Finalmente, sabe quién eres. Mientras cae al suelo, recuerda brevemente aquella noche. La sangre mancha su camisa y hace un charco a su alrededor. Tú avanzas un poco y contemplas la sangre que abandona su cuerpo y que, mientras fluye, se lleva consigo cada una de las cosas que te sujetaban al tipo. Miras el charco de sangre y sabes que todos los poderes que tenía sobre ti se han ido. Te agachas y coges el cuchillo. Recuperas el control, tu destino, tu *luz*».

El rostro de Ruth estaba flácido. Alex se sintió tentada a ofrecerle un cigarrillo.

Dejó pasar un par de minutos antes de hablar.

«¿Te sientes bien?».

Ruth asintió y apartó la mirada del abrecartas.

«¿Sientes alguna mejora?».

—Para mi sorpresa, sí.

—Es un ejercicio simbólico que te permite caracterizar la recuperación del control sobre tu vida.

—Me sentí muy bien, casi como si me hubiera limpiado —admitió Ruth con una sonrisa cáustica—. Gracias.

Alex le dio unos golpecitos en la mano.

—Creo que es suficiente por hoy. ¿Nos vemos la semana que viene?

Ruth asintió, volvió a darle las gracias y se marchó.

Alex cerró la puerta y rio a carcajadas.

Cinco

Kim entró en la comisaría con la mente zumbando por la llamada telefónica. Una sospecha le atormentaba el estómago, pero tenía la esperanza de estar equivocada. Seguramente, nadie era tan estúpido.

Con más de once mil empleados, la policía de West Midlands era la segunda más grande del país, solo detrás de la metropolitana de Londres. El cuerpo era responsable de Birmingham, Coventry, Wolverhampton y Black Country.

Halesowen dependía de Dudley, una de las diez unidades de policía local en que estaba dividido el cuerpo. Era también una de las cuatro comisarías bajo el mando del superintendente Young.

No se trataba de la comisaría más grande del paquete, pero Kim la prefería a cualquier otra.

—¿Qué coño sucedió? —preguntó al sargento de guardia. Este se ruborizó al instante.

—Se trata de Dunn. Ha tenido un pequeño... accidente.

Sus sospechas eran correctas. Era evidente que alguien *era* estúpido.

—¿Cómo de grave ha sido?

—Nariz rota.

—Virgen santa, Frank, por favor, dime que estás poniendo a prueba la teoría de que no soporto las bromas.

—No, definitivamente no, Marm.

Maldijo por lo bajo.

—¿Quién?

—Dos agentes: Whiley y Jenks.

Los conocía. Vivían en polos opuestos con respecto a sus rangos en el cuerpo. Whiley había sido agente de policía treinta y dos años, mientras que Jenks, solo tres.

—¿Dónde están?

—En los vestuarios, M...

—Dime Marm una vez más, Frank, y te juro que...

Kim dejó las palabras sin terminar mientras entraba en la comisaría y giraba a la izquierda. Dos oficiales de policía de apoyo comunitario venían hacia ella. Al advertir su expresión, se apartaron para dejarla pasar, como las aguas del mar Rojo.

Irrumpió en el vestuario masculino sin llamar y anduvo por el laberinto de gabinetes hasta

encontrar a sus objetivos.

Whiley estaba parado junto a una taquilla abierta, las manos en los bolsillos. Jenks estaba sentado en el banco, agarrándose la cabeza.

—¿Qué coño estabais pensando? —gritó Kim.

Jenks levantó la mirada hacia Whiley, antes de mirarla a ella. Whiley se encogió de hombros y desvió los ojos. El chico iba por su cuenta.

—Lo lamento... Simplemente no pude... Tengo una hija... Yo solo...

Kim centró toda su atención en Jenks.

—Lo mismo que la mitad del maldito equipo que trabajó día y noche para atrapar a ese hijo de puta. —Avanzó un paso y agachó el rostro, hasta ponerlo cerca de él—. ¿Tienes una idea de lo que has hecho, de lo que has puesto en riesgo? —le espetó.

Se volvió hacia Whiley, que parecía dolido, aunque no cruzaba miradas con Jenks.

—Todo sucedió tan rápido... Oh, no... Dios santo...

—Muy bien, espero que haya valido la puta pena, porque, cuando sus inteligentes abogados lo pongan fuera por brutalidad policíaca, no habrá habido ningún otro castigo.

Jenks sacudió la cabeza entre las manos ahuecadas.

—Se cayó, simplemente... —dijo Whiley, sin convicción.

—¿Cuántas veces?

Cerró la taquilla y miró para otro lado.

A Kim se le apareció la imagen de Leonard Dunn: el hombre abandonando el juzgado y diciéndole adiós con una sonrisa en la boca. Libre para seguir abusando.

Kim pensó en las horas de trabajo que su equipo había invertido en ese caso. No tuvo que decirle a ninguno que se olvidara de las rotaciones. Incluso Dawson había sido, en una ocasión, el primero en llegar al escritorio.

Como grupo, trabajaban en una variedad de asuntos que iban de los crímenes sexuales al asesinato, y cada caso, para alguno de ellos, era personal. Pero esas dos niñas se habían vuelto un asunto propio para todos.

Dawson era el padre de una bebé que, de algún modo, había quedado encandilada con los limitados afectos de su padre. Bryant tenía una hija de casi veinte años, mientras que la propia Kim... Bueno, siete hogares de acogida no dejaban a nadie sin cicatrices.

El caso no los había abandonado ni por un minuto, ni dentro ni fuera del trabajo. Cuando estaban fuera de servicio, su mente divagaba con el hecho de que las niñas siguieran atrapadas en esa casa con aquello que llamaban «padre». Sabían que cada minuto fuera de las oficinas era un dilatado minuto más para dos vidas inocentes. Habían tenido bastantes incentivos para las largas horas de trabajo.

Kim pensó en la joven maestra que había hecho acopio de valor para comunicar sus sospechas a las autoridades. Había arriesgado su reputación profesional y se había expuesto a las mofas de todos los que la rodeaban; aun así, había sido lo suficientemente valiente para hacerlo.

La posibilidad de que todo aquello hubiera sido inútil era como una bola de demolición en el vientre.

Kim pasó los ojos de un agente al otro. Ninguno le devolvió la mirada.

—¿Ninguno de vosotros tiene nada que decir en vuestra defensa?

Aun para sus propios oídos, sonaba como una directora que reprendiera a un par de escolares

por haber puesto una rana en el cajón de su escritorio.

Kim abrió la boca para decir algo más, pero ni siquiera ella podía seguir gritando ante una desesperación tan abyecta.

Tras una última ceñuda mirada, giró sobre sus talones y se dispuso a abandonar la habitación.

—Marm, Marm... Espera un minuto.

Se volvió hacia Whiley, que corría hacia ella. Cada una de sus cortas canas y cada centímetro de su cintura los había acumulado trabajando para la policía.

Ella se detuvo y se cruzó de brazos.

—Eh... Solo quería darte una explicación. —Asintió hacia el fondo del vestuario—. Simplemente no pudo contenerse. Traté de detenerlo, pero fue demasiado rápido. Mira, ya habíamos pasado por ahí..., hace algún tiempo. Fue un altercado doméstico, y se castiga a sí mismo porque ahí estaban, ¿sabes? Las niñas... acurrucadas en un sofá. Traté de explicarle que no teníamos manera de saberlo... de detenerlo... —Kim entendía esa frustración. Pero, maldita sea, lo tenían—. ¿Qué va a pasar ahora con Jenks? Es un buen policía.

—Los buenos policías no atizan a los sospechosos, Whiley.

Aunque ella misma se había sentido tentada a hacerlo una o dos veces.

Una parte de ella deseaba que hubiera una trampilla en cada tribunal. Cada vez que apareciera un pedófilo, la trampilla se abriría para enviarlo a un lugar especial en el infierno.

Whiley enterró las manos muy hondo en sus bolsillos.

—Escucha... Yo me jubilo dentro de una semana y...

Ah, por fin estaba claro. Lo que él realmente quería saber era cómo iba a afectarlo todo este episodio.

Kim pensó en la cara de Dawson después de que entraron al sótano de Leonard Dunn y el primer DVD los dejó a todos paralizados. Se imaginó a Bryant llamando a su esposa para cancelar la salida al teatro porque no había podido apartarse de su escritorio. Recordaba los constantes sorbidos de Stacey y sus viajes al baño. Como el miembro más reciente del equipo, la brillante y joven asistente de detective había decidido no exhibir al resto del equipo la profundidad de sus sentimientos.

Y, ahora, quizás el caso ni siquiera llegaría a los tribunales.

Como respuesta a Whiley, simplemente agitó la cabeza.

—¿Sabes qué, agente?, me importa un bledo.

Seis

Tras la sesión con Ruth, Alex, satisfecha, se paró frente a esos certificados enmarcados que sus pacientes encontraban tan tranquilizadores. La licenciatura en medicina y cirugía por la Facultad de Medicina del University College de Londres, el diploma de miembro del Royal College de psiquiatría, el ST-4 y el certificado de cumplimiento de la especialidad representaban los años más arduos de su educación, no por lo duro del trabajo —su coeficiente intelectual de 131 la había ayudado a superarlo—. Había sido el tedio del estudio y el enorme esfuerzo por no exponer la estupidez de sus compañeros y profesores.

El título más fácil de todos había sido, con mucho, el doctorado en psiquiatría. En toda la pared, ese era el único certificado que sus clientes realmente entendían.

Alex no se enorgullecía de sus logros plasmados en papel. En su mente nunca hubo duda de que alcanzaría sus metas. Exhibía esos títulos por una sola razón: la confianza.

Tras los estudios, Alex se había embarcado en la segunda parte de su plan maestro. Había invertido dos años en construir una historia: escribió artículos y estudios de casos dentro de las fronteras prohibidas de la salud mental como profesión. Esos escritos le granjearían el respeto. La opinión de sus compañeros no podía importarle menos; su única motivación era construirse un prestigio incuestionable para los años por venir. Para cuando estuviera lista para comenzar su verdadero trabajo. Por ahora.

Durante esos años, se había sentido obligada a prostituir su práctica en el sistema judicial, haciendo evaluaciones psicológicas de la gran canalla involucrada en procesos judiciales. Era una necesidad repugnante, sí, pero eso la había puesto en contacto con Tim, la víctima adolescente de un hogar roto. Tim había sido un sujeto furioso y mezquino, pero también un piromaníaco muy diestro. Tras la evaluación, Alex se encontró ante la disyuntiva de enviarlo a cumplir una prolongada sentencia en una prisión para adultos o una estancia de corto plazo en una unidad psiquiátrica.

Siempre ingeniosa en el uso de sus capacidades, Alex había fraguado con Tim una sociedad para el beneficio mutuo. Él pasó cuatro meses en la Unidad Psiquiátrica de Forrest Hills, tras los cuales provocó un incendio que acabó con dos muertos y la herencia con la que ella se financiaría el consultorio privado del que disfrutaba ahora. Aquí podía seleccionar a los sujetos que deseaba recibir. Gracias, mamá; gracias, papá.

El azaroso suicidio de Tim la ayudó a atar sus propios cabos sueltos. Qué situación tan

afortunada.

En esos años no había habido el menor desperdicio. Cada paciente le había servido en su propósito de construir una mejor perspectiva de la gente que se deja llevar por sus emociones, sus fortalezas, sus motivaciones y, lo más importante, sus debilidades.

A veces, se sentía atormentada por el deseo de comenzar la investigación, pero su agenda quedaba bajo el gobierno de dos factores cruciales.

El primero era la construcción de redes de seguridad. La impecable reputación que se había labrado estaba destinada a arrojar dudas ante cualquier eventual acusación de malas prácticas que se dirigiera en su contra.

Por otra parte, había esperado pacientemente a que los candidatos se presentaran por sí solos. Sus experimentos requerían individuos fáciles de guiar y con un deseo subconsciente de cometer actos imperdonables. El sujeto debía tener la cordura casi intacta, pero también el potencial de desquiciarse si ella así lo deseaba.

Desde su primera reunión, Alex supo que Ruth Willis sería perfecta para el estudio. Sintió la desesperación de la mujer por recuperar las riendas de su vida. La pequeña Ruth, pobre, ni siquiera estaba al tanto de cuánto necesitaba esa conclusión. Pero Alex sí que lo sabía, y eso era lo único que le importaba. Meses de paciencia la habían conducido a ese momento. El gran final.

Había escogido a una persona cuyas alegaciones, en caso de que algo saliera mal, serían desechadas. Se había tomado el tiempo para asegurarse de no fallar. Otros prospectos habían surgido por el camino, individuos que la cortejaban para ser los escogidos, para lograr ese privilegio, pero, a fin de cuentas, Ruth había sido la elegida.

Sus otros pacientes eran irrelevantes, medios para alcanzar el fin. Tenían el placer de patrocinar su envidiable estilo de vida mientras ella se dedicaba al verdadero trabajo.

Alex había pasado muchas horas asintiendo, tranquilizando y reconfortando a sus pacientes, mientras preparaba mentalmente la lista de la compra para la siguiente etapa de su plan. Y todo a trescientas libras por hora.

El pago de su BMW Z4 le llegaba de la esposa de un comisario de policía, cleptómana por estrés. Alex disfrutaba mucho de su coche, por lo que era poco probable que esa paciente en particular llegara a recuperarse en algún momento.

Las dos mil libras esterlinas que costaba el alquiler de su finca victoriana en Hagley las pagaba el propietario de una cadena de agentes de bienes raíces. El hijo de ese hombre sufría de un complejo de persecución paranoica y venía a consulta tres veces por semana. Unas cuantas palabras bien elegidas, soltadas casualmente durante la conversación —y suficientes, sin embargo, para reforzar sus creencias de manera subconsciente—, aseguraban que la recuperación del joven también fuera lenta.

Se paró frente al retrato que ocupaba un lugar destacado sobre la chimenea. Le gustaba mirar dentro de las profundidades de los ojos fríos e insensibles de ese hombre y se preguntaba si él sería capaz de entenderla.

Era una suntuosa pintura al óleo que ella había encargado a partir de una fotografía en blanco y negro. Mostraba al único ancestro, entre todos los que había podido rastrear, por el que sentía algún orgullo.

El tío Jack, como le gustaba llamarlo, había sido un ahorcador, es decir, un verdugo, por ahí de 1870. A diferencia de la ciudad de Bolton, que tenía a los Billington, y de Huddersfield, que

contaba con los Pierrepont, *Black Country* no tenía una dinastía que se ocupara de un trabajo tan macabro, así que el tío Jack se había topado con ese oficio por accidente.

Reo por no dar sustento a su familia, el tío Jack estaba encarcelado en la prisión de Stafford. En esos tiempos pasó por ahí, William Calcraft, el verdugo con más experiencia en el servicio y quien tenía en su palmarés una marca de alrededor de cuatrocientos cincuenta ahorcados, tanto hombres como mujeres.

Ese día en particular, Calcraft llegó a consumir una doble ejecución por ahorcamiento, de modo que necesitaba un voluntario. El tío Jack fue el único recluso que se ofreció. A Calcraft le gustaban las caídas cortas, que producían muertes lentas y llenas de agonía. Necesitaba un asistente que se agarrara de las piernas de los condenados y se columpiara para acelerar la muerte.

El tío Jack encontró su vocación y, a partir de entonces, viajó por todo el país como verdugo.

Al situarse frente a su retrato, Alex siempre tenía una sensación de pertenencia, una afinidad con un miembro de su familia lejana.

Le sonrió a ese rostro rudo y carente de emociones.

—Vaya, si tan solo las cosas fueran tan simples como en tus tiempos, tío Jack.

Alex se sentó en el escritorio de la esquina. Por fin, su obra magna iba en camino. Había comenzado el viaje en busca de las respuestas a las preguntas que por años la habían intrigado.

Dejó escapar un largo suspiro y sacó del cajón de arriba una hoja de papel Clairefontaine y una estilográfica Mont Blanc.

Era la hora de su entretenimiento particular.

«Querida Sarah», comenzó.

Siete

Ruth Willis se quedó a la sombra de la entrada de la tienda, con los ojos fijos en el parque. El frío penetraba desde el suelo, como estacas de metal, a través de sus pies y hasta sus piernas. La envolvía el hedor de la orina. A su derecha, el contenedor de plástico rebosaba de basura. Había paquetes de patatas fritas y colillas de cigarrillos derramadas sobre el pavimento.

Tenía muy claro, en la mente, el ejercicio de visualización. Alex estaba a su lado.

No te escondes entre las sombras, no estás asustada.

No tenía miedo, solo esa nerviosa impaciencia alguna vez experimentada a la espera de las calificaciones más altas; en aquellos tiempos, cuando era una persona de verdad.

No tienes ningún miedo de que salga del bar, lo estás deseando.

¿Se habría sentido así él aquella noche en que le quitó la luz? ¿Se habría estremecido de emoción él cuando ella salía del supermercado? ¿Habría tenido él la misma sensación de virtuosidad que en ese momento recorría el cuerpo de ella?

Una figura salió por la puerta secundaria del parque y se detuvo en el cruce. La luz de la farola iluminaba al hombre y a su perro. Hubo un momento de calma en el tráfico que pasaba por enfrente, pero el perro esperó el sonido del semáforo antes de atravesar el camino de dos carriles. Todo según las reglas.

No eres una víctima. Te sientes fuerte y confiada, eres justa.

Cuando el sujeto estuvo a su altura, hizo un alto. Ruth se quedó quieta. A tres metros de distancia, él se agachó y puso la correa del perro bajo su pie izquierdo mientras se ataba el cordón del zapato derecho. Tan cerca. El perro miró hacia donde ella estaba. ¿Y el hombre

podría notar su presencia? No lo sabía.

Te sientes confiada, tienes el control.

Por un brevísimo instante, se sintió tentada a correr hacia él, a impulsar el cuchillo de cocina contra su espalda arqueada, a mirar al hombre caer al suelo, primero con la cara; pero se contuvo. La visualización tenía su clímax en el callejón. Debía apegarse al plan. Solo entonces quedaría liberada. Solo entonces recuperaría su luz.

*Eres una mujer que va sola detrás de un hombre hecho y derecho,
y no tienes miedo.*

Abandonó las sombras y se puso a caminar unos pasos detrás de él. Sus zapatillas apenas se oían entre el ruido de dos coches que corrían por ese tramo de la calle.

Al llegar al callejón, el sonido de los pasos de Ruth quedó expuesto. El hombre tensó el cuerpo al sentir una presencia detrás, pero no giró. Bajó ligeramente el paso, como esperando que el peatón lo rebasara. Pero ella no iba a hacer tal cosa.

Dentro de la faltriquera del abrigo, tu mano sujeta un cuchillo.

A medio callejón, en el punto exacto que había visualizado, sus pulsaciones se aceleraban con cada paso.

—Disculpe —dijo ella, sorprendida de lo tranquilo de su propio tono, mientras repetía las palabras de Alex. El cuerpo del hombre se relajó al escuchar una voz de mujer, y entonces se volvió con una sonrisa en el rostro. Gran error—. ¿Me puede decir qué hora es, exactamente? —le preguntó ella.

Confrontada con el rostro del hombre, la expresión de Ruth permaneció abierta. Él la había violado por la espalda y sus rasgos faciales no significaban nada para ella. Fue el sonido lo que la llevó al pasado. La respiración del tipo era dificultosa a resultas del paseo con el perro. Era un sonido que ella recordaba bien haber oído mientras él le abría las entrañas.

Con la mano derecha, el hombre se descubrió el reloj que llevaba bajo el puño elástico de la chaqueta.

—Diría que es media hora después de...

El cuchillo se hundió en el abdomen con facilidad, viajando a través de carne, músculos y órganos palpitantes. El filo dobló hacia el norte y se encontró con huesos en el tránsito hacia arriba. Ella giró el cuchillo lentamente, triturando todo a su paso, como una batidora de cocina. Su mano descansó un momento contra el vientre y no pudo ir más allá.

Siente su carne en la tuya, pero, esta vez, en tus propios términos.

La sensación de conquista recorrió su cuerpo mientras retiraba el cuchillo. El impulso y la rotación que había tenido que darle para vencer la resistencia habían sido satisfactorios.

Miras el charco de sangre y sabes que todos los poderes que tenía sobre ti se han ido.

Las piernas del hombre temblaron. Él se agarró de la herida con la mano derecha y la sangre comenzó a correr entre sus dedos extendidos. Se apretó con más fuerza. Miró el suelo, desconcertado; luego, los ojos de ella y, una vez más, el suelo, como si fuera incapaz de comprender los incidentes inconexos: la presencia de la mujer y una puñalada.

Recuperas el control, tu destino, tu luz.

El hombre parpadeó rápidamente y, por un instante, su visión se aclaró. Permaneció inmóvil.

Ella tenía todos los sentidos atentos a la vida. Un camión pasó con un estruendo al final del callejón y el sonido le incendió los oídos. Sintió que el estómago se le revolvía cuando un olor espeso y metálico le llenó las fosas nasales. El perro gimió, pero no corrió.

Recuperas el control, tu destino, tu luz.

Ruth retiró el cuchillo y lo volvió a hundir. La segunda penetración no fue tan profunda, pero el impulso hizo retroceder al hombre. Sonó un golpe sordo y repelente cuando la nuca golpeó el hormigón.

Recuperas el control, tu destino, tu luz.

Algo no había salido del todo bien. Ella echaba de menos un detalle crucial. En sus visualizaciones, su cuerpo se impregnaba de paz, de calma.

Se irguió sobre el hombre que se retorció y volvió a hundirle el cuchillo. Él gimió, así que lo apuñaló una vez más.

Le dio una patada en la pierna izquierda.

—Levántate, levántate, levántate —gritó ella, pero era una pierna tan inerte como el resto del hombre.

Recuperas el control, tu destino, tu luz.

—Levántate, coño.

Apuntó a las costillas y lanzó una patada. Brotó sangre por la boca. Los ojos del hombre se pusieron en blanco y su cabeza se retorció, como si fuera un mamífero trastornado. El perro corría alrededor, aparentemente sin saber cuál era su papel ahí.

Rodaron lágrimas por la mejilla del moribundo.

—Dámela, hijo de puta. Solo devuélvemela —le ordenó.

El cuerpo quedó inmóvil y los sonidos se apagaron en el callejón.

Ruth se enderezó por completo.

Mientras la sangre formaba un charco como un derrame de pintura bajo el cuerpo sin vida, Ruth esperaba.

¿Dónde estaba el alivio?

¿Dónde estaba su salvación?

¿Dónde coño estaba su luz?

El perro ladró.

Ruth Willis giró y huyó para salvar su vida.

Ocho

Todo comenzó con un cadáver, pensó Kim, y se bajó del Golf GTI.

—Casi le das, jefa —dijo Bryant refiriéndose al agente uniformado que tuvo que saltar para esquivar el capó de su coche.

—Estaba a kilómetros de él.

Kim se metió por debajo de la cinta de contención y se dirigió al grupo de chalecos fluorescentes que se arremolinaba alrededor de la carpa blanca. Thorns Road, una calle de dos carriles, formaba parte del enlace principal que iba de Lye a la ciudad de Dudley.

Un lado del camino estaba compuesto por parques y casas, principalmente. El otro estaba dominado por un gimnasio, una escuela y el *pub* Thorns.

La temperatura diurna de mediados de marzo casi había superado las dos cifras, pero, con la oscuridad, las lecturas de mercurio se habían desplomado de vuelta hasta febrero.

Mientras Bryant confirmaba sus credenciales, Kim, sin hacer caso a nadie, se dirigió al cadáver. Un surco oscuro corría por el costado de una terraza que se extendía hasta Amblecote, una de las mejores partes de Brierley Hill.

A la izquierda del camino tenían un terreno cubierto de maleza, hierbas y mierda de perro. En ese momento estaba siendo pisoteado por agentes de escenarios criminales o carroceros.

Entró en la privacidad de la carpa blanca y gruñó.

Keats, su forense favorito, estaba agachado sobre el cuerpo.

—Ah, inspectora detective Stone. Cuánto tiempo —dijo él sin volverse.

—Acabamos de vernos hace unas semanas, Keats, en la autopsia de una suicida.

Él levantó la mirada y negó con la cabeza.

—No, debo de haberlo bloqueado. A la gente le sucede eso con los sucesos traumáticos, ¿sabes? Es un mecanismo de autoprotección. De hecho, ¿me repites cómo te llamas?

—Bryant, por favor, dile a Keats que no tiene gracia.

—No puedo mentirle al hombre en su propia cara, jefa.

Kim negó con la cabeza y ambos intercambiaron un esbozo de sonrisa.

Keats era una figura diminuta de cabeza lisa y barba puntiaguda. Pocos meses antes, su esposa, tras treinta años de matrimonio, había muerto inesperadamente, dejando al hombre mucho más desolado de lo que nunca sería capaz de admitir.

A veces, Kim lo dejaba divertirse un poco a sus expensas. Solo de vez en cuando.

Se volvió hacia donde un cruce de border collie estaba sentado pacientemente al lado de su postrado amo.

—¿Por qué el perro sigue aquí?

—Es un testigo, jefa —fue la respuesta ingeniosa de Bryant.

—Bryant, no estoy de humor para...

—Hay salpicaduras de sangre en su pelaje —añadió Keats.

Kim miró de cerca y advirtió unas cuantas manchas en la pata delantera.

Bloqueó todas las actividades de la periferia y se concentró en la parte más importante de toda escena criminal: el cuerpo. Notó que era un hombre blanco, de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, con sobrepeso, vestido de vaqueros Teseo y una camiseta blanca tan lavada, que tenía el color de la ceniza de los cigarrillos. El frente de esa prenda tan llena de marcas de cortes estaba coloreado por una mancha carmesí. Un charco de sangre se filtraba desde abajo. Mirando al suelo, el hombre había caído de espaldas.

Su chaqueta era una bomber nueva de cuero, de mediana calidad, que, evidentemente, no le cerraba por el estómago. Que las partes de la cremallera pudieran encontrarse entre sí era una ilusión. Sería el regalo de Navidad de alguien que lo quería, que no tenía ojos para su creciente contorno. Su madre, probablemente. La prenda no le ofrecía al hombre la menor protección contra un objeto filoso y penetrante.

Su cabello, demasiado largo, estaba salpicado de canas. Llevaba el rostro bien afeitado y aún exhibía una expresión de sorpresa.

—¿Arma asesina?

—Nada, todavía —dijo Keats, girándose.

Kim se agachó e intercambió miradas con el fotógrafo forense. Él asintió como señal de que ya había tomado todas las imágenes que necesitaba del cadáver. Puso su atención en el perro.

Con cuidado, ella levantó la camiseta empapada. Una puñalada era la responsable de la mayoría de la sangre.

«Supongo que la de arriba fue la herida mortal —añadió Keats—. Y, antes de que me lo preguntes, te diré que fue un cuchillo de cocina de unos doce a quince centímetros».

—No estará muy lejos —dijo ella a nadie en particular.

—¿Cómo puedes creerlo? Podría estar en cualquier sitio. Pudo habérselo llevado consigo.

Kim negó con la cabeza.

—El ataque pudo haber sido planeado: de noche, tarde, en un callejón oscuro, pero con cierto arrebato. Aquí hubo emociones. La primera herida hizo los deberes, pero hay tres puñaladas que dicen «quédate muerto».

Siguió contemplando el cadáver, sintiendo la furia del ataque como si siguiera cautiva en el aire alrededor.

Levantó la cabeza.

«El atacante estaba ciego de rabia durante el acto, pero, en cuanto terminó, la adrenalina fue retrocediendo. ¿Y qué sucede, entonces?».

Bryant siguió su razonamiento.

—Observas lo que acabas de hacer y lo que todavía tienes en la mano, y quieres romper la conexión lo más pronto posible.

—El apuñalamiento es algo muy personal, Bryant. Exige una cercanía casi íntima.

—O pudo ser un atraco que salió mal. No hay ninguna billetera en el cuerpo.

Kim desechó ese último comentario y se echó al suelo, a la izquierda del cadáver. Se acostó de lado y puso su pie derecho al mismo nivel que el de la víctima. El frío del camino de gravilla se le metió por la ropa.

Keats se la quedó mirando y meneó la cabeza.

—Vaya, Bryant, cada día ha de ser un desafío.

—Keats, de verdad, no tienes ni idea.

Kim no les hizo caso. Echó el brazo hacia atrás y luego lo lanzó hacia delante como si estuviera tirando una puñalada. Esa trayectoria ponía la herida en el centro del esternón. Trató de hacer coincidir el movimiento de su brazo con la herida, pero el impulso no iba por ahí.

Se arrastró por el suelo y lo volvió a intentar. De nuevo, la trayectoria estaba fuera de sitio por unos tres centímetros o más.

Volvió a arrastrarse otro poco, cerró los ojos y bloqueó todas las miradas curiosas que la rodeaban. Le importaba un comino lo que pensarán.

Pensó en Daisy Dunn parada en medio de ese sórdido sótano. Se imaginó a esa niña asustada y temblorosa vestida con un traje escogido por su padre. Esta vez, impulsó el brazo con furia. Con la furia de alguien dispuesto a matar. Abrió los ojos y se inclinó. Su dedo índice estaba justo en la herida.

Observó que ya no tenía los pies al mismo nivel. Había descendido unos buenos diez centímetros hasta alcanzar una posición cómoda y natural que se ajustara a la trayectoria de la puñalada.

Otra vez de pie, se sacudió el polvo de los vaqueros.

Restó la diferencia de su propia estatura.

—El asesino no puede medir más de uno sesenta o uno sesenta y dos.

Keats sonrió y se pasó la mano por la barba.

—Sabes, Bryant, si en Carlsberg hicieran detectives...

—¿Hay algo más que deba saber? —dijo Kim, que ya iba hacia la entrada de la carpa.

—No, hasta que lo lleve a casa para observarlo como es debido —dijo Keats.

Kim se tomó un momento para analizar el escenario. Los agentes forenses buscaban indicios, los policías iban de puerta en puerta, se tomaban declaraciones, la ambulancia estaba a la espera de que les soltaran el cadáver. Ya no la necesitaban ahí. Tenía lo que le hacía falta. Era su turno de juntarlo todo y averiguar qué había sucedido.

Sin decir nada, salió de la carpa y pasó junto a los dos agentes que custodiaban la entrada del callejón.

Apenas se había alejado tres metros cuando los oyó murmurar. Se detuvo en seco, por lo que Bryant estuvo a punto de estrellarse en su espalda. Volvió atrás.

—¿Qué fue eso, Jarvis? —Se paró junto al detective sargento y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. El hombre seguía con un gesto gracioso. —¿Puedes repetir lo que acabas de decir? No creo que Bryant te haya escuchado.

El oficial, alto como un junco, movió la cabeza.

—Yo no...

Kim se dirigió a Bryant.

—El sargento detective Davis, aquí presente, me acaba de llamar «perra fría».

—Oh, mierda...

Siguió hablando con Bryant.

—Vale, no digo que su criterio sea completamente erróneo, pero me gustaría explicarle algo.

—Se volvió otra vez hacia Jarvis, que había retrocedido un paso—. Así que, por favor, continúa.

—No estaba hablando de...

—Jarvis, me merecerías más respeto si pudieras conservar la presencia de ánimo el tiempo suficiente como para, de verdad, valorar tu declaración. —Él no dijo nada—. ¿Qué quieres que haga, eh? ¿Quieres que estalle en lágrimas por la pérdida de esa vida? ¿Me quieres mirar guardando luto por su fallecimiento?, ¿decir una plegaria?, ¿lamentar sus finos atributos? ¿O debo reunir todas las pistas y averiguar quién hizo esto?

Fijó sus ojos en él. Él apartó la mirada.

—Lo siento, Marm. No debí...

Kim no oyó el resto de la disculpa, puesto que ya se había marchado.

Para cuando llegó al perímetro, Bryant ya estaba junto a ella. Kim se agachó para pasar bajo la cinta y, entonces, vaciló. Se dirigió a uno de los agentes.

—¿Pueden asegurarse de que alguien se encargue de ese perro?

Bryant soltó una carcajada.

—Vaya, jefa, justo cuando empezaba a creer que te conocía.

—¿Qué?

—Hay agentes a quienes molestan por las señales de desvío, policías que nunca habían estado en un escenario criminal, un sargento detective a quien le apretaron los cojones..., y tú te preocupas por el bienestar del maldito perro.

—El perro nunca supuso que su carrera lo llevaría a algo así. El resto deberían habérselo imaginado. —Bryant se subió al coche y revisó dos veces su cinturón de seguridad—. Ánimo. Quizás no ha sido un simple atraco que salió mal.

Se alejaron del lugar sin decir nada.

—Puedo notarlo en tu cara. Estás como si te hubieran robado la Barbie para ponerla a hervir.

—Nunca tuve una muñeca Barbie. De haberla tenido, yo misma la habría desmembrado.

—Sabes a qué me refiero.

Kim lo sabía, y él era el único detective que podía decir tal cosa sin salir arañado.

Bryant sacó un par de caramelos del bolsillo de su chaqueta. Le ofreció uno a Kim, pero ella lo rechazó.

—De verdad que deberías tratar de dejar esas cosas —dijo ella, mientras el aroma a mentol inundaba el coche.

Bryant se había vuelto adicto a las tabletas extrafuertes para la tos después de haber dejado atrás el hábito de fumar cuarenta cigarrillos al día.

—Bien sabes que me ayudan a pensar.

—En ese caso, tómate dos.

A diferencia de Bryant, ella ya sabía, con toda certeza, que aquello no había sido un atraco, así que había otras preguntas que responder: quién, cuándo, cómo y por qué.

El cómo era bastante sencillo: un cuchillo que, según ella suponía, debía tener entre doce y dieciocho centímetros. El cuándo más aproximado lo confirmaría la autopsia. Quedaban el quién y el por qué.

Aunque el por qué era de vital importancia en la investigación de un crimen, a Kim nunca le había parecido la parte más trascendental del rompecabezas. Era el único elemento que no podía corroborarse por métodos científicos. Su trabajo era determinar el por qué, pero entenderlo era lo último que ella necesitaba.

Recordó uno de sus primeros casos como sargento detective, cuando una mujer, cuyos niveles de alcohol en la sangre multiplicaban por tres el límite legal, arrolló a un niño en un paso de cebra. A sus siete años, el niño había muerto lentamente por las horribles lesiones que le causaron las barras del parachoques del todoterreno. Resultó que a la mujer le habían diagnosticado un cáncer de ovario y había decidido pasar la tarde en el bar.

Esa información no afectó a Kim en ningún sentido, porque los hechos seguían siendo los mismos. Como fuera, la mujer había decidido beber; como fuera, había decidido conducir, y, como fuera, el niño estaba muerto.

Entender los motivos, es decir, el por qué, traía consigo una expectativa de empatía, comprensión o perdón, por brutal que fuera el acto.

Y, tal como lo confirmaba su pasado, Kim no era del tipo indulgente.

Nueve

A la una y media de la noche, Kim se dirigió a las instalaciones que albergaban a los agentes de policía, a los oficiales de apoyo comunitario y a un par de miembros del personal civil.

—Qué bueno, ya estás aquí.

Los otros dos detectives que completaban el equipo ya ocupaban sus lugares. Habían tenido poco tiempo para recuperarse desde el cierre del caso Dunn. Pero así era el modo en que funcionaba su equipo.

En la sala había cuatro escritorios de dos en dos, enfrentados. Cada uno era un espejo del de su compañero, con una pantalla de ordenador y bandejas que no hacían juego.

Tres tenían ocupantes permanentes, pero el cuarto estaba vacío desde hacía dos años, tras una reducción de personal. Era ahí donde Kim se instalaba normalmente, mejor que en su despacho.

El espacio en cuya puerta colgaba su nombre era conocido como el Tazón. No era más que un área en el rincón de la derecha, separada del resto por medio de paneles de yeso y vidrio.

—Buenos días, jefa —dijo alegremente la auxiliar de detective Wood. Aunque era mitad inglesa y mitad nigeriana, Stacey tenía un cartel que ponía «Dudley o nada». Llevaba el cabello corto y al natural. Su complexión y suaves rasgos complementaban su estilo.

Por otro lado, el sargento detective Dawson parecía haber sido interrumpido en una cita galante. Había nacido con traje. Y, al contrario de algunos hombres, que no hay modo de que se vean elegantes ni siquiera en un Armani, el caso de Dawson era diametralmente opuesto. Sus numerosos trajes no eran caros, pero él se las arreglaba para que lo hicieran lucir bien. Los zapatos y las corbatas normalmente revelaban sus actividades. Kim miró el suelo mientras se dirigía a la cafetera. Oh, sí, ya estaba de ligue otra vez. Apenas unos cuantos meses después de haber sido admitido de vuelta en los brazos amorosos de su prometida y su pequeña hija.

Pero eso no era su problema. Mejor dejarlo en paz.

—Stace, ocúpate de la pizarra. —Stacey se levantó de un salto y cogió el rotulador negro—. Aún no lo hemos identificado. La billetera desapareció, así que vayamos a lo que sabemos: hombre blanco, en sus cuarenta, ingresos bajos, cuatro puñaladas; la primera de ellas, fatal. Kim hizo una pausa para darle a Stacey la oportunidad de ponerse al corriente.

»Así que necesitamos trazar una cronología. ¿Fue al bar y después le quitaron la billetera o simplemente llevó a su perro a pasear?

Kim se concentró en Dawson.

«Kev, habla con los uniformados, revisa el servicio de autobuses y los sitios de taxis. Es una calle muy transitada. Alguien pudo haber notado algo. Consigue las declaraciones de los testigos de ayer. Bryant, consulta los informes de personas desaparecidas».

Kim echó un vistazo por la habitación. Todo el mundo estaba en movimiento.

«Y yo iré con el jefe».

Subió las escaleras de dos en dos y entró sin llamar.

Al jefe de detectives Woodward, aún sentado, uno podía calcularle el uno ochenta de estatura. Su torso se erguía recto y orgulloso, y Kim todavía no detectaba una sola arruga en sus impecables camisas blancas. La herencia caribeña lo había dotado de una piel que ocultaba sus cincuenta y tres años. Habiendo comenzado su carrera como policía en las calles de Wolverhampton, perseveró en las filas por decenios, cuando las fuerzas policíacas no eran tan políticamente correctas como él hubiera pensado o querido que fueran.

Su orgullo y pasión inquebrantables se reflejaban en los estantes donde exhibía su colección de modelos Matchbox. Los autos patrulla ocupaban el centro del escenario.

Cogió la pelota antiestrés que tenía en el borde del escritorio y comenzó a estrujarla con la mano derecha.

—¿Qué tenemos?

—Muy poco, señor. Apenas estamos comenzando a bosquejar la investigación.

—Ya tenemos a la prensa en el teléfono. Tienes que darme algo.

Kim puso los ojos en blanco.

—Señor...

Él apretó la bola con más fuerza.

—Olvídalo, Stone. Mañana, a las ocho. Dales una declaración: el cuerpo de un hombre, etcétera.

El jefe sabía que Kim detestaba hablar con la prensa, pero insistía periódicamente. El plan profesional que ella contemplaba para sí misma difería del que él tenía para ella. Seguir avanzando en el escalafón la alejaba cada vez más de las verdaderas actividades policíacas. Cualquier nuevo avance en esa cadena alimentaria y su día a día estaría lleno de códigos de buenas prácticas y políticas, de andarse cuidando las espaldas y de miserables conferencias de prensa.

Ella abrió la boca para argüir, pero un ligero movimiento de la cabeza del hombre la desanimó de hacerlo. Sabía que batallas pelear.

—¿Algo más, señor?

Woody puso la pelota antiestrés en su lugar y se quitó las gafas.

—Mantenme informado.

—Por supuesto —dijo ella. Salió y cerró la puerta. ¿No era eso lo que siempre hacía?

Entró en el salón de su brigada y se encontró con una mezcla de expresiones.

—Te tenemos buenas y malas noticias —dijo Bryant, mirándola a los ojos.

—Dímelas.

—Ya tenemos identificada a la víctima..., y no te va a gustar ni un poco.

Diez

Alex despertó sobresaltada con el sonido de los Beatles cantando *I'm a Loser* en su teléfono móvil. Era una broma personal: una señal de que la llamada provenía de la casa Hardwick. Pero, a las tres de la mañana, no tenía la menor gracia.

Se quedó mirando el teléfono por un par de segundos, tratando de recuperar la compostura, y finalmente silenció a John Lennon.

—¿Hola?

—Alex, soy David. ¿Puedes venir...? —La voz desapareció en la distancia, pero ella lo oyó gritarle a alguien para que trajera a Shane de vuelta a la sala comunitaria—. Mira, ha habido un incidente entre Shane y Malcolm. ¿Puedes venir?

El interés de Alex aumentó.

—¿Qué clase de...?

—Eric, trae aquí a Shane y cierra la maldita puerta.

Parecía nervioso. Alex podía oír muchos gritos de fondo.

—Te lo explicaré cuando llegues.

—Salgo para allá.

Se vistió rápida pero reflexivamente, con unos vaqueros ajustados que le abrazaban las caderas y le acariciaban el culo. Arriba se puso un jersey de cachemira que revelaría apenas un poco del canalillo al inclinarse hacia delante, algo de valor incalculable en una visita a una casa de hombres.

Una ligera capa de colorete y unos rápidos morros de lápiz labial terminarían de construir su imagen de «recién levantada de la cama». Ya de salida, sacó una libreta de apuntes de un cajón de la cocina.

Mientras el motor de inyección de tres litros cortaba el silencio de la carretera llena de hojarasca, Alex meditaba en sus opciones con respecto a la casa Hardwick. La sociedad se había vuelto unilateral y los beneficios de la relación le parecían cada vez menos atractivos.

Había sido muy meticulosa al escoger la institución a la cual dispensaría el regalo de su experiencia. Después de investigar las buenas causas de la localidad, la casa Hardwick se había quedado como el único ramillete de bienhechores que su estómago sería capaz de soportar.

Había ido en busca de candidatos para su investigación, pero, al no encontrar sujetos particularmente buenos, se había aburrido y simplemente los usaba para perfeccionar sus técnicas

de manipulación. Ahora, incluso eso se estaba volviendo tedioso, pensó Alex mientras se detenía en la entrada y apagaba el motor. Sentía que, en algún lugar de su futuro, había una retirada gradual.

Quien le abrió la puerta fue el propio David, la única persona remotamente interesante en ese edificio. A los treinta y siete años, el cabello negro de David empezaba a mostrar un ligero toque de gris que añadía profundidad a sus rasgos. El hombre se conducía con la sencillez de quien no sabe cuán atractivo es para el otro sexo. Por él, Alex hubiera roto su regla de «solo hombres casados».

No sabía casi nada de él, fuera de los asuntos de la casa Hardwick, excepto que había sufrido un grave daño en una rodilla a raíz de un accidente deportivo. Ella nunca le preguntó nada al respecto, porque le importaba un comino.

También sabía que él trabajaba sin descanso para los hombres que estaban bajo su responsabilidad, consiguiéndoles puestos de trabajo, beneficios, educación básica. Para David, eran almas que había que salvar; para Alex, eran una práctica de tiro al blanco.

—¿Qué ocurrió?

Entraron y David cerró la puerta. Una vez más, el lugar le recordó a Alex que, a pesar de las renovaciones, ese antiguo asilo de ancianos seguía teniendo el aura de la sala de espera de Dios.

La puerta de la sala comunitaria estaba cerrada y vigilada por Barry, un sujeto a quien ella tuvo en sus listas, cuatro meses atrás, a la hora de seleccionar candidatos potenciales. Lamentablemente, su desarrollo había sido lento. Tuvieron muchas conversaciones sobre el dolor por la traición de su esposa con su propio hermano, pero él había perdido un último incentivo, el que lo hiciera pasar a la acción. Su odio no era lo suficientemente profundo, lo suficientemente crudo, como para afectar su conciencia a largo plazo. Y, en última instancia, eso era lo que a ella le interesaba.

Una decepción más.

Ella captó su rápida valoración y le sostuvo la mirada por un segundo, solo como una señal de que lo había notado. Él miró para otro lado.

—Shane está ahí —dijo David con tono de urgencia—. Malcolm está en la cocina. Hemos tenido que separarlos momentáneamente. Para no hacer el cuento largo, Shane no se quiso ir a la cama. Se quedó dormido en el estudio, frente al televisor. Malcolm alcanzaba a oír el sonido y vino a apagarlo. Sacudió suavemente a Shane para decirle que se fuera a la cama.

David hizo una pausa y se pasó la mano por el cabello. Alex ya sabía por dónde iba la cosa.

«Básicamente, Shane despertó y le dio una paliza a Malcolm. Malcolm está en la cocina. No tiene nada roto, pero está hecho un desastre. Nos está gritando que llamemos a la policía, pero Shane está gritando que te llamemos a ti».

Detrás, Alex sintió, más que escuchó, la presencia de su «guardaespaldas». Dougie. Metió la mano en el bolso y sacó una libreta de cubierta psicodélica. Dougie padecía un autismo grave y rara vez hablaba, pero sentía fascinación por las libretas de apuntes. Para sentirse bien consigo misma, ella le traía una nueva en cada visita. Él la cogió, se la llevó al pecho y retrocedió un paso.

Era un hombre desgarbado de un metro ochenta y tres. A los doce años, su familia lo había repudiado, pero, de alguna manera, él había conseguido sobrevivir en las calles hasta que David lo pilló buscando sobras en los contenedores. Pasaba los días caminando kilómetro tras kilómetro

por las rutas del canal de Dudley. Dougie no era un residente oficial de la fundación, porque nunca había estado preso, pero David había declarado que su habitación era de por vida.

A Alex le parecía repulsivo, pero escondía bien ese sentimiento y toleraba que él la siguiera por todos lados como un cachorrito con mal de amores. Uno no sabía cuándo esa adoración podría convertirse en algo útil.

—Déjame estar primero con Shane. Necesito conseguir que se tranquilice.

David abrió la puerta del estudio. Había dos residentes flanqueando a Shane, que estaba inclinado hacia delante, balanceándose sobre las rodillas.

«Gracias, chicos —dijo Alex, despidiendo a los cuidadores».

Dougie se quedó en la puerta abierta, dándole la espalda. Las reglas decían que ninguna mujer podría permanecer en una habitación cerrada con ninguno de los ocupantes. Él se encargaría de que nadie entrara.

Ella se sentó enfrente.

«Hola, Shane».

Él no levantó la mirada, pero apretó con fuerza sus manos magulladas.

Alex conocía bien la historia de Shane, porque lo había considerado como parte de su estudio. Era un muchacho alto y flaco que aparentaba menos de sus veintitrés años. Desde los cinco, había sufrido abusos por parte de su tío. A los trece, con una estatura treinta centímetros mayor que la de su abusador, lo había matado dándole una tunda a mano limpia.

Los exámenes físicos demostraron la veracidad de las acusaciones de Shane con respecto a los abusos, pero, de todos modos, lo tuvieron encarcelado por ocho años y medio. Cuando lo liberaron, se encontró con que sus padres se habían mudado sin dejar una nueva dirección.

Alex se debatía en cómo manejarlo. Lo que en realidad quería era sacudirlo y decirle que lo había jodido a lo grande, pero no podía dejar que se le notara el enfado. Echó mano a su reserva de compasiones manufacturadas.

«Shane, hala, que soy yo, Alex. ¿Qué ocurrió?».

Puso mucho cuidado en no tocarlo. Shane retrocedía ante cualquier clase de contacto. Él seguía callado.

«Puedes hablar conmigo. Soy tu amiga».

Shane negó con la cabeza y a Alex le dieron ganas de golpearlo. Que la hubieran sacado de la cama para hablar con un montón de malditos inadaptados ya era bastante malo, pero los inadaptados silenciosos estiraban su paciencia un poco más allá del límite.

«Shane, si no hablas conmigo, la policía...».

—Pesadilla —murmuró. Alex se inclinó hacia delante.

—¿Estabas teniendo una pesadilla y Malcolm te despertó y pensaste que era tu tío?

Shane la miró por primera vez. Tenía el rostro pálido y las lágrimas caían por sus mejillas. Oh, qué varonil, pensó ella.

«Así que, al despertar, ¿pensaste que había venido a violarte otro poco?».

Notó que el chico se estremecía ante esas palabras. Ella se estaba cobrando que la hubieran sacado de la cama.

Él asintió.

—¿La luz estaba encendida?

—Sí.

—Así que, después del primer golpe, tuviste que haberte dado cuenta de que no era tu tío. Tuviste que haberte dado cuenta de que era Malcolm. ¿Por qué seguiste golpeándolo?

Ella sabía la respuesta y ahora le convenía asegurarse de que no llamaran a la policía. Shane era tan estúpido que terminaría escupiendo todo: las conversaciones entre los dos, la confusión. Era inadmisibles, incluso, que una mínima señal de sospecha apuntara en contra de ella.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Estaba pensando en lo que dijiste de sus sobrinas.

Alex recordó una conversación que habían tenido dos semanas atrás, cuando ella trataba de explicarle que no todos los varones de mediana edad eran como su tío. Había escogido las palabras con mucho cuidado y las recordaba una por una: «Mira a Malcolm, es un hombre perfectamente agradable. No hay pruebas de que hubiera interferido con sus sobrinas. Y, si lo hubiera hecho, estoy segura de que las autoridades lo sabrían».

Había escogido esas palabras para provocar esa precisa reacción, pero, como la consecuencia no se había producido en los siguientes dos días y, dado que Shane no era lo suficientemente predecible, ella lo había borrado de su lista de candidatos.

Si bien Alex se regodeaba, en secreto, de que él finalmente hubiera hecho lo que ella quería, eso no cambiaba nada. Estaba cabreada de que le hubiera llevado tanto tiempo. A ella no le sobraba el tiempo.

—Pero, si recuerdas, Shane, deliberadamente te dije que Malcolm *no les había hecho* nada a esas niñas. Con eso quise demostrarte que él no era como tu tío y que las personas buenas sí que existen.

Las lágrimas dejaron de caer y en la cara del chico apareció una mueca de confusión.

—Pero tú dijiste... —Shane no podía recordar las palabras exactas—. Sigo imaginándome a esas pequeñas niñas y lo que él les hizo y tú dijiste que las autoridades se enterarían. —Alzó hacia ella unos ojos torturados—. Pero nunca lo supieron de mí.

Alex apartó la mirada. Él estaba tan necesitado que era repugnante.

—Pero entonces dejaste de hablarme.

El chico se oía perdido y solitario. Tenía razón: ella había pasado más tiempo con Malcolm para provocar un arrebato violento de Shane, y lo había conseguido, solo que demasiado tarde como para serle de alguna utilidad.

—¿Sabes por qué dejé de hablar contigo, Shane? —preguntó cordial. Él movió la cabeza de un lado al otro—. Porque me haces perder el tiempo. Estás tan dañado que nunca tendrás una vida normal, ni remotamente. No tienes la menor esperanza. Las pesadillas no se irán nunca y cada varón de mediana edad que se esté quedando calvo será tu tío. Nunca te liberarás de él ni de lo que te hizo. Nadie te querrá, puesto que estás contaminado y todo lo que te atormenta se quedará contigo para siempre.

Hasta la última pizca de color desapareció del rostro del chico. Ella se inclinó un poco más hacia él.

«Y si vuelves a molestarme de cualquier forma a partir de hoy, hablaré con la junta de libertad condicional y les diré que eres un peligro para los demás y que debes regresar a la prisión. —Se puso de pie y se irguió ante la ruina balbuciente. Dios, cómo detestaba los engaños—. Y ambos sabemos que hay un montón de hombres de mediana edad por ahí, ¿no es así, Shane?».

El chico agachó la cabeza y sus hombros temblaron. Ella tomó su silencio como una señal de absoluto entendimiento. Habían terminado. Para siempre.

Pasó a un lado de Dougie y se dirigió a la cocina. La mayoría de los residentes ya estaban en sus camas, ahora que lo emocionante había terminado. Solo quedaban David y Malcolm, y Dougie, que revoloteaba detrás de ella.

Alex no pudo evitar sentirse impresionada por el trabajo que Shane le había hecho a la víctima regordeta e inofensiva que estaba a la mesa. Ahora, su única preocupación era el control de los daños. No le vendría bien que la policía interviniera. Este parque infantil era suyo.

—Oh, Malcolm... —dijo, mientras se sentaba a su lado—. Pobre de ti.

Alargó el brazo y le tocó con delicadeza la carne inflamada del rostro, que ya estaba comenzando a lucir los hematomas. En el lado derecho del labio de Malcolm sobresalía un corte. Alex apenas podía imaginarse cómo luciría el hombre al día siguiente.

—Es un maldito lunático. Tendría que estar encerrado.

Alex miró a David y entendió su postura. Se había cometido un crimen, pero David sabía que Shane no sería capaz de sobrevivir si lo devolvían a la prisión. Alex hizo una señal de asentimiento y David salió de la cocina para ir con Shane.

—Mira, Malcolm. Sería perfectamente justo que llamáramos a la policía. Has sufrido una terrible agresión. Para ti, es difícil entender bien a algunos de los otros residentes.

Ella se inclinó un poco hacia delante y la mirada del hombre se desvió hacia el objetivo que ella había previsto. Malcolm nunca le había hecho el menor daño a nadie. Como el tipo dolorosamente tímido y socialmente inadaptado que era, había caído presa de una trampa en línea con una «mujer tailandesa» que se había enamorado de él en una sala de chat decorada con peces tropicales. Tras muchos parientes enfermos y un montón de transferencias de dinero, Malcolm cayó en bancarrota y comenzó a desfaltar a la compañía siderúrgica para la que trabajaba como contador.

Había cumplido tan solo dos años de prisión, y, si bien nunca fue dueño de gran cosa, había vuelto a comenzar desde cero. A sus cincuenta y un años, no tenía esposa, hijos, casa ni profesión.

Alex barnizó su voz con sacarina y se aproximó otros cinco centímetros.

«Recuerda, Malcolm. Tú no eres como esta gente. Tú eres un profesional educado que tiene un montón de cosas que ofrecer. Te han lastimado de una manera terrible, pero tus daños no son permanentes. Estas criaturas lastimosas merecen tu compasión. Jamás tendrán un solo gramo de tu inteligencia».

Alex volvió a cruzar las piernas y rozó la rodilla de Malcolm con la suya.

—Pero debería pagar por lo que ha hecho... —dijo él, débilmente, y ella supo que ya lo tenía en la bolsa.

—Y lo hará. Creo que debes hacer lo que resulte correcto para ti. Haz lo que te haga sentir mejor, pero debes entender, porque eso es lo justo, que, si mandan a Shane de vuelta a prisión, nunca saldrá de ahí. Y no quisiera que llevaras eso en la conciencia simplemente porque actuaste al calor del momento. Una vez que haces algo así, ya no puedes echarlo para atrás.

Alex respiró hondo, de modo que sus pechos se elevaron y volvieron a bajar. Esa miga de decencia con la que él se mantenía en la lucha en ese momento era, justamente, la razón de que ella lo hubiera descartado como sujeto de estudio.

—Te tengo una sugerencia, ¿quieres oírla?

Malcolm asintió, aunque no apartaba los ojos de su blusa. A ella ya no le convenía que Shane anduviera por ahí. No quería mirar su lastimoso rostro nunca más.

«Vale. Creo que es imposible que los dos sigáis viviendo aquí. No deberías vivir con miedo a que los ataques se repitan. En mi opinión, deberías dejar a la policía al margen de esto, siempre y cuando Shane se vaya de la casa».

Finalmente, Malcolm levantó el rostro para mirarla. Virgen santa, estaba hecho un desastre.

—¿Pero a dónde...?

—Eso no debería preocuparte, después de lo que te ha hecho, ¿o sí?

—Vale..., no, en realidad...

—Así que ¿puedo comunicarle a David tu decisión?

Malcolm asintió. Demasiado fácil.

Alex se reclinó un poco hacia él y le dio unas palmaditas en la rodilla. El viejo tonto se ruborizó un poco. Este pobre tipo no había tenido un orgasmo con ningún ser vivo que respirara a menos de cien metros de él.

«Creo que esa es la mejor decisión, Malcolm. Ahora, vete a dormir. Yo hablaré con David en tu lugar».

Alex suspiró hondo en lo que Malcolm se iba y David volvía a entrar.

—¿Cómo te fue?

Alex soltó el aire.

—Bueno, me costó mucho trabajo persuadirlo, pero no va a llamar a la policía.

El rostro de David se encogió de alivio.

—Gracias a Dios. Shane está muy arrepentido de lo que hizo. Sabe que estuvo mal; ambos sabemos que un regreso a la cárcel lo mataría. En realidad, no es un mal chico.

—Sin embargo, la condición de Malcolm para no llamar a la policía es que Shane se vaya.

David juró por lo bajo.

—Sé que es difícil y traté de hacerlo cambiar de opinión, pero no piensa ceder. Supongo que entenderás su sentir. Viviría aterrado.

David negó con la cabeza.

—Simplemente no sé qué le sucedió.

Alex se encogió de hombros.

—Ese es el problema. No hay manera de garantizar que no vuelva a ocurrir. No podrías responder por la seguridad de Malcolm mientras Shane esté por aquí.

David dejó caer la cabeza entre sus manos.

Alex se le acercó y le tocó el brazo desnudo.

«No hay nada que puedas hacer, David».

Era enloquecedor que la única falta que ella podía percibir en este hombre fuera esa habilidad para simpatizar con la gente sin esperanza que habían puesto a su cargo. De haber sido un poco desalmado, un poco tortuoso, habrían hecho una pareja perfecta.

Él apartó el brazo más allá del alcance de Alex.

«Madre mía, David, hice lo que pude», cortó ella, herida por el rechazo.

Él no sabía que la mujer había manipulado la situación con el fin de mantener a las autoridades lejos de ahí. Shane, para lo que a ella le importaba, podía ser devuelto a prisión a

sufrir abusos día tras día hasta el final de su vida. Fueran cuales fueran sus motivos, había resuelto la situación y, aun así, este hombre la estaba rechazando.

—Lo sé, Alex, y te lo agradezco, de verdad. Solo que tengo que averiguar qué puedo hacer para ayudar a Shane.

Ella se puso de pie y pasó junto a David para ir a sacar un par de tazas del aparador.

—¿Cómo le ha ido a Barry? Creí que, a estas alturas, ya se habría ido —preguntó, simplemente por seguir la conversación. Un último café y diría adiós. La indiferencia de David a sus insinuaciones fue la gota que derramó el vaso. Tenía mejores cosas que hacer.

David negó con la cabeza.

—El pobre tipo sufrió un gran revés. Por el amigo de un amigo se enteró de que su exesposa y su hermano se casaron la semana pasada. La hija de Barry hizo de dama de honor. El tipo tuvo un colapso importante y se puso a romper cosas. No está listo para irse.

Alex sintió que una sonrisa ascendía desde el bajo vientre. Por suerte, para el momento en que llegó a su rostro, ella ya se había vuelto. Tal vez acababan de ofrecerle un motivo para quedarse.

—Vaya, qué pena. Haré el café mientras me lo cuentas.

Once

Kim se sentó en el escritorio desocupado.

—Espero que hayáis dormido bien, porque no habrá más descansos hasta que hayamos adelantado un poco en este caso.

Por su parte, había dormido muy poco. Logró conciliar el sueño después de un largo rato, solo para despertarse dos horas más tarde, soñando con la pequeña Daisy Dunn. Frecuentemente se quedaba dormida pensando en algún caso; y, con más frecuencia aún, lo primero en que pensaba cada mañana era en un sospechoso. Pero la visión de Daisy la tenía inquieta. Había mirado cómo se la llevaban, cómo Daisy tiraba hacia atrás, cómo rehusaba irse, con la mirada puesta en Kim.

Apartó la imagen. El caso se había cerrado y ya estaban en el siguiente. Ellos habían hecho su parte, así que ahora solo les quedaba esperar a que el asunto llegara a los tribunales, a pesar de la estupidez de Jenks y Whiley.

Giró justo a tiempo para captar un gruñido del otro lado de la sala. Provenía del rincón de Dawson.

Lo desafió con los ojos. Él apartó la mirada.

Para Kim no había turnos. Las horas de trabajo se consideraban solo a título consultivo. Si había que interrogar a un testigo, no le importaba que al turno le quedaran cinco minutos. El trabajo tenía que hacerse.

—Si alguien va a estar a la espera de que los cadáveres aparezcan a horas convenientes, debería descargar de inmediato una solicitud de transferencia. ¿Alguno de vosotros?

Ni siquiera Bryant contestó. Sabía cuándo no abrir la boca. Tenía ese don.

«Muy bien. Actualización: Nuestra víctima es Allan Harris, un hombre de cuarenta y cinco años que estuvo preso por violación. Salió hace unos once meses y, por lo visto, había permanecido limpio desde entonces. Vivía de la beneficencia con su madre anciana y no ha trabajado ni un día desde su liberación».

—Fue una violación bestial, jefa —añadió Bryant.

—Lo sé. —Había leído los informes y no necesitaba una lección de historia. Las horribles lesiones sufridas por la víctima de esa violación le habían causado un malestar. ¿Derramaría lágrimas por su pérdida como ser humano? Ni hablar. ¿Permitiría que sus sentimientos personales afectaran su modo de manejar el caso? La misma respuesta—. Mirad, chicos, cumplió

su sentencia, por corta que fuera, y no había hecho sonar el radar desde entonces. Allan Harris no es Gandhi y no estamos en posición de elegir a nuestras víctimas. ¿De acuerdo?

—Sí, jefa.

—Dawson, ve a hablar con taxistas, conductores de autobuses, paseadores de perros y con el dueño del *pub*. Averigua si alguien ha sido particularmente locuaz al expresar su desprecio por Harris. Y llévate contigo a Stacey, que le hará bien un poco de aire.

Stacey era una verdadera superdotada en tecnologías de la información y siempre apoyaba al equipo desde su ordenador. Era hora de exponerla un poco más al mundo exterior. Al notar que se ponía un poco más ansiosa que de costumbre, Kim supo que había tomado la decisión correcta.

Wood y Dawson se pusieron de pie y se dirigieron a la puerta.

Dawson se detuvo un instante.

—Jefa, quisiera disculparme por mi chiste con respecto al sueño.

—De haber supuesto que lo decías en serio, estarías de camino a tu casa.

Él asintió en señal de que comprendía y se marchó. Dawson era un buen detective, pero Kim esperaba más. Los presionaba con fuerza, bajo la creencia de que eso los convertía en mejores agentes. El trabajo policíaco no venía con una tarjeta de asistencia, y cualquiera de su equipo que estuviera ahí solo por el trabajo podía largarse a un McDonalds a voltear hamburguesas el día entero.

Bryant aguardó a que estuvieran fuera del alcance auditivo.

—¿No hacemos un gran equipo? Tu fría inteligencia, mi conducta afectuosa; tu análisis desapasionado, mi habilidad para el juego limpio; tu cerebro, mi belleza.

Kim gruñó.

—Vamos, precioso, la prensa nos espera.

Ella no había convocado a nadie a una conferencia de prensa. No tenía por qué hacerlo. Habían estado llegando desde las cuatro de la madrugada.

Respiró hondo y asintió antes de abrir las puertas dobles.

Los reporteros y los fotógrafos ya estaban ahí apiñados. Ella alcanzó a reconocer a algunos locales del *Express and Star* y de los periódicos gratuitos. Un reportero de Central News y un cámara de *Midlands Today*, de la BBC, compartían algo en sus móviles. Un corresponsal de *Sky News* estaba ocupado enviando textos.

—Vale, reúnanse —gritó Kim. Frente a su cara aparecieron un ramillete de micrófonos y las grabadoras de voz recién activadas. Madre santa, cómo detestaba estas cosas.

Asintió ante los rostros expectantes.

—Quiero presentarles al sargento detective Bryant, quien les dará detalles de lo que tenemos hasta ahora.

Kim se puso a su lado. Si Bryant llegó a sentirse desconcertado por la repentina deferencia, lo ocultó bien. De inmediato, ofreció sus condolencias a la familia.

«Bravo. Apuesto a que la pelota antiestrés de Woody está en plena acción en este momento», pensó Kim.

—... El Departamento de Policía de Midlands hará todo lo posible para que el responsable sea llevado a la justicia. Muchas gracias por su asistencia.

Kim se dirigió al coche seguida de Bryant.

—Gracias por esto, jefa —refunfuñó él, mientras arrojaba al asiento trasero un ejemplar de la revista *Bicicletas Clásicas*.

—Lo manejaste como un verdadero profesional, Bryant.

—Sabes que Woody te va a matar por...

—¿Tienes la dirección?

—Dirígete a la mediana que está al final de Thorns Road, pero dobla a la izquierda en Caledonia.

—Gracias, Tomtom.

—Solo por la información, jefa, sé que no te molestaste en ir a casa anoche. —Kim no dijo nada—. Lo único que hay en tu despacho son una muda de ropa y algunos artículos de tocador.

—Estrella de oro para ti, Sherlock.

—Aparte de que el cuentakilómetros no se ha movido desde que aparcamos anoche.

—¿Qué eres tú?, ¿un tacógrafo ambulante?

—No, soy un detective. Me doy cuenta de cosas.

—Bien, concéntrate en este caso y déjame en paz.

Él tenía razón, por supuesto, por lo que ella había quedado aún más expuesta.

—Creo que necesitas un motivo para ir a casa por las noches.

—Bryant... —le dijo como advertencia. Era cierto que él podía presionarla más que ningún otro, pero no tanto.

Siguieron conduciendo en silencio, hasta que un esforzado suspiro escapó de los labios de su compañero.

—¿Qué fue eso, Bryant?

Él suspiró otra vez.

—Cuando lleguemos ahí, no sé cómo seremos capaces de transmitirle un pésame sincero a la madre de Harrys.

Kim frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

Bryant siguió mirando por la ventanilla.

—Vaya, ¿no te parece obvio?

—A mí, no.

—Con lo que le hizo a aquella chica...

Bryant dejó de hablar cuando ella pisó el freno y dobló a la izquierda en el aparcamiento de un *pub*.

—¿Qué haces?

—Venga, sácalo ahora.

Él miró para otro lado.

—No dije nada frente a los demás, pero mi hija tiene la misma edad, más o menos, que esa chica cuando la violaron.

—Lo entiendo, pero no podemos darnos el lujo de investigar únicamente los asesinatos de los justos.

Bryant se volvió hacia ella.

—Pero ¿cómo podemos dedicar la misma clase de pasión a este pedazo de mierda?

A Kim no le estaba gustando el rumbo de esa conversación.

—Porque es nuestro trabajo, Bryant. No firmaste un acuerdo de que solo protegerías a la gente que, a tu parecer, lo mereciera. Defendemos la ley y esa se aplica a todos.

Él buscó sus ojos con la mirada.

—Pero ¿puedes, de verdad, sabiendo lo que sabes, comprometerte sin prejuicios?

Ella no se acobardó.

—Sí, sí que puedo. Y lo mismo espero de ti.

Él se mordió la piel de un nudillo.

Entre ellos, el aire estaba cargado. Había ocasiones en que tenía que hacer que Bryant se alineara, y no era sencillo. Pero su amistad podía resistirlo. Eso esperaba ella.

Siguió adelante, con la voz más baja.

—Bryant, cuando lleguemos a esa casa, no espero otra cosa que tu más absoluto profesionalismo. Si no te sientes capaz, será mejor que permanezcas en el coche.

Sabía que era una rudeza, pero no toleraría que le saliera con una exhibición de sus sentimientos personales acerca de la víctima.

Él no vaciló.

—Por supuesto.

Ambos sabían que, si él desafiaba sus instrucciones, ella tomaría las medidas necesarias. Por encima de la amistad.

Kim puso la marcha y avanzó.

Con sensatez, él permaneció en silencio hasta que llegaron a la mediana, al final de Thorns Road. Había viviendas familiares a ambos lados de la calle. Ella supuso que serían casa de dos dormitorios, cada una con una entrada para coches donde apenas cabía un coche familiar.

Bryant le dijo que se detuviera frente al número treinta y tres.

La casa estaba a poco menos de veinte metros del callejón donde Harris había sido asesinado.

Bryant cerró la puerta del coche.

—Dios santo, otros quince segundos y hubiera llegado a casa.

El jardín frontal estaba en proceso de ser enlosado. Habían arrancado toscamente montañas de césped, dejando una superficie tupida con crestas y como marcada de viruelas. Una caja para porche sobresalía al frente de una propiedad que habría parecido recta si Kim hubiera inclinado la cabeza un poco a la izquierda. Todas las ventanas estaban sofocadas por cortinas de red. Arriba había un vidrio con una rotura en la esquina inferior izquierda.

Bryant golpeó la puerta con los nudillos. Tres golpes cortos. Abrió una oficial de servicios familiares vestida de sudadera y vaqueros.

—Es muy frágil. No ha dejado de llorar.

Kim pasó junto a la mujer y entró en el salón. Las escaleras conducían al dormitorio en el piso superior. Todas las superficies estaban cubiertas por espirales marrones y anaranjadas, con excepción del juego de sala en terciopelo beis que dominaba la habitación.

El perro que había estado sentado junto al cuerpo se le acercó moviendo la cola. En el cuello de pelo blanco todavía tenía algunas salpicaduras marrones de la sangre seca de su dueño.

Kim no le hizo caso al animal y siguió hacia la parte trasera de la casa. En la cocina comedor, que ocupaba todo lo ancho de la pequeña vivienda, encontró a una anciana sentada en una cómoda mecedora.

Se presentó mientras Bryant se materializaba a su lado. Él cogió la mano de la dama.

—Señora Harris, soy el sargento detective Bryant y, antes que nada, quisiera expresarle nuestras condolencias por su pérdida. —Le sostuvo por un momento la mano de huesos arqueados para después ponérsela nuevamente en el regazo.

Kim hizo a su compañero una leve señal de asentimiento y ambos ocuparon un par de sillas de mimbre. Con profesionalismo, Bryant ocultaba los sentimientos que había expresado en el coche. Ella no tenía nada más que pedirle.

La agente de servicios familiares fue a preparar té. El perro se echó junto a Kim y se apoyó en su pierna derecha. Ella retiró la pierna y concentró su atención en la señora Harris. Miró a la mujer, que tenía el pelo gris con mechones desordenados en algunos lugares, y se acordó del jardín delantero.

El rostro de la señora Harris era agradable, aunque estropeado por los estragos del trabajo duro y la angustia. Su cuerpo estaba tan consumido por la artritis que era como si sus huesos se hubieran roto y los hubieran recolocado de manera incorrecta. Con la mano derecha cogió el pañuelo desechable que tenía en la izquierda y una nube de diminutas escamas blancas terminó haciendo un charco en su regazo.

La anciana fijó en Bryant sus ojos ribeteados en rojo. Habló con un muy marcado acento de *Black Country*:

—Fue un mal chico, inspectora detective. La prisión le hizo bien.

Kim empujó al perro para que se alejara.

—Señora Harris, estamos más interesados en lo que aconteció a su hijo que en su pasado.

La señora Harris se quedó mirando a Kim, con ojos brutales, aunque secos.

—Lo que hizo fue horrible y repugnante y nunca lo superaré. Se declaró culpable de todos los cargos y no intentó defenderse con grandes y elegantes palabras. Aceptó el castigo del tribunal, nos guste o no. Salió convertido en un hombre nuevo, verdaderamente arrepentido de lo que le había hecho a la pobre chica. De haber podido borrar lo que hizo, lo hubiera hecho. —Los ojos se le llenaron de lágrimas, movió la cabeza de un lado al otro. La defensa apasionada de su hijo acababa de terminar. Atrás quedaba la fría realidad de que, de cualquier modo, estaba muerto.

Siguió, aunque con voz trémula.

«Mi chico no podrá volver a trabajar nunca más. Lo han sentenciado de por vida».

Kim mantuvo una expresión neutral y habló con franqueza:

—Señora Harris, tenemos toda la intención de investigar el asesinato de su hijo. Su historia no está relacionada con la forma en que lo haremos.

La señora Harris le buscó los ojos y le sostuvo la mirada por unos instantes.

—Le creo.

Bryant se hizo cargo.

—¿Puede decirnos con exactitud qué sucedió anoche?

La mujer se secó las mejillas con el diezmado pañuelo desechable.

—Me ayudó a meterme en la cama a eso de las diez. Puso la radio. Yo me quedo dormida con los programas hablados de la noche. Le dio un silbido a Barney y lo sacó a pasear. Siempre daban largos paseos por la noche. A Barney no le gustan mucho los otros perros.

«A veces hacía una parada en The Thorns y se tomaba una caña antes de ir al parque. Se quedaba sentado ahí, a solas, con Barney. Compraba una bolsa de chicharrones y los compartía

con el perro».

—¿A qué hora solía regresar?

—Por lo general, a las once y media. Yo nunca puedo dormir verdaderamente bien hasta que él llega a casa. Oh, Dios, Dios, Dios, no puedo creer que se haya ido. ¿Quién fue? —preguntó a Bryant.

—Me temo que todavía no lo sabemos. ¿Tenía problemas con alguna persona, que usted supiera?

—Los vecinos no han querido hablar con nosotros desde que lo dejé volver a casa. Creo que, cuando iba a la calle de día, la gente le gritaba cosas. Una noche regresó a casa con un ojo amoratado, pero no quiso hablar del asunto. Hemos recibido un par de cartas asquerosas y algunas llamadas telefónicas amenazantes. Hace un mes, nos lanzaron un ladrillo a la ventana.

Kim sintió pena por la anciana que quedaba atrás. A pesar de lo que su hijo había hecho, esta mujer lo había acogido y había tratado de protegerlo.

—¿Conserva esas cartas y esos números telefónicos?

La señora Harris negó con la cabeza.

—No, chica, Allan se deshizo de ellas y cambiamos de número telefónico.

—¿Llamó a la policía cuando les arrojaron el ladrillo?

—Ustedes dos se tomarán en serio este homicidio, pero no creo que un ladrillo lanzado a la ventana de un violador convicto pueda darles muchas respuestas.

Kim no contestó nada. Sabía que lo más probable era que la señora Harris tuviera razón.

No había pistas que encontrar en las amenazas ni en los abusos que él había sufrido, así que Kim dejó eso atrás.

—¿Siempre se llevaba su billetera, pensando, por ejemplo, en pasarse por el bar?

—No, nunca iba al bar en viernes ni en sábado. Demasiada gente. Su billetera está sobre la mesa, en el otro dormitorio.

—¿Llevaba siempre un cuchillo, digamos, para su propia protección? —preguntó Bryant.

La señora Harris frunció el ceño.

—Si hacía eso, nunca me lo dijo.

Un golpe en la puerta les impidió hacer más preguntas. La agente que había estado observando la escena fue a abrir. Kim se hacía la pregunta ociosa de cómo esta frágil mujer se las arreglaría una vez que le quitaran la ayuda. En algún momento, el caso quedaría resuelto y la ayudante sería enviada a otro lugar.

—Esa ha de ser la Cruz Azul —dijo la señora Harris con tristeza.

Mientras decía esas palabras, el perro vino de nuevo a apoyarse en la pierna de Kim. Ella no hizo nada, pues se daba cuenta de que la maldita cosa no se iría, a no ser que le diera una patada.

—¿Cruz Azul? —preguntó Bryant.

—El centro de rescate de donde trajimos a Barney. Han venido para llevárselo de regreso. Yo no puedo cuidarlo. No es justo.

Brotaron más lágrimas frescas de sus ojos.

«Mi chico amaba a este perro, le gustaba decir que le había dado una segunda oportunidad».

Entraron en la habitación un hombre y una mujer que lucían logotipos del centro de rescate.

«La correa cuelga de ahí. Su cama está en el salón, y llévense también su osito marrón. Es su juguete favorito».

El perro temblaba mientras retrocedía entre las piernas de Kim, a quien invadió una sensación de tristeza. Barney no había juzgado a su amo por sus crímenes del pasado. Había sido un amigo leal y fiel, y, ahora, su vida aquí había terminado.

El hombre de la Cruz Azul recogía las pertenencias mientras la chica recuperaba la correa.

La señora Harris se inclinó hacia delante y acarició al perro por última vez.

«Lo siento, Barney, pero yo no puedo cuidarte, amigo».

La chica le puso la correa al perro y se dirigieron juntos a la salida. Barney se volvió al llegar a la puerta delantera y se fijó en Kim con una mirada triste e inquisitiva.

Ella miró cómo alejaban al perro de todo lo que había conocido. Lo devolverían al estante de exhibición, a desfilas de nuevo por la oportunidad de encontrar un buen hogar. Ella conocía muy bien ese sentimiento.

Kim se puso de pie abruptamente.

—Vamos, Bryant, creo que tenemos todo lo que necesitábamos.

Doce

Alex puso rumbo a Cradley Heath, impresionada con su propia habilidad para adaptarse. En su campo de investigación, seguramente enfrentaría decepciones. Shane la había defraudado, pero ella convertiría esta pequeña situación en su propia ventaja, y sin que nadie pudiera detectarla.

En las investigaciones siempre había bajas, pero, por lo menos, Alex no se había topado con ningún daño colateral que al final no hubiera valido la pena. Las desilusiones eran un riesgo profesional, pero, si algo le sobraba eran recursos.

Como ahora. Después de los sucesos de anoche, lo único correcto era aparecerse de nuevo en Hardwick para asegurarse de que todo el mundo estuviera bien, y si resultaba que Barry aparecía por ahí, sería un buen día, después de todo.

Necesitaba apartar sus pensamientos de Ruth. Tenía que aceptar que no sabría de ella nada más hasta su próxima cita. La historia estaba en todos los telediarios, pero la policía nunca sería capaz de reconstruir los hechos, especialmente si Ruth le había puesto atención y se había llevado consigo el cuchillo.

El día era luminoso, pero ventoso. Los árboles se movían con los últimos remanentes del invierno.

Cuando iba por Cradley Heath, se detuvo en el supermercado Teseo a comprar una selección de tartas y pastelillos baratos. No era un gasto importante, pero, una vez más, la percepción lo era todo.

Se detuvo en el camino de entrada de la casa Hardwick y notó que había dos coches más. Los fines de semana traían visitas a los residentes.

—Refrescos —dijo al entrar a la cocina. David se volvió y Alex pudo notar que él estaba al teléfono, aunque no decía nada. Él colgó y negó con la cabeza.

—¿Está todo bien?

—¿Qué haces aquí de regreso tan pronto?

—Vaya, simplemente cogeré mis golosinas y me iré, ¿es lo que debo hacer?

—Perdona, no quise dar esa impresión.

—Solo vine a asegurarme de que Malcolm y Shane estén bien.

A veces se sorprendía a sí misma de qué convincente podía ser. Pocas cosas le importaban menos que ese par de gilipollas, pero Barry era un asunto completamente distinto.

—Malcolm luce como si hubiera peleado diez asaltos con Tyson y luego lo hubiera arrollado un camión de hielo, pero está bien. Se siente el más grande por no haber llamado a la policía. Su hermana está con él en el estudio. Me ha echado tremenda bronca por haber permitido que sucediera esto, pero se sosegó al saber que Shane ya no estará aquí nunca más.

—¿Ya? —Alex estaba sorprendida, pero complacida, también.

David abrió los brazos.

—Se fue por la noche. Fui a despertarlo temprano para hablar con él y su habitación ya estaba vacía. Le he dejado un par de mensajes, pero ahora tiene el móvil apagado.

—Qué pena, David, lo lamento. Sé lo bien que te caía.

—Ese pobre chico no tiene a nadie más. En su vida nunca ha habido un momento de reposo. De verdad creí que podríamos ayudarlo.

—Es un adulto. Tiene que tomar sus propias decisiones. Tal vez no se sentía capaz de enfrentar a Malcolm y pensó que esta era la mejor solución. Por lo menos, no tuviste que pedirle que se fuera.

—Hola, Dougie —dijo sin volverse—. ¿Nunca te aburres de seguirme por todos lados?

Él negó con la cabeza y pasó el peso de un pie al otro. Ella abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. No había la menor diversión en ser malvada con Dougie. Le gustaba que sus adversarios tuvieran una neurona, por lo menos.

Alex se llevó los platos al estudio.

Ray, el más viejo de los residentes, estaba sentado en un sofá, soportando otro de los silencios incómodos que frecuentemente había entre él y una hija a la que apenas conocía.

Ray era el epítome de lo que Jeremy Hardwick había imaginado cuando abrió la casa. En 1986, el día en que abandonó el mundo libre, un disco de ordenador llenaba la habitación entera, los teléfonos móviles venían con baterías del tamaño de un portafolio y el fundador de Facebook tenía apenas dos años.

Alex se acercó a ellos con un plato. Hubiera deseado no tener que perder el tiempo con semejantes trivialidades, pero las apariencias eran importantes. Ambos tomaron tartas y le dieron las gracias, ansiosos por tener una distracción.

Malcolm fue a sentarse en el rincón más apartado, amansado e intimidado por su austera hermana menor. Ese hombre hubiera sido un buen esposo para una mujer dominante. Aceptaba muy bien el papel. Alex le brindó una sonrisa secreta y luego bajó la mirada.

Había empezado a echar un vistazo por la habitación cuando oyó una voz detrás.

—Esto... disculpe, ¿usted es la doctora, no es así?

Alex se sorprendió de encontrarse con que la entrometida hermana de Malcolm la observaba. Era una mujer de aspecto desastrado, con los dientes prominentes y los ojos pequeños y entrecerrados.

—Me llamo Alexandra Thorne y...

—¿Así que usted es la mujer que convenció a mi hermano de no llamar a la policía?

Tenía las manos en la cadera y la mandíbula picada de viruelas echada para delante. Alex se aguantó la risa. La diferencia de estaturas entre las dos hacía que Alex quisiera agacharse y darle a la mujer palmaditas en la cabeza. Si tan solo no tuviera que perder el tiempo en gente tan insignificante.

«¿Me puede explicar por qué hizo eso?».

—No creo que tenga por qué explicarle...

—Solo observe en qué estado se encuentra. —Hizo un gesto hacia Malcolm, que, a pesar de la mortificación, seguía sentado—. ¿Cómo pudo permitir que ese hijo de puta le hiciera eso y se saliera con la suya?

—La decisión de no llamar a la policía fue de Malcolm.

La expresión de disgusto de la mujer fue de una persona mayor.

—Sí, podría apostar a que así fue. —Barrió a Alex con la mirada—. Usted, con sus vaqueros Vicky Beckham y sus tacones altos. Él sacrificaría a sus sobrinas si usted se lo pidiera.

En ese momento, dos pequeñas pasaron zumbando y rozaron el muslo izquierdo de Alex, quien ya meditaba la idea de poner a prueba esa teoría.

La gente empezó a mirar hacia ellas. La situación había llevado a Alex hasta el umbral del aburrimiento.

Bajó la voz.

—Yo no disuadí a su hermano de nada. Es un adulto que piensa por sí mismo.

—Ajá, eso creí. Conozco su juego.

Alex lo dudaba seriamente. De cualquier modo, sonrió tolerante.

—¿Y mi juego es?

—Que usted anda tras él. De eso se trata.

Vale, por supuesto que eso era, pensó Alex, casi riéndose en el rostro de la mujer.

—Está tratando de hacer que dependa de usted para atraparlo y casarse con él.

Una gota de saliva salió de la boca de la mujer y aterrizó en la mejilla de Alex. Eso ya era demasiado.

Se llevó a la mujer a un rincón, con delicadeza y una sonrisa en el rostro, para satisfacción de los curiosos. Le habló en voz baja.

—Muy bien, estúpida, ignorante malparida, pedazo de mierda, alenté a Malcolm a que dejara a la policía fuera de esto, y usted debería de estar jodidamente agradecida. Shane estaba haciendo toda clase de acusaciones de que Malcolm molestaba a sus dos pequeños demonios.

»Cualquier agente que hubiera venido a atender el caso se habría sentido obligado a investigar esas afirmaciones, cosa que hubiera terminado con exámenes fisiológicos dolorosos y humillantes para sus dos amorcitos, sin mencionar la posibilidad de que se las quitaran.

Alex quedó muy satisfecha al advertir que la boca de la mujer quedaba lo suficiente abierta como para que se secaran todas las gotas de saliva que quedaban ahí.

Siguió sonriendo.

«Así que le sugiero que mantenga su perversa boquita cerrada, que siga visitando a su hermano y se mantenga al margen de lo que no le concierne».

La respuesta fue un asentimiento sumamente leve.

Alex giró y respiró hondo. Ahora, de vuelta al verdadero motivo de su visita.

Trece

Alex puso su atención en Barry, que estaba solo, en el rincón más apartado, leyendo una revista.

Se paró frente a él, con el plato por delante y el gesto listo para el juego.

—¿Tartaleta de manzana?

—¿Es una oferta o alguna clase de petición?

—Lo que tú quieras. —Se sentó a su lado—. ¿Cómo te ha ido?

Como toda respuesta, él se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en la revista. Acababa de afeitarse la cabeza y tenía el cuerpo más vigorizado y musculoso de lo que ella recordaba. Barry había sido un boxeador semiprofesional antes de ir a prisión. Ese antecedente no lo había favorecido durante el juicio.

Alex estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos. Se rio tolerante mientras las molestas pequeñas iban corriendo a la mesa, cogían un pastelillo y se alejaban corriendo otra vez. De haber estado sola, habría levantado la pierna para hacerlas tropezar, pero se contuvo.

—¿No son encantadoras?

Barry ni siquiera las miró.

—¿Sigues ahí?

—*Sip*. Pareces ser la única persona sin visitantes, así que me tienes como premio de consolación.

—Oooostiaaaa.

—Venga, venga, no te emociones. Puedo notar que estás muy conmovido por dentro y que simplemente has decidido no revelarlo.

Con toda franqueza, estos chicos eran muy sensibles. Primero, Shane había reaccionado muy mal a su rechazo, y ahora Barry le daba la espalda por el mismo motivo. No importaba. Lo recuperaría.

—Vale, así ha de ser.

Ella inclinó la cabeza.

—¿No estás de humor para hablar hoy conmigo?

Barry soltó una carcajada.

—Esto es genial. Llevas meses sin hablar conmigo.

Alex trató de aprovechar el punto.

—Lo sé, Barry, y lo siento. Pero la cosa es que hay gente que necesita mi ayuda mucho más que tú. Parece que tú ya dejaste atrás lo peor.

Él gruñó y Alex dejó de sonreír. Sabía muy bien que él ni siquiera estaba cerca de lo peor. Su plan dependía de ese hecho. Lo sacudió un poco.

—Vamos, pensé que éramos amigos. ¿Por qué estás tan molesto?

—Estoy seguro de que David ya te tiene bien informada.

—No —mintió—. No estoy aquí por cuestiones oficiales, así que él no me cuenta las historias. Eso depende de cada uno.

Lo que de verdad quería era que Barry se lo contara en persona, para poder valorar sus puntos flacos. David le compartía los hechos, pero ella quería conocer los disparadores emocionales. Ya había deducido que Barry no era capaz poner su atención en las dos niñas. Le recordaban que su propia hija estaba siendo cuidada por otro hombre: su propio hermano.

Él miró las tartaletas.

Ella presionó.

—Muy bien, ya no más conversaciones unilaterales. Pregúntame cualquier cosa y te la digo.

Él se volvió hacia ella, interesado.

—¿Casada?, ¿hijos?

—Separada y con una hija —dijo ella, observando a las niñas. Bajó la mirada. Era una buena obra de narrativa que los aproximaría más. Necesitaba esa afinidad de sentirse separada de un hijo.

Él captó la sutileza.

—¿Dónde está la niña?

—Con su padre. Es su fin de semana. —Apartó la mirada.

—Vale, perdona...

Ella apartó las excusas con un movimiento de la mano.

—No pasa nada. Dividir una familia es siempre doloroso, pero estamos tratando de solucionarlo.

Fantástico, pensó. Ahora él se sentía culpable de haberle causado pena, por lo que sería más fácil que se abriera.

Conocía la historia por dentro y por fuera. Barry había sido un boxeador aficionado con una esposa joven. Presionado por su mujer para que dejara el deporte, comenzó a conducir una furgoneta de reparto. Al poco tiempo, su esposa quedó embarazada, pero, a los ocho meses, el bebé dejó de respirar. La mujer entró en trabajo de parto y dio a luz a un hijo muerto.

Barry trató de ser fuerte, pero volvió al boxeo para aliviar la furia. Aunque salía más lastimado de cada pelea, no podía parar. Durante el tiempo en que Barry tendría que haber consolado a su esposa, el hermano fue quien se hizo cargo.

Un día los sorprendió, y Barry le dio tal paliza a su hermano que lo dejó parálítico de la cintura para abajo. Siete meses después, Lisa dio a luz al bebé de Barry: una niña.

—¿Qué hizo tu esposo? —preguntó Barry en voz baja.

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Se la jugó.

—¿Un amorío?

Ella asintió.

«¿Alguna conocida?».

Por un momento, Alex pensó en inventarse una mejor amiga que encajara en su escenario de ficción, pero eso era llevar su credibilidad demasiado lejos.

—No, una chica a quien conoció en un café. Es una barista, lo que quiera que eso signifique. Por lo visto, ella es menos desafiante.

—Supongo que eso te hace sentir bien.

—Tremenda. —Le sonrió—. Escucha, ¿cuál de nosotros dos es el loquero? Ya estoy suponiendo que me vendrás con una factura antes de que me marche.

—Claro, unos buenos doscientos pavos para mi bolsillo —bromeó.

—De cualquier modo, no hablemos de mí, es suficiente. ¿Cómo has estado? —le preguntó, ansiosa por reanudar su experimento.

—No muy bien. Ahora están casados —dijo, miserablemente.

—Vaya, Barry, lo siento mucho. No tenía ni idea.

Él desestimó la disculpa con un gesto.

—El pecado no es tuyo.

Alex se quedó en silencio por un minuto, nada más, con la mente colgada de lo que él acababa de decirle.

Pero era hora de empezar.

—¿Ella lo quiere? —preguntó con suavidad.

Esa pregunta le provocaba dolor, tal como ella había querido. Un destello de confusión apareció en los ojos del hombre.

—No lo sé. O sea... Eso supongo. Se casó con él.

—¿Crees que Lisa se casó con él por su sentido de responsabilidad?

—¿Eso tiene alguna importancia?

—La tendría para mí, si todavía estuviera enamorada de ella —dijo Alex con gentileza.

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Nunca me aceptaría de regreso.

Alex hizo una pausa por unos instantes.

—Mmm... ¿Tú y tu hermano peleabais cuando erais niños?

Barry sonrió.

—Es la primera cosa de loqueros que dices.

—Lo lamento. Solo estoy interesada en saber si esto ha sido puramente accidental.

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Ah, espera, acabas de decirme que no puedo hacer de loquera. Decídete.

—Continúa.

—Bueno, a veces los hermanos compiten durante la niñez; normalmente, por el afecto o la aceptación de un padre. Si un niño siente que su hermano o su hermana es más inteligente, atractivo o favorecido, trata de competir y emular al hermano más exitoso. Esto termina de manera natural cuando los hermanos siguen diferentes derroteros fuera de la casa familiar, pero, a veces, la envidia persiste en la edad adulta.

Alex podía notar que él se lo tomaba en serio. Era cierto, por supuesto. Cada hermano se acuerda de los pleitos por los juguetes, la ropa o los CD. Es perfectamente normal.

Se encogió de hombros como si eso, para ella, no tuviera la menor importancia.

—Da la impresión de que te estuvieras responsabilizando de todo, y, aun así, no sabes si una parte fue diseñada. Así que te pregunto de nuevo: ¿ella lo ama?

—Aún no entiendo qué importancia tiene. Ella nunca me perdonará.

—No tiene ninguna importancia cuando ya te rendiste.

—Pero ¿qué podría...?

—Dijiste que le perdonarías cualquier cosa con tal de ser una familia. ¿Cómo sabes que ella no haría lo mismo? Por el momento, tu hermano te ha robado tu vida. Se ha quedado con tu esposa y es el padre de tu hija, y tú ni siquiera sabes si ella está enamorada de él.

Tres minutos. Venga el último gancho de derecha.

«No tendrías por qué envidiarlo. Quiero decir, ¿qué calidad tiene su vida? No puede levantarse de esa silla. Quizás fuera más compasivo que no hubiera sobrevivido. —Hizo una pausa de unos segundos—. Eso tal vez habría sido más bondadoso para tu esposa».

Barry la miraba con intensidad. Una nueva esperanza comenzaba a flotar detrás de sus ojos.

Alex se encogió de hombros y suspiró.

—Probablemente se arrepiente de todo y quiere que regreses: un hombre fuerte y sin discapacidades a quien ama, el verdadero padre de su hija, pero no puede sustraerse a la obligación de cuidar de tu hermano.

Barry parecía confundido e inquieto.

—No lo sé...

—Sí lo sabes —dijo ella, doblando las piernas e inclinándose ligeramente hacia él—. Yo le dije a mi esposo que jamás lo perdonaría, pero, si él regresara mañana genuinamente arrepentido de lo que ha hecho, yo pensaría seriamente en darle otra oportunidad. Lo quiero, lo echo de menos y es el padre de mi hija. Básicamente, quisiera recuperar a mi familia.

Barry guardó silencio por unos minutos. Se puso de pie.

—Creo que iré a dar un paseo. Necesito poner un poco de orden en mi cabeza.

Alex asintió y sonrió. Cogió uno de los pastelillos. Su experimento era un poco como jugar al trompo. Lo enrollas lo más apretado que puedes y lo echas a girar sin tener ni idea de a dónde irá.

Catorce

Kim dejó caer el último informe.

—Absoluta y jodidamente nada: taxistas, conductores de autobuses, residentes. Un hombre es asesinado a puñaladas y nadie mira ni oye una puta cosa.

—Aquí está este informe —dijo Bryant, después de revisar su propia pila.

—Por supuesto, un chico de dieciocho años, totalmente borracho, creyó haber mirado a alguien sentado contra la pared apenas antes de las once y cuarto, justo a un lado de la parada de autobús.

—Sí, pero el último autobús pasó a las...

—En realidad, no es como un arma humeante, ¿o sí? Alguien sentado contra la pared junto a la parada del autobús.

Bryant suspiró.

—Tal vez fueron las «golpeadoras».

—¿Eh?

Bryant cogió las dos tazas, se levantó y fue a la cafetera.

—Los mineros tenían hadas a las que llamaban «golpeadoras». Cuando las hadas se enojaban, escondían las herramientas, robaban las velas, saltaban detrás de los pilares de carbón y, en general, se ponían a fastidiar. Nadie las vio, pero, en las minas, nunca se dudó de su existencia.

—Muy útil. Así que ahora estamos buscando a la jodida Campanilla...

—Con un cuchillo de cocina de trece centímetros, a juzgar por la herida —añadió Dawson.

—Tras los exámenes preliminares, se supone que la puñalada fatal fue la primera y que el cuchillo perforó la pleura.

Sonó un teléfono. Kim no le hizo caso. Bryant cogió la llamada.

—Así que el asesino apuñaló de abajo arriba porque sabía lo que estaba haciendo, o bien, porque había una diferencia sustancial de estaturas. Las otras heridas fueron por cólera o frustración.

—Jefa...

Kim se volvió hacia Bryant.

—¿Qué?

—La posible arma asesina viene en camino.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó ella, con la mente aún reuniendo los fragmentos de información con que contaban.

—Un terreno baldío en Dudley Road, donde un tipo de la localidad tiene algunos caballos.

—En el camino que lleva a...

—Lye —completó él.

—Y a la casa de Ruth Willis.

Quince

Kim aguardó a que ella y Bryant estuvieran solos en el coche antes de preguntarle lo que tenía pensado.

—Sigue en eso, ¿o no?

Si Kim hubiera creído que su compañero necesitaba alguna explicación, se la hubiera dado.

—Bryan suspiró.

—¿Reparaste en la corbata de anoche?

—Y en los zapatos —confirmó ella—, por no mencionar la actitud.

Dawson exhibía una chulería adicional cuando engañaba a su prometida, aunque no engañaba a ninguno de ellos dos.

Bryant se detuvo en un semáforo que ella habría desafiado.

—Uno creería que, después de la última vez...

No había nada más que decir. Apenas un par de meses después del nacimiento de su hija, la prometida de Dawson descubrió que él la había engañado mientras estaba embarazada. Lo echó de la casa. Los otros tres miembros del equipo habían pasado unos días miserables mientras él intentaba ganársela otra vez. Al final, lo había conseguido.

Bryant se encogió de hombros.

—No sé. Ese tronco no se entera cuando tiene algo bueno.

Y lo perdió y lo recuperó, pensó Kim, pero no dijo nada. Lo que Dawson hacía en su vida privada era asunto suyo, pero no su actitud en las horas de trabajo.

La casa adosada, a dos calles del lugar de la violación, no tenía nada de especial. Era parte de una fila de doce, idénticas, una reflejo de la otra a ambos lados de la estrecha calle. No había jardines delanteros. Una placa de piedra, a mitad de la calle, fechaba las edificaciones en 1910.

—Jefa, de verdad, ¿esta es una buena idea?

Kim entendía sus reservas. No era una práctica normal, pero sus instintos eran como una lavadora en el ciclo de centrifugado. Ya lo traía dentro y estaría agitándose hasta quedar satisfecho.

—Madre mía, la idea no es entrar y arrestarla. Solo quiero hablar con ella.

No dio la impresión de haberse sosegado. Aguardaron en silencio a que alguien respondiera a la llamada. Finalmente, abrió la puerta una mujer menuda en chándal azul marino. La expresión de culpa prácticamente la abrumaba, así que Kim lo supo de inmediato: esta era Ruth, la víctima

de la violación. En cuanto sus miradas se encontraron, Kim también supo que estaba ante Ruth, la asesina.

—Somos la inspectora detective Stone y el sargento detective Bryant. ¿Podemos entrar?

La mujer vaciló por un momento y se hizo a un lado. Kim advirtió que no les exigió identificaciones ni explicaciones.

Kim siguió a Ruth Willis a la sala de estar de la parte delantera de la casa. Las paredes eran una cronología de la infancia de Ruth: una mezcla de poses profesionales frente a un fondo azul cielo y otras fotografías favoritas de la familia, ampliadas y enmarcadas. No había otros hijos en las imágenes.

En la televisión pasaban *Sky News*. Kim le dijo a Bryant que quería dirigir la entrevista. Él le respondió con una expresión que significaba «tranqui», aunque Kim no tenía ninguna otra intención. A diferencia de Bryant, ella sabía que la búsqueda había terminado.

—¿De qué se trata, oficial? —preguntó Ruth. Alcanzó el control remoto y cambió de canal.

Kim esperó hasta hacer contacto visual con ella.

—Venimos a comunicarle que un hombre fue asesinado anteanoche, no muy lejos de aquí, en Thorns Road.

Ruth trató de sostenerle la mirada, pero fracasó. Sus ojos iban de uno al otro sin calmarse.

—Oí algo de eso en las noticias.

—El hombre fue identificado como Allan Harris.

—Oh, ahora caigo.

Kim advirtió que Ruth trataba de permanecer inexpresiva, insegura de cómo tenía que responder. Con cada reacción, nutría los gruñidos que la detective sentía en el estómago.

El hombre recibió cuatro puñaladas. La herida fatal entró...

—Muy bien, ya me hago a la idea, pero ¿cómo se relaciona esto conmigo?

El esfuerzo por aparentar normalidad hacía que la voz de la mujer temblara cada vez más.

—Eso es lo que hemos venido a averiguar, señorita Willis.

Kim se esforzaba en mantener una expresión de benignidad. Piano piano.

Se sentó. Ruth hizo lo mismo, y sus manos cayeron entrelazadas en su regazo.

—Sabemos lo que le hizo, Ruth. La violó y la golpeó hasta que usted casi perdió la vida. No voy a hacer como que sé lo que ese ataque pudo haberle provocado. Ni siquiera puedo imaginar el horror, el miedo, la rabia.

Ruth no decía nada, pero el color comenzaba a abandonar su rostro. La mujer estaba dedicando absolutamente todas sus energías a enmascarar sus verdaderas emociones, pero su cuerpo no había leído el mismo memorando.

«¿Cuándo se enteró de que lo habían liberado?».

—Hace unos meses.

—¿Cómo lo supo?

Ruth se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

—Vive a apenas tres kilómetros de su casa. ¿Lo vio alguna vez?

—Con toda franqueza, no lo recuerdo.

—¿Qué le pareció que lo hubieran soltado?

Kim observó que la mano derecha de Ruth acariciaba instintivamente el tejido cicatrizado de

la muñeca izquierda, un recordatorio permanente de su intento de suicidio.

Ruth miró por la ventana.

—En realidad, no lo pensé mucho. No era como si yo pudiera hacer algo al respecto.

Kim presionó.

—¿Cree que fue justamente castigado? —Los ojos de Ruth destellaron de emoción. Kim podía apreciar que esta mujer tenía mucho que decir sobre el asunto, por más que no lo hiciera —. ¿Cómo se siente al saber que finalmente tuvo su merecido?

Las mandíbulas de Ruth estaban apretadas. No se sentía confiada para hablar. Kim podía percibir la incomodidad de Bryant, pero no estaba cuestionándola a la ligera. Había formulado sus preguntas en el coche. Las respuestas tendrían que ser emotivas.

En una persona inocente, la reacción a tal sondeo habría sido inmediata y sin censura: «El hijo de puta tendría que haber sido encerrado de por vida» o «Me alegro de que esté jodidamente muerto». Habría fuego en los ojos de Ruth, y agitación, no un silencioso beneplácito y una negativa a hablar derivados de que era incapaz de elaborar la respuesta más adecuada.

—No sé en qué se relaciona todo esto con el homicidio.

La voz de la mujer comenzaba a quebrarse. La tensión alimentaba la inquietud de unas manos que se retorcían.

—Lo siento, señorita Willis, pero debo preguntarle dónde estuvo la noche del viernes entre las nueve y las doce.

—Aquí, viendo la televisión.

Kim advirtió que la voz de la mujer subía de tono. Dentro de su cabeza, esas palabras habían sido ensayadas muchas veces.

—¿Hay alguien que pueda certificar que usted no salió de la casa?

—Yo, este... Salí a comprar patatas fritas alrededor de las nueve y media.

Por lo tanto, comprendió Kim, quizás algún vecino notó que salía de la casa o venía de regreso, así que tuvo que inventarse un viaje corto a algún lado.

Kim asintió.

—Si hablamos con el propietario, ¿podrá él atestiguar que la atendió en algún momento después de las nueve y media?

Ruth la miró aterrorizada.

—Vaya... No lo sé. Había gente. Quizás no se acuerde.

Kim sonrió tranquilizadora.

—Bah, estoy segura de que sí se acuerda. Es su proveedor local de patatas fritas. Seguramente usted ha pasado por ahí montones de veces a lo largo de estos años. A fin de cuentas, ha vivido aquí toda la vida.

—Bueno, sí, pero el dueño no estaba, y a los otros no los conozco tan bien.

Kim siguió a Ruth hasta el rincón a donde había ido a buscar refugio.

—Vale, está bien. Si tan solo me diera la descripción del ayudante que la atendió, estoy segura de que hablaremos con la persona adecuada.

Advirtió que las ganas de luchar abandonaban a la mujer. Les había ofrecido una coartada imposible de corroborar y cualquier cambio de postura resultaría muy sospechoso. Los inocentes no necesitan inventarse coartadas.

Kim se puso de pie y Ruth se la quedó mirando. Compleción gris, ojos llenos de miedo. Su

cuerpo se derrumbaba como una carpa azotada por el viento.

Kim habló con voz suave.

«Tenemos el arma asesina, Ruth. Estaba justo donde usted la arrojó».

Ruth enterró el rostro entre las manos. Los sollozos sacudían su cuerpo. Kim se volvió hacia Bryant y sus miradas se encontraron. Entre ellos no había sensaciones de triunfo ni placer.

Kim se sentó junto a ella en el sofá.

«Ruth, lo que Allan Harris hizo con usted fue horrendo, pero creo que debería saber que estaba arrepentido. Siempre tenemos la esperanza de que las prisiones rehabiliten a los delincuentes, aunque no siempre creemos que sea posible. En esta ocasión, sí lo fue. La contrición de Allan Harris era genuina».

Bryant dio un paso adelante.

—Ruth Willis, queda bajo arresto por...

—Yo no tenía miedo —dijo Ruth en voz baja. Kim había empezado a ponerse de pie, pero volvió a sentarse.

—Señorita Willis, debo advertirla de que...

—Estaba nerviosa, pero no tenía miedo —repitió.

—Señorita Willis, cualquier cosa que diga será usada... —comenzó a decir Bryant.

—Déjalo —dijo Kim, sacudiendo la cabeza.

—Es por ella, no por nosotros.

—Lo observé cuando salía del parque. Yo estaba parada en el cruce. Me sentía poderosa, justa. Me oculté entre las sombras, a la entrada de la tienda. Él se agachó para atarse el cordón de un zapato. El perro se me quedó mirando. No ladró. —Levantó el rostro. Lo tenía mojado de lágrimas—. ¿Por qué no ladró?

Kim negó con la cabeza.

«En ese momento me sentí tentada a clavarle el cuchillo en la espalda, pero eso no hubiera sido lo correcto. Yo quería mi luz».

Kim se volvió hacia Bryant, que se encogió de hombros.

«Me sentía confiada, bajo control. Lo seguí y le pedí que me dijera la hora».

—Ruth, necesitamos...

«Le enterré el cuchillo en el estómago. Su carne contra la mía, pero, esta vez, en mis propios términos. Sus piernas se tambalearon y se llevó la mano derecha a la herida. La sangre corrió entre sus dedos. Miró al suelo. Luego a mí. Me quedé esperando».

—¿Esperando? —preguntó Kim.

—Saqué el cuchillo y lo volví a apuñalar. Y me quedé esperando.

Kim quería preguntar a qué esperaba, pero no se atrevió a interrumpir el hechizo.

—Y otra vez, y otra vez. Escuché su cráneo golpear el hormigón. Sus ojos comenzaron a cerrarse, así que lo pateé, pero no me la devolvió.

—¿Devolverle qué, Ruth? —preguntó Kim con suavidad.

—Quise volver a hacerlo. Algo había salido mal. Aún la tenía. Le grité que me la devolviera, pero ya no se movió.

—¿Qué tenía él que le perteneciera a usted?

Ruth la miró como si fuera algo perfectamente obvio.

—Mi luz. No recuperé mi luz.

Su cuerpo se dobló instantáneamente y los sollozos comenzaron a brotar de su garganta.

Una vez más, Kim miró a Bryant, quien no hizo otra cosa que encogerse de hombros. Se sentó silenciosa por un largo minuto antes de hacer una señal de asentimiento a su colega.

Él avanzó un paso hacia la mujer que acababa de confesar un crimen.

—Ruth Willis, queda bajo arresto por el asesinato de Allan Harris. No tiene que decir nada, pero su defensa...

Kim salió de la casa antes de que Bryant terminara. No se sentía triunfal ni victoriosa, solo satisfecha de que habían atrapado a la persona que había cometido el crimen y de que su trabajo estaba completo.

La suma de una víctima más un perpetrador es igual a caso cerrado.

Dieciséis

Apenas pasaba de la medianoche cuando Kim entró en la cochera. La silenciosa calle familiar había cerrado sus puertas en preparación para la semana siguiente. De verdad, esa era su parte favorita del día.

Encendió el Ipod y escogió los *Nocturnos* de Chopin. El piano solo la aliviaría durante las primeras horas de la madrugada hasta que el cuerpo le exigiera dormir.

Woody tampoco había colaborado para mejorar su estado de ánimo. Después de que ella mandara a todos a sus casas, Woody había venido a su escritorio con algunos regalos: un sándwich y un café.

—¿Qué es lo que no me va a gustar, señor? —preguntó ella.

—La fiscalía de la corona quiere ir con mucho cuidado en esta ocasión. No están interesados en un cargo por homicidio. Buscan antecedentes. No quieren que un defensor astuto venga a reclamar atenuantes.

—Pero...

—Debemos apretar todas las tuercas.

—Mañana, a primera hora, pediré a Wood y a Dawson que se encarguen de eso.

Woody negó con la cabeza.

—No, quiero que tú pongas todo esto en orden, Stone.

—Oh, vamos, señor.

—No hay discusión. Solo hazlo.

Kim dejó escapar un suspiro, poniendo, al exhalar, cada gramo de consternación que pudo acopiar. Eso no cambiaba nada, pero sintió que su opinión estaba emitida.

Woody sonrió.

—Ahora, por el amor de Dios, ve a casa y... haz lo que quiera que suelas hacer cuando no estás aquí.

Así que eso hizo.

Mientras se dejaba caer al suelo junto a las piezas de la motocicleta, gruñó molesta.

Detestaba pasar la fregona. El asunto estaba terminado. Habían atrapado al malo, o a la mala, en este caso, dentro de un plazo de cuarenta y ocho horas.

Tenían grabada una confesión completa y, ahora, la fiscalía de la corona quería que también fueran a limpiarle el culo.

Cruzó las piernas y comenzó a analizar las piezas que la rodeaban. Todas las partes de la motocicleta estaban ahí, listas para encajar unas con otras y producir un clásico, una hermosa máquina británica. Ahora, lo único que tenía que hacer era averiguar cómo.

Una hora más tarde, las partes del rompecabezas seguían en el mismo lugar. Tenía en el estómago una sensación que se negaba a ser pasada por alto.

Repentinamente, se le ocurrió algo. Se puso de pie y fue a por sus botas.

Después de todo, era posible que su insomnio no tuviera ninguna relación con este caso.

Diecisiete

Kim se bajó de la Ninja y abrió el portón que le llegaba a la cintura. Los caminos rechonchos y despojados de césped parecían haber contagiado toda la calle. En la frontera entre Dudley y Netherton, muchos de los residentes del pequeño puñado de fincas municipales habían aprovechado el esquema del derecho de compra para asegurarse una espaciosa propiedad a una fracción de su costo. El hogar de la familia Dunn había sido uno de esos.

Esta vez no habría actividades presurosas, golpeteo de botas ni ruidosas entradas a la propiedad con el ariete. Solo ella y un juego de llaves.

Anduvo de un lado al otro de la casa más lentamente que la primera vez. Ya no había urgencias. Habían pinchado, sondeado y desvestido la casa de cualquier cosa que pudiera servirles en el caso. En el aire había una sensación de abandono, como si los habitantes hubieran sido borrados del cuadro. Los libros y los juguetes estaban almacenados en varios rincones. En la cocina todavía estaban la caja de cereal y los tazones. Aparte del abuso, en esta casa se había desarrollado una vida normal. A veces, las niñas no habían sido otra cosa que dos pequeñas.

Finalmente llegó a la puerta de madera en un extremo de las escaleras. Kim se quedó impresionada de que todo el mundo hubiera descrito el espacio como un sótano. No lo era. Ella había estado en sótanos diminutos en algunas de sus casas de acogida en Midlands. Las residencias, que eran conocidas como «espalda con espalda», se levantaban en hileras de veinte. Habían sido construidas por los propietarios de las fábricas y las minas durante la revolución Industrial y llegaron a albergar hasta seis familias, cada una. Los sótanos eran espacios diminutos, apenas del tamaño de una persona. Se colocaban un par de escalones por debajo del nivel y su objetivo era servir de almacenes de carbón.

Pero no este. Esta casa había sido modificada para dotarla de este espacio soterrado.

Muchos hombres soñaban con tener una cueva, un lugar que podían considerar propio: un cobertizo en el jardín, una habitación libre donde construir modelos, un sitio donde jugar a juegos de ordenador; pero Leonard Dunn quería un espacio para abusar de sus niñas. El que hubiera dedicado tantas horas a hacerse un sótano con el único fin de darse ese gusto añadía a su depravación un nivel de enfermedad que Kim apenas podía tolerar.

Ahora, el lugar estaba casi vacío. Parecía inofensivo después de que se hubieran llevado las pruebas. Pero Kim aún podía contemplarlo como en la mañana de la redada. La colchoneta de gimnasia, la lámpara, la cámara digital. Pero, más que nada, los actos repugnantes que habían

tenido lugar ahí seguían impregnados en las telas de la habitación y jamás desaparecerían.

En el rincón más alejado ya solo quedaba el escritorio. El ordenador y los discos estaban en la comisaría. El área podía haber pertenecido a un arquitecto, un contador o cualquiera que deseara un poco de privacidad para pensar, ensimismarse o crear.

Cruzó la habitación hasta el armario, ahora despojado de los disfraces que Dunn usaba en sus juegos enfermizos.

Durante la recogida de pruebas, habían empujado la lámpara hasta el fondo. Pero ella no necesitaba que le recordaran dónde había estado: detrás de la cámara, para arrojar un chorro de luz directa sobre la colchoneta de gimnasia.

La mente de Kim regresó automáticamente a la visión de Daisy de pie en el centro de esa colchoneta, con la vocecita temblando mientras preguntaba a su padre qué tenía que hacer.

Sacudió la cabeza con el fin de apartar esa imagen de su mente. A menudo deseaba que algunas cosas pudieran ser invisibles o inaudibles, pero en su cabeza no había un sencillo botón de borrado.

Kim se dirigió a las escaleras, todavía insegura de qué la había atraído de regreso a esta habitación.

Respiró hondo.

—Ojalá lo hubiera detenido antes, Daisy —dijo, mientras su mano proyectaba una sombra en el interruptor de la luz.

Sus dedos se detuvieron en seco y temblaron.

Miró hacia atrás, hacia la lámpara. Algo no tenía sentido.

Kim retrocedió y se concentró con todas sus fuerzas mientras las sospechas que la habían roído finalmente le pegaban un mordisco.

—No, coño, no —dijo, y se lanzó escaleras arriba.

Dieciocho

Kim atravesó su lugar de trabajo, aún saturada del ímpetu de la motocicleta que ahora se enfriaba allá fuera.

El salón de vídeo estaba localizado en el tercer piso de la comisaría.

No había una manera sencilla de entrar a esa parte del edificio. Apretó un botón y dejó los dedos descansando contra la pared. Subió la mirada a la cámara que ahora se ocuparía de detectar sus rasgos faciales.

Levantó el dedo para volver a pulsar el timbre, pero entonces oyó un sonido familiar. Tiró de la puerta y se metió en la esclusa de aire. La primera puerta se cerró detrás, lo que le dio la oportunidad de teclear su contraseña para entrar en el salón.

El espacio sin ventanas estaba ocupado por cuatro grupos de dos escritorios. Una diferencia notable entre esta y las otras oficinas del edificio era la falta de papeles.

Esta sala albergaba a gente que estudiaba meticulosamente cada segundo de los vídeos de circuito cerrado confiscados como pruebas. En casos como el de la investigación Dunn, Kim no hubiera hecho este trabajo ni por todas las motocicletas del Japón.

—Hola, Eddie, ¿trabajando hasta tarde? —preguntó mientras se aproximaba al único escritorio ocupado.

Enderezó y estiró un torso que había pasado demasiadas horas encorvado sobre el teclado. Kim creyó oír que algo crujía.

—¿Tú también, Marm?

Kim había estado con Eddie muchas veces en el trabajo. Todo en él iba con el promedio: la estatura, el peso, la complexión y la fotografía de su escritorio. No era un hombre que destacara.

Pero, una vez que su mano izquierda comenzaba a controlar el teclado y la derecha el ratón, había un encuentro, una conexión que daba placer.

—Ed, necesito que veas una parte de los vídeos del caso Dunn...

El sonido del timbre la interrumpió.

—Vaya noche, esto parece la estación de New Street —dijo Eddie, girando hacia la cámara.

—Es Bryant —dijo Kim.

Eddie miró de un lado al otro.

—¿Qué? ¿Ahora también tienes poderes extrasensoriales?

—Esto... no, lo llamé por teléfono.

Eddie gruñó y presionó el botón del acceso.

Bryant ya se estaba quitando la chaqueta.

—Escucha, jefa, sé que no puedes estar sin mí, pero...

—No te exaltes. Eres el que vive más cerca, nada más.

—Con eso me basta —dijo él, y colocó la chaqueta en uno de los escritorios.

Eddie se apartó del suyo y giró la silla. Se tomó un momento para flexionar los dedos de la mano derecha.

—Vale, que está muy bien tener un poco de compañía en el turno de la noche, pero no hay cerveza ni *pizza*, así que adivino que esto no será una fiesta.

Kim se volvió hacia Bryant.

—¿Ves qué rápido se dio cuenta él? Tú podrías aprender...

—Salud, jefa. Ahora, ¿te importaría decirme por qué mi cena de queso y pepinillos ha tenido que volver al frigorífico?

—Eddie, ¿podrías mostrarme el vídeo marcado como *Daisy va a nadar*?

Eddie volvió a su escritorio y, en pocos segundos, la pantalla estaba llena con carpetas marcadas con fechas, nombres y números de referencia.

Instantáneamente, Kim sintió pesar al advertir cuántas carpetas había ahí.

No podía seguir el paso a los clics, pero, de repente, la pantalla se llenó con la niña temblorosa de ocho años.

—Quita el sonido —dijo Kim rápidamente.

Bryant bajó la mirada hacia los escritorios, a cualquier cosa que no fuera la pantalla.

Los ojos de Kim se desplazaron lejos de la pequeña cuando la cámara hizo un acercamiento y mostró un poco más de la habitación. El vídeo era exactamente como lo recordaba.

Su estómago se revolvió en respuesta.

—Eddie, muéstrame las fotografías que tomamos en la redada del amanecer.

Un par de segundos después, apareció un directorio. Él hizo clic en la primera foto y comenzó a pasar las imágenes una por una.

—Para —dijo ella en la número nueve.

Había sido tomada en el mismo ángulo que la cámara de vídeo.

—¿Puedes poner una j unto a la otra?

Eddie cubrió la pantalla con las dos imágenes: la fotografía y el vídeo en pausa.

—¿Qué tipo de iluminación usamos esa mañana, Bryant?

Él seguía sin mirar la pantalla.

—El reflector, puesto que Dawson no pudo encontrar el interruptor de la luz.

Ella asintió.

—Así que ambas están en las mismas condiciones. ¿No hay luz natural, no hay movimientos de la lámpara?

—Eso supongo.

—Muy bien. Observa esto —dijo ella, invitándolo a acercarse—. ¿Notas esta plasta oscura que trepa por el armario? —Él asintió—. Y, en esta foto, ¿dónde está?

Él se acercó aún más y los miró a ambos. Retrocedió y fijó los ojos en Kim.

—Jefa, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Ella respiró hondo antes de hablar.

—Sí, Bryant, había alguien más en esa habitación.

Diecinueve

—¿Lo dices en serio, jefa? —preguntó Stacey, tranquila.

Kim asintió con la cabeza.

—Anoche revisamos los vídeos. Definitivamente, es la sombra de alguien. —Asintió hacia Bryant, que estaba detrás—. Columbo y yo regresamos a la casa a recrear la escena con la lámpara y la videocámara. Es, definitivamente, una persona.

Dawson empujó bruscamente una carpeta sobre su escritorio.

—Madura, Kev —le espetó Kim.

Él se ruborizó y apartó la mirada.

—Lo siento, jefa.

Kim se volvió otra vez a Stacey, quien seguía furiosa, observando a Dawson.

—Encuentra todo lo que se relacione con los vecinos y la familia de Leonard Dunn, a cualquiera con quien haya trabajado, con quien haya charlado o con quien se haya cruzado en el autobús. Quiero saber si alguno de ellos está en la Lista.

Así era como llamaban al registro de los delincuentes sexuales.

La primera pista acerca del abuso les había llegado de una maestra de colegio sensible y cuidadosa. Pero el foco de la investigación había sido Leonard, nadie más. Y, cuando lo atraparon, creyeron que el caso estaba cerrado. Maldita sea, había que buscar al otro psicópata involucrado.

—Kev, quiero que vayas a entrevistarte con todo el mundo una vez más, especialmente con los vecinos. ¿Esta persona era un visitante frecuente? Si así fuera, alguien debió de haberlo notado, ¿está bien?

—¿Qué me dices de Wendy Dunn? —preguntó Bryant.

Ella negó con la cabeza. Todavía no, pero llegaría el momento.

—¿Sospechas de alguien, jefa? —preguntó Stacey.

Desde luego que sí, pero todavía no estaba dispuesta a compartir sus corazonadas.

Kim miró a Bryant.

—Vamos, compañero. Nos estamos aclarando.

Veinte

Alex hizo clic en el botón de actualizar en todos los medios de noticias que tenía marcados como favoritos. Lo que tendría que estar haciendo en ese momento era entrevistarse con Ruth y recoger todos los datos vitales para su experimento. Pero la maldita estúpida se había dejado atrapar en cuarenta y ocho horas.

Sabía que, en algún momento, los incompetentes policías llegarían a tropezarse con Ruth, pero sus cálculos habían fallado. O bien el caso había caído en las manos de un policía con un poco de inteligencia, o bien Ruth había dejado su nombre y su dirección en la escena del crimen con un cartelito que decía «fui yo».

Su expectativa era tener algunos días, tiempo suficiente para extraer toda la información que necesitaba. Madre mía, ¿tendría que haberle hecho un dibujo a la imbécil? La había motivado, le había dado un método y una oportunidad en la visualización. Alex había esperado que la contribución de Ruth en el proceso fuera una pizca de instinto de conservación.

Volvió a actualizar las noticias. No hubo cambios. Centró su atención en sus acostumbradas revisiones matutinas. Se metió a Facebook y escribió el nombre «Sarah Lewis». Veinte minutos después, tras haber entrado y salido de cada una de las redes sociales de su lista, suspiró. Sarah seguía apartada del mundo virtual, pero eso no tenía importancia.

Tener a Sarah de vuelta en la mira llenaba la vida de Alex. Vaya, la reacción en su rostro tendría que haber sido algo inapreciable. Se preguntaba si ya estaría en venta la minúscula cabaña del centro de Hicksville. Entró en rightmove.com y añadió la página a sus favoritas. No por mucho tiempo.

Dio gracias a Dios por esta era de accesos electrónicos que la dotaba de un absoluto anonimato. Uno siempre podía encontrar a la gente, siempre y cuando supiera dónde buscar. Los rincones oscuros no existían en el ciberespacio.

Sonó la campanilla y Alex consultó su reloj. No tenía pacientes en la agenda. Ruth habría sido la única cita de ese día.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre y una mujer. Él le sonrió. Alex no le devolvió la sonrisa. Maldita sea, esto era, exactamente, lo que quería evitar.

—Doctora Thorne, yo soy el sargento detective Bryant y esta es la inspectora detective Stone. ¿Podemos entrar?

Alex apretó con fuerza el pomo de la puerta mientras revisaba las identificaciones. Miró del

uno al otro.

—¿De qué se trata?

—No le quitaremos mucho tiempo. Solo queremos hablar de una de sus pacientes.

—Por supuesto. Por aquí.

Los condujo al consultorio. Una vez ahí, los evaluó rápidamente. El hombre, según supuso, andaría entre los cuarenta y cinco y los cuarenta y nueve años. Era evidente que trataba de mantenerse en forma, aunque ya luchaba contra la inevitable panza de la mediana edad. Su cabello castaño comenzaba a ponerse gris en las sienes, pero su estilista era eficiente y profesional. La expresión del hombre era abierta y cordial.

La mujer era temperamental y oscura. Su cabello era un mechón corto, más negro que otra cosa. Los ojos casi la dejaron sin aliento. Una lóbrega intensidad se cernía en ese rostro de actitud tirante, incapaz de sonreír. A la distancia, apenas era posible notar la frontera entre las pupilas y los iris.

Se obligó a apartar la mirada y a concentrarse en el hombre, cuyo lenguaje corporal era como un libro abierto.

—Entonces, detective Bryant, ¿en qué le puedo ayudar?

—Ruth Willis es una de sus pacientes, ¿es correcto?

Alex había recuperado la compostura ante esa visita inesperada y, con la compostura, el control.

—Déjeme preguntarle otra vez: ¿de qué se trata esto? —respondió sin ofrecer una confirmación ni una negativa.

—En este momento, su paciente está bajo la custodia de la policía. Los padres de Ruth fueron quienes nos condujeron a usted.

La mano de Alex voló hasta su boca abierta. Había practicado ese ademán montones de veces frente al espejo. Le llevó algún tiempo encontrar el equilibrio entre una sobreactuación de telenovela y el primer año en la escuela de artes dramáticas, pero, como todas las expresiones de su repertorio, había sido observada, practicada, pulida y perfeccionada.

Una de sus primeras lecciones había sido el funeral de su abuela paterna. Tenía cinco años y estaba de pie en medio de sus padres. Era una tarde gris de octubre.

Se había quedado anonadada con la cruda emoción de los dolientes. La anciana había olido espantosamente y tenía manchas horrendas por toda la piel. Alex estaba encantada de que la vieja cabra se hubiera ido.

Había observado, junto a la tumba, las expresiones de los dolientes. Las miradas bajas, la estoica retención de las emociones, los labios mordidos y, lo más irritante, las lágrimas.

Ella, sin pestañear, miraba y miraba el féretro. Sus ojos estaban fijos en el tallo de un lirio que alguien había puesto encima de la caja. Por supuesto, sus ojos comenzaron a verter lágrimas. Se dio cuenta de que los dolientes que más lloraban lo hacían con hombros temblorosos. Añadió ese ingrediente y se las arregló para controlar los dos a la vez.

Sintió que la mano de su padre le presionaba el hombro y, aunque no le gustaba el contacto físico, estaba encantada con lo que había aprendido, dispuesta a echar mano de sus nuevas habilidades a la primera oportunidad.

Ahora, la base de datos de Alex decía que la respuesta adecuada era la conmoción.

Se agarró del borde del escritorio para apoyarse.

—No, lo siento. Deben de estar equivocados.

—Me temo que no. La señorita Willis ya admitió el crimen.

Por supuesto que sí, perra estúpida.

—Pero... ¿Quién...?, ¿dónde?

Notó que el hombre miraba a la mujer. La respuesta fue un leve asentimiento, apenas perceptible. La expresión de ella, según Alex pudo observar, no cambió en absoluto. Sería una jugadora de póquer excepcional.

—Apuñaló a un hombre llamado Allan Harris.

Él no dijo nada más, a sabiendas de que la doctora reconocería el nombre de inmediato.

Alex negó con la cabeza y bajó la mirada al suelo.

—Lo lamento, pero me cuesta mucho asimilar esto.

—Desde luego, doctora. Por favor, tómese su tiempo.

Alex se tomó un minuto para organizar sus ideas. ¿Cómo podía sacar ventaja de esta entrevista? Para comenzar, necesitaba más información. Miró al sargento detective Bryant con ojos implorantes y la duda tallada en sus rasgos.

—¿Me puede decir qué sucedió?

Bryant dudó un poco, pero ni siquiera miró a su jefa antes de asentir. Tal como ella lo había esperado, venían a buscar en ella información y cooperación.

—La señorita Willis esperó a su víctima, tal vez en un callejón oscuro o cerca de ahí, y la apuñaló con un cuchillo de cocina. Lo más probable es que la primera herida le hubiera causado la muerte.

Había habido más de una herida. Alex cerró los ojos por un instante, en busca de un tono más ligero de incredulidad.

—Vaya, Dios mío, aún no puedo creerlo.

Las cosas no habían salido exactamente como las había planeado, pero todo lo que necesitaba para medir su éxito era ponerse con Ruth frente a frente. Se acomodó el cabello detrás de una oreja con dedos ligeramente temblorosos.

«Creí que habíamos avanzado. —Miró del uno a la otra—. ¿Puedo visitarla? Debe de estar desesperada».

—Eso no es posible, doctora —dijo la mujer de manera categórica.

Maldita sea, pensó Alex. Eso habría resuelto todos sus problemas. De haber tenido más tiempo, quizás habría podido hacer algo de labor con el sargento detective Bryant, pero la inspectora detective Stone era, con toda claridad, la jefa. Alex habría apostado el BMW que tenía allá fuera a que esa intensa inspectora detective había sido la responsable de la rápida captura de su paciente.

—¿Podemos hacerle un par de preguntas, nada más?

Alex volvió a poner su atención en el hombre.

—Por favor, tómese la libertad de hacer todas las preguntas que desee, sin embargo, solo responderé las que, a mi parecer, sean éticamente lícitas.

Suavizó esas palabras con un minúsculo matiz de sonrisa, dedicada solo a él.

El detective sacó su libreta.

—¿Me puede decir durante cuánto tiempo la señorita Willis ha sido paciente suya?

—Ruth ha venido a verme durante los últimos tres meses, más o menos.

La frente del detective se arrugó.

—Vaya, esto ha sido mucho después de la violación. ¿Qué la impulsó a buscar ayuda en este momento?

—Una orden judicial a partir de un intento de suicidio. Es algo muy común entre las víctimas de violación.

—¿Estaba bajo los efectos de algún medicamento?

Alex negó con la cabeza. Prefería que sus pacientes estuvieran limpios.

—No, su médico de cabecera la tuvo consumiendo diferentes antidepresivos durante años. En ocasiones, eso adormecía sus sentimientos, pero los medicamentos nunca le funcionaron por un tiempo prolongado. Juntos la sacamos de esa dependencia. Hay otros métodos que me parecen más efectivos en el tratamiento de víctimas de violación.

—¿Como qué?

—Reestructuración cognitiva.

—¿Y cómo reaccionó al tratamiento?

Alex movió la cabeza de un lado al otro.

—No le daré datos específicos acerca de mi paciente. Esa información es confidencial, pero sí que puedo hablarle de la psicología de una víctima de violación, ¿entendido?

El sargento detective Bryant asintió en señal de conformidad. La detective se había sentado en la silla de los pacientes y había cruzado sus largas piernas. Parecía totalmente relajada o mortalmente aburrida.

—Seguramente conoce los detalles de este caso, así que entenderá qué horrible fue el ataque. Una víctima de agresión sexual puede sufrir muchos efectos secundarios; sobre todo, el sentimiento de culpa. La víctima podría pensar que merecía el ataque porque algo en su personalidad fue capaz de atraerlo. Es posible que crea que tenía que haber hecho algo distinto. Las víctimas de violación suelen culparse a sí mismas.

«La culpa trae consigo un sentimiento de vergüenza relacionado con el incidente. La vergüenza es más destructiva de lo que uno pudiera imaginar. Las víctimas de agresiones sexuales a veces se aíslan de sus vidas previas, de sus amigos y familiares. Y, lo que es más destructivo, la vergüenza genera ira y agresión».

Alex hizo una pausa para darles a sus visitantes la oportunidad de preguntar cualquier cosa.

«La vergüenza tiene un vínculo especial con la ira. Cuando las víctimas están avergonzadas y furiosas, se sienten motivadas a buscar venganza».

—¿Y Ruth pudo aceptar que la culpa no había sido suya?

—Ruth estaba preparada para tener en cuenta que no había sido totalmente culpa de ella.

Alex disfrutaba hablando de los temas que estaban al alcance de sus conocimientos, pero se daba cuenta de que la atención de la inspectora detective Stone iba de un lado al otro por la habitación. Juzgaba los certificados y contemplaba la fotografía que tenía justo frente a los ojos.

—¿Puede decirme qué implica el tratamiento?

—La reestructuración cognitiva implica cuatro pasos: el primero es la identificación de las cogniciones problemáticas, que son las visiones disfuncionales o negativas que tenemos de nosotros mismos, el mundo o el futuro. El siguiente consiste en identificar las distorsiones cognitivas de los pensamientos automáticos. Después viene una disputa racional de los pensamientos automáticos, y, finalmente, el desarrollo de una refutación racional de los

pensamientos automáticos.

—Vaya, suena complicado.

Alex sonrió, pues había elegido el encanto como arma de trabajo.

—No, en realidad. Solo solté unas palabras altisonantes para impresionarlo. En pocas palabras, es un método que pretende readiestrar las respuestas de la mente ante los pensamientos destructivos.

La mujer no reaccionó, pero el sargento detective Bryant se ruborizó un poco.

—¿Le sirvió de algo a Ruth?

Le habría servido, pensó Alex, de haber usado esa técnica. La habría ayudado a aceptar el ataque y seguir adelante con su vida, pero, para Alex, eso habría sido contraproducente.

—Creí que estaba respondiendo favorablemente.

La atención de la doctora estaba en la mujer detective, que revisaba alguna cosa en su móvil. La tipa ni siquiera tenía la decencia de escucharla, cuando ella estaba siendo tan generosa con los conocimientos de su especialidad.

—¿Hay algo en ese método de tratamiento, algo que pudiera haber tenido un impacto en Ruth como para estimularla a hacer lo que hizo?

Alex negó con la cabeza.

—El tratamiento se enfoca en los pensamientos de la víctima y en tratar de cambiar los patrones, más que en el ataque.

—¿Dijo alguna cosa que revelara sus intenciones?

Alex decidió que ya había dado suficiente información gratuita. Si querían más, tendrían que estudiar durante diez años o pagar por el conocimiento.

—Me temo que no puedo compartir detalles de lo que se discute en nuestras sesiones.

—Pero esta es una investigación por homicidio.

—Y ustedes tienen una confesión, así que no estoy obstruyendo su investigación del crimen.

Bryant le sonrió, en reconocimiento de que ese era un buen punto.

Ella le devolvió la sonrisa.

«Y hay algo más, una última cosa. Si me pusiera en contacto con ustedes cada vez que uno de mis pacientes explora una fantasía, la gente comenzaría a hablar de más».

Bryant carraspeó. Sí, ahora ella se estaba divirtiendo. Los hombres eran mucho más fáciles de manipular. Eran criaturas más simples, más vanidosas.

Alex bajó la voz hasta poco menos que un susurro, como si en la habitación estuvieran solo ellos dos. Hasta el momento, había sido una relación bilateral y, ahora quería recibir la paga por sus servicios.

«¿Puede decirme cómo lo está pasando la pobre?».

Bryant vaciló.

—No muy bien, me temo. Parece que la víctima estaba arrepentida de lo que había hecho.

Alex concentró fuerzas para lo que estaba a punto de oír.

—Oh, no, eso habrá sido terrible para ella.

Bryant asintió.

—Está atormentada por la culpa. Por lo visto, nunca consideró esa posibilidad. Ella pensaba que él seguía siendo el monstruo que la violó, no un hombre contrito y avergonzado de lo que había hecho. Y ahora le ha quitado la vida.

La rabia hervía en las venas de Alex. De no haber estado ahí los detectives, los adornos habrían volado y los muebles habrían salido por las ventanas. La muy estúpida se sentía culpable de haber matado a ese hijo de puta. Sentía verdaderos remordimientos por haber apagado la vida de un jodido monstruo que la violó y la golpeó brutalmente y que, al final, la dio por muerta.

Alex ocultó la cólera tras una sonrisa benigna. Había sido terriblemente defraudada por Ruth. Tenía grandes esperanzas en ese sujeto de estudio, pero esa mujer había terminado siendo una penosa débil mental. Hubiera querido que estuviera ahí mismo para darse gusto retorciéndole el cuello.

—Doctora, quisiéramos saber un poco más acerca del estado mental de Ruth en el momento del ataque.

Así que de eso se trataba: ese era el motivo de la visita y del retardo en la presentación de los cargos criminales. Los detectives estaban revisando los antecedentes, en caso de que la defensa alegara locura. No querían presentar cargos por homicidio que no pudieran sostenerse.

—Eso es muy difícil de determinar. Yo no estuve ahí en la noche en cuestión, así que...

—Pero, en la defensa de Ruth Willis, ¿estaría dispuesta a declarar que ella no estaba en su sano juicio cuando ejecutó el ataque?

—Sería una tontería deducir que, puesto que la mujer estaba viendo a una psiquiatra, estaba mal de sus facultades mentales.

—Eso no contesta del todo la pregunta, doctora.

Por supuesto que no, pero ella estaba aumentando la tensión y demostrándoles que esa era una situación muy difícil para ella. Aun así, la detective no la miraba.

—Esa era la intención. Debe entender que conozco a Ruth desde hace algún tiempo y que hemos construido una relación durante nuestras sesiones. Ella confía en mí.

—Pero es necesario que la conozcamos un poco mejor antes de proseguir.

Alex sabía que la siguiente declaración podría cambiar la vida de Ruth. Si su opinión experta era que su paciente estaba pasando por un episodio de responsabilidad disminuida debido a una psicosis temporal, habría buenas posibilidades de que la fiscalía de la corona reconsiderara los cargos y acusara a Ruth de homicidio involuntario, solo para garantizar una condena.

Lo que dijera a continuación establecería la diferencia entre una cadena perpetua y una sentencia de cinco a ocho años.

—No, en uso de mi conciencia, yo no podría dar testimonio de que Ruth Willis está loca.

Vaya, cómo detestaba que la gente la decepcionara.

Ahora tenía toda su atención. La de los dos. Bryant, en particular, se animó un poco más.

—Doctora, ¿estaría realmente dispuesta a actuar como testigo para la acusación?

Alex guardó silencio por un par de minutos, aparentemente torturada entre la lealtad hacia su paciente y un bueno y honrado deber cívico.

—Solo si fuera absolutamente necesario.

Ahí lo tienes, Ruth. La venganza es una mierda.

Bryant miró a su jefa antes de extender la mano.

—Gracias, doctora Thorne. Su ayuda ha sido tremendamente útil.

Alex asintió en silencio, todavía debatiéndose en una lucha interior.

Bryant se dirigió a la puerta y la inspectora detective lo siguió. Ella se detuvo en la entrada y se volvió. Por segunda vez, la mujer detective dijo algo. Su voz brotó baja, suave y confiada.

—Una última cosa, doctora Thorne. Estoy un tanto sorprendida de que, con todo su entrenamiento, sus años de práctica y el tiempo que le ha dedicado a su clienta, no lo hubiera visto venir.

Alex cruzó su propia mirada con aquella mirada inquebrantable. Percibió una frialdad que la hizo sentir un estremecimiento por toda la columna vertebral. Los ojos de las dos se quedaron quietos por unos segundos, antes de que la detective se encogiera de hombros y saliera de la habitación.

Alex se quedó mirando la puerta cerrada. Si bien la ira seguía corriendo por sus venas al rojo vivo, se sentía tentada por la intriga. Nunca había rehuido a un buen desafío.

Mientras un plan comenzaba a tomar forma en su cabeza, Alex sonrió. Cuando una puerta se cierra, otra se abre.

Veintiuno

Shane Price dio un paso atrás cuando se abrió la puerta. Un hombre y una mujer salieron y se subieron a un Golf.

A pesar de la rabia, el corazón de Shane se aceleró un poco en el breve instante en que ella volvía a su despacho. La ira quedó en pausa ante tal excelsitud.

Sus emociones hicieron erupción. La odiaba, la amaba, la necesitaba.

No había en él deseo sexual. No sentía deseos sexuales por nadie. Esa habilidad se la habían hecho pedazos años atrás.

Lo que anhelaba era su perfección, su pureza. Estaba tan limpia. Él sabía, por el tiempo en que estuvieron juntos, que su cabello olía a coco y que usaba un baño corporal con esencia de jazmines. No llevaba esmalte, pero se cuidaba las uñas impecablemente. Su ropa lucía fresca y nítida.

Él vestía la misma ropa que llevaba puesta cuando salió de Hardwick en la mitad de la noche. Sus vaqueros claros estaban tiesos de suciedad. Tenía las rodillas embarradas de mugre por haber estado «trabajando» detrás del salón de bingo abandonado en Cradley Heath. En cada ocasión, había aceptado como pago solo un billete de cinco libras; lo suficiente para comer.

No era la suciedad exterior lo que lo molestaba. Era la inmundicia interna. Cada célula de su cuerpo estaba manchada de su pasado. A menudo, Shane se veía a sí mismo quitándose, una por una, todas las partes del cuerpo para lavarlas con agua caliente y jabonosa. Si estregaba con suficiente fuerza, podía volver a ponerse todo, brillante y nuevo.

Pero Alex le había arrebatado esa esperanza. Nunca se liberaría de los recuerdos del falo de su tío palpitando dentro de él. O el mareo que sentía al recordar las suaves caricias en su cabello y los murmullos íntimos de aliento con que el sujeto acompañaba sus acciones. Las palabras cariñosas que le susurraron habían sido peores que las violaciones.

Shane sintió que la bilis subía hasta la garganta mientras los recuerdos lo devoraban. Se lanzó hacia una calle lateral y se agachó. La McDonalds que con tanto esfuerzo se había ganado dio en el pavimento.

La rabia regresó con tanta fuerza que casi lo dobló hasta el suelo. Hasta su última cita con Alex, siempre había tenido una mínima astilla de esperanza de quedar limpio; de que, de algún modo, encontraría una manera de eliminar la suciedad.

Pero en aquella conversación final, ella lo había despojado de ese sueño. Le había quitado

todo, y ahora ella tendría que pagar.

Shane se limpió la saliva de la boca con la manga de su chaqueta. Ya sabía cómo entrar. Una pequeña ventana del baño estaba siempre un poco abierta.

Sabía que podría colarse por esa pequeña abertura. Desde niño se había distinguido por encajar en espacios reducidos. Para esconderse.

La próxima vez que ella saliera, él entraría a su hogar, al lugar seguro de la mujer, y entonces se quedaría esperando.

Veintidós

—Venga, Bryant, ¿por qué estaría de acuerdo en testificar en contra de su propia paciente? —preguntó Kim, de regreso en la sala del escuadrón.

Bryant se encogió de hombros y terminó de abrir su fiambarrera. Apreciaba ese contenido, aunque no había cambiado nunca, ni una sola vez: una manzana, un sándwich de jamón y queso y una bebida Actimel.

—Conciencia.

Kim permaneció en silencio. Bryant, ella podía adivinarlo, se había dejado engatusar por esa mujer estupenda y atractiva y por su sonrisa insinuante, e incluso Kim estaba dispuesta a aceptar que tenía cierto encanto, pero un par de cosas no encajaban del todo bien en ella. Habían visitado a la psiquiatra para obtener información, y eso habían conseguido, pero Kim no podía evitar la inquietante sensación de que habían salido de ahí con más de lo que habían pedido.

También había sentido que su instinto natural para detectar emociones se había apagado desde el instante en que atravesaron la puerta. Maliciosamente, a pesar de su propio desapego emocional, era capaz de percibir las emociones de otras personas y, aun así, no había sentido nada con Alex.

—Vaya, jefa, ¿cuál es tu problema? Respondió a nuestras preguntas y estuvo de acuerdo en rendir testimonio. Cumpleaños feliz para nosotros.

—¿No te sentiste en ningún modo afectado por sus miradas y el coqueteo?

—En absoluto. —Bryant tenía el sándwich en una mano y el bolígrafo en la otra—. Doy por hecho que es una mujer muy atractiva; para mí, un poco delgada, pero lo último que he oído es que verse estupenda no va contra la ley. Quiero decir, en última instancia, la doctora sabe de lo que habla. Esos certificados no te salen en el Photoshop.

—No estoy diciendo que sea un fraude...

Bryant dejó caer el bolígrafo.

—¿A qué te refieres, entonces, jefa? La doctora nos dijo todo lo que queríamos oír. Sabemos que Ruth Willis no está loca y los fiscales de la corona serán nuestros mejores amigos de aquí hasta el fin de los tiempos. Podrían sumergir este caso en el río Severn y saldría seco. Es hermético, así que simplemente no veo el problema.

Kim se frotó la mejilla. Todo lo que él decía era cierto, pero eso no le quitabas las cosquillas del vientre.

«¿Y el chiste de la salida, a qué vino?», preguntó Bryant.

—Fue solo una observación.

—Es una doctora, no es Dios. ¿Cómo podría saber lo que Ruth estaba a punto de hacer?

Kim podía sentir la frustración de Bryant reflejada en su apariencia. Se había quitado la chaqueta, aflojado la corbata y desabrochado el botón superior de la camisa.

Kim siguió con lo suyo:

—Es una psiquiatra. Se especializa en trabajar con las mentes. ¿No crees que debía de haber sabido que existía esa posibilidad?

Bryant se terminó su primer sándwich y se limpió la boca.

—No, no lo creo. Nos pidieron que recopiláramos información para los cargos. Tú estabas convencida de que tendría que ser un asesinato y todo lo que hemos hecho confirma que tenías razón; aun así, todo te sigue pareciendo tenebroso, percibes un motivo oculto cuando alguien trata de ayudar. No todo el mundo es malvado y calculador, jefa. —Dejó escapar un largo suspiro—. Y, así las cosas, voy a la cafetería a conseguir algo que beber.

Para cuando regresara, las cosas estarían bien entre ellos dos. Así había sido siempre.

Mientras tanto, ella simplemente se dio gusto buscando en Google. Escribió el nombre completo de la doctora en la barra de búsqueda y recuperó doce informes. Comenzó por el primero.

Diez minutos después, visitaba el sitio web del consultorio de Alexandra Thorne, leía los artículos que la mujer había publicado y se enteraba de sus obras caritativas. También fue redirigida a un par de sitios donde la doctora actuaba como voluntaria, dando asesoramiento psicológico en línea.

Para cuando Bryant volvió a la habitación con el café, ella ya se había dado cuenta de que él tenía razón. Su búsqueda no la había conducido a ningún lado. Era el momento de dejarla ir.

Por ahora.

Veintitrés

Kim se bajó de la motocicleta y trató de dejar las palabras de Woody en la tela del casco, pero seguían resonando en sus oídos. En ninguna circunstancia debía acercarse a las niñas Dunn ni hablar con ellas. Si su memoria no le fallaba, ella no había estado de acuerdo. Venga, no explícitamente. Por lo tanto, siendo realistas, no había ningún contrato.

No le había dicho a Bryant a dónde pensaba ir. Ya habían tenido demasiados altercados para un solo día.

La casa Fordham era un nuevo centro construido en el ala oeste del parque Victoria, en Tripton. El área, que en el libro *Domesday* ya aparecía registrada como Tibintone, fue una de las ciudades más industrializadas de *Black Country*. Alguna vez fue conocida como la Venecia de Midlands, por la abundancia de sus canales. Pero, como muchas de las otras ciudades de la localidad, en el siglo XIX había sufrido el cierre de un buen número de fábricas. En su lugar se construyeron urbanizaciones.

La entrada a la casa Fordham era un dilatado porche hecho de vidrio y ladrillo. Un sencillo rótulo grabado en negro sobre dorado decía el nombre del lugar. Kim sabía que ahí se atendía a las víctimas de abuso sexual en espera de alguna solución futura. Los niños de aquí terminaban siendo transferidos a casas de asistencia de largo plazo o devueltos a un padre o un miembro de la familia. Así que era un alojamiento transitorio. Las estancias podían durar de unos cuantos días a unos cuantos meses. Los servicios sociales decidirían si las niñas debían ser devueltas a su madre y cuándo.

Al entrar en el edificio, Kim de inmediato se sintió sorprendida por las diferencias con respecto a otras instituciones de asistencia. El vidrio del porche frontal daba la bienvenida a toda la luz disponible del exterior.

Las pinturas de los niños estaban clavadas en el tablón de anuncios, pero se desbordaban hasta las paredes desnudas.

Más vidrios de la cintura hacia arriba mostraban un despacho detrás de la recepción. Había una mujer inclinada sobre el último cajón de un archivador.

Kim apretó el botón rojo de atención: la nariz de una cara sonriente.

La mujer dio un salto hacia atrás y se volvió.

Kim le mostró la placa a través del cristal.

Calculó que la mujer tendría poco más de treinta años. Su cabello habría comenzado el turno

con un moño ordenado, pero, aparentemente, el día había sido difícil. Su delgado cuerpo estaba vestido de vaqueros claros, una camiseta verde y un cárdigan caído por el hombro derecho.

Después de revisar la placa, la mujer salió del despacho. Un par de zumbidos de puerta más tarde, estaba frente a Kim.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy la inspectora detective Kim Stone. Quiero hablar con las niñas Dunn.

—Me llamo Elaine y me temo que eso no será posible.

Su tono no era desagradable, aunque firme.

Kim tuvo que acordarse de que Bryant no estaba junto a ella con su ilimitada provisión de buenos modales. Trató de imaginar cómo se las habría arreglado él ante semejante situación.

—Entiendo que esto es poco ortodoxo, pero creo que me las podría arreglar con dos o tres palabras... Por favor.

Elaine negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo permitir que...

—¿Hay alguien más con quién pueda hablar? —La interrumpió Kim. Maldita sea, lo había intentado.

Elaine echó un vistazo hacia el despacho, donde ahora había un hombre sentado.

Se puso dos dedos de la mano derecha frente a los labios. La respuesta del hombre al gesto de fumar fue una señal de asentimiento.

—Venga conmigo —dijo Elaine, y la condujo por las puertas de la salida. Kim la siguió hasta que estuvieron a un costado del edificio, lejos de las miradas.

Elaine sacó un mechero y un paquete de cigarrillos del bolsillo de su cárdigan. Se puso uno en la boca y lo encendió.

Kim apoyó la espalda en la pared.

—Mire, sé que esto es totalmente irregular, pero el caso ha tenido cierta evolución. De verdad, necesito hablar con ellas... O con una de ellas, por lo menos.

—Las dos son muy vulnerables. Usted no está entrenada...

—Venga, Elaine, ayúdeme con esto. No me obligue a atravesar por todo un proceso que terminará con un psicólogo estirado y tiquismiquis diciéndome que no puedo hablar con ellas.

Elaine sonrió.

—No hace falta pasar por ahí. Yo soy esa psicóloga estirada y tiquismiquis y en este momento le estoy diciendo que no puede hablar con ellas.

Mierda, pensó Kim, buen golpe.

Decidió probar con la única táctica que conocía: la franqueza.

—Muy bien, vale, la cosa está así: no creo que Leonard Dunn hubiera actuado solo. Creo que había alguien más en esa habitación durante, por lo menos, uno de los vídeos.

Elaine cerró los ojos.

—Me cago en la...

—Quiero atraparlo, Elaine. Quiero averiguar quién estuvo ahí como espectador o, en el peor de los casos, como participante.

Elaine dio otra calada a su cigarrillo.

—Por ahora, ninguna de las dos tiene buena disposición para informarnos lo suficiente. A veces recibo un sí o un no, pero las preguntas deben ser formuladas adecuadamente si queremos

recibir alguna respuesta, la que sea.

Sí, Kim lo sabía. Los agresores sexuales encontraban los puntos más vulnerables de sus víctimas y los usaban para amenazarlas y garantizar su silencio. La eliminación física del abusador no eliminaba el miedo. Cualquiera de sus amenazas se quedaría con ellas por un muy largo tiempo.

Una respuesta de sí o no, no era tan mala como una descripción completa. En una mente joven y cándida, era una forma de eludir el peligro que entrañaba decir la verdad.

—Así que, ¿puedo hablar con ellas?

Elaine dio una última calada al cigarrillo y negó con la cabeza enfáticamente.

—A menos de que usted reciba cuatro años de entrenamiento durante mi descanso, la respuesta seguirá siendo no.

—Virgen santa, ¿no escuchó...?

—Escuché todo lo que me dijo y, al igual que usted, quiero que todos los involucrados terminen en la cárcel.

Kim observó fijamente su rostro y le creyó. Su trabajo de detective ya era bastante malo, pero el de Elaine estaba a un nivel completamente distinto. Le pagaban por provocar a mentes jóvenes y deterioradas y extraerles información. Si hacía bien su trabajo, el pago eran las más horribles historias que uno pudiera imaginar. Vaya premio.

Por una vez, Kim se resistió a sus instintos y guardó silencio.

—Voy a hablar con las niñas y usted podrá estar presente, pero, si se le ocurre interactuar de cualquier forma, se acabó. ¿Está claro?

No era lo ideal. Kim quería hacer sus propias preguntas y a su modo, pero se daba cuenta de que era esto o nada.

—Muy, bien, me queda claro.

—Vale. ¿Quiere que les pregunte alguna cosa en particular?

Kim asintió y habló sin dudar:

—Sí, quiero saber si la otra persona que estaba en esa habitación era su madre.

Veinticuatro

A Kim le dio gusto enterarse de que las niñas estaban juntas. Sospechaba que era cuestión de días que las enviaran de regreso con su madre. Habiendo quedado Wendy Dunn absuelta de cualquier complicidad, la decisión de reunir a la familia sería inminente.

Aunque pequeño, el dormitorio tenía dos camas sencillas separadas por una mesita de noche. Un pequeño armario complementaba la dotación de muebles. A Kim, la habitación le pareció mucho menos descarnada que aquellas donde había estado de niña. Una simple palabra había gobernado todas las decisiones en cuanto al mobiliario y la decoración: funcionalismo.

Estas paredes blancas estaban decoradas con una cenefa de hiedra roja y verde que rodeaba completamente el dormitorio. La ropa de cama y las almohadas eran una mezcla sin concierto de personajes de Disney.

Las niñas estaban sentadas en el suelo, entre las dos camas, vestidas de mamelucos. Daisy era una dalmata, y Louisa, una lechuza. El aire estaba impregnado del aroma a jabón y champú de los cabellos recién lavados.

De repente, a Kim le dolió el corazón. Por un breve instante, antes de que notara su presencia, la expresión de Daisy era boquiabierta y alegre, mientras entretenía a su hermana con un osito de felpa en pantaloncillos cortos.

Pero, ahora, el rostro se había cerrado, y Kim lo entendía bien. Por horrenda que fuera, Daisy había tenido una vida familiar. Y, si bien atemorizada, conocía a la gente que la rodeaba. Había ciertas constantes: su madre, sus amigos, sus posesiones. Ahora, todo aquello había sido reemplazado con gente extraña y cuestionamientos que constantemente la llevaban de vuelta a sus recuerdos.

Kim detestaba ser la responsable de causarle más dolor.

—Hola, niñas, ¿a qué jugáis? —preguntó Elaine mientras se sentaba en el suelo. Kim advirtió que se colocaba cerca de las niñas, pero no demasiado. Se había asegurado de que el espacio entre una y otra hermana fuera mayor que el que había entre ellas dos y Elaine. Eso la ponía definitivamente fuera de su círculo, sin amenazas.

Kim se quedó en la entrada y Daisy alzó la mirada hacia ella.

—Esta mujer es mi amiga. Solo haced como que no está aquí. No va a haceros ninguna pregunta ni nada que os haga sentir incómodas, ¿vale?

Daisy apartó la mirada, nada convencida, y Kim no pudo culparla.

—Daisy, solo quiero hacerte un par de preguntas, si te parece bien.

Daisy miró a su hermana, que, a su vez, miraba a todos en la habitación.

—Cariño, quiero que pienses por un momento cuando estabas escaleras abajo.

Kim se dio cuenta de que la psicóloga no había nombrado la habitación explícitamente ni había usado palabras que forzaran la memoria de la niña. Daisy tenía la libertad de viajar allá por sí sola.

La niña parpadeó furiosa y no contestó nada. Su mano seguía agarrando el oso de felpa.

«Cariño, ¿había alguien más en la habitación?».

Daisy miró a su hermana, pero no contestó.

«Cariño, ¿tu mamá bajó alguna vez al sótano?».

Otra vez, la mirada en su hermana.

Mierda. Kim se daba cuenta de cuál era la amenaza. El hijo de puta le había dicho que, si alguna vez decía la verdad, algo le ocurriría a su hermana. Y ese seguía siendo su temor. La hermana mayor protegiendo a la pequeña. Kim lo entendía bien. Ella fue la hermana mayor apenas por unos minutos, pero hubiera sido capaz de dar su vida con tal de proteger a Mikey.

Kim sintió que las esperanzas la abandonaban. Que la niña no quisiera hablar no la extrañaba en absoluto, y no estaba dispuesta a presionarla más. Avanzó un paso para tocar el hombro de Elaine. Habían terminado. No le causaría más dolor a esta pequeña.

Mientras su mano flotaba sobre el hombro de Elaine, Daisy se volvió hacia la psicóloga. Kim se detuvo en seco.

Tenía los ojos suplicantes, la boca tensa. Estaba tratando de decirle algo.

Kim evaluó a la niña de la cabeza a los pies y la sencillez de la verdad la contempló a la cara.

Sonrió a la niña y asintió con la cabeza. La tenía. Las palabras surgieron con suavidad:

—Elaine, pregúntale otra vez. —Elaine giró hacia ella—. Por favor.

La psicóloga se volvió hacia Daisy, que ahora tenía la mirada al frente.

—Daisy, ¿alguna vez tu mamá estuvo en el sótano?

El oso de felpa se movió de un lado al otro.

«Daisy, ¿había un hombre en esa habitación contigo y tu papá?».

El oso de felpa se movió hacia delante y hacia atrás.

«Daisy, ¿tú conocías a ese hombre?».

Kim contuvo la respiración.

El oso de felpa dijo que sí.

Veinticinco

Alex puso en marcha el BMW mientras veía el Golf negro salir de una calle lateral que desembocaba en Wordsley Road. En sus observaciones furtivas, había descubierto que la detective no era casada ni tenía hijos. El hecho de que sufriera un daño psicológico era algo que había detectado durante aquella reunión, y, aunque ese dato, por sí solo, era suficiente para despertar su interés, necesitaba más.

La inspectora detective la dotaba de una distracción muy bienvenida mientras esperaba noticias de Barry. Y sabía, con toda certeza, que llegarían.

Permitió que dos coches se pusieran al frente para dejar cierta distancia entre las dos.

Había descubierto todo lo que necesitaba saber acerca de la vida profesional de la detective. Kimberly Stone se había destacado en el trabajo y había sido promovida rápidamente. Tenía una muy alta tasa de éxito en la resolución de casos y, a pesar de su falta de habilidad para socializar, era muy respetada.

Lo que Alex necesitaba era otra pista y, sabiendo que la persona en cuestión no vendría por su propia voluntad, se había sentido forzada a ser un poco más creativa. La única manera de avanzar en su investigación era seguir a esa mujer un sábado por la mañana hasta determinar qué hacía cuando no estaba en su papel de inspectora detective de alto rendimiento, y ese viaje, en este momento, acababa de llevarla a las puertas de una floristería de Old Hill.

Alex se sintió intrigada cuando Kim salió de la tienda con un ramo de lirios y claveles. No le parecía que la detective fuera del tipo que regala flores.

Reanudó su camino y permaneció unos cuantos coches detrás, mientras seguía al Golf por un par de medianas hacia las afueras de Rowley Regis.

Los únicos dos lugares de cierta importancia eran un hospital pequeño y el cementerio de Powke Lane. En este último sería mucho más fácil arreglar un encuentro accidental.

Como doblegándose a la voluntad de Alex, el Golf entró en el cementerio justo por la entrada que daba a la mediana. Alex cogió la salida anterior y se dirigió al hospital para poner algo de distancia entre ella y la detective.

Dio la vuelta al hospital por el aparcamiento y salió. Mientras conducía lentamente por el camino que corría por fuera del cementerio, localizó el lugar donde el Golf estaba estacionado.

Hizo un alto frente a las puertas y entró. Inmediatamente descubrió la figura vestida de negro que subía la colina. Alex estudió el área y eligió una hilera de lápidas que se levantaban entre el

lugar hacia donde caminaba la detective y el aparcamiento donde había quedado el Golf. Perfecto. De regreso al coche, la mujer tendría que pasar por donde Alex estaba.

Escogió una tumba y se puso enfrente. El mármol negro, despojado de flores y ornamentos, era una buena señal de que no vendrían a molestarla los verdaderos dolientes.

No podía evitar sentirse intrigada por Kimberly Stone. Había una lejanía en esos ojos oscuros y vampíricos. Alex casi siempre era capaz de hacerse una idea de las personalidades en unos cuantos segundos. Estudiaba los más mínimos detalles de la comunicación no verbal; algo muy afortunado, porque la mujer apenas había hablado durante esa primera reunión. No pudo deducir gran cosa, pero alguien tan reservado había sufrido traumas y dolor, y eso hacía a la mujer más interesante.

Alex era consciente de que tendría que ser muy manipuladora ante la calculada inteligencia que avistaba en la detective, pero también sabía que, al final, ganaría. Siempre ganaba.

La figura comenzó a moverse, así que Alex puso en marcha su plan. Se agachó y colocó un pequeño guijarro dentro de su zapato derecho. Calculó el momento en que debía salir de la hilera de tumbas y empezó a caminar cojeando colina arriba, hasta encontrarse con la detective a medio camino. Alex se arriesgó y mantuvo la cabeza agachada.

—¿Doctora Thorne?

Alex levantó la cabeza y vaciló brevemente, tratando de identificar a la mujer que acababa de interrumpir sus profundas meditaciones.

—Inspectora detective —dijo, y le ofreció la mano. La mujer le devolvió el saludo solo por un instante brevísimo—. ¿Cómo está Ruth? ¿Puedo preguntar?

La detective sumergió las manos muy hondo en sus vaqueros y Alex tuvo la impresión de que estaba usando el forro interior para borrar el contacto físico.

—Ha sido acusada de asesinato, sin derecho a fianza.

Alex puso una sonrisa triste.

—Sí, eso escuché en las noticias. Lo que quise decir es ¿cómo está?

—Asustada.

Alex se daba cuenta de que esto sería difícil. La mujer estaba más cerrada de lo que había esperado.

—¿Sabe?, me quedé pensando en lo que dijo al salir de mi despacho.

—¿Y?

Nada de disculpas, nada de retractaciones. Ningún intento de explicar esas duras palabras ni de fingir que habían sido malinterpretadas. Le gustaba el estilo de esta mujer.

Alex cambió el peso de un pie al otro, dolorida. Echó un vistazo alrededor y miró un banco, a unos tres metros de distancia.

—¿Podemos sentarnos un momento? —preguntó, y fue hacia allá cojeando—. Ayer me torcí un tobillo.

La detective la siguió y se sentó en el otro extremo del banco. Su lenguaje corporal gritaba «ponte a ello», tal como Alex había sospechado. Las personas suelen permanecer más tiempo si consigues que se sienten. Esa es la razón de que cada lugar imaginable abra espacio para una cafetería.

«Eché un vistazo a algunas de mis notas, en busca de pistas que pudiera haber pasado por alto durante nuestras sesiones. Trataba de hallar algún indicio de sus intenciones, pero no

encontré nada. Excepto... —Alex titubeó y, por primera vez, percibió un atisbo de interés—. Excepto, quizás, que debí haberme dado cuenta de que no estaba respondiendo tan rápido como debía. Hacía muy pocos esfuerzos para salir adelante, y, aunque no es un tratamiento que pueda trazarse en una cronología específica, puesto en retrospectiva, creo que ella estaba resistiéndose un poco al proceso».

—Oh.

Maldita sea, esta mujer costaba mucho trabajo. Alex inclinó la cabeza.

—Usted cree que fracasé, ¿no es así? —La detective no dijo nada—. ¿Puedo explicarle mi posición o este asunto está totalmente cerrado para usted?

La mujer se encogió de hombros y siguió con la mirada puesta al frente. El hecho de que la detective no estuviera ya en su coche le decía a Alex que todavía le quedaba algo de curiosidad. Había alguna razón por la que seguía ahí sentada.

«La comunidad de la sanidad mental no observa las psiques dañadas de la misma manera que el resto de la gente. Tenga en cuenta su propio caso: usted cree que alguien como Ruth puede someterse a una terapia y quedar restablecida hasta la normalidad en un tiempo específico, medible. Para una víctima de violación, cuatro meses; para un enfermo bipolar, diez meses; para una víctima de abusos sexuales, dos años. No es una lista de la compra».

Alex buscó una reacción ante los factores desencadenantes que había mencionado, pero no la percibió. El trauma estaba en otro lugar.

«Como psiquiatra, acepto que la gente tiene daños. Psicológicamente, algunos de nosotros salimos lastimados por un breve período a raíz de una pérdida. —Eché un vistazo a la lápida del bueno de Arthur y tragó saliva con valentía—. Y encontramos una salida. Nunca volvemos a la normalidad, pero nos resarcimos lo mejor posible».

—¿Quién está ahí? —preguntó la detective, sin delicadeza y sin disculparse por lo directo de la pregunta.

Alex suspiró hondo.

—Usted miró las fotografías en mi escritorio. Mi familia, muerta hace tres años en un accidente automovilístico. —La voz de Alex se quebró con las últimas palabras. Podía sentir la incomodidad de la mujer. Levantó la cabeza y miró al frente—. El dolor te provoca cosas extrañas. —Le pareció percibir una reacción y siguió presionando. Cualquier respuesta le estimulaba el apetito, y tenía montones de misiles termodirigidos en la bolsa—. Creo que nadie alcanza a sobreponerse de verdad a una pérdida.

La mujer no le ofrecía ningún estímulo, pero Alex perseveró de cualquier modo.

«Perdí una hermana cuando era muy joven».

Ah, una turbación notable. Ahora ya podían ir a algún lado.

«Éramos muy cercanas, casi las mejores amigas. Solo nos separaban dos años».

La falta de respuestas o palabras de aliento para que siguiera adelante eran muy irritantes. Alex decidió que necesitaba poner algo en común.

«Después de su ahogamiento, mis patrones de sueño cambiaron drásticamente. Nunca pude dormir de noche durante más de tres o cuatro horas. Me hicieron estudios y analíticas, me pincharon, me pusieron monitores. Para colmo, le dieron un lindo nombre a mi enfermedad, pero ninguna cura».

La verdad era que Alex descansaba a pierna suelta siete horas cada noche, pero el tiempo que

había pasado estacionada fuera de la casa de esta mujer le decía que la detective no había dormido.

«Lo lamento. No debería estar hablando así. Estoy segura de que usted querrá regresar con su familia».

La mujer de al lado se encogió de hombros. Aunque no se liaba verbalmente, permanecía en el banco.

Alex rio con pesar y se puso a jugar nerviosamente con el cinturón de su chaqueta.

«Hasta los psiquiatras necesitamos, a veces, alguien con quien charlar. Las pérdidas nos cambian a todos. Yo he aprendido a llenar las largas horas de cada día con actividades productivas. Escribo notas, hago investigaciones, uso internet... Pero, a veces, da la impresión de que la noche no tiene fin».

Un leve asentimiento. Cada reacción, por mínima que fuera, le decía algo a Alex.

Se dio cuenta del pequeño cambio en la actitud de su compañera. El cuerpo se había vuelto ligeramente sobre sí mismo, como un sándwich que se hubiera quedado a la intemperie. Podía tratarse de un esfuerzo por protegerse de algún viento mordiente, pero Alex sabía que no era así.

Se decidió por una apuesta imposible de perder.

«¿Puedo preguntar a quién...?».

—Fue un gusto charlar con usted, doctora. Hasta la próxima.

Alex observó a la detective caminar de regreso al coche, subirse en el Golf y salir volando de ese lugar.

Sonrió mientras se quitaba la piedra del zapato y se dirigía colina arriba. La reacción de la mujer, al batirse en impetuosa retirada, era tan significativa como una prolongada conversación. Alex había aprendido montones de cosas y comenzaba a medir a su oponente.

La inspectora detective Kim Stone era una incompetente social. Carecía de modales que, si no se tenían de manera natural, podían aprenderse fácilmente, en caso de necesidad. Era impulsiva e inteligente. Posiblemente había sufrido algún abuso sexual, pero lo que era definitivo es que había experimentado una tragedia y una pérdida. No disfrutaba del contacto físico ni le importaba quién lo supiera.

Alex llegó a la lápida que buscaba. Leyó la sencilla inscripción y no hizo el menor esfuerzo por ocultar su regocijo.

La resolución de cualquier acertijo implicaba etapas metódicas, lógicas. Primero aparecía la impaciencia por empezar, seguida de la comprensión de la enormidad del desafío. Luego, la concentración bien dirigida para avanzar, el compromiso con la última meta.

Finalmente, la parte más emocionante: el punto en el cual la siguiente pieza es decisiva para completar todo el rompecabezas.

Alex volvió a leer la información grabada en dorado y rojo y supo que había encontrado una pieza clave del rompecabezas.

Veintiséis

El timbre sonó y Kim ni siquiera tuvo que preguntar quién era antes de quitar la cadencia.

—Mi santa hizo demasiada lasaña. —Él se encogió de hombros—. Insistió.

Kim sonrió. La «santa» le enviaba una comida casera cada dos semanas y era de un natural tan caritativo como el de su esposo.

Kim se acordó de unos meses antes, después de que Bryant rescatara una perra bulterrier Staffordshire con sus cachorros de un piso en la conocida urbanización de Hollytree. Los cachorros habían sido puestos a salvo de una vida de peleas de perros; y la madre, de ir de camada en camada hasta su último destino como cebo en el *ring*.

La familia de Bryant había criado a los cachorros hasta encontrarles casas con familiares y amigos. La madre se había quedado con ellos.

—Así que ¿qué has venido a hacer, en realidad? —le preguntó mientras iba a buscar una segunda taza.

—Bueno, he estado pensando...

Ella enarcó una ceja.

—Bryant, ya te he prevenido sobre esa peligrosa actividad.

Él entrecerró los ojos.

—Kim, ¿acabas de hacer un chiste? —Ella se encogió de hombros—. Creo que deberías dejar atrás el caso de Ruth Willis. Pareces obsesionada con la doctora Thorne y eso no te hará ningún bien.

—¿De verdad? Pues adivina con quién me encontré hoy. —Kim tuvo el cuidado de no decir dónde. Por algún motivo, la conversación que había tenido antes con la doctora seguía reproduciéndose una y otra vez en su cabeza, y no estaba segura de por qué.

—Dame la sorpresa.

—Con la doctora Thorne. Me preguntó por Ruth.

Bryant se encogió de hombros.

—Lo que era de esperar, supongo.

—Mmm...

—¿Qué?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Tenía mucho de qué hablar.

—¿Acerca de Ruth?

—En realidad, no. De ella, más bien.

—¿Qué clase de cosas?

—De que su familia murió, de que no duerme mucho, de que tiene pocos amigos...

—¿Y ahora sois las mejores amigas?

—Es solo que hay algo... raro.

Bryant rio por lo bajo.

—Como tú... comprenderás.

—Vale, olvídalo.

—Perdona. Prosigue. ¿Raro en qué sentido?

Kim trataba de resolverlo por sí misma. Si usaba a Bryant como caja de resonancia, las cosas tal vez llegarían a tener sentido y ella podría olvidarse del asunto.

—Las cosas que dijo, el modo en que las dijo. Declaraciones sobre sí misma que parecían, más bien, como si estuviera tratando de sacarme algo. ¿Entiendes a qué me refiero?

—No.

—¿Por qué habría de decirme tantas cosas sobre sí misma?

—Quizás te la encontraste en un momento de debilidad y se sintió atraída por ti.

Kim admitió que eso era posible. La conversación había sucedido en un cementerio.

—Sí, pero me dio la impresión de que la charla fue más por mi cuenta que por la suya.

—¿Te hizo alguna pregunta?, ¿fisgoneó en tu vida?

—No directamente, pero...

—¿No se habrá sentido vulnerable o, simplemente, quería entablar una conversación contigo?

—Eso supongo, pero...

—Mira, Kim, las personas se encuentran y charlan. Hablan de sí mismos y tú hablas de ti misma. Lo llaman hacer relaciones. La verdad es que los perros lo tienen más fácil. Simplemente se huelen los unos a los otros...

—Basta. Vale, ella sabe que no es buena haciendo amigos, pero también puede percibir cuando algo no anda bien.

—En serio. Quizás no lo sepas, pero es la forma normal en que las personas se conocen. Conversan. En algunos casos singulares, he oído que existe cierta posibilidad de que desarrollen una amistad.

Kim lo pasó por alto.

—Hay más.

—No lo dudo.

—Algo en ella no es, digamos... auténtico.

—¿Cómo?

Kim buscó un ejemplo entre sus recuerdos.

—¿Alguna vez miraste aquel programa que se llamaba *Faking it*?

—¿Dónde a los participantes les daban un curso intensivo en algo así como neurocirugía y después, al final, trataban de engañar a los expertos?

Kim asintió.

—Así es la cosa. Es como si Alex actuara a través de sus emociones. Se registran en su rostro, pero en ningún otro lado. Escoge una a la vez, y la pausa entre una y otra es, simplemente, un hueco. Algo muy extraño.

—Kim, te diré esto con todo respeto, porque eres mi jefa, y yo soy lo más parecido a un amigo para ti —Bryant hizo una pausa, esperando la anuencia de ella para seguir adelante—, pero no estoy seguro de que seas la mejor jueza de las respuestas emocionales ajenas.

Kim no se sintió herida por esas palabras. Nunca se sentía incómoda con la verdad, y tenía que admitir que el argumento era bueno.

«¿Por qué te sigue preocupando esa conversación?».

Ella lo pensó por un momento.

—Para serte franca, no lo sé.

—Olvídala. Nunca volverás a estar con ella, así que esto no tendrá ninguna repercusión en tu vida.

Las palabras tranquilizadoras de Bryant no habían funcionado. Prevalecía la preocupación de que eso no había sido lo último que sabría de Alexandra Thorne.

Veintisiete

Eran casi las nueve cuando Alex entró y cerró la puerta. La casa estaba totalmente a oscuras.

Recorrió el pasillo hasta la cocina. Al salir del cementerio se había detenido en Marks & Spencer para comprar un Château Lascombes del noventa y seis. Se lo había ganado.

Puso la botella en la encimera de mármol e hizo una pausa. Algo no estaba del todo bien. Inmediatamente le llegó el tufo. Miró a su alrededor. Un hedor pestilente llenaba la habitación. Aspiró otro poco, pero no pudo identificar nada en particular. Era asqueroso y estaba por todos lados.

«Dios santo, ¿qué se murió aquí?», se dijo a sí misma, mientras abría la puerta de uno ochenta del frigorífico-congelador.

En el estante más bajo estaba la bolsa de ensalada mixta que había abierto el día anterior. No había leche, pues rara vez la usaba. Guardaba cada cosa en un táper sellado.

Cerró la pesada puerta y el corazón casi le saltó por la boca cuando sus ojos se encontraron con los del tipo que estaba justo frente a ella.

Retrocedió atónita.

—Shane... ¿Qué demonios...?

Shane la agarró de la parte alta del brazo para evitar que se alejara de él.

—Hola, doctora, ¿me ha echado de menos?

Alex trataba de bajar el ritmo de su errática respiración y orientarse. Shane estaba aquí, en su casa. ¿Cómo coño había sucedido tal cosa? Shane ni siquiera entraba en sus pensamientos.

El agarre en su brazo era firme; los ojos del hombre, calmos y bajo control.

Él se elevaba sobre ella unos buenos veinticinco centímetros. Se acercó más y la peste llenó las fosas nasales de Alex. Las náuseas comenzaron a rodar por el estómago de la mujer. Era una mezcla de olores corporales, humedad y comida rancia. Sintió arcadas, pero retuvo el almuerzo en el lado derecho de la garganta.

Quiso soltarse. La mano que la sujetaba era fuerte y decidida.

—Shane, ¿qué coño estás haciendo aquí?

Alex se preguntaba si el temblor de su voz era tan claro para Shane como lo era para ella. No conocía al muchacho lo suficientemente bien como para medir el verdadero alcance de sus capacidades. Pero ya lo había manipulado antes. ¿Podría volverlo a hacer?

—He venido a castigarte, Alex.

Alex tragó. La expresión de Shane era de hielo. Ya no se parecía más a aquel niño pequeño y vulnerable. Parecía un hombre. Uno de verdad.

No dijo nada. No tenía la menor idea de lo que él tenía en mente. Necesitaba idear una estrategia. Si tan solo pudiera alcanzar su móvil...

En cuanto se le ocurrió esa idea, Shane extendió el brazo libre para alcanzar el bolso, que estaba detrás de ella. Lo volteó y derramó el contenido sobre la mesa. Cogió el móvil y se lo metió en el bolsillo.

Con la mano con que la tenía agarrada, Shane la empujó contra la barra de la cocina. Le soltó el brazo y le puso las manos a uno y otro lado, dejándola atrapada en esa posición.

Ella calculaba sus opciones: Podría levantar la rodilla y darle duro entre las piernas, con la esperanza de que cayera al suelo. Eso le daría tiempo suficiente para llegar a la puerta, abrir los cerrojos, quitar la cadenilla y escapar. Sería fantástico, si funcionara, pero no si era incapaz de acumular suficiente fuerza después del acto. Recordaba lo que el chico le había hecho a Malcolm, además de que había matado a su abusivo tío a mano limpia.

Se decidió por una estrategia diferente.

Se tragó el miedo y le sonrió con toda su coquetería.

—Te he echado de menos, Shane.

Él echó la cabeza un poco atrás y su boca hizo una mueca de moderado disgusto.

Mala idea. Alex reculó rápidamente y trató de parecer seria.

«De verdad».

Shane negó con la cabeza.

—Es usted una mentirosa y una puta. Antes de conocerla, tenía alguna oportunidad en la vida. David me brindó un techo y esos tipos me entendían. Eran mis amigos. Ahora los he perdido. Lo he perdido todo por su culpa.

Ella trataba de mantener una respiración uniforme. Abrió la boca.

—No hable —le ordenó él—. Cualquier cosa que sale de su boca no es más que un jodido montón de mierda. Me hizo creer que podría volver a la normalidad. Me convenció de que podría sentirme limpio y completo, siempre a sabiendas de que no era posible.

En la frente de Shane aparecieron unas arrugas demasiado profundas para un chico de veintitrés años.

«Y me usó para lastimar a Malcolm. No sé por qué me forzó a hacerlo, pero, si le di una verdadera paliza, fue por su culpa. Creo que usted le hace daño a la gente, Alex, y se va de rositas, pero no esta vez».

El corazón de Alex dio un vuelco. Ni siquiera podía imaginar lo que él sería capaz de hacerle. Peleando cuerpo a cuerpo, él tenía todas las de ganar, pero, en el campo de la guerra psicológica, la lucha sería enteramente distinta.

«Realmente confié en usted, ¿sabe? Pensé que era mi amiga, pero ahora lo he perdido todo por su culpa».

Trató de no estremecerse cuando la mano derecha del chico se levantó y le tocó la mejilla.

«Tan limpia, tan hermosa, tan perfecta».

La piel áspera de Shane contra la suya casi la ahoga, pero ella se las arregló para mantener una expresión bondadosa. Había una melancolía en la cara del chico que ella reconocía haber detectado en muchos otros pacientes. Aún quería algo, lo ansiaba.

Tenía que llegar al niño pequeño. Su seguridad dependía de ello.

Se arriesgó y le tocó apenas los dedos. El chico tensó la mandíbula, pero no retiró la mano.

Y, finalmente, tenía una estrategia. Bajó la voz hasta un susurro.

—Me da tanto gusto que me hayas encontrado, Shane.

Los ojos del chico se clavaron en los suyos.

Siguió adelante, haciendo a un lado el miedo de su voz.

«Te he buscado tanto... Regresé a la casa al día siguiente, temprano, para asegurarme de que todo estuviera bien con David, y fue él quien me dijo que te habías marchado. Quería disculparme contigo por haber sido mala. Simplemente estaba furiosa por lo que le habías hecho a Malcolm. —Negó con la cabeza—. Pensé que tú y yo teníamos una conexión. Creí que podría ayudarte».

La breve sombra de la incertidumbre ralentizó los rápidos latidos de su corazón, y prosiguió.

«Con todas las horas que hemos estado juntos, creí que progresabas. Pensé que me tenías fe, pero, cuando miré cómo dejaste a Malcolm, fue como si todo nuestro tiempo juntos no hubiera significado nada».

Él negó lentamente con la cabeza, pero su mano derecha cayó a un lado, lejos del rostro de Alex.

«Venga, Shane. Tú también lo has sentido. Somos amigos. No debí haber dicho lo que dije.

—Bajó la mirada y movió la cabeza de un lado al otro—. Fui cruel y ni siquiera era cierto».

—¿Qué no era cierto?

—Que no puedo ayudarte.

El rostro del chico se contrajo de absoluta confusión.

—Pero usted dijo...

—Sé lo que dije, Shane. Fue un error. Lo dije solo porque estaba enojada contigo. Por supuesto que puedo ayudarte. Por eso, esa noche salí a buscarte por las calles.

—Pero...

La balanza se había inclinado. Ella se zafó de su espacio, se giró y le tendió la mano. Había recuperado el control y esto terminaría a su manera.

—Ven conmigo y comenzaré a ayudarte ahora mismo.

Él se quedó donde estaba.

El peligro había quedado atrás. Le había provocado suficiente confusión como para aplacar su ira. El niño había resurgido.

Alex lo convenció de que avanzara y la acompañara al consultorio.

«Voy a poner la lámpara del escritorio, es más reconfortante».

Fue al otro lado de la mesa y encendió el interruptor. Había otro botón a un lado de este. Lo presionó dos veces.

La habitación quedó bañada con un resplandor suave e íntimo. Condujo a Shane a la silla de los pacientes. Él se sentó.

Unos pocos minutos. No necesitaba más. La ayuda estaba a menos de kilómetro y medio de distancia. Necesitaba cerrar este asunto particular y, en su mente, el plan lucía cristalino.

Se quitó la chaqueta y la puso en la mesa, entre los dos.

«¿Quieres que comience a ayudarte, Shane? —preguntó con delicadeza».

Él no dijo nada. Simplemente se la quedó mirando.

«Si me dejas ayudarte, puedo hacer que todo se desvanezca. Podemos empezar en este momento. Después, dentro de un rato, llamaré a David y podrás regresar a la casa Hardwick. ¿Ese es tu deseo?».

Él la miró dubitativo.

—¿Se puede?

Ella asintió enfáticamente.

—Por supuesto que se puede. Fuiste tú quien decidió irse. La habitación sigue ahí, para ti.

La miró incrédulo.

—¿Sería capaz de hacer algo así?

Ella sonrió de modo tranquilizador.

—Shane, haría lo que fuera por ayudarte. Eres mi amigo.

El rostro del chico se desplomó. Dejó caer la cabeza entre las manos.

—Ay, Alex, estoy tan arrepentido de lo que he hecho. Creí que la odiaba. Creí que usted me odiaba. Pensé que yo estaba tan sucio que usted ni siquiera se situaría a mi lado.

—No seas tonto —dijo ella, como si el chico tuviera solo cinco años—. Ahora, cierra los ojos y concéntrate en mi voz.

Él se apoyó en el respaldo y cerró los ojos.

Alex se subió la manga derecha de la blusa. Sin quitarle los ojos de los párpados firmemente cerrados, con esa mano comenzó a pellizcarse la piel del antebrazo.

«Para empezar, solo relájate y despeja tu mente. Te voy a ayudar a quitarte algo de ese dolor».

La cara del chico se relajó y sus mandíbulas se aflojaron. Alex sonrió mientras se enrollaba la manga izquierda. Siguió hablando a Shane con voz calma y tranquilizadora, mientras se clavaba una uña en la piel tan hondo como podía. Trazó una línea en su propia muñeca. Era una línea diagonal. La piel quedó rota en algunos puntos. En realidad, parecía peor de lo que era.

«Tienes que soltar ese odio, Shane. Puedo ayudarte a dejar atrás el pasado. Puedo ayudarte a sentirte limpio otra vez».

Y hubiera podido, de haberlo querido, pero, al consultar su reloj, se dio cuenta de que ya no le quedaba tiempo.

—¿Qué se hace en los brazos, Alex?

Maldita sea, había apartado los ojos un solo segundo para mirar su reloj.

Él pasó la mirada del rostro de la mujer a los brazos arañados y enrojecidos. Empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Sonó un golpe en la puerta. Alex ya estaba preparada. En el pasado, la alarma contra ataques personales que tenía junto al escritorio había sido activada una sola vez, y había funcionado a la perfección. Shane se puso de pie de un salto y se dirigió a la puerta que llevaba al pasillo.

—Todo está bien, Shane. No les hagas caso. Se marcharán.

Sabía perfectamente bien que no lo harían.

Shane parecía horripilado. Tenía la mirada fija en el brazo derecho de la mujer.

Alex se levantó y se apartó de la puerta.

«No hay problema, esta gente...».

El sonido de la puerta al romperse interrumpió sus palabras.

Shane se volvió hacia ella, paralizado y lleno de miedo. Ella se rompió la blusa y sus pechos

quedaron expuestos. Sacudió la cabeza para desordenarse el cabello y se pellizcó la mejilla hasta hacerse una marca roja.

A toda velocidad, dos agentes de la policía irrumpieron en la habitación y observaron la escena.

—Él... Él... trató de violarme —gritó ella antes de que sus piernas flaquearan. Cayó contra la pared. El policía más alto fue a calmarla.

Shane pasaba la mirada entre los tres, sin tener ni idea de lo que había sucedido. Era lastimoso, de verdad. Tan fácil de engañar. Había sido tan fácil hacerlo creer que ella tenía algún interés en ayudarlo. Él jamás sería lo suficientemente hábil como para vencerla.

—Yo no... Lo juro, yo no...

El policía alto revisaba las lastimaduras en los brazos de Alex.

—Espósallo —dijo.

Llevó a la psiquiatra a una silla. Los ojos de Shane estaban fijos en ella. Su expresión era la viva imagen de la confusión.

Alex le regaló una sonrisa triunfal.

En ese momento, el chico se dio cuenta de que lo llevaban de regreso a la prisión. Se esforzó por soltarse de las esposas.

—No, por favor, no puedo... Usted no entiende, por favor... No puedo regresar allá...

Después del crimen que había cometido, cualquier acto de violencia sería suficiente para que le revocaran irrevocablemente la libertad condicional. Ella necesitaba asegurarse de que este sujeto en particular nunca volvería a molestarla.

—Dígales, Alex —gritaba él mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. Dígales que no le hice daño. Por favor, dígales que no puedo regresar allá.

Alex se frotó los brazos y apartó la mirada.

—Adiós, Shane —susurró mientras el policía alto conducía al chico al coche patrulla.

Veintiocho

Aún mientras cerraba la puerta del coche, Kim no estaba segura de qué había venido a hacer a este lugar. Lo único que sabía es que un rostro lleno de incertidumbre flotaba frente a sus ojos.

Atravesó las puertas dobles y se detuvo en la recepción. Una chica muy joven y sonriente, con un mechón de pelo rosa, le dio la bienvenida.

—¿En qué puedo ayudarla?

Kim no estaba segura de lo que debía contestar.

—Solo echaré un vistazo.

—La chica sonrió y señaló otra puerta doble. Kim se dirigió hacia allá y sus sentidos fueron pillados por asalto. El olor era una mezcla de desinfectante, comida de perro y heces. Una cacofonía de ladridos hizo erupción con el tintineo de la campana que anunciaba que las puertas se habían abierto.

En el primer cubículo había dos cachorros de bulterrier Staffordshire: pequeños, compactos y sólidos. Kim no se detuvo. Al mirar las jaulas, fue pasando por toda una variedad de tamaños y razas. Además de ella, los únicos visitantes eran una pareja joven que, inclinada sobre un Jack Russell, hacían arrumacos a ese perrito ávido de causarles la mejor impresión. Siguió de frente hasta el último cubículo: Siberia.

El perro estaba echado en su cesta. Levantó los ojos, pero no se movió de su lugar. Kim hubiera jurado haber notado en él un mínimo indicio de reconocimiento.

—Ah, este es Barney —dijo una voz detrás de ella. Kim se volvió y se encontró con una mujer corpulenta, de mediana edad, de cabello canoso y muy rizado. El nombre en la placa decía que quien le hablaba se llamaba Pam. Abajo ponía «voluntaria».

Kim no respondió nada. Se daba cuenta de que la perrera de Barney ni siquiera tenía una placa con su nombre.

—Pobre —suspiró la mujer—. Ni siquiera se ha molestado en levantarse y saludar a nadie. Es como si se hubiera dado por vencido.

Ubicado en Siberia, sin un nombre que lo identificara, Kim no pudo evitar preguntarse quién se había dado por vencido, realmente. La mujer siguió hablando.

«Tuvimos suerte de encontrarle un hogar la última vez, pero ahora es casi imposible. Es un perro un poco difícil».

—¿Por qué? —Kim habló por primera vez.

—No le gustan las multitudes.

Aprobado.

«No le gustan los niños».

Aprobado.

«Pero le encantan el amor y un buen alboroto».

Bueno, dos de tres no estaba tan mal.

«Pobre. Cuando era cachorro, fue maltratado, y como no le gusta jugar con niños ni con otros perros, ha venido a dar aquí en incontables ocasiones. Algunos de sus dueños intentaron que mejorara. Incluso uno recurrió a un encantador de perros para ayudarlo».

Kim enarcó una ceja. ¿Un jodido psiquiatra de perros?

«Nada funcionó. En ocho años, ha vivido en muchas casas. Es un poco raro, pero la gente solo intenta mejorarlo y termina decepcionada. Nadie lo acepta porque...».

—Me lo llevo —dijo Kim sorprendiéndose a sí misma y a la parlanchína que tenía a un lado.

La cabeza de Barney se levantó, como si hiciera eco de lo que preguntó enseguida la mujer corpulenta.

—¿Está segura?

Kim asintió.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Esto... Si me acompaña, iremos a la recepción a llenar el papeleo. Estoy segura de que, en esta ocasión, podríamos pasar por alto la visita domiciliaria.

Kim salió por donde había entrado. Supuso que estarían ansiosos por despejar aquella perrera. Barney era el único que tenía una para él solo.

Después de dos formularios y un pago con tarjeta de débito, Barney estaba sentado en el asiento trasero del coche con —Kim lo hubiera jurado— perplejidad en el rostro. Ella aún necesitaba averiguar qué la había llevado a ese sitio, ya no digamos qué la había inducido a regresar a casa con el perro. Solo sabía que la sensación de encontrarlo abandonado en la incertidumbre se le había quedado dentro, y, mientras más oía a la voluntaria hablar de la ineptitud social del can, más fuerte resonaban esas palabras en su interior. La oferta de darle un nuevo hogar había salido de su boca antes de que pudiera retirarla.

Las empleadas estaban tan sorprendidas que le llenaron el coche con la cama, los juguetes, los masticables de cuero y un suministro de comida de perros para dos semanas. Kim pensó que estaban tan desesperados por deshacerse de él que pudo haberlos presionado hasta conseguir que aceptaran suministrarle alimento de por vida.

—Bien, muchacho, aquí vamos —dijo al aparcar fuera de la casa. Él se quedó sentado hasta que ella abrió la puerta del coche y lo enganchó al collar. Lo condujo dentro de la casa y le quitó la correa. En cuanto la puerta estuvo cerrada, el perro recorrió con la nariz, y moviendo la cola, cada centímetro del espacio.

Kim se quedó junto a la puerta. «Madre santa, ¿qué he hecho?». El pánico se le vino encima. Su casa había sido invadida por otra criatura viviente. Cayó en la cuenta de la enormidad del acto. Era apenas capaz de cuidar sus propias necesidades básicas, ya no digamos otras cosas. Comía cuando tenía hambre, dormía cuando el cuerpo la obligaba, y muy rara vez procuraba hacer ejercicio voluntariamente.

Se resistió a los instintos que la compelián a meterlo de nuevo en el coche y devolverlo.

Sabía como te hacía sentir eso. Respiró hondo y siguió adelante, tomando el control.

—Vale, chico. —Al escuchar el sonido de su voz, Barney dejó de hacer lo que estaba haciendo—. Para que esto funcione, tendremos que poner algunas reglas. Esto... En este momento no estoy segura de qué reglas serán, pero, la primera, es que no te puedes subir al sofá, ¿eh?, por ningún motivo. Tienes el suelo laminado, una alfombra y tu propia cama. El sofá es mío.

Por alguna extraña razón, Kim se sintió mejor de que eso hubiera quedado entendido. Lo rodeó para ir a la cocina. Barney seguía con su exploración, pero con menor fervor.

Hecho el café, Kim se sentó a observar cómo deambulaba por el espacio, con la cola agitándose de satisfacción. Dedicó un momento a tratar de adivinar lo que el perro estaría pensando. ¿Sería así de fácil de reubicar o estaba siendo cauteloso? ¿Sospecharía que simplemente había salido del albergue de vacaciones y que su regreso estaba garantizado?

Barney se acercó, se sentó a un lado de la mesa de centro y se la quedó mirando. Movié la cabeza, estudió la taza y volvió a poner la mirada en ella. Kim no respondió y el perro repitió el movimiento.

—¿Es broma, perro?

Su cola barría el suelo mientras ella hablaba.

Kim se inclinó hacia delante y sumergió el meñique en la bebida que se enfriaba. El perro lamió el líquido con su áspera lengua y se quedó esperando. Kim sonrió. Nadie más podría tener un perro al que le gustara el café tanto como a ella.

Vertió un poco del líquido en el plato del agua y lo enfrió con leche. La lengua de Barney repasó el plato hasta que lo dejó completamente seco. Levantó la cabeza. Lucía un cremoso bigote.

Kim rio.

—No más. Los perros y el café no se llevan.

Regresó al sofá con el resto de la bebida. Barney parecía haber entendido el mensaje y se echó junto a ella, cerca de sus pies, casi tocándolos.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Tenía que lograr que esto funcionara. Por incómodo que fuera tener a otro ser viviente compartiendo su espacio, *algo* la había dirigido al refugio canino. La ponía mal la simple idea de que hubieran descartado al perro una vez más.

Sintió movimientos en el sofá. Abrió los ojos y lo encontró sentado junto a ella. Aún sin tocarla.

—Barney, te dije que...

En un movimiento calcado al de un hurón, por la velocidad y la destreza, ya estaba en el hueco de su brazo.

Vale, era hora de mostrarle al perro cómo tendría que funcionar esta relación. Habría comida, agua, un par de juguetes, un hueso o dos y paseos de medianoche, pero, definitivamente, nada de esto.

Cuando abrió la boca, él se le pegó aún más, apoyó la cabeza en su seno derecho y la miró profundamente a los ojos. Era una mirada llena de interrogantes.

La mano de Kim encontró sola el camino hasta la cabeza de Barney. Sus dedos empezaron a desplazarse por el suave pelaje hacia delante y hacia atrás.

Él suspiró y cerró los ojos, y lo mismo hizo Kim. Sí, sin duda, ella acababa de dejarle muy claro quién mandaba ahí.

El movimiento rítmico de las caricias en ese pelo tan suave la arrulló hasta un estado de relajación.

De manera gradual, la sensación de ese cuerpo pequeño y tibio en ella anidado le iba evocando, poderosamente, otros tiempos, muchos años atrás, cuando otro pequeño cuerpo buscaba en ella protección y alivio.

Por primera vez en veintiocho años, las lágrimas brotaron y comenzaron a rodar silenciosamente por sus mejillas.

Veintinueve

—Madre santa, Kev, guarda eso —dijo Stacey, con su fuerte acento de *Black Country*, mientras doblaba a la izquierda para salir del aparcamiento—. Es como tu propia palma, no puedes soltarlo.

Kev no le hizo caso y siguió jugando con su móvil.

—Vete a la mierda, Stace.

Una sonrisa comenzó a dibujarse lentamente en su rostro antes de ponerse, con las dos expertas manos, a escribir un mensaje de texto.

Stacey había ofrecido sus servicios de conductora designada para ir a la casa de los Dunn. Por ningún motivo permitiría que Kev condujera en ese estado de permanente distracción.

—Si tuviera pene, lo llamaría Dawson —dijo ella.

—Stace, no sé lo que crees saber, pero, sea lo que sea, de todos modos, no es tu puto asunto, ¿vale?

Stacey se encogió de hombros. No se ofendía cuando la mandaban a tomar por culo. En realidad, era muy raro que se sintiera ofendida por cualquier cosa. Tenía una opinión y no le daba miedo empuñarla.

—Sé que te estás metiendo en problemas, Sonny Jim.

—¿Y desde cuándo mi vida privada se ha abierto al consumo público?

—Desde la última vez que te pillaron y nos estuviste jorobando para que te diéramos consejos.

Aunque el teléfono de Kev estaba en silencio, ella pudo oír la suave vibración de la respuesta.

«No dejaré de hablar hasta que ese teléfono esté de regreso en tu bolsillo».

—¿Este es tu modo de decir «tengo una canción que te pondrá los nervios de punta»?

—Sí, solo que prefiero «tengo una opinión que voy a meterte en el cerebro».

Él envió otro mensaje de texto.

—Te van a pillar. Qué bien que ella no trabaja con nosotros.

—¿De qué hablas, Stace? —preguntó él, con los dedos estáticos sobre las teclas.

—Todos sabemos en lo que te estás metiendo, Kev. Eres un cabrón engreído, en el mejor de los casos, pero normalmente caes bien al principio. No ahora. En este momento, no me gustas para nada. Y le estás poniendo los pelos de punta a la jefa. —A regañadientes, él guardó el móvil

—. Vaya, ¿nos hemos quedado sin cobertura, Kev?

Él se quedó mirando al frente.

Stacey negó con la cabeza. Ya fuera que se diera cuenta o no, estaba más preocupado de ser pillado por su jefa que por su mujer.

—Recuérdame una vez más a qué vamos a la casa de los Dunn —pidió ella.

—Los de escenarios criminales terminaron la segunda inspección y la jefa quiere que vayamos a firmar.

Stacey sabía que los técnicos habían regresado en busca de indicios forenses, ya que se había planteado la posibilidad de que una segunda persona hubiera estado en la habitación mientras Dunn abusaba de su hija.

—Venga, sé que nunca has estado con forenses, pero no me dejes en vergüenza, ¿eh? Quiero decir, no es como un juego de ordenador. Esta gente es de la de veras, ¿vale?

—Vaya, Kev, creo que te prefiero enfrascado en el móvil —dijo ella. Su adicción al juego World of Warcraft era para él una fuente de entretenimiento inagotable.

—Aparca aquí, a la izquierda —dijo él, y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Soy una detective, Kev. La gran furgoneta blanca los delata.

—Qué cabrona tan lista —dijo él, bajándose del coche.

Ella cerró las puertas del coche y entró en la casa detrás de su compañero. Los latidos de su corazón se aceleraron un poco. El mismo Kev no sabía qué preciso había sido con sus advertencias.

Desde su incorporación al equipo de detectives, dieciocho meses atrás, el lugar de Stacey había sido el despacho. La jefa y Bryant tendían a trabajar en pareja. A Dawson lo enviaban a hacer cosas por su cuenta y ella se quedaba trabando amistad con el ordenador.

Por un corto período, ese papel no le gustó, pero poco a poco terminaría enamorándose de las excavaciones tecnológicas y de la búsqueda de los datos que apoyarían al resto del equipo.

Y, ahora, la jefa le había lanzado una curva y la había sacado de su espacio. Así que, de algún modo, Dawson tenía razón: no se sentía segura de cómo actuar, y, por mucho que le doliera, tendría que seguir su guía. Por ahora.

No notaron ninguna actividad en la sala de estar mientras recorrían la casa. Ella bajó las escaleras y entró en el sótano. Quedaban ahí tres oficiales de mono blanco.

—¿Ya terminasteis, Trish? —preguntó Dawson a la de en medio.

Stacey nunca habría adivinado que era una mujer. Ella se echó atrás la capucha blanca, con lo que dejó al descubierto una cabeza rapada y el tatuaje de una rosa detrás de la oreja izquierda.

—Trish, Stacey, Stacey, Trish —dijo Dawson a modo de presentación. Trish esbozó una breve sonrisa. Stacey respondió asintiendo.

Dawson encaró a la técnica.

—Así que, ¿qué encontrasteis?

Trish se desplazó a la izquierda.

—En el vídeo, la sombra estaba aquí —dijo ella, situándose a un lado del armario—. La cámara estaba colocada en este lugar, y el reflector, aquí.

Stacey siguió a la mujer, que se usaba a sí misma como accesorio de utilería alrededor de la habitación.

—Así que, dadas las matemáticas y el sentido común, nuestro sujeto tendría que haber estado

justo aquí. Justo donde estás ahora mismo, Stacey.

—Mierda —exclamó ella, como si estuviera de pie sobre un carbón ardiente.

Trish le sonrió.

—No pasa nada, no está ahí en este momento.

Stacey sintió que se le subían los colores. Por suerte, no se le notaba.

«Pásame esa luz, Mo», le pidió Trish a otro técnico.

En la mano le pusieron la lámpara infrarroja como un bisturí en un quirófano.

De inmediato, Mo fue al interruptor de la luz y la habitación quedó sumergida en la oscuridad total. Apuntaron la luz azul hacia el suelo. Stacey sabía que esa fuente luminosa de los forenses era más efectiva para buscar líquidos corporales: semen, fluidos vaginales y saliva, todos fluorescentes por naturaleza. Sus conocimientos básicos le decían que también podía servir para localizar posibles huellas digitales, pelos, fibras y pisadas.

Trish dio un paso adelante e iluminó el área. Sobre el suelo de hormigón se hizo muy notable un pequeño charco, casi invisible sin ayudas oculares.

—Aaaah..., mierda —dijo Kev muy molesto. La señal no necesitaba más explicaciones.

Stacey retrocedió casi tropezando, mientras la realidad que la rodeaba se le venía encima. Sí, había mirado fotografías; sí, también vídeos. Pero siempre a la distancia. En ese momento se encontraba en una habitación donde a una niña de ocho años le habían quitado la infancia. Daisy Dunn estuvo de pie en el centro de este lugar, aterrada y sola, temblando, confundida.

Stacey sintió en los ojos la urgencia de las lágrimas. Cuando la luz regresó, retrocedió dos pasos y se sentó en el escalón.

Sobre ella apareció una figura.

—¿Es tu primera vez? —le preguntó Trish con voz tranquila.

Stacey asintió. No confiaba en su propia voz.

—Es duro. Pero nunca pierdas esta conexión. Es lo que te permite hacer tu trabajo.

—Gracias —dijo Stacey, tragándose las lágrimas.

Trish la tocó en el hombro con suavidad.

—De todos modos, tengo para ti un regalo.

Cogió un pequeño paquete de la bandeja de pruebas que estaba sobre el escritorio. Había algo metido en una bolsa cerrada con cinta, nítidamente etiquetada.

—Tengo un pelo púbico.

Treinta

—¿Sabes, jefa?, estuviste muy bien ahí —dijo Bryant mientras se alejaban del tribunal del condado de Dudley.

Kim respondió al cumplido encogiéndose de hombros. A diferencia de otros policías, nunca temía los inevitables días en la corte. Nunca mentía en el estrado y ni siquiera estiraba la verdad, así que no tenía nada que temer.

El abogado defensor había sido Justin Higgs-Clayton, un duro perro de pelea que había pagado su finca de cuatro habitaciones, tres baños y cochera doble defendiendo casos importantes defraude, bien remunerados.

Ella había entregado la denuncia casi doce meses antes y tenía, contra el cliente del abogado, un caso sólido. El hombre en cuestión había ido registrando falsas tarjetas de crédito ejecutivas para la institución en la que trabajaba, una organización benéfica contra el sida, y con eso había conseguido amasar sus buenas doscientas mil libras.

Este abogado en particular sabía bien cuando un caso era fuerte, así que cambió de enfoque. Trataba de encontrar en los procedimientos policiales una laguna para que el caso fuera desestimado por algún tecnicismo.

«¿Llevabas en tu bolsillo trasero un ejemplar del *PACE*?», le preguntó Bryant.

El Acta de Pruebas Policiacas y Criminalísticas de 1984 establecía las reglas y códigos de conducta de cada fuerza policiaca.

—No, pero creo que él sí.

—¿Cuál es tu apuesta?

—Culpable.

Kim sabía que había hecho todo lo posible para asegurarse de que el delincuente iría a dar a la cárcel. Su puzle estaba completo en ese asunto de fraude. Con respecto al caso Dunn, no estaba tan segura.

«Detente aquí», dijo mientras pasaban por el *pub* Brewers Wharf, en el límite del complejo Waterfront. Era una colección de bares, restaurantes y oficinas contruidos en el canal. Antes, el sitio había sido sede de la famosa *Round Oak Steelworks*, con tres mil empleados en su punto culminante y mil doscientos en el momento del cierre, en 1982.

—¿Qué, una caña, jefa?

—Tomaré un café. Te toca pagar.

Bryant gruñó y aparcó el coche. Llegaban al bar en plena tregua de media tarde, entre las multitudes del almuerzo y la salida de los trabajadores.

Kim se sentó junto a la ventana, desde donde podía contemplar el puente de hierro forjado blanco y negro que atravesaba el canal.

Bryant puso dos cafés en la mesa.

—¿Sabes, jefa? Simplemente me ha llamado la atención que, después de todo este tiempo, no te haya mirado tomar un sorbo de alcohol.

—Es porque no bebo, Bryant.

Él se inclinó hacia delante, intrigado.

—¿Ni siquiera una copa de vino de vez en cuando?

Ella negó con la cabeza.

—¿Un chupito navideño?

Kim entrecerró los ojos. Él sabía que ella detestaba la Navidad.

—Vale, dejémoslo. ¿Así que nunca has probado el alcohol?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, simplemente, no te gusta el sabor.

—No, tampoco es eso. Ahora, déjalo.

Él acercó su silla un poco más.

—No, no, no podría. Cuando quieres que deje algo, me estás diciendo que hay algo que dejar.

Fantástico. Ella había caído muy bien en esa.

—De hecho, fue lo segundo. No me gustó el sabor.

Bryant se frotó la barbilla.

—No, no te creo.

—Déjalo, Bryant.

A veces, él simplemente no podía dejarlo. Era el único que podía presionarla de ese modo.

—Una razón es que rehusaras a comportarte como una tonta en cuanto tus inhibiciones se fueran al carajo. Podrías ser alcohólica. —Hizo una pausa—. ¿Eres alcohólica?

—No, no lo soy.

—Entonces, ¿por qué nunca te tomas un pequeño trago?

Kim se volvió para encararlo y forzarlo a mirarla directamente a los ojos.

—Porque, si empezara, quizás nunca me detendría.

Mierda, no había querido decir eso.

Se volvió hacia la ventana. La noche en que pusieron la lápida de Mikey, ella se había dado de regalo una gran botella de vodka y una pequeña de Coca-Cola.

La resaca había traído consigo el olvido inducido por el alcohol. Por unas horas, el dolor y la pérdida se borraron de su mente, se sintió liberada de la culpa y el odio. Kim no se atrevía a volver a ese lugar feliz por miedo a nunca querer salir de ahí.

—¿Bocadillos de pollo? —preguntó un hombre que sostenía un par de platos.

Bryant asintió y le dio las gracias.

—Bryant —gruñó ella.

—No desayunas y estuvimos seis horas en la corte, así que no has comido, lo sé.

—¿Podrías dejar de ser mi madre?

—Vale, empieza a cuidarte a ti misma y así no tendré que hacerlo yo. Ahora, ¿qué planes tienes?

Kim se lo quedó mirando morder el extremo crujiente del pan e hizo lo mismo, sorprendida de cómo funcionaba su amistad. Era como una liga. A veces, se estiraba hasta el límite, quedaba totalmente tensa y retrocedía hasta volver justo a su sitio.

—Aún hay algo que me incomoda del caso de Ruth Willis.

—No jodas. ¿Es personal, jefa?

—¿Cómo podría serlo?

—Es evidente que no tuviste mucha paciencia con Alex Thorne. De inmediato pusiste distancia, ¿así que esto solo está perpetuando la imagen negativa que tienes de ella?

Kim se había hecho la misma pregunta, pero Bryant se equivocaba en un punto. La doctora no le disgustaba. No le había provocado ninguna reacción emocional.

—Mis instintos me dicen algo.

—Por lo general, tus instintos me merecen el mayor de los respetos, pero creo que, en esta ocasión, quedarán en agua de borrajas.

Kim abrió la boca para decir algo, pero decidió no hacerlo. Le dio otro mordisco al bocadillo mientras Bryant dejaba el suyo descansando en el plato.

—Jefa, me muero por preguntar, ¿eso que traes en la chaqueta es un jodido pelo de perro?

La conversación anterior estaba cerrada. Kim sabía que, si quería profundizar más en sus preocupaciones acerca de la doctora Thorne, tendría que hacerlo por su propia cuenta.

Treinta y uno

—Venga, niños, actualizaciones en el caso Dunn. ¿Dawson?

—La muestra de semen y el vello púbico han sido llevados a analizar. Aún estamos a la espera de los resultados.

Kim asintió. Útil, aunque no sin un sospechoso.

—Hasta el momento, he hablado con la mayoría de sus colegas. Sin embargo, no he podido localizar al jefe de Leonard. Su último empleo fue en Kidderminster, en una sucursal de una cadena de autorecambios. Ya he ido ahí un par de veces y ese tipo parece que nunca está.

Kim se volvió hacia Bryant.

—Toma nota.

Dawson continuó:

—He hablado con toda su familia y con la mayor parte de la de Wendy. No sienten más que repugnancia por Leonard Dunn. Su hermano es ferozmente protector y no me dejó entrar en la casa. Pero me dejó muy claros sus sentimientos desde la puerta.

Kim se volvió otra vez a Bryant y él tomó nota.

—Concéntrate en los vecinos, Kev. Quiero saber todo sobre las visitas que recibían en la casa. Encuentra al cotilla de la localidad y tómate un té con él. ¿Stace? —preguntó Kim.

—No ha habido más mensajes en Facebook desde el arresto. Otros diecinueve se han desligado de él y han bloqueado su cuenta. Revisaré a los que quedan, por si surge algo útil.

Con el rabillo del ojo, Kim notó que Dawson sacaba el móvil del bolsillo y se volvía un poco de lado.

Bryant tosió con fuerza y Stacey dio una patada en la madera, donde se unían los escritorios.

Kim levantó la mano para hacerlos callar, cruzó los brazos... y aguardó.

La sala se quedó en silencio por casi un minuto hasta que Dawson se volvió hacia sus colegas.

—¿Sigues con nosotros, Dawson? —preguntó ella.

Con seis ojos impasibles contemplándolo, se ruborizó al instante.

—Lo lamento, jefa, es el suegro. Está...

—Kev, cállate. No te avergüences de más. Nuestra próxima conversación será muy diferente. No habrá más advertencias. ¿Está claro?

Él asintió y miró al frente.

—Venga, vale, poneos manos a la obra.

Dawson fue el primero en salir.

Kim se quedó sentada donde estaba y le lanzó a Bryant las llaves del coche.

Él la miró primero a ella, y luego, a Stacey.

—Ah, «Bryant, sal de aquí» —se dijo a sí mismo.

Kim sonrió cuando él le pasó a un lado.

—Stace, no deberías preocuparte tanto —dijo Kim con una sonrisa en cuanto estuvieron solas—. No has hecho nada mal.

Y era verdad. La asistente de detective rara vez hacía algo mal.

«Necesito que me ayudes con algo. Dame un poco de tranquilidad. ¿Podrías indagar sobre la doctora?».

—¿Te refieres a Thorne?

Kim asintió. Era algo extraoficial.

—¿Buscas algo en particular?

Kim lo pensó por un momento.

—Sí, me gustaría saber cómo murió su hermana menor.

Treinta y dos

Kim detuvo el Golf frente a la tienda de autorecambios. Bryant se relajó visiblemente y comenzó a buscarse lesiones.

—Madre santa, jefa. Detesto que conduzcas tratando de igualar el ritmo de tu cerebro.

—Un pequeño latigazo no le hace mal a nadie —dijo ella, y se bajó del coche antes de que él pudiera responder.

La entrada a las instalaciones era una pesada puerta de vidrio que conducía a una pequeña recepción. Era un área limpia y bien ordenada con un escritorio que le llegaba a la altura del estómago. Había un sofá de cuero de dos plazas a la derecha del escritorio.

—Uuuuf, qué olor —dijo Bryant.

Era un aroma que Kim sabía reconocer muy bien: aceite mezclado con grasa y unas notas de lubricante. Para ella, delicioso.

Un hombre apareció por la puerta con un conjunto de freno delantero en las manos. Lo colocó sobre el escritorio de la recepción.

Kim calculó que tendría unos cuarenta y pocos años. El borde de su cabello iba ya en retroceso y trataba de ocultarlo bajo un estilo corto y puntiagudo que le hubiera venido mucho mejor a un hijo adolescente. Llevaba una camisa azul claro, bastante limpia, a pesar del ambiente. Una placa que lo identificaba como «Brett, gerente» les comunicó que habían encontrado al empleado escurridizo.

—¿En qué puedo ayudarlos? —dijo, y miró del uno a la otra. Su sonrisa de entrenamiento en servicio al cliente llegó solo un segundo después de sus palabras, claro indicativo de que seguía mentalmente los pasos: Saludar. Sonreír.

Bryant le mostró la placa y los presentó a ambos.

Ya que no era necesaria, la sonrisa desapareció.

—Ya ha venido alguien aquí un par de veces y ha hablado con los chicos. No sé qué más podría decirles.

—Quizás simplemente pueda hablarnos un poco de Leonard Dunn.

Al hacerle al hombre una pregunta abierta, tenían la oportunidad de estudiarlo mientras hablaba con plena libertad.

—Llegó aquí a través de un programa gubernamental. Nos pagaron por aceptarlo. Lo pusimos primero en las tiendas, pero cometía demasiados errores.

—¿Tenían la obligación de mantenerlo por un período establecido? —preguntó Kim.

Había muchos programas gubernamentales de reintegración al empleo para reducir las cifras del paro. Y todos habían funcionado. Por un tiempo.

Brett sonrió a Kim.

—Sí, doce meses, mínimo, pero no estaba dando resultado.

—¿Qué hizo usted al respecto? —preguntó Bryant.

—Hablar con él, por supuesto. No veíamos ninguna mejora, así que lo pusimos en una furgoneta.

—¿Y?

—Tuvimos un par de quejas sobre su actitud y una relacionada con su olor corporal.

Kim ocultó una sonrisa.

—¿Qué pasó después?

—Le ofrecí al Gobierno devolverle su dinero.

—¿Intentó reembolsarlo? —preguntó Bryant.

A Kim normalmente le disgustaban esas referencias a la gente como objetos que se poseen, pero, en el caso de Leonard Dunn, estaba encantada de hacer una excepción.

—¿Costumbres raras? —preguntó Bryant.

Él negó con la cabeza.

—Tenía sobrepeso y podía haberse duchado un poco más, pero nada muy sobresaliente.

Y no era un pederasta evidente, pensó Kim a sabiendas de que esas cosas no existen.

Si tan solo pudieran distinguirse por el tamaño del cráneo o por la distancia entre ojos... Alguna vez se pensó que esos eran indicadores de criminalidad. Con tan solo una cinta métrica y una libreta de apuntes, todos estarían tras las rejas.

—¿Tiene amigos aquí? —preguntó Kim.

—No, y perdí algunos por presentarlo.

—¿Por qué?

—El programa de empleo —dijo molesto.

Bryant frunció el ceño a cuenta de Kim.

—Creí que se lo había presentado el Gobierno.

—Fui yo quien lo propuso... Después de haberlo conocido en un jodido club de lectura.

Bryant lanzó una mirada hacia su compañera. Ella no dijo nada.

—Vale, Brett, gracias.

Kim asintió hacia él y abrió el camino de salida.

Ya en el coche, sus dedos daban golpecitos al volante.

—Vaya, esta sí que ha sido una absoluta pérdida de tiempo —gruñó Bryant.

—¿Tú crees?

—No hemos sacado nada.

—No estoy de acuerdo, Bryant —dijo Kim reflexivamente. Creo que sería bueno ir a mirar de cerca ese club de lectura.

Treinta y tres

Barry vio a su esposa, hija y hermano pasar del jardín delantero al interior de su casa a través de la puerta que él construyó bajo el dosel que él diseñó.

Solo tenía intenciones de observar, de echar un vistazo a Lisa y Amelia en busca de una señal, de indicios de sufrimiento, antes de tomar cualquier decisión. Pero, ya que estaba ahí, sabía que no podría retroceder. ¿Quién coño se creía Adam? Era su familia, y su hermano no tenía el derecho de quitársela. Todo lo que amaba estaba en esa casa y él no estaba preparado para dejarlo ir sin luchar. Se lo debía a Lisa. Alex tenía razón.

Barry llamó a la puerta, un poco molesto de verse obligado a pedir permiso para entrar en su propiedad; pero eso estaba a punto de cambiar.

La puerta se abrió y el rostro con que él había soñado por cuatro años lo saludó con horror.

Por un segundo, nadie dijo nada.

—Esta es mi casa, Lisa —dijo él, y pasó a su lado, rozándola.

A grandes pasos, entró al salón. A Lisa no le quedó otra que cerrar la puerta y seguirlo.

En la mente de Barry, la casa seguía siendo la misma —con la única diferencia de que Adam estaba ahí—, pero ahora se daba cuenta de que ese no era el caso. La habitación tenía menos muebles que antes. El sofá esquinero, que había tardado tres años en pagar, ya no estaba. Un tres plazas y un biplaza se alineaban con las paredes. Frente al televisor, en la posición de privilegio, su posición, había un amplio espacio vacío, preparado para una silla de ruedas.

Barry reconoció por un momento que Lisa había tenido la necesidad de hacer algunos cambios a corto plazo para darle lugar a Adam, pero nada permanente. Todo podía volver a ponerse como estaba antes. Pronto, él tendría un empleo y la capacidad de redecorar la casa.

El marco de ladrillo y la chimenea de gas habían sido reemplazados por una pantalla eléctrica incorporada que, a ras de la pared, mostraba una llama falsa.

Una vez más, nada irreversible.

—¿Quién es, cariño? —gritó Adam desde la cocina.

Al entrar, Barry apenas reparó en las superficies de trabajo y estanterías reducidas en altura, pues sus ojos se clavaron de inmediato en la mata de cabellos rubios ensortijados de su hija. Perdió el aliento. Era incluso más bonita de lo que recordaba.

Una sombra de miedo pasó por los ojos de Adam. Puso un brazo protector frente a Amelia.

Vaya, eso dolía. Barry era el padre y la niña no necesitaba que nadie la protegiera de él.

Un frente frío invadió los ojos de su hermano.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Vine a visitar a mi familia, por supuesto —contestó Barry con sencillez. No tenía por qué ser hostil con su hermano. Barry recuperaría su vida y Adam se quedaría fuera, en el frío. Adam merecía *su* compasión.

—Amelia, ve a tu cuarto.

Ella se quedó mirando los tazones y la masa de torta listas para usarse en la baja encimera.

—Pero, papá...

«Tío», pensó Barry, aunque no dijo nada. No tenía importancia. Muy pronto, ella sabría quién era su padre.

—Amelia, por favor —le pidió Adam con delicadeza.

Ella asintió y se dirigió a la puerta.

Barry le alborotó el suave cabello cuando pasó junto a él; la niña esquivó su contacto. Era de entenderse, él no podía culpar a su hija. Ella no lo conocía. Pero lo conocería.

—Se supone que no deberías estar aquí. Lo sabes bien.

La esposa se interpuso con los brazos cruzados.

Bryant se dirigió a donde ella estaba.

—Lisa, tenemos que hablar.

Ella retrocedió.

—¿De qué?

—De nosotros.

Barry oyó el ruido de la silla de ruedas motorizada con que Adam venía de la cocina. Ese simple sonido confirmaba que Alex tenía razón en haberlo animado a venir. No había modo de que Lisa fuera feliz. Él había construido una prisión para su esposa y ahora debía liberarla.

—Barry, no hay ningún «nosotros».

—Cariño, ¿podemos intentarlo de nuevo?...

—No me hables así —lo interrumpió Lisa.

—Es hora de que te marches —intervino Adam.

Barry se volvió hacia su hermano.

—Esto no se relaciona contigo. Es entre ella y yo.

Adam extendió el brazo para coger el teléfono que tenía a la derecha del sofá. Barry giró, agarró el aparato y lo desprendió de la pared.

—Barry, coño, por favor...

—¿Es mucho pedir un poco de privacidad con mi propia esposa?

—No es tu...

—Estamos divorciados, Barry, ¿recuerdas? —dijo Lisa, tranquila.

Barry se dirigió a ella, con el teléfono todavía en la mano.

—Y entiendo por qué lo hiciste, Lisa. Sé que lo que hice estuvo mal. Ya he pagado el precio.

Lisa parecía triste, pesarosa.

—Ni en un millón de años terminarías de pagar lo que nos hiciste.

—Pero ahí tienes un «nos» otra vez. Solo dame la oportunidad de demostrar...

Lisa asintió en dirección a Adam.

—No, me refiero a *nosotros*.

Barry fue a ella y la sujetó del brazo.

—No puedes quedarte aprisionada con él toda la vida para compensar lo que le hice. No tienes que quedarte con él solo por una cuestión de culpabilidad.

Ella hizo una mueca y se soltó.

—¿Eso es lo que piensas?

—Míralo —escupió Barry—. Es un jodido lisiado y no dejaré que echas a perder tu vida cuando, bien lo sabes, deberíamos estar juntos.

—Qué hijo de puta —dijo Adam enfurecido.

—No te metas, ladrón gilipollas.

Lisa salió de su alcance. El olor familiar de la mujer era abrumador. Ella solo usaba Eternity.

La esposa se puso a un lado del hermano. Su voz era amable, comprensiva.

—Barry, es hora de que sigas adelante. Ya no estamos juntos. Tienes que hacer tu propia vida.

Las palabras eran cordiales, llenas de paciencia, en el tono que normalmente se usa para convencer a los niños para que se coman sus verduras.

Él se encontró con su mirada seria.

De pronto, giró y miró lo que no había observado al entrar. Fotografías. Arriba de la chimenea había una foto familiar. El ángulo había sido hábilmente elegido para disimular la silla de ruedas, pero el esmoquin y el ramo resaltaban con la nitidez de una película en tercera dimensión. Así como la sonrisa de ella. Él conocía esa sonrisa.

Volvió a mirar.

Lisa se quedó junto a Adam y le puso la mano en el hombro. No había dolor, no había arrepentimiento, nada de cabezas gachas ni disculpas. Solo hechos.

La mano de Adam se encontró con la de su esposa y la apretó. Era una muestra de fortaleza, de unidad. La otra mano de Lisa, la de la alianza, descansaba protectora en su propio vientre.

En ese momento se acabó el mundo de Barry. Todas las esperanzas que Alex le había dado acababan de morir en su alma. Sintió el cuerpo como una concha, desprovisto de huesos, músculos u órganos. No había nada.

Alex se había equivocado.

Se quedó contemplándolos, uno al lado del otro. Su hermano, quien era ahora el poseedor de todo lo que le pertenecía: su casa, su esposa, su hija. Su hermano inválido le había arrebatado toda su familia. Lo había borrado. Barry podía imaginárselos echados en la cama por la noche, riéndose de lo que él aún sentía por su exesposa.

La cólera, tan familiar, envolvió su mente y él le dio la bienvenida, como a un viejo amigo. Durante años, había perfeccionado la técnica para mantenerla lejos, o, por lo menos, bajo control. Ahora se abrazaba a ella.

Fuera de esas cuatro paredes, todo se había disuelto en el vacío. Ahí mismo, en ese instante, no había nada más. El holocausto los había alcanzado y no había otra cosa que hacer.

Barry avanzó hacia ellos lentamente y le ofreció la mano a Adam.

Notó que la tensión abandonaba la parte superior del cuerpo de su hermano. Adam sabía que todo había terminado. Barry, también. Adam levantó la mano para aceptar el apretón.

En un movimiento continuo, fruto de la práctica en el cuadrilátero con un entrenador despiadado, la mano derecha de Barry tiró de Adam hasta derribarlo y dejarlo en el suelo. Una

patada bien puesta en la sien lo dejó inconsciente.

—Maldito hijo de puta —escupió Barry.

Lisa solo dio un jadeo un poco antes de que Barry la agarrara por la garganta, obligándola a callar.

—Y tú eres una zorra embustera.

La empujó contra la pared y la miró a los ojos. Como si estuviera ahogándose, toda la vida que tuvieron en común apareció en su mente.

Los ojos de Lisa eran solo miedo y odio. Qué bueno.

El terror de su esposa alimentó la rabia que había ido colmando todas sus células. Cada una de las terminaciones nerviosas que desembocaba en sus dedos exigía reparación. Lisa y Adam tendrían que sufrir lo que lo habían obligado a soportar.

Sus manos rodeaban una carne que él había acariciado, besado, mordido.

Le escupió en la cara.

—Mentirosa, repugnante golfa. Tú me hiciste esto.

Apretó la suave piel, comprimiendo las vías respiratorias que les daban vida a ella y al hijo no nacido.

Los brazos se agitaban, los pulmones aullaban pidiendo aire. Desesperados.

Él apretó con más fuerzas y clavó en sus ojos los ojos ardientes.

—B... arry...

En ese hálito, el sonido de su nombre era un dardo directo al corazón. Él podía recordar esos suspiros, pero no de esta manera.

Los ojos se le humedecieron y las lágrimas borraron los rasgos distorsionados de la mujer. Mientras la mano izquierda le soltaba la garganta, la derecha atronaba contra la sien de Lisa.

Maldita sea, aún la quería.

Ella tosió y farfulló. Se llevó la mano al cuello.

—Ame...

Hasta ese momento, Barry aún estaba dispuesto a perdonarle todo, a aceptar sus errores, pero notó hacia dónde se dirigía.

Ella iba clavando las uñas en la alfombra mientras trataba de llegar al cuerpo inmóvil de su esposo, lisiado e inconsciente.

—Jamás volverás a ver a tu hija —dijo él, y le dio una patada en la nuca. Barry cerró la puerta del salón y gritó por las escaleras—. Todo está bien, Amelia. Ya puedes bajar. Ven, ven con papá.

Treinta y cuatro

El piso estaba situado en un trozo de terreno en la periferia del centro comercial Merry Hill. Era una vivienda de tercera planta bendecida con vistas, al oeste, de la entrada del área de comida, y al este, de la muy transitada doble calzada Pedmore Road.

Kim no pudo evitar que la estrategia de mercadeo llamara su atención.

—Mejor que muchas manzanas donde hemos estado, ¿eh? —comentó Bryant.

En comparación con la mayoría de los lugares que solían visitar, cualquier espacio que no oliera a orina ni tuviera obscenidades pintadas era un paso adelante.

Bryant llamó y aguardó.

Kim escuchó el traqueteo de algo que golpeaba la pared y un taco.

La cadenilla pasó de un lado al otro. Le costó trabajo reconocer al hombre que abrió la puerta.

Chris Jenks vestía pantalones de chándal color fango y una camiseta universitaria con una mancha a un lado del logotipo. Su barba de varios días era oscura y densa.

Los miró con un gesto de sorpresa.

Bryant se inclinó un poco hacia delante.

—¿Podemos...?

—Por supuesto..., por supuesto... —dijo Jenks, haciéndose a un lado y abriendo la puerta por completo.

Kim se encontró en un angosto pasillo donde dos personas difícilmente podían permanecer sin tocarse. La falta de una ventana no se veía compensada con la bombilla ahorradora de energía. Dos puertas cerradas aislaban enteramente el pequeño lugar.

Pisó cautelosa entre los juguetes que parecían estar fuera de proporción en una vivienda de ese tamaño. Se dirigió hacia la habitación brillantemente iluminada que podía distinguir al final del túnel. Supuso que sería el salón.

—Por favor... Sentaos... —dijo Jenks, moviendo de un lado al otro dos libros para colorear y una caja de rotuladores.

Kim se sentó en el lugar que había sido despejado. Bryant se sentó en el otro extremo del sofá, pero tuvo que reacomodarse después de sacar el control remoto que tenía debajo, en algún lugar.

Jenks cogió el control remoto y permaneció de pie.

—¿Puedo ofreceros algo? ¿Café?, ¿té? —Kim negó con la cabeza—. ¿Tiene esto alguna conexión con la audiencia? —preguntó, retorciéndose las manos.

—No, es otra cosa —dijo Bryant.

No habían ido ahí por la audiencia disciplinaria. Tanto Jenks como Whiley habían sido suspendidos a la espera de una investigación formal y el asunto estaba siendo manejado por sus superiores.

—¿Visitaste la casa de Leonard Dunn por una queja de violencia doméstica? —preguntó Bryant.

Jenks se sentó en la única silla, pero permaneció en el borde. Con el control remoto todavía en las manos, asintió.

—Sí, hace apenas un par de meses, ¿por qué?

A Kim le daba gusto que Bryant estuviera a cargo. Echó un vistazo alrededor.

La llegada de los niños había tomado esa casa por sorpresa. La chimenea de guijarros estaba ahora oscurecida tras una malla de protección. Los jarrones de suelo, que probablemente se usaron para adornar la chimenea, se veían aparatosos en la estantería empotrada. La colección de libros y discos estaba ahora entreverada con biberones de Calpol, una bolsa de pañales y dos sonajeros.

—Alguien más estuvo involucrado en el abuso de las niñas Dunn.

Jenks se quedó con la boca abierta. Miraba de Bryant a Kim y de regreso.

Bryant continuó.

«No sabemos cuanto de involucrado estuvo, pero sí que hubo otra persona presente durante la filmación del abuso».

Jenks se pasó la mano por el cabello y se frotó la barbilla.

—Mierda.

—Necesitamos saber si te enteraste de algo aquella noche, cualquier cosa que pudiera ayudarnos a averiguar quién estuvo ahí.

Jenks bajó la mirada al suelo y comenzó a mover la cabeza de un lado al otro.

—Nada. Quiero decir, fue pura rutina... Fue...

—Háblanos del incidente —sugirió Kim.

Él asintió.

—Recibimos la llamada sobre las siete y media, una queja de un vecino preocupado por el ruido. Cuando llegamos, pudimos oír a Dunn que gritaba al otro lado de la puerta. Llamamos.

—¿Qué gritaba? —preguntó Kim.

Jenks pensó.

—Con la puerta en medio, no pude entender bien, pero creo que era algo sobre una maestra.

Kim asintió y lo invitó a continuar. Debió de tratarse del primer intento que hizo la maestra de hablar con los padres acerca del comportamiento de Daisy. Según ella recordaba, la mujer lo había intentado en tres diferentes ocasiones antes de llamar a la policía. Las investigaciones se habían hecho con la ayuda de los servicios sociales, pero les llevó casi dos meses antes de que se pudiera lograr el arresto.

—Dunn nos dejó entrar. Se podía advertir que seguía furioso. La señora Dunn estaba al teléfono en ese momento.

—¿Sabes con quién hablaba?

Jenks asintió.

—Robin algo. Su hermano, creo. Whiley se llevó a Dunn a la cocina y yo fui al salón con la señora. Conseguí que colgara el teléfono y hablara conmigo.

—¿Qué dijo?

—Solo que una maestra fanática tenía muy molesto a su esposo. No dio más detalles.

Reacciones de libro de texto. Los policías habían separado a las partes para quitar hierro a la situación.

—En cuanto estuvimos ahí, todo volvió a la calma muy rápidamente. Le pregunté a la señora Dunn si había habido algún acto de violencia y ella insistió en que no. Le pregunté si quería poner alguna queja en contra de su esposo y rehusó. Sostenía que había sido solo una discusión y que, simplemente, se les había ido de las manos.

Kim recordó el testimonio de la maestra. Esa tenía que haber sido la primera vez que intentaba hablar con los Dunn. Fueron pocas las oportunidades que tuvo de expresar sus preocupaciones acerca de la niña antes de que la echara de ahí Leonard Dunn, quien estaba furioso de que la mujer hubiera traído las niñas a la casa.

Jenks siguió adelante:

—Whiley tenía una conversación similar con Leonard Dunn en la otra habitación. Estuvimos ahí no más de quince minutos. Todo estaba en silencio cuando nos retiramos.

—¿Estaban ahí las niñas?

Por primera vez, Jenks sintió dolor mientras asentía.

—Estaban juntas, sentadas en el sofá. Daisy tenía un brazo alrededor de la pequeña.

Kim oyó que un móvil sonaba en el bolsillo de Bryant. Él le puso una mano encima. En el de ella sonó la señal de mensaje recibido. Maldita sea, el equipo sabía dónde estaba.

El móvil de él volvió a sonar. Kim le señaló el pasillo con la cabeza y Bryant salió de la habitación.

—Así que, ¿hay algo más...?

—¿Sabes, Marm? Tengo en la cabeza una imagen que no puedo desviar —dijo él. Sus ojos seguían fijos en un oso de felpa que estaba en medio de la habitación—. Ahora que lo recuerdo, esa niña se me quedaba mirando. Era algo intenso..., como si estuviera tratando de decirme alguna cosa. Y ni siquiera sé si estoy bien o si solo me lo imaginé a partir de lo que sabemos ahora.

Por un segundo, Kim se sintió tentada a decirle que tenía razón. Ella ya había sido la destinataria de una de esas miradas.

Pero Jenks estaba luchando por su puesto, su carrera y su modo de ser el sustento de su joven familia. Las suspensiones de empleo y sueldo no eran vacaciones. Había golpeado a un sospechoso y habría consecuencias. ¿Que lo apaleó porque se sentía mal? Eso no cambiaba nada. Era consciente de que tenía que haber leído mejor la situación, y Kim no lo hubiera aconsejado de otro modo.

Oyó maldiciones por el pasillo. Bryant apareció en su visión periférica y la invitó a unírsele.

Ella hizo a Jenks una señal de asentimiento y se puso de pie.

—¿Qué?

—Tenemos que marcharnos.

—¿Qué coño...?

—Un incidente en un aparcamiento de varios pisos en Brierley Hill.

Kim sacó su móvil. ¿Qué coño se estaban creyendo los de la central llamándolos a ella y a Bryant?

Él le cogió la mano.

—Toda la fuerza está atrapada en una manifestación en Dudley.

Recientemente había habido muchos brotes de violencia entre la Liga Inglesa de Defensa y los residentes islámicos de Dudley, debido a los planes de construir una mezquita.

—Qué mal. Está en todas las redes sociales. Tanto unos como otros están invitando a sus partidarios a unirse a los disturbios. Siete heridos, hasta el momento.

Kim gruñó. Bryant enarcó una ceja.

—Sin afán de ofender, jefa, tenemos que acudir a un posible suicidio. ¿De verdad crees que te enviarían si tuvieran alguna opción?

Ella se volvió hacia Jenks, que ya estaba parado detrás.

—Vale, Jenks. Por ahora, tendremos que dejarlo aquí. ¿Si llegaras a pensar...?

—Yo no hubiera podido detenerlo, ¿o sí, Marm? Quiero decir, no hubiera podido hacer nada, ¿no es verdad?

Treinta y cinco

—Yo conduzco —dijo, y se le adelantó.

—En esta ocasión, de verdad que iba a sugerírtelo.

Kim puso en marcha el motor y salió del aparcamiento en un coche del escuadrón. Adelantó a todo el que se le atravesó en el camino, destellando luces y haciendo sonar la bocina. Llegaron a los límites de Brierley Hill en un tiempo récord.

—Quítate de mi puto camino —gritó a una Range Rover negra cuya conductora iba hablando por el móvil.

—Sé que te encantaría concertar una cita con ella, jefa, pero lo primero es lo primero, ¿vale?

Kim maniobró con el vehículo y se estacionó junto al cordón, vigilado en ese momento por dos policías de uniforme. Una rápida inspección le dijo a Kim que eran los únicos en el lugar.

La estructura de cuatro pisos no tenía más de seis meses desde que había sido terminada y formaba parte de un plan de regeneración urbana. Su objetivo era atraer a los clientes para que no usaran el aparcamiento gratuito del centro comercial cercano. La entrada de los vehículos estaba al frente, pero el cordón policial había sido puesto en la parte superior de una vía de servicio que discurría a lo largo del aparcamiento, por la derecha.

Kim se abrió paso entre la creciente multitud y corrió a lo largo de la oscura vía de servicio. Se detuvo más o menos a la mitad del camino.

Miró hacia la oscuridad y, gracias a la luz de un semáforo, pudo distinguir fácilmente la figura que había saltado la cerca de metal del último piso del aparcamiento y que ahora colgaba sobre la barrera, pero por el lado equivocado.

Bryant la alcanzó.

—Acaban de aparecer cuatro agentes de apoyo comunitario. Dos están vigilando la entrada y otros dos están haciendo un segundo barrido para cerciorarse de que el aparcamiento haya sido evacuado. Un testigo dice que ya lleva unos doce minutos en esa posición.

—¿Exactos?

Bryant asintió.

—Sí, lo está grabando con su teléfono móvil.

Por supuesto.

—¿Le ha pedido algo a alguien?

Bryant negó con la cabeza, pero ya no pudo hablar, porque un hombre vestido con ropas

informales comenzó a pegar voces desde el cordón.

Estupendo, lo único que les faltaba.

Bryant corrió hacia allá mientras ella pensaba en alguna estrategia que simplemente mantuviera al hombre en su lugar hasta la llegada del negociador. Había agentes entrenados especialmente para bajar a los saltadores en potencia con el menor escándalo posible. Kim sabía que, si a ella se le ocurría abrir la boca, él perdería el deseo de vivir y se lanzaría de inmediato. Apenas sabía cómo tratar con personas que no estaban al borde del suicidio, así que esto, para ella, era inalcanzable.

—Jefa, este es David Hardwick, de la casa Hardwick. Conoce al tipo.

El hombre era cinco centímetros más alto que ella y se veía pensativo y sin aliento.

—¿Versión larga o corta?

—Bueno, ha estado ahí durante unos quince minutos, hasta ahora, así que me inclinaría por la corta.

Bryant le tocó el brazo.

—Yo le daría un resumen rápido —dijo, señalando con el rostro hacia el cordón. Dos coches patrulla y una ambulancia acababan de unirlos.

—Se llama Barry Grant. Me llamó hace una hora, más o menos, para decirme que ya no regresará y que reparta sus posesiones. Dijo que no merecía seguir viviendo después de lo que había hecho.

—¿Qué ha hecho?

El tipo se encogió de hombros.

—No lo sé, pero uno de los de la casa se acordó de que Barry le había dicho que este era un buen lugar para suicidarse, así que vine hacia aquí por si podía encontrarlo. Lo he estado llamado, pero tiene el teléfono apagado.

Kim miró hacia arriba.

—No tiene ningún sentido seguir llamándolo; en realidad, no puede contestar. ¿Cuál es la historia?

—Salió de la cárcel hace unos cuantos meses. Lo encerraron por haberle causado a su hermano graves daños corporales. El hermano tenía una aventura con la esposa de Barry. Quedó en silla de ruedas.

—Encantador.

—Barry es un exboxeador, así que sabe cómo hacer daño. Cumplió su condena sin meterse en líos y parecía genuinamente arrepentido de lo que había hecho. Por eso lo admitimos en la casa Hardwick.

Kim no estaba segura de lo que era la casa Hardwick, pero el nombre le sonaba conocido.

—¿Había hablado de sus deseos de morir?

—Nada. Se ha ido adaptando bien a la vida fuera de la cárcel. Estamos buscándole un trabajo de conductor y él parecía haber aceptado que su vida anterior había llegado a su fin.

—¿Qué fue lo que cambió, entonces?

David movió la cabeza de un lado al otro, desconcertado.

Kim se volvió y notó que Bryant iba a su encuentro acompañado de otra persona.

—Esto tiene que ser de puta coña —dijo Kim mientras sus ojos se topaban con la figura conocida de la doctora Thorne.

La mujer asintió hacia ella.

—Inspectora detective.

—Doctora Thorne —respondió.

Bryant se encogió de hombros y se puso junto a Kim mientras David informaba a la doctora.

—Dice que el tipo la llamó. Por lo visto, hace trabajos a título gratuito para este refugio, casa de rehabilitación o como se llame.

—¿De verdad? —preguntó Kim, sorprendida.

Bryant asintió y se encogió de hombros.

Kim se alejó un poco. Bryant fue tras ella.

—¿Dónde estamos?

—Mmm... El negociador está ocupado con un asunto, al otro lado de Birmingham. Un alcohólico armado con un chuchillo no deja a su esposa salir de la casa. —Bryant consultó su reloj—. Aun saliendo en este momento, con el tráfico como está, no tardaría menos de cuarenta minutos.

Sip, atravesar el centro a las cinco y media no sería fácil.

—Maldita sea, ¿hay alguien más?

—Va llegando la prensa. Todos están muy ocupados entrevistando a los testigos, que, por el momento, se sienten encantados de contar la historia. El área está todo lo estéril posible. Viene hacia aquí una compañía de limpieza, en caso de que sea necesario limpiar.

Bryant no lo decía como una broma despiadada. Era un hecho vital que, en algún momento, el hombre podría caer o dejarse caer.

Un rápido reconocimiento le confirmó que la prensa y los curiosos tendrían una toma estupenda desde el fondo de la calle. Cuán decepcionados quedarían si nada ocurriera.

Echó un vistazo al mar de rostros ansiosos en el cordón. Por un momento consideró dejarlos donde estaban. Si eran lo suficientemente afortunados como para atestiguar el impacto y distinguir los huesos rompiéndose como palitos de pan, tendrían el placer de revivir la escena en sueños durante meses. Solo los procedimientos obligatorios le impidieron tomar esa decisión.

—Bryant, necesitamos un segundo cordón. Haz que retrocedan esos tipos de la esquina.

Bryant se apartó unos pasos y gritó instrucciones a la creciente oleada de chaquetas fluorescentes.

—Déjeme hablar con él —dijo Alex, dirigiéndose a ella por primera vez.

—¿Se ha estado recetando pastillas de estupidez?

Kim estaba segura de que Bryant hubiera respondido de una manera más profesional, pero ella no tenía tiempo.

Alex echó un vistazo alrededor y sonrió.

—No pude evitar oír que, al parecer, se están quedando sin opciones. Conozco a Barry. Él me escuchará.

Kim no le hizo caso y desvió la mirada.

Bryant volvió a su lado.

—Solo necesitamos algo para amortiguar su caída.

Kim asintió, y entonces se le ocurrió una idea. Recientemente, había leído un informe de unos policías que habían contratado un castillo inflable para colocarlo en el punto donde proyectaron que sería el impacto. Dado que Barry estaba en una repisa que corría a lo largo de

todo el aparcamiento, solo tendría que moverse un metro para fallar por completo.

—Manda a algunos agentes a las tiendas. Que reúnan todos los inflables de jardín que puedan. —Alzó la mirada para calcular la altura—. Si conseguimos los suficientes, podremos alinearlos a lo largo del borde. No es un edificio muy alto, así que, si el tipo se cae, es posible que se reduzca el impacto.

—La diferencia entre vivir o morir.

—Exacto.

Bryant dio la instrucción a través de la radio a los agentes que estaban en el cordón.

—Aquí, Freud se ofreció a ir a hablar con él. Lo conoce y sabe de sus antecedentes.

Bryant miró alrededor.

—De verdad, no veo que tengas muchas salidas, jefa. El reloj sigue andando.

A Kim no le gustaba la idea, pero se estaba quedando sin opciones viables.

—Thorne ni siquiera está registrada con nosotros, Bryant. ¿Te imaginas...?

—Lo que en este momento me imagino es a ti diciéndole a un juez de instrucción que la rechazaste.

De vez en cuando, Bryant era justo lo que ella necesitaba.

Kim dio media vuelta.

—Doctora. Usted va a subir y yo subiré con usted.

—Inspectora detective, sería mejor que...

—Y una mierda. Vamos.

Kim saltó la barandilla y corrió hacia la columna central del aparcamiento, donde estaban los ascensores y las escaleras. Alex iba a su lado. Habían apagado los ascensores para evitar que cualquiera que entrara por las plantas de abajo pudiera subir hasta la superior. Los agentes de apoyo comunitario se apartaron del camino.

Fue a las escaleras y las subió de dos en dos. La doctora la siguió con toda facilidad.

—¿Cuál es su estrategia? —preguntó Kim.

—Todavía no tengo ninguna. Ni siquiera sé qué precipitó esta conducta, así que solo debo mirar. Por favor, no hable. Sin importar lo que yo diga, no hable.

Kim apretó los dientes. En el mejor de los casos, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero, viniendo de esta mujer, era completamente intolerable.

Al salir del vestíbulo en el nivel superior, al aire libre del aparcamiento, Kim recibió el golpe de un viento helado que transportaba un poco de aguanieve. Dejó que la doctora la adelantara y se colocó donde podía mirar la parte superior del cuerpo de Barry Grant. Él estaba de pie, de espaldas al aparcamiento, con los pies en una repisa de un poco más de diez centímetros. Se agarraba por detrás, con los brazos enroscados en el metal moldeado como rejilla. Kim se daba cuenta de que únicamente los músculos de sus brazos de boxeador lo mantenían en ese sitio.

—Hola, Barry, ¿cómo has estado? —preguntó Alex, apoyándose en la cerca por la que él había trepado.

—No me toques.

Alex levantó las manos.

—Te lo prometo. Pero, mira, si tantas ganas tenías de verme a solas, no había más que decirlo, y yo hubiera hecho los arreglos.

A Kim la sorprendió lo calmado y musical de la voz de la doctora. No había oscilaciones,

ningún asomo de que la vida de este hombre estuviera colgando, literalmente, bajo su control.

Kim se tomó un momento para evaluar la situación desde el punto de vista físico. La barrera sobre la que había escalado le llegaba a los omóplatos. Aunque Kim intentara alcanzarlo, no sería capaz de reunir la fuerza suficiente para llevarlo de regreso sobre algo que era casi tan alto como ella. Lo mejor que podría hacer sería agarrarlo, con la esperanza de aguantar, pero la gravedad no estaría de su lado.

«Así que, ¿hablamos de cómo ha ido nuestro día? Yo empezaría, pero, por lo visto, el tuyo ha estado mucho más cabrón».

Aun así, Barry no dijo nada. Siguió mirando al frente.

«Venga, Barry, no me digas que subí corriendo todos esos escalones para nada. Al menos, cuéntamelo todo antes de saltar. Si la última visión que tendré de ti son tus pedazos allá abajo, quisiera, como mínimo, saber qué sucedió».

No hubo respuesta.

«De verdad, mírame. Ropa vieja y gastada, nada de maquillaje. Nunca un hombre me había hecho salir de casa en semejante estado. Echa un vistazo».

Barry hizo lo que le dijeron. Kim advirtió que la doctora había logrado un contacto visual. Había conseguido que Barry apartara la mirada del duro suelo, allá abajo. Muy lista.

«Así que, ¿qué ocurrió desde la última vez que hablamos?».

Él no contestó, pero tampoco apartó la mirada.

«Venga. Incluso en esta situación, te prometo que no tendremos una charla de psiquiatra».

Barry sonrió débilmente y Kim supuso que sería un chiste privado.

—Fui a la casa —dijo en voz baja, y Kim se dio la oportunidad de respirar. Por lo menos, estaba hablando.

—¿Los viste?

Barry asintió y volvió a mirar el suelo.

—Se acabó.

—¿Qué notaste?

—La miré. Estaba arreglando el jardín delantero, simplemente quitando las hierbas malas y esas cosas. Qué bien se la veía. Luego salió Amelia, toda abrigada. Qué niña tan hermosa, qué encanto. Estuve observando desde el otro lado de la calle durante un rato, y ahí estaban, mi familia. Era como si me estuvieran esperando. Recordé lo que me dijiste sobre...

—¿No hiciste ninguna tontería, verdad, Barry?

Del bosquejo que le había hecho David, Kim se las iba arreglando para ponerse al día con el reparto de personajes. Barruntaba que él había ido a la casa a tratar de recuperar a su familia. Pero nadie había mencionado a una maldita niña.

—No podía permitir que eso siguiera así, Alex. He destruido a mi familia. Dios mío, ¿cómo pude...?

Kim podía advertir la emoción en la voz, mientras el viento arrastraba el resto de las palabras. Alex parecía agarrarse de la barandilla con más fuerza. Kim esperaba que la doctora supiera lo que estaba haciendo. Él parecía estar ahora en una situación mucho más precaria que cuando llegaron.

Kim escuchó movimientos detrás y supo, sin girarse, que los uniformados estaban llegando para ofrecerles respaldo. Alex debió de haberlo sentido, pues se volvió y negó ligeramente con la

cabeza. Kim extendió el brazo hacia los policías para decirles que se quedaran agazapados detrás de ella.

El hombre seguía en la repisa, así que, por el momento, estaba bien.

Alex la miró. Kim se tocó los labios, con la esperanza de que la doctora entendiera que necesitaba que él siguiera hablando.

—Barry, no tienes por qué sentirte culpable. Es comprensible que quieras recuperar tu vida.

Barry negó con la cabeza.

—No, no lo entiendes. No sabes lo que he hecho. Se han ido.

La firmeza en el tono del hombre tocó la cuerda del miedo en los huesos de Kim. Calladamente, Fue al vestíbulo de la escalera, a ponerse fuera del alcance auditivo. Sacó el móvil.

Bryant respondió al segundo timbrado.

—Bryant, ¿has oído en la radio algo sobre otro incidente en los alrededores?

—Sí, algunos policías que estaban en los disturbios fueron destacados a un incendio en Segley. Un muerto, un moribundo.

—¿Solo dos ocupantes?

—Sí, ¿por qué?

—Estoy casi segura de que ha sido un asesinato y que este es nuestro sujeto. Verifica los detalles y llámame. Supongo que debería haber un tercero.

Kim volvió a colocarse en la línea visual de Alex. La doctora giró la cabeza ligeramente, de modo que Barry siguiera teniendo toda su atención, pero que la detective entrara en su visión periférica.

Kim hizo el único signo que, a su parecer, Alex sería capaz de entender: un dedo atravesado frente a la garganta, indicación de que la muerte estaba implicada. Si la doctora lo entendió, no hizo ninguna señal de reconocimiento, pero volvió la cabeza completamente hacia Barry.

El móvil sonó de nuevo en el bolsillo de Kim. Ella volvió al vestíbulo.

—Definitivamente, dos, jefa —confirmó Bryant.

—Entonces, ¿dónde coño está la niña?

Treinta y seis

—¿Qué niña? —preguntó Bryant.

—Estoy en el vestíbulo del nivel superior. Sube.

Kim podía oír las llaves y el cambio tintinear mientras su compañero recorría las escaleras con ligereza.

—¿Qué es eso de una niña?

—Nuestro sujeto fue a visitar a su exesposa, que ahora está casada con su hermano discapacitado, para tratar de recuperarla. No funcionó. Pero también hay una hija que es biológicamente suya.

—Madre santa...

—Anda con ese tal David a averiguar si sabe qué clase de coche conduce Barry y qué edad tiene la niña. Voy a hacer un pequeño barrido de este nivel por si noto algo obvio.

—¿Te refieres a una niña sola sentada dentro de un coche?

Kim sabía que la posibilidad era remota, pero no podía quedarse sin hacer nada.

—Venga, en esta relación, la maldita pesimista soy yo.

Kim salió del vestíbulo y giró a la derecha, en busca, primero, del área más lejana al incidente. Desde donde estaba, no podía distinguir, hacia el área más cercana a Barry, ningún coche que coincidiera con la descripción. No quería alterar el equilibrio entre la doctora y el hombre de la cornisa, pero, en caso de que tuviera que acercarse a él con tal de encontrar a la niña, bien podía dar el puto salto.

En menos de tres minutos cubrió completamente el lado derecho y llegó al vestíbulo. El inspector detective Evans estaba a un lado de Bryant, quien hablaba por teléfono.

—¿Prefieres que dirija la búsqueda o me encargue de lo de aquí arriba? —preguntó Evans.

Eran del mismo rango, pero ella había llegado primero. El escenario era suyo.

—Encárgate de esto. Yo iré a buscar.

Él apuntó hacia los dos agentes que estaban agachados al otro lado del cristal.

—Trataré de que Pinky y Perky se acerquen más bajo la protección del viento.

Entre los dos podrían tener alguna posibilidad de tirar de él por encima de la barandilla. ¿Crees que la doctora es lo suficientemente inteligente como para entender algunas señales de mano?

—Oh, sí, es bastante lista.

Bryant colgó.

—Tenemos que buscar un viejo Montego oscuro. Con maletero. La niña tiene cuatro años. Además, jefa, la mujer del móvil casi choca cuando él venía entrando al aparcamiento. Dice que en el coche no venía ninguna niña.

—Mierda. —O bien, la niña estaba en otro lado, o bien, en el maletero del coche y con una cantidad limitada de oxígeno—. Vale. Pasa la información allá abajo. Que ellos se encarguen de los niveles uno y dos, nosotros nos encargaremos del tres.

—David tiene registrada a la hermana de Barry, Lynda, como la pariente más cercana. Está aquí.

—Por ahora, déjala. No tenemos ninguna conexión con ella.

Kim fue escaleras abajo al siguiente nivel. Bryant la alcanzó después de haber transmitido la información a los de la calle.

—Yo iré por la derecha, tú, por la izquierda —instruyó Kim.

Corrió por los pasillos, un coche de cinco puertas tras otro.

El inquietante silencio aguzaba sus sentidos. La niña tenía que estar por ahí, en algún lugar. Lo sabía. ¿En qué condiciones? No tenía ni idea.

En su recorrido por los pasillos, alcanzó a distinguir, en un rincón, un coche oscuro con maletero. Aceleró el paso. Al acercarse notó que era un Mondeo. Y uno nuevo. Mierda, y ella que creía que ya lo había encontrado. No quedaban muchos más coches en ese nivel.

Las puertas del aparcamiento se abrieron de golpe y emergieron cuatro agentes. Dos se dirigieron a ella. Los otros dos corrieron en dirección contraria.

—Los otros niveles están apenas a la mitad, jefa. No hay nada —dijo Bryant, que acababa de aparecer a su lado.

Maldita sea. Tenía que estar ahí, en algún lado.

—Comenzad en el vestíbulo y revisad otra vez —los instruyó.

—Marm, aquí —gritó Hammond.

Kim corrió hacia el extremo derecho del aparcamiento, en las sombras de la rampa de ascenso.

El policía estaba junto a un Montego azul marino con matrícula X. Bingo.

—Hammond, ¿qué opciones tenemos?

El agente era capaz de salir con cualquier cosa.

Sacó del bolsillo un estuche de ganzúas, pero lo puso a un lado. De su otro bolsillo sacó un pequeño martillo.

—¿Velocidad o precisión?

Ella asintió hacia el martillo.

—Apartaos.

Dos golpes y la ventanilla se rompió, lanzando una lluvia de fragmentos de cristal sobre el asiento del conductor. Hammond entró en el coche y abrió la puerta. En segundos, ya había retirado la cubierta de la columna de dirección, había conectado los cables y devuelto la vida al vehículo.

Miró a Kim. Ella asintió y presionó el botón.

Se abrió la tapa del maletero.

Kim se encontró con los ojos de una pequeña aterrorizada. El cuerpo diminuto temblaba de

miedo, acurrucado entre los detritus de un maletero lleno de mugre.

Kim respiró hondo. Aterrada, pero viva. Eso le bastaba.

Bryant dio un paso adelante. La niña dejó escapar un gemido. El terror en sus ojos se hizo más intenso.

—Venga, Bryant. Yo me encargo.

Kim se puso junto al maletero, haciendo de escudo para que la niña no pudiera mirar otra cosa alrededor.

—Hola, cariño. Me llamo Kim, ¿y tú?

La niña miraba alrededor, con los ojos yendo de un punto al otro. Trataba de encontrar algo seguro o familiar donde echar el ancla. Sus mejillas estaban surcadas por las lágrimas.

Kim se volvió hacia los dos agentes y a Bryant. Les pidió que se apartaran. Se puso de cuclillas, hasta tener su rostro al nivel del de la niña.

Sonrió y bajó la voz hasta un murmullo.

—Mírame a mí y solo a mí, cariño. Ya todo está bien. Aquí nadie te va a hacer daño, ¿vale?

Kim mantuvo el contacto visual con la niña. Algo del terror ya había pasado.

Extendió la mano y le quitó del cabello un trapo empapado en diésel. La niña no se estremeció, pero sus ojos la seguían en cada movimiento.

—Cariño, tu tía Lynda viene subiendo a por ti. Ahora solo tienes que decirme si estás lastimada.

No había signos visibles de trauma, pero tenía que estar segura antes de pensar siquiera en moverla.

Notó que agitaba muy levemente la cabeza, en un movimiento que apenas se distinguía de los temblores, pero que era, al fin, un signo de comunicación.

«Qué niña tan linda. ¿Puedes mover los dedos de las manos y los pies? ¿Me dejas mirarlos menearse?».

Kim se asomó dentro del maletero y se aseguró de que las cuatro extremidades se movían.

Volvió a establecer el contacto visual. El terror iba desapareciendo.

«¿Puedes decirme cómo te llamas, cariño?».

—Amelia —respiró ella.

—Muy bien, Amelia, buen trabajo. ¿Cuántos años tienes?

—Cuatro y medio.

A la edad de Amelia, el medio era crucial.

—Pensé que tendrías seis, por lo menos. Ahora, ¿te parece bien que te saque del coche?

La visión de ella ahí echada, entre herramientas engrasadas y esponjas sucias, era ofensiva para Kim.

Amelia asintió lentamente.

Kim extendió los brazos y, con toda suavidad, puso las manos en las axilas de la niña. Tiró del pequeño cuerpo hacia arriba, hacia el suyo. Amelia, instintivamente, la agarró de la nuca. Con las piernas, rodeó a Kim por la cintura y enterró la cabeza en su cuello.

—Todo está bien, Amelia. Todo va a estar muy bien. —La tranquilizó tocándole el cabello. Y esperaba no equivocarse.

Las lágrimas le humedecieron el cuello. Se preguntaba cuánto habría oído la pequeña.

Kim oyó que se abría la puerta del vestíbulo. Dos agentes, el hombre de la casa de

rehabilitación y una mujer rubia corrieron hacia ella.

—Amelia, tengo que marcharme. —La niña la sujetaba con los músculos de una boa constrictora—. Todo está bien, cariño, aquí está tu tía Lynda.

Tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para separarse del torso el pequeño pegote de cuatro años y ponerlo en los brazos de su pariente.

Kim le acarició el cabello una vez.

—Inspectora detective, quiero darle las...

Kim ya iba corriendo por el aparcamiento. La búsqueda y el rescate, en total, les habían tomado menos de once minutos, pero se habían sentido como horas.

Saltó las escaleras de dos en dos.

Se encontró con el inspector detective Evans agazapado donde ella había estado.

—¿La niña está bien? —suspiró él.

Ella asintió.

—¿El nivel inferior está arreglado?

—Parece una jodida fiesta al aire libre. Hay apenas unos tres metros sin cobertura en uno de los extremos. Los últimos agentes de que dispongo están ahí. Deberían amortiguar la caída.

—¿Qué tiene la doctora en la mano?

—El extremo suelto de un arnés de seguridad. Mientras ella estaba hablando, Nugent se lo deslizó por la pierna. Me imagino que sabrá qué hacer con él y que, o bien está esperando una oportunidad para engancharlo, o bien no hay dónde.

—¿Qué hay en el otro extremo?

—El cinturón de Nugent. —Evans se encogió de hombros—. Si no detiene su caída, se va con él.

—¿Es el procedimiento correcto?

—¿Y tus putos inflables?

—Tienes razón.

A veces no te quedaba más remedio que trabajar con lo que tenías a la mano. Si te equivocabas, terminabas en una audiencia disciplinaria, pero, si acertabas, eras un héroe.

Kim consultó su reloj. Según sus cálculos, Barry había estado en esa cornisa durante cuarenta y cinco minutos.

—No creo que aguante mucho más.

—Voy abajo a por té y pastelillos.

Él retrocedió y Kim recuperó su puesto. El aumento en la velocidad del viento trajo consigo que solo pudiera oír fragmentos de la conversación entre los dos.

—¿Qué ganas... saltando... Amelia?

Ya no oía las respuestas de Barry.

«En cuanto... explicado... el juez... entenderá».

Eso será el día en que el infierno se congele, pensó Kim.

«Tú... Amelia... vida... juntos».

De pronto, el viento hizo una tregua. El silencio se rompió cuando el broche resbaló de la mano de Alex y cayó al suelo.

Barry se estremeció y estuvo a punto de perder el control de la barandilla. Intentó girar y mirar sobre el raíl.

—¿Qué fue eso? ¿Quién está ahí?

—No ha sido nada, Barry —lo tranquilizó—. Se me ha caído el móvil.

Mientras hablaba, Alex hizo señas a los dos agentes para que retrocedieran hasta donde, agazapada, Kim contenía la respiración.

Ellos miraron a la detective a la espera de una señal. Ella asintió. El sonido había asustado a Barry, que ahora parecía dispuesto a saltar en cualquier momento.

Los dos agentes volvieron a sus puestos originales, detrás de Kim.

Barry seguía tratando de acomodar los pies para girar sobre la cornisa. Alex hizo señas a los policías para que retrocedieran aún más.

Finalmente, Barry había logrado darse la vuelta y estaba frente a frente con Alex, barandilla de por medio. Si los policías no se hubieran movido, él habría sido capaz de descubrirlos ahí agazapados, a tres metros de distancia.

De verdad, Kim esperaba que la doctora supiera lo que estaba haciendo. Sus habilidades estaban a punto de ponerse a prueba y, por ahora, estaba sola.

Treinta y siete

Ahora estaban frente a frente. La segunda decepción de Alex había sido tan cercana como personal. La casa Hardwick se estaba convirtiendo en un tremendo dolor de cabeza. Shane no había terminado de ser gentilmente alojado en la prisión de Teatherstone cuando ya tenía a otro maldito fracasado tratando de llamar su atención.

Alex tenía plena conciencia de que, hasta en tres ocasiones, había podido convencer a Barry de que dejara la cornisa, pero ella aún no terminaba con lo suyo. Quería respuestas.

Detrás de la pared, la posición de Kim quedaba oculta a Barry, pero Alex aún podía hacer contacto visual con la detective en caso de necesidad. A fin de cuentas, Kim no alcanzaba a oírlos, y eso era, exactamente, lo que ella esperaba. No quería la menor interferencia.

—Encontraron a Amelia —dijo.

Barry parecía confundido.

—¿Por qué tardaron tanto? Desde el principio te dije dónde estaba.

Ah, sí, se lo había dicho, ¿o no? Debió de haberlo olvidado. Por supuesto, se lo dijo a la primera, pero, de algún modo, Alex disfrutaba de mirarlos a todos persiguiéndose las colas mientras trataban de encontrar a la pequeña. Tenía información necesaria para la inspectora detective y había decidido no compartirla. Alex nunca había sido buena para compartir.

—Bueno, ya la tienen. —Para ella, había pocas cosas menos importantes.

—¿Está bien?

—Barry, creo que deberías concentrarte primero en ti mismo. Hablaremos de Amelia en un minuto.

—Quiero verla.

Y allá iba otra oportunidad de traerlo a salvo. Le dijo adiós.

Era la primera vez que podía estudiar un caso inmediatamente después de los actos. La lastimosa confesión de Ruth ya le había robado esa oportunidad. Había sido precavida mientras Kim estaba cerca; era importante ganarse el respecto de la detective. Pero ahora, que estaban hablando en privado, la recolección de datos era su más alta prioridad.

—¿Cómo te sentiste, Barry?

Él palideció visiblemente. Para Alex, los sucesos habían excedido sus sueños más osados. El que sus manipulaciones hubieran sido lo suficientemente fuertes como para inducirlo a tal nivel de violencia la calificaban con el grado más alto al que se podía aspirar. Si también se hubiera

cargado a la hija, el resultado habría sido perfecto, y Barry no les habría venido con este drama de suicidio de alto nivel; pero ella tenía que adaptarse a lo que había.

—No me acuerdo de haber sentido nada. —Negó con la cabeza—. Sé lo que hice, pero, en realidad, no puedo recordarme haciéndolo. Sí soy consciente de que arrastré a Amelia fuera de la casa. Estaba llorando, así que me aterró y la metí en el maletero del coche. Después regresé y le prendí fuego a la casa. Quería destruir cualquier rastro de lo que había sucedido. Dios santo, no sé lo que estaba pensando.

Sus ojos se encontraron. En los de él, ella percibió una ridícula sombra de esperanza.

—Están muertos, ¿verdad?

—Oh, sí, Barry, están muertos.

Las señales de la inspectora detective no le habían confirmado quién, pero alguien había muerto. Alex prefería que él no tuviera nadie más por quien vivir.

—Entonces, ¿qué te impulsó a pensar en el suicidio? ¿Fue solo el miedo a ser atrapado y castigado?

Di que sí, por favor, suplicó en silencio. El miedo a ser atrapado era una preocupación asociada solo con las consecuencias de los actos, es decir, con los efectos que tendrían sobre él. El genuino arrepentimiento era una cosa completamente distinta.

Él se quedó pensando por un momento mientras ella hacía un gran esfuerzo por evitar que se notaran sus emociones. Tenía ganas de arrancarle la respuesta de la boca. Lo único que necesitaba era un resultado positivo.

Él asintió y Alex estuvo a punto de saltar la cerca y darle un beso. Barry lo había logrado. Había demostrado la teoría. Había perpetrado un crimen abominable y lo había hecho sin culpa alguna. Los fallos, las decepciones, todo había valido la pena.

Barry siguió hablando.

—Al principio, sí. Aún sentía pánico por lo que había hecho y no podía soportar la idea de terminar regresando allá dentro. Pero, una vez que llegué aquí, las evocaciones comenzaron a regresar. Podía recordar el rostro de Lisa, lleno de miedo y odio, jadeando por aire.

Una lágrima escapó de su ojo izquierdo y bajó por la mejilla. Luego vinieron otras y, en pocos segundos, lloraba como un bebé grande.

Sintió que la repulsión la dominaba. Solo por un momento, él había sido su triunfo; el resultado que estaba buscando. Por un breve instante, había probado su teoría, solo que ahora tenía la culpa escrita en cada rasgo de su rostro.

—Vaya, Barry, qué penita.

—No sé cómo fui capaz de hacerle eso. La amo. Y Adam es mi hermano. ¿Cómo pude simplemente dejarlos morir ahí? ¿Qué clase de hombre soy si hago esto a quienes amo? Por mi culpa, Amelia crecerá sin una madre.

Eso no era lo que Alex había querido decir. La decepción de la psiquiatra estaba relacionada con los fallos en el desempeño de Barry, pero las dejó pasar, junto con las esperanzas de obtener un resultado positivo.

Era la segunda vez que sus investigaciones terminaban destruidas por su maldita némesis: la culpa.

Dios bendito, cómo aborrecía las decepciones.

—No, Barry, no será así.

—¿Qué?

—Amelia no crecerá sin una madre.

Esa ridícula esperanza agrandó los ojos del hombre.

—¿Quieres decir que Lisa no...?

Alex negó con la cabeza.

—Lo que quise decir es que Amelia no crecerá. Murió en el maletero del coche. También mataste a tu hija, Barry. Todos se han ido.

Lo dijo con palabras suaves y definitivas.

La más absoluta desesperación moldeó los rasgos de Barry.

Él la miró a los ojos, en busca de la verdad. Un ligero asentimiento le dio la respuesta, y ella permitió, entonces, que la frialdad de sus propios ojos reflejara la gravedad de las acciones del hombre.

Se soltó de la barandilla y cayó al suelo.

—Barry, no —gritó ella, tratando de alcanzarlo. Era un gesto vacío. Estaba encantada de dejarlo ir.

Kim corrió hacia ella.

—¿Qué coño sucedió? —gritó mientras se asomaba por la barandilla.

Alex se alejó del borde del aparcamiento y de la perspectiva de lo que había debajo. Se fabricó un semblante de conmoción.

Kim la sujetó del brazo con rudeza y la giró para encararla. Todo su cuerpo temblaba de furia.

—Dígame qué coño pasó.

—Oh, Dios... Oh, no... No puedo creerlo... Oh, madre santa...

—¿Qué le dijo? ¿Por qué saltó?

Alex se retorció las manos temblorosas.

—No lo sé, no sé qué sucedió. Creo que por fin se dio cuenta de lo que había hecho y de que no sería capaz de soportarlo.

Alex se daba cuenta de que la detective simplemente no le compraba el cuento.

—Pero él sabía muy bien lo que hizo. Hace una hora que lo oí contárselo a usted. ¿Por qué tuvo que saltar ahora?

Alex logró congrega algunas lágrimas.

—No lo sé.

Kim abrió la boca, pero el sonido del móvil la detuvo.

—¿Sí, Bryant?

Escuchó por un par de segundos y se asomó después por la barandilla.

—Tienes que estar de coña, ¿funcionaron?

Escuchó la respuesta, colgó el teléfono y se lo guardó otra vez en el bolsillo de la chaqueta.

—El inflable detuvo la caída. No está muerto. Aún.

—Gracias a Dios —respiró Alex, mientras su mente daba gritos: «Joder. Qué mierda, qué mierda».

Kim la sujetó por el brazo.

—Usted tendrá que acompañarme. Ambas tenemos preguntas que responder. Alex se dejó guiar por la detective. Solo esta vez.

Treinta y ocho

El agente de la policía Whiley vivía en una casa adosada de tres dormitorios construida en los cincuenta. Sobresalía de la construcción un porche bien ordenado, decorado con un arreglo de flores secas y descoloridas.

Había sido un día seco y el jardín delantero tenía el aspecto y el aroma de la primera poda de césped del año.

Kim supuso que la señora Whiley estaba dando buen uso del tiempo libre de su esposo. Un entrenamiento para su inminente jubilación.

—Es bueno salir, después de todo, ¿no? —dijo Bryant mientras llamaba a la puerta.

Con un movimiento de cabeza, Kim le hizo saber que estaba de acuerdo. El incidente con Barry había producido un pequeño bosque de papeleo como para mantenerlos ocupados la mayor parte del día.

Abrió la puerta una mujer vestida en pantalones de algodón azul marinos y sudadera. Algunas briznas de hierba húmeda colgaban del dobladillo de sus pantalones. Después de todo, quizás no estaba entrenando a su esposo.

Su rostro era redondo y agradable, enmarcado por una melena gris y avellana que le caía un par de dedos por debajo de las orejas.

—Sí, ¿díganme?

—Soy el sargento detective Bryant. Ella es la inspectora detective Stone. ¿Podemos hablar con su esposo?

La expresión de la mujer se alteró un poco.

—Está de vacaciones.

Bryant no perdió el paso.

—Solo será un par de preguntas relacionadas con el caso...

—Barbara, déjalos entrar. —Se oyó la voz de Whiley desde el fondo del pasillo.

Kim entró y se dirigió al lugar donde estaba Whiley, al fondo de la casa. Se había hecho una segunda sala de estar cerca de la cocina de galera. La habitación era pequeña, pero despejada, con una silla sola frente a la ventana y un biplaza del juego separándola de la cocina.

Ella y Bryant se sentaron al mismo tiempo; un ajuste perfecto.

—¿No le has dicho que te han suspendido? —preguntó Bryant en cuando Whiley cerró la puerta.

Whiley negó con la cabeza y se sentó en la silla.

—No tiene ningún sentido. No quiero preocuparla.

Se quitó las gafas de lectura y las colocó sobre una mesita, a la izquierda de su silla.

—Barbara pasó cuarenta y dos años limpiando casas. Cuenta los días hasta mi jubilación. La hipoteca está pagada, y mi pensión, junto con algo que hemos podido ahorrar, nos bastará.

—¿Cuánto tiempo te funcionará esta historia? —preguntó Bryant.

—No lo sé. Espero que la corporación se dé cuenta, muy pronto, de que esto no es asunto mío. No es como si yo hubiera podido detenerlo.

Kim se maravillaba de ese comportamiento tan calmo. Whiley estaba mucho más preocupado de cómo lo afectaría eso con su esposa que del resultado de la audiencia disciplinaria.

Bryant se adelantó cuando se abrió la puerta. Barbara entró.

—¿Té, café?

Bryant negó con la cabeza.

—Café con leche, sin azúcar, por favor —dijo Kim. Whiley quería que su esposa estuviera ocupada durante la charla.

Sentía cierta pena por este policía. Había dedicado toda la vida a trabajar para la corporación y su retiro estaba en riesgo debido a los actos de alguien más.

Barbara había dejado la puerta abierta. Whiley se levantó para cerrarla. Una sombra cruzó por el umbral.

—No, señorita, así no vas a salir —dijo Whiley, mirando la figura de arriba abajo.

Kim estiró el cuello para encontrarse con una chica de unos dieciocho años que bajaba por las escaleras. Vestía una falda negra, apretada, apenas del tamaño de un trapo de cocina. Complementaba su atuendo con medias negras, chaqueta de cuero y un lóbulo de la oreja agrandado por un anillo.

Kim había visto peores cosas, y, por el semblante asesino y la mirada de disgusto que le dedicó su padre, la chica también.

La hija no le dijo nada a Whiley, murmuró algo a su madre y salió por la puerta principal.

Whiley suspiró antes de cerrar otra vez la puerta y sentarse en la silla.

Kim estaba maravillada de saber que allá fuera, en las calles de *Black Country*, Whiley imponía respeto y obediencia. Como oficial, era una figura de autoridad inmediata. En su propia casa mentía a su mujer y carecía de control sobre su hija.

—Así que tenemos que saber más acerca de la noche en que fuiste a la casa de los Dunn —dijo Kim para avanzar en la conversación.

Él arrugó la nariz.

—No hay nada que decir, en realidad. Solo un problema doméstico de rutina.

Kim esperaba algo más. No llegó.

—Hubo alguien más involucrado y necesitamos...

—¿Qué quieres decir con alguien más? —preguntó Whiley, sentándose en el filo de la silla.

—En el sótano. Cuando Dunn abusó de Daisy.

Soltó un silbido.

—Maaaadre míaaa.

Bryant se deslizó hacia delante en el sofá.

—Si tan solo pudieras hacernos el relato de la noche, hace dos meses, cuando visitaste el

hogar de los Dunn... Ya hemos hablado con Jenks. Él nos dijo que los Dunn habían discutido acerca de una maestra. ¿Puedes decirnos algo más?

Whiley observó el techo mientras Barbara entraba con una taza de café para Kim. Ella la recibió agradecida. Barbara salió de la habitación y cerró la puerta.

—Recibimos la llamada a la hora del té o algo así. Jenks iba conduciendo. Él sabía a dónde ir y estuvimos en el lugar en pocos minutos. Sé que Dunn seguía gritando cuando llegamos.

—¿Te lo llevaste a la cocina?

—Sí, es una práctica común —dijo, como a la defensiva.

—Desde luego —comentó Bryant—. ¿Dijo algo mientras vosotros estabais ahí?

—Simplemente estaba furioso con esta profesora que trataba de decirles que algo andaba mal con Daisy. Yo podría simpatizar con el tipo. Nos dijeron que Laura tenía dificultades de aprendizaje y no fue más que un montón de basura. Algunas de estas maestras se meten demasiado en los asuntos de las personas. Así que lo tranquilicé y le dije que estaba de acuerdo con él.

—Jenks dice que la señora Dunn hablaba por teléfono cuando vosotros llegasteis —dijo Bryant.

—Sí, no sé con quién hablaba. Jenks se encargó de ella y las niñas, hasta que yo llevé a Dunn de regreso al salón.

—Jenks hizo un comentario acerca del aspecto de Daisy. Dijo que tuvo la impresión de que la niña trataba de decir algo. ¿Notaste alguna cosa?

Whiley puso los ojos en blanco.

—Se imagina cosas. Fui yo quien las mandó a la cama y no noté nada de eso. —Sonrió con indulgencia—. Es muy chico, cree mirar cosas por todos lados. Las niñas estaban un poco nerviosas por todo el barullo, pero nada fuera de lo normal.

Kim se puso de pie. Esto no iba a ningún lado.

Bryant hizo lo mismo.

—Vale, si se te ocurriera algo más...

—¿Sabes? Acabo de acordarme de una cosa. La razón por la que Dunn estaba tan molesto. Fue porque la maestra había ido a la casa. Sí, eso fue. Estaba muy enojado porque la maestra había llevado las niñas a la casa.

Una vez fuera, Kim se dirigió a Bryant.

—Dawson interrogó a la maestra durante la investigación, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bueno, creo que vale la pena volver a intentarlo —dijo Kim, un poco más animada.

Sí habían ganado algo, después de todo.

Kim ya sabía que Wendy no era la persona del sótano, pero, si la maestra se las había arreglado para expresar sus preocupaciones en esa primera visita, ¿estaría Wendy cubriendo a su esposo? Y, en tal caso, ¿conocía la identidad de la persona que estaba en la habitación?

Esa era una pregunta a la que tenían que encontrar respuesta.

Treinta y nueve

Kim aparcó el coche y se quedó sentada por un momento, preparándose contra el viento que sacudía el vehículo de lado a lado.

Desde el primer día de su entrenamiento, creía firmemente que las personas deben pagar por los delitos que cometen. Durante su carrera, cada caso sin resolver era una herida abierta en la piel. No creía en las circunstancias atenuantes. Era blanco o negro: tienes que pagar por lo que haces.

Sabía que Bryant la creía loca por sospechar que la doctora Thorne estaba involucrada en el homicidio de Allan Harris, y, en parte, no le quedaba más remedio que estar de acuerdo con él, pero lo sucedido con Barry Grant no le cabía en la cabeza.

Ella no quedaría bajo investigación, ya que se consideró que había seguido «todos los pasos razonablemente ejecutables con el fin de asegurar un resultado positivo». Básicamente, la idea de poner inflables le había salvado el culo..., y a Barry. El haber encontrado a Amelia tampoco la había perjudicado.

La doctora se había anotado puntos al conseguir hábilmente que Barry permaneciera en la cornisa bastante tiempo como para colocar los inflables.

Objetivamente, Kim era capaz de entenderlo. Pero ella también había estado ahí, y, al final de la conversación entre Barry y la doctora, él había estado parlanchín, animado. No parecía la conducta de una persona que estaba a punto de acabar con su propia vida. Había estado con otros suicidas saltadores y cada minuto era crucial. Nunca se había encontrado con uno que se hubiera molestado en quedarse durante casi una hora para terminar saltando.

Se volvió hacia el perro en el asiento trasero.

—Vale, Barney, esto es lo que tienes que hacer: ladra si viene alguien.

Se bajó del coche, saltó la puerta de metal y entró en el cementerio. Mientras caminaba colina arriba, se iba perdiendo la iluminación de las farolas. Siguió la ruta hasta llegar al banco donde había estado con Alex una semana antes. Habían dado unos pocos pasos, así que Kim comenzaría su búsqueda en ese lugar. Sacó la linterna del bolsillo y caminó a lo largo de las hileras de lápidas, entristecida por las vidas truncadas.

Llegó hasta el pie de la colina y volvió a subir, más lentamente, asegurándose. Cuando llegó de regreso a la hilera que se alineaba con el banco, ya sabía que ninguna tumba tenía menos de diez años y que, definitivamente, ninguna era el lugar de descanso de un hombre y dos niños.

Lanzó un beso a lo alto de la colina, hacia la tumba de su hermano.

Cuarenta

Para Alex, el atractivo de los Cotswolds se había perdido. Después de pasar villa tras villa, a la etiqueta de «lugar de belleza incomparable» le había cambiado la tercera palabra por *aburrimiento*. Su viaje había terminado en Bourton-on-the-Water. Alex recordaba haber leído que el área era rica en fósiles. Y la mayoría parecían seguir viviendo aquí, pensó ella, mientras echaba un vistazo por el centro de la aldea.

Los edificios de piedra se alineaban a uno y otro lado de la calle: puras tiendas individuales que probablemente llevaban doscientos años en el negocio. Su breve examen le confirmó que no había tiendas de cadena por ahí, ni siquiera un Costa o un Starbucks. Para Alex, eso lo decía todo. ¿Qué diablos hacía esta gente para sobrevivir?

Por lo menos, el viaje de ochenta kilómetros había limpiado exitosamente la decepción por Barry Grant. Sus expectativas se habían superado al principio, cuando se enteró de que él había hecho el intento de asesinar a su amada esposa y a su hermano.

Por unos instantes, de pie en lo alto de ese aparcamiento, expuesta al viento cortante, Alex había sentido que él podía ser el elegido. Un verdadero sociópata nunca encontraría un sentido de responsabilidad moral, nunca podría desafiar su naturaleza innata y sentir culpa. Ahora bien, su experimento no exigía más que un éxito. Una persona que plantara cara a su propia naturaleza, y, momentáneamente, Barry había sido su triunfo.

Pero, entonces, él volvió a abrir la boca.

Sus tristes refunfuños acerca de la cólera y la culpa abrumadora la habían tentado a empujarlo ella misma. Por suerte, la mentira de Alex acerca de la hija había sido suficiente para provocar la acción deseada.

Se sorprendió al enterarse de que había sobrevivido a la caída. Apenas. Estaba conectado a un respirador artificial y las máquinas lo mantenían con vida. No había muerto, pero poco faltaba. Los médicos no albergaban esperanzas de ningún tipo de recuperación. Nada mal.

Su decepción por Barry se atenuaba con el entusiasmo por Kim. La detective era un proyecto seductor dentro del cual se sentía impulsada a sumergirse. Y era ese interés en Kim, justamente, lo que la había traído a este remanso de mala muerte.

Alex se dirigió al lugar de la cita, un establecimiento que ofrecía el sustento completo de la jornada: desayuno, *brunch*, almuerzo, té vespertino, café y, según se imaginaba, lo que para esta gente serían nuevas creaciones exóticas: capuchinos y *panini*.

Entró por una puerta que le llegaba a la cintura y advirtió que en la única mesa ocupada en el exterior había un hombre corpulento, completamente calvo, excepto por un faldón de pelo que le recorría la nuca, de oreja a oreja. Tenía las gafas en la punta de la nariz y parecía absorto en una Kindle. En la mano izquierda tenía el cigarrillo que explicaba que estuviera al aire libre.

Alex sintió que la apuesta era segura y se acercó a la mesa.

—¿Henry Reed?

El hombre alzó la mirada y sonrió. Se puso de pie y le extendió la mano.

—¿Doctora Thorne?

Ella le respondió con una sonrisa.

El hombre volvió a sentarse.

—Espero que no le incomode que charlemos aquí fuera. Soy un adicto sin remedio a la nicotina y esto me convierte en un paria.

A Alex no le importaba.

Aunque los vientos eran templados y ocasionalmente caía un rayo de sol, aún hacía mucho frío. Sin embargo, ella venía a sacarle algo a este hombre, así que estaba dispuesta a seguirle el juego.

—Claro. ¿Quiere algo más de beber?

—Un café con leche, gracias.

Alex entró y ordenó dos cafés con leche. Pagó y le dijeron que les llevarían las bebidas allá fuera. Se sentó y su compañero puso el aparato sobre la mesa.

—Dickens en un libro electrónico, ¿quién lo hubiera pensado?

Alex sonrió sin que le importara una cosa ni la otra.

—Así que, doctora Thorne, ¿en qué puedo ayudarla, exactamente?

Alex decidió que la adulación funcionaría bien en este lance.

—He estado investigando sobre un asunto en particular y me encontré con su libro, mencionado como un gran aporte en el campo. Todas las reseñas que he leído señalan que, en su momento, su libro fue una obra pionera.

Solo una parte era cierta. No había encontrado ninguna reseña. Alex investigó el nombre de Michael Stone y averiguó muchas cosas a partir de artículos periodísticos. Un breve texto de la Wikipedia le dijo que un joven reportero había publicado, por su propia cuenta, un libro donde describía los sucesos, pero no había encontrado ejemplares por ningún sitio. A falta del libro, Alex había decidido acercarse al autor. Los recortes de prensa eran una cosa, pero, veintiocho años atrás, el hombre que tenía enfrente había entrevistado a personas muy cercanas al caso cuando los hechos aún eran recientes.

Parecía complacido con esas palabras y se encogió de hombros.

—Creo que había que contar esa historia, aunque el público no estuvo de acuerdo y de mi libro se vendieron solo setecientos ejemplares.

Alex asintió. La camarera les puso un par de largas tazas de vidrio sobre la mesa de hierro colado.

«Así que, ¿en qué puedo ayudarla, doctora?».

—Alex, por favor —dijo ella con una sonrisa. Quería cosechar de este hombre tanta información como le fuera posible—. Tengo una paciente, y disculpe que no entre en detalles por obvias razones, que ha quedado expuesta a un trauma similar al que usted registra en su libro.

Aunque usted lo escribió hace veinte años, creo que podría serme útil.

—Por supuesto, si hubiera algo que yo pudiera hacer. —Ella percibió un enrojecimiento adicional en sus ya de por sí rubicundas mejillas. Bien, el sujeto se sentía halagado—. ¿Por dónde comenzamos?

—Por donde usted se sienta cómodo. —Alex lo guiaría en caso de que el hombre se desviara del rumbo que ya tenía trazado.

—En ese momento, yo tenía veintitrés años y trabajaba para las oficinas locales del *Express and Star*, en Dudley. Un dos de junio, estaba escribiendo acerca del ganador de la tómbola de una fiesta escolar de Netherton. Al día siguiente tuve que cubrir el caso de negligencia infantil más horrendo del que hasta entonces se hubiera sabido en *Black Country*. A los dos días, la historia estaba fuera del ciclo noticioso debido a un incendio en Pensnett que acabó con la vida de tres bomberos.

—¿Y usted no avanzó lo suficientemente rápido?

Él negó con un gesto.

—Era bastante joven y tenía la cabeza llena de ideales periodísticos. Me pareció que muchas preguntas merecían respuestas. Quería saber cómo habían permitido que sucediera algo así: quién o qué había fallado. Así que, cada vez que podía, iba a visitar a los vecinos, los amigos o cualquier trabajador social que estuviera dispuesto a hablar conmigo. Recopilé declaraciones de psiquiatras y reuní todo el material.

«El juicio no fue sensacionalista y recibió poca atención de la prensa; después, nadie pareció interesarse particularmente. No hubo protestas públicas en demanda de investigaciones y eso les vino muy bien a las autoridades. Me di cuenta de que el material que había recopilado era suficiente como para llenar un libro. Como ningún editor se interesó, lo publiqué por mi cuenta».

Alex sintió que ya había sido bastante complaciente.

—¿Puede hablarme del caso?

Él apuró su bebida y comenzó a hablar de nuevo.

—Patricia Stone fue una niña atormentada. Su padre era descendiente de romanís y se casó con una paya. Para cuando Patty cumplió cinco años, su padre había abandonado a la familia para regresar al redil gitano. A los siete, fue internada en un manicomio, cerca de Bromsgrove, debido a que golpeaba personas en la calle, al azar. Fue su madre quien la internó; simplemente la abandonó ahí, aliviada de tener una boca menos que alimentar. Cuando los médicos finalmente se le acercaron, la diagnosticaron con esquizofrenia. Les llevó cinco años estabilizarla, una vez que encontraron el cóctel de medicamentos más efectivo. En ese momento, Patty tenía veintidós años.

»Poco después del diagnóstico, hubo un suceso desafortunado durante el régimen de la Thatcher. El proyecto de ley de atención domiciliaria, que había estado flotando durante unos veinte años, ganó impulso. Se cerraron muchas instituciones. Algunas personas gravemente enfermas fueron puestas bajo el cuidado de una comunidad que no estaba preparada para hacerse cargo de ellas.

Alex no dijo nada. Se sentía agradecida con el régimen. Le aseguraba un suministro inagotable de mentes desequilibradas. Sin embargo, ciertos lugares, como los manicomios, tan pasados de moda, habían demostrado ser útiles para proveer sujetos cautivos con fines de investigación.

Mientras Henry se lamentaba por la estrategia gubernamental, ella recordó un experimento llevado a cabo en ese entorno, solo que en los Estados Unidos y en la década de los cincuenta. El doctor Ewan Cameron recibió fondos de la CIA para investigar su teoría de la despatronización. El objetivo era borrar las mentes y los recuerdos de los individuos hasta reducirlos a infantes y, entonces, reconstruir sus personalidades al gusto. Sus métodos incluían comas químicamente inducidos y electrochoques de alto voltaje. Hasta trescientos sesenta por persona.

Además, había instrumentado la conducción psíquica, que consistía en ponerle al sujeto un casco totalmente negro, con el fin de privarlo de sus sentidos, y, a través de unos altavoces integrados, reproducir un mensaje durante dieciséis horas al día hasta durante cien días.

Aunque todos los sujetos terminaron con daños permanentes derivados de esas pesquisas, Alex sentía que ese tipo de instituciones habían provisto un servicio inestimable a lo largo de los años.

Alex volvió a sintonizar a su compañero de mesa, que seguía parloteando.

«... que los beneficios no contrarrestaban los costos. Algunos pacientes tuvieron vidas “relativamente” normales, mientras que otros asesinaron, violaron o cometieron actos crueles. — El hombre hizo una señal de asentimiento—. Esa discusión, no obstante, la dejaremos para otro momento. Patty fue devuelta a la comunidad, juzgada como no peligrosa para sí misma ni para nadie más. La pusieron un piso de protección oficial, en un alto edificio de Colley Gate, y simplemente desapareció del sistema. Se suponía que los pacientes tenían que ser vigilados permanentemente, pero los asistentes sociales no tenían la menor oportunidad de estudiarlos a todos, así que los más tranquilos y menos problemáticos quedaron en el olvido.

»Al año, Patty estaba embarazada. Nadie supo nunca quién fue el padre. La consideraban una especie de bicho raro, o la loquita del lugar, si lo prefiere. Una vecina se interesó un poco por ella y se aseguró de que nadie le diera demasiados problemas. Era lo más cercano a una amiga que Patty podía tener; y su único visitante cuando dio a luz a los gemelos.

»Tuvo un niño y una niña, a los que llamó Michael y Kimberley. Debido a su historial, fue puesta bajo supervisión. Salió del hospital y no se sabe bien cómo fueron los primeros años, pero sí que los niños estuvieron dentro y fuera del registro de riesgo unas cuantas veces. La falta de contacto entre la madre y los hijos se notaba en el desarrollo lento del niño, tanto en lo físico como en lo mental.

»Estuvieron fuera del radar durante un par de años, hasta que se descubrió que no habían empezado el colegio. Las autoridades volvieron a interesarse y los niños fueron puestos en el sistema educativo con dos grados de retraso con respecto a los demás. La chica se puso al corriente muy rápido, pues, aunque retraída, era inteligente. El niño siguió en clases de recuperación.

»Hubo reportes sobre los niños: su peso, su higiene, la renuencia a interactuar. La niña fue interrogada, pero no decía nada. Solo se quedaba parada, con su hermano cogido de la mano».

—Tiene un recuerdo sorprendentemente bueno de los hechos —anotó Alex. Esas cosas sucedieron hace casi treinta años.

Retribuyó el comentario con una sonrisa triste.

—Viví y respiré este caso mientras investigaba para el libro. La historia de estos dos niños nunca me ha abandonado.

—¿Las autoridades no hicieron nada? —preguntó Alex.

—La niña no hablaba. Entrevisté a la señorita Welch, una de las maestras de Kimberley en el colegio. Ella se acordó de un día de clases en que a la niña se le subió una de las mangas del vestido. Pudo notar que tenía una franja roja alrededor de la muñeca. La niña la miró a los ojos por unos instantes, como si quisiera darle un mensaje, y luego se bajó la manga.

«Durante el recreo, la señorita Welch buscó a Kimberley para preguntarle sobre la herida, pero, como de costumbre, la niña no dijo nada».

—¿No tenía amigas? —preguntó Alex con interés.

—Por lo visto, no. En los recreos siempre iba a buscar a su hermano y lo agarraba de la mano. Pasaban todo el tiempo juntos, sentados o de pie, en algún lugar del patio. Los niños pueden ser excepcionalmente crueles y ellos eran acosados sin misericordia por muchos motivos: eran desaliñados, olían mal, el niño era mucho más pequeño que sus compañeros y su desarrollo era inferior y, a los dos, la ropa les quedaba atrocamente mal. Eran forraje en abundancia para una escuela primaria.

Se quedó mirando a Alex, reflejando en los ojos un genuino sentimiento.

Oh, Dios me libre de la gente buena y caritativa, pensó Alex.

«Y, ¿sabe?, la niña nunca tomó represalias. Cogía la mano de su hermano con más fuerza y se retiraba. No les hacía caso, simplemente».

Así que esta era la razón de que las barreras de la inspectora detective Stone se hubieran formado hace tanto tiempo. El interés de Alex crecía. Observó a Henry, que respiraba hondo, ansioso por continuar.

«Las vacaciones de primavera de 1987 pasaron muy rápidamente. Los niños no habían regresado a la escuela. Los esfuerzos por ponerse en contacto con Patty fueron infructuosos, así que una trabajadora social, a quien los protocolos le importaban un bledo, persuadió a un vecino para que la ayudara a derribar la puerta».

Agachó la cabeza, pero siguió adelante.

«Me las arreglé para entrevistar a ese vecino en particular: un traficante de drogas nigeriano, de más de uno ochenta de estatura, que lloraba mientras relataba lo que había descubierto: en el dormitorio, detrás de otra puerta cerrada con llave, había dos niños encadenados al tubo del radiador. Michael estaba unido directamente al tubo, mientras que Kimberley estaba encadenada a su hermano. Había sido una semana calurosa y el radiador, de todos modos, siguió funcionando. En el suelo había un paquete vacío de galletas con crema y un envase vacío de Coca-Cola».

»El niño estaba muerto, y la niña, apenas despierta. Estuvo acostada al lado de su hermano muerto por dos largos días. Tenían seis años».

Alex hizo cara de horror, cuando, en realidad, estaba encendida.

—¿Y usted siguió el caso después de eso?

—Eso intenté, pero las personas con quienes realmente quise hablar ya no estaban dispuestas a decir gran cosa. El ayuntamiento llevó a cabo una investigación interna, que no fue otra cosa que un ejercicio de señalar con el dedo, sin verdaderas conclusiones. No se olvide de que las noticias no eran lo que son ahora. La gente compraba el periódico, lo leía, lo arrojaba a la papelera y se olvidaba de él. No había protestas públicas en busca de respuestas, y esto, de hecho, era muy cómodo para los servicios asistenciales. Compárelo con el caso de Victoria Climbié, que generó una investigación pública y fue el catalizador de cambios muy importantes

en las políticas públicas de protección a la infancia por todo el país.

—¿Qué sucedió con Kimberley Stone después del juicio?

—Según entiendo, pasó de una casa de acogida a otra. Como usted podrá imaginar, la pobre niña tuvo que haber sufrido daños importantes, así que se necesitaba una familia verdaderamente especial para que supieran cómo ayudarla. No tengo ni idea de dónde está ahora, pero sigo pensando en ella y espero que haya encontrado alguna suerte de felicidad.

Bien, Alex sí que sabía dónde estaba y tenía muchas dudas de que hubiera encontrado alguna suerte de felicidad. Recordó un pasaje de *Paraíso perdido*, de Milton: «La mente es su propia morada y, por sí misma, puede hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo». Se preguntaba qué había hecho Kim con la suya.

Con la sensación de que ya no tenía nada más que ganar, Alex cogió el bolso que había dejado en el suelo. Se levantó y extendió la mano.

—Muchas gracias por su ayuda. Ha sido increíblemente útil.

Henry se agachó y sacó un libro.

—Aquí está, querida, todavía me quedan algunos. Si le sirve de algo para su caso, quédese con un ejemplar.

Alex volvió a darle las gracias y se marchó. El hombre no tenía ni idea de que el paso alegre con que se alejaba era gracias a los detalles de sus recuerdos. La había dotado de un arsenal de municiones y estaba ansiosa por comenzar el desafío más grande de todos.

Cuarenta y uno

—¿Estás bien, jefa? —preguntó Bryant cuando estuvieron a las puertas del colegio.

Aún a través de las paredes selladas del coche se podía oír el sonido del patio. Era una sinfonía universal que se interpretaba en todo el mundo. Charlas ruidosas y desbordantes de emociones que se movían y cambiaban como las mareas. Juegos, gritos y persecuciones en los últimos minutos de libertad previos al principio del día.

Ya había cordones sueltos; y también, mochilas abandonadas en los rincones, de donde serían recogidas en el camino hacia dentro.

Conocía muy bien este patio. Contempló el roble que seguía dominando la esquina superior derecha. Tenía alguna expectativa de verse a sí misma ahí, jugando con Mikey alrededor del árbol. Solo ellos dos.

En el momento justo, sonó la campana y la sobresaltó. La puerta hacia el interior era como una aspiradora que se tragaba todos los pequeños cuerpos.

—Madre mía, es como si te hubieras topado con un fantasma —dijo Bryant.

No necesitaba fantasmas. Los llevaba dentro cada minuto de su vida. Tampoco necesitaba la familiaridad del entorno. Por esa razón, la primera vez había enviado a Dawson a entrevistar a la profesora. Y ese también había sido el motivo para pedirle a la señorita Browning que se vieran en la puerta. Solo para no molestar a los niños.

—Jefa, ¿estás...?

—Parece que esa es nuestra niña, dijo Kim, abriendo la puerta. Mientras iba a su encuentro, Kim se daba cuenta de que describirla como niña era algo inquietantemente exacto.

La mujer vestía una falda línea A azul marino ligeramente por debajo de las rodillas; piernas bien formadas envueltas en medias negras y zapatos de salón. Encerraba su mitad superior en una chaqueta North Face con la cremallera subida hasta el cuello. Llevaba el cabello rubio agarrado en una cola de caballo y muy poco maquillaje en el rostro. A pesar de lo sobrio de su aspecto, nada podía ocultar la cruda belleza de sus facciones.

—¿Señorita Browning? —le preguntó Kim.

La mujer sonrió con una expresión que iluminó su cara.

—No se preocupe, soy más vieja de lo que parezco.

Kim rio. Con los años, ella misma agradecería esa desventaja.

Se presentó a sí misma, así como a Bryant, que estaba de pie, a su lado, con las manos

metidas en los bolsillos de la chaqueta.

Con eso, a su compañero le quedó claro que ella tenía planes de conducir la entrevista. Eso era mejor que sucumbir entre los recuerdos que la iban alcanzando.

—Sé que el sargento detective Dawson habló con usted hace unos días, cuando comenzamos a investigar el abuso en el hogar de los Dunn.

Ella asintió.

—¿Puede decirme qué incitó sus sospechas al principio?

—Mucho movimiento en su silla. Al principio creí que Daisy solo estaba inquieta, pero eso parecía estar sucediendo con mucha frecuencia. Especialmente cuando tenía ambas manos sobre el pupitre.

Kim frunció el ceño.

—No entiendo el significado...

—Picazón, inspectora detective. Uno de los síntomas físicos del abuso, junto con el dolor, los sangrados, las hinchazones, etcétera. Sin darse cuenta, Daisy trataba de frotarse contra la silla las partes íntimas para aliviar la comezón.

Buena observación, pensó Kim.

—Así que estuve mirándola más detenidamente en busca de cambios de comportamiento. Declinaron sus éxitos y su rendimiento escolar. Interactuaba menos con sus compañeros y sus calificaciones pasaron de A menos a un promedio de C más.

—¿Algún otro signo?

La señorita Browning asintió.

—Otro indicador frecuente de abuso es la regresión a estados más infantiles. Durante tres días la observé chuparse el dedo.

Kim no podía sino sentirse impresionada por la vigilancia de esta mujer.

—¿Trató de hablar con ella?

—Oh, sí, muchas veces, pero se había retraído tanto en sí misma que apenas pude sacarle alguna palabra.

—¿Alguna vez mencionó a alguien más? ¿Incluso antes de su retraimiento?

Dawson no había hecho esa pregunta antes. Siempre se habían enfocado exclusivamente en Dunn.

La maestra ató los cabos enseguida.

—¿Hubo alguien más involucrado en el abuso?

Kim asintió.

La señorita Browning cerró los ojos y movió la cabeza de un lado al otro, absorbiendo la información.

«Cada vez que hice el intento de hablar, ella no fue capaz de comunicarse. Si lo necesitaba, podía levantar un muro que, para mí, era insalvable. Una vez la toqué apenas en el hombro y saltó fuera de sí. En otra ocasión hice el intento de hablar con su hermana, pero Daisy ni siquiera permitió que me le acercara. —La mujer movió la cabeza una vez más—. Pobres pequeñas».

Kim llegó a la pregunta que realmente le importaba.

—Cuando llevó a las pequeñas a la casa, ¿pudo expresar sus preocupaciones a los padres?

—Ni una palabra. En cuanto el señor Dunn abrió y me miró, agarró a las niñas y me cerró la puerta en la cara.

—¿Y la señora Dunn?

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé si estaba en casa.

Así que esta teoría había quedado destruida. Por lo que habían averiguado, Kim sospechaba que Wendy Dunn estaba molesta por la forma necia en que su esposo había tratado a la maestra.

De pronto, Kim tuvo una idea.

—¿Por qué llevó a las niñas a la casa ese día? Esa no es, precisamente, una práctica normal, ¿o sí?

La mujer sonrió.

—No, pero quería hablar con los padres. El mensaje que les envié expresándoles mis preocupaciones parecía no haberles llegado.

—¿Con quién les envió el mensaje?

—Con Robin, el hermano de la señora Dunn.

—¿El hermano recogía a Daisy del colegio?

—Oh, sí, recogía a ambas niñas al mismo tiempo.

Kim echó un vistazo a Bryant, quien enarcó las cejas en respuesta. Eso era algo que no sabían, y era un detalle muy esclarecedor.

Cuarenta y dos

Kim desabrochó la correa. Barney fue a su plato del agua y sorbió dos veces.

Era bien pasada la medianoche y acababan de regresar de un largo paseo. Kim variaba los ejercicios: algunas noches caminaban por las calles; otras, lo llevaba al parque o lo soltaba.

La soledad de la noche la tranquilizaba. Desde el principio supo que a Barney no le gustaban mucho los juegos. Una vez le lanzó una pelota de tenis y él se la quedó mirando como quien dice «venga, ¿qué sentido le encuentras a esto?». Fue a recoger la pelota para intentarlo un par de veces más. Terminó siendo un estupendo ejercicio para ella, pero no para el perro. Finalmente, se dio cuenta de que Barney era un seguidor. Si ella caminaba, él caminaba; si ella corría, él corría.

Esa noche habían caminado casi una hora y media. Kim sintió que, a esas alturas, él tendría que estar hambriento.

—Vamos, chico, prueba una. ¿Solo una?

Le tendía una de las quiches en miniatura que había horneado un poco antes. El perro le dio la espalda, se subió al sofá y apoyó la cabeza en el cojín.

«Venga, solo un poquito».

Él hundió la cabeza en el sofá.

Kim suspiró.

«¿Sabes, Barney? Eres el único hombre en mi vida que no hace lo que le digo. Por eso te respeto».

Las quiches fueron a dar al contenedor con un golpe seco.

«De acuerdo, toma una de estas».

Ya sin miedo, se bajó del sofá y fue a su mano a coger la crujiente manzana.

Era inquietante advertir con cuánta facilidad el perro se había acomodado a su estilo de vida. Probablemente, más desconcertante aún era la cantidad de tiempo que ella pasaba hablando con él.

Esa primera noche, Barney la había llevado a un lugar que ella visitaba muy rara vez. La sensación de ese pequeño y cálido cuerpo acurrucado le había traído de regreso emociones que la envolvían: la culpabilidad por no haber muerto junto a su hermano, la ira ante la inevitabilidad de su muerte y la rabia contra su madre por haberles hecho semejante cosa.

Por un momento, se sintió transportada de regreso a ese piso y al recuerdo de su hermano exhalando el último aliento, pero consiguió volver a situarse en el borde del abismo. El pasado

era un lugar que podía visitar por breves instantes, solo para recordar el rostro abierto y confiado de Mikey. Trataba de evocar únicamente su sonrisa o la sensación de la manita en la suya, pero, sin que ella pudiera evitarlo, la mente presionaba el avance rápido hasta los últimos días.

Nunca había hablado del asunto y nunca lo haría. El mundo entero de Kim dependía de ello.

Fue a tomar el café a la cochera y se sentó entre las partes dispersas de su nuevo proyecto. De fondo sonaban las flautas de la segunda sinfonía de Beethoven.

Se había puesto esa noche como límite para decidir si seguiría persiguiendo a la doctora.

Tenía la sospecha de que aquel encuentro en el cementerio había sido arreglado, pero ¿con qué objeto? ¿Y cómo se habría enterado de que estaría ahí? Solo que la hubiera seguido.

Madre santa, se reprendió a sí misma. Como siguiera en esa tónica, terminaría acusando a Alexandra Thorne del asesinato de Kennedy.

Se sonrió. En ese momento, sobre la mesa, vibró su teléfono. Era casi la una de la noche.

El móvil se iluminó con un texto de Stacey. Leyó las palabras con interés.

«Si estás despierta, llámame». Kim se preocupó en el acto. Stacey nunca la llamaría a esa hora si no fuera por algo urgente.

De inmediato presionó el botón de marcar. Stacey le contestó al segundo timbrado.

—¿Te encuentras bien, Stace?

—Muy bien, jefa. Escucha: sobre esta doctora que me pediste que investigara, lo he estado haciendo desde casa. Ya sabes, en caso de que...

—Estupendo, Stace.

Por toda la comisaría había sabuesos de Tecnologías de la Información.

—La hermana de la doctora, Sarah. Encontré el acta de nacimiento, pero no el certificado de defunción.

—¿Existe, entonces?

Ese dato pillaba a Kim un poco por sorpresa.

—Oh, sí, de verdad existe. Está viva, en buen estado y vive en Gales.

Kim se apoyó en el banco de trabajo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Casada y con un hijo. Una hija, más bien. Se mueve más que la esposa de un maldito militar. Ha sido un incordio rastrearla.

—Stace, eres un ángel. Te lo agradezco. —Kim consultó su reloj—. Ahora, duermes un poco.

—Lo haré, jefa —dijo Stacey antes de colgar.

Kim se puso de pie por unos momentos, dándole vueltas al móvil en la mano.

Lo hermosa y lo inteligente no infringía la ley, pero Kim se percataba de que tendría que pensar su siguiente movimiento con mucho tiento. Había ido construyendo su propia fachada con cuidado, diligentemente, paso a paso, a lo largo de muchos años, pero nunca había conocido a nadie como Alexandra Thorne.

El teléfono se le cayó de las manos.

Todo terminaba con una simple pregunta: ¿Se sentía preparada para entrar a la arena y arriesgar su frágil psique con tal de descubrir la verdad?

O, dicho de otro modo, ¿en realidad le quedaba otra opción?

Cuarenta y tres

Kim apagó el motor y se quitó el casco. La casa no tenía nada de singular en esa hilera de edificaciones adosadas. Lo único que la distinguía era el letrero de «se vende» que sobresalía de la pared a la mitad de la propiedad.

Más notable era el lugar donde estaba edificada. Langollen, a un lado de la A5, a medio camino entre *Black Country* y Snowdonia. El pequeño pueblo estaba a las faldas de la montaña de Llantysilio. Desde donde se encontraba en ese momento, había, a la distancia, panorámicas impresionantes del valle de Dee, la sierra de Clwydian y los Berwyns.

Disfrutó del paisaje por unos largos treinta segundos antes de volverse y llamar a la puerta.

Su mirada se sintió atraída por unos dedos que descorrían un poco las persianas venecianas.

La puerta se abrió un poco.

—¿Sí?

—¿Sarah Lewis? —preguntó Kim mientras trataba de asomarse por la abertura de cinco centímetros.

—¿Y usted es?

Madre santa, estaba hablando con una puerta.

—Inspectora detective Kim...

La puerta se abrió de golpe y Kim estuvo a punto de dar un salto atrás de pura sorpresa. Tenía enfrente una mujer asombrosamente parecida a Alexandra Thorne. No era una semejanza familiar vaga; la habría elegido en una fila.

Kim puso las manos en alto para tranquilizar el pánico que le había puesto la boca tensa.

—No es nada malo. No soy de aquí, sino de Midlands, de un área que se llama...

—¿Cómo me encontró? —preguntó ella.

—Mmm, ¿eso es importante?

Los hombros de la mujer se aflojaron un poco.

—Ya no. ¿En qué puedo ayudarla?

—Se trata de su hermana.

—Por supuesto —dijo sin emoción.

Kim echó un vistazo alrededor.

—¿Me permite entrar?

—¿Es necesario?

—Creo que sí —contestó con franqueza.

Sarah Lewis dio un paso atrás y la dejó entrar. Kim esperó a que la mujer cerrara la puerta y la siguió. En algún momento, la casa había sido una construcción de dos espacios arriba y dos abajo, pero, mientras avanzaban, notó que le habían añadido una cocina, ampliando la casa hacia el gran jardín trasero.

—Siéntese, si lo necesita —le dijo Sarah, y se quedó apoyada en la superficie de trabajo.

La mesa de vidrio del comedor daba a un espacio donde había un tobogán, unos columpios y un patio con barbacoa. Había un par de piezas de muñeca sobre la hierba. Esos fragmentos descartados le dieron a Kim la comparación que su mente estaba buscando.

Sarah era unos cinco centímetros más baja que su hermana y unos cuantos kilogramos más pesada. Y, tan seca como estaba siendo en ese momento, en esos sorprendentes rasgos se notaban verdaderas emociones. De haber sido juguetes, Alex habría sido la muñeca fabricada del plástico más perfecto, protegida dentro de su caja. Sarah habría sido el oso de felpa del mono manchado que recibiría el amor y los mimos.

Kim sintió crecer su fascinación. No podía sino preguntarse durante cuánto tiempo habría sido evidente que las dos hermanas eran polos opuestos.

«Supongo que es demasiado esperar que esté muerta, ¿no es así?».

Kim se sintió impedida de responder cuando una pequeña entró en la habitación dando brincos. Bajo su gorro de lana con orejas de tigre asomaban unos rizos oscuros. Llevaba al cuello, desordenada, una bufanda tejida a mano. De las mangas de su abrigo colgaban unos mitones.

La niña se detuvo en seco y miró a su madre. Kim se quedó sorprendida al notar pánico en sus ojos.

Los rasgos de Sarah se suavizaron con la aparición de su hija. Todo lo demás había quedado atrás.

—Qué bien, pequeña —dijo Sarah, dándole a la bufanda dos vueltas alrededor del cuello de su hija—. Te envolviste divinamente.

Sarah cogió el rostro de su hija con las dos manos y lo cubrió de besos.

—¿Qué me dices?, ¿yo también me envolví divinamente?

Un hombre apareció detrás de la niña. Kim observó su gorro de lana y las orejeras con lunares antes de que él reparara en ella.

Cuando finalmente lo hizo, frunció el ceño y se volvió hacia su esposa.

Sarah le hizo una leve señal con la cabeza y los empujó hacia la puerta.

—Que tengáis un buen paseo. Y no olvides los *oggies* de ternera.

Kim no tenía ni idea de qué era un *oggie*, pero pudo escuchar un intercambio de murmullos en la puerta principal.

Sarah volvió al semblante anterior, pero Kim había captado una instantánea de la familia. La sorpresa en los ojos de la niña. La preocupación que transformó la boca del esposo.

No habían estado en medio del salón más de diez segundos y Kim pudo advertir que formaban una unidad, un equipo, y que eran felices.

Pero había un elemento de aprensión en el núcleo de esta familia.

«Así que... ¿está muerta? —Sarah volvió a la pregunta original. Kim negó con la cabeza—. ¿En qué puedo ayudarla, entonces?».

—Necesito saber más de ella.

—¿Y eso en qué se relaciona conmigo? —preguntó Sarah, mordiéndose el labio.

—Usted es su hermana. Seguramente, usted sabe más que nadie acerca de ella.

Sarah sonrió.

—No he estado con mi hermana desde que vació su habitación y se fue a la universidad. Ninguno de nosotros. Mi mayor anhelo es no saber de ella nada, nunca más.

—¿No tiene el menor contacto con ella?

Sarah dejó caer los brazos, pero, de inmediato, sus manos encontraron lugar en los bolsillos de sus vaqueros.

—No somos cercanas.

—Pero, sin duda, ustedes...

—Mire, no sé qué ha venido a hacer aquí, pero, en realidad, no puedo ayudarla. Si cree que debería...

—¿A qué le tiene miedo? —preguntó Kim sin moverse un milímetro.

—¿Perdone...?

Su intención no era que la pregunta sonara tan directa, pero ya había salido y tenía que aferrarse a ella.

—Su hija no está acostumbrada a que haya visitantes, ¿o sí?

Sarah no pudo sostenerle la mirada.

—Somos muy privados, es todo. Ahora, si no le importa...

Kim empujó la silla y miró alrededor. Estudió la colección de fotografías. Los tres parados en el puente que acababa de atravesar, por encima del río Dee. La niña en una barcaza tirada por caballos. La niña y el padre en el tren a vapor que bordeaba el río.

Kim se decidió por un planteamiento distinto.

—Sí, no veo la hora de irme. Qué horrendo lugar para...

—Es un lugar hermoso...

—Entonces, ¿por qué se muda, señora Lewis?

Sarah cerró los puños dentro de los bolsillos.

—Es por el trabajo de Nick, es un...

Kim se quedó esperando la respuesta, pero era evidente que Sarah se había dado cuenta de su metida de pata. No había pensado en una profesión con suficiente rapidez, así que terminó sonando como una mujer que no sabía a qué se dedicaba su esposo.

—Señora Lewis... Sarah, una de mi equipo comentó que las esposas de los militares no se mudan tanto como tú. ¿De qué has estado huyendo?

Sarah fue hacia la puerta principal, aunque con un paso que era todo menos firme.

—De verdad, quisiera que se fuera ahora mismo. No tengo información que pueda servirle.

Kim la siguió por el salón.

—No te creo. Estás aterrada y toda tu familia le tiene miedo a algo. Lo primero que me preguntaste es si ella estaba muerta. Noté tu ansiedad cuando te confirmé que no lo estaba. ¿Por qué no me lo dices...?

—Por favor, solo váyase.

La mano de la mujer tembló en la puerta.

—Sarah, ¿de qué tienes miedo?

—Vete.

—¿Por qué no simplemente hablas con...?

—Porque, si dijera algo de ella, se enteraría.

Se hizo un silencio entre las dos.

Kim podía advertir que esta no era la misma Sarah que le había abierto la puerta. Aquella era una mujer hostil, y después, pasó de esperanzada a ansiosa, pero la conversación acerca de su hermana la había reducido a una coraza desgastada por la lucha.

—Sarah...

—No puedo —dijo, mirando el suelo—. No lo entenderías.

—Tienes razón, pero quisiera. Tengo que meterme en la mente de tu hermana.

Sarah movió la cabeza de un lado al otro.

—No, no puedes querer eso. No es un buen lugar para estar.

—No sé qué poder ejerce sobre ti, pero ¿es ahí dónde quieres estar, en realidad? ¿Quieres enseñar a tu hija a correr?

Sarah se volvió hacia ella con ojos resplandecientes al oír que mencionaba a su hija.

—Ni siquiera tiene amigos, ¿verdad? Nunca estás en ningún lado el tiempo suficiente como para crear vínculos. ¿Cuántos años tiene?, ¿seis?, ¿siete?

—Seis.

—Necesita establecerse, ¿por qué no puedes quedarte?

—Porque nos ha encontrado.

—Sarah, quiero ayudarlos, pero tienes que darme algo.

La mujer sonrió.

—No hay quien pueda ayudarme. Nunca he hablado con nadie que...

—Nunca hablaste conmigo —dijo Kim, apartándose de la puerta—. Sospecho de su comportamiento, y, si tengo razón, no descansaré hasta atraparla.

Sarah la observó con interés.

—¿Qué ha sucedido entre vosotras dos?

Kim sonrió.

—Venga, yo pregunté primero.

Sarah lo pensó durante un largo rato. Respiró hondo y cerró la puerta.

—Si te muestro algo, ¿me dejarás en paz?

La detective asintió y fue con ella de regreso a la cocina. Sarah le hizo una seña con la cabeza para decirle que se sentara.

Abrió el cajón de los cubiertos y sacó un sobre.

—Esta es la razón. —Le dio la carta—. Léela.

Kim desdobló la hoja suelta de papel, la leyó y la releyó, antes de encogerse de hombros. Si esto era lo mejor que podía conseguir acerca de Alexandra Thorne, estaba total y verdaderamente ahíta.

—Parece una carta muy normal de una hermana mayor.

—He vivido aquí con mi esposo y mi hija durante nueve meses. Ese es el tiempo que le llevó encontrarme en esta ocasión.

—¿En esta ocasión?

—Me he mudado con mi familia cinco veces en siete años para esconder a mi hija de esa

mujer, y siempre me encuentra. Lee la carta otra vez. Toma nota de que menciona con toda exactitud dónde está la casa, la ubicación de la escuela de Maddie y hasta el nuevo corte de pelo de mi hija. Se burla de mí. Juega con mis miedos, porque sabe exactamente qué voy a hacer.

Kim leyó la carta una vez más, poniendo a la Alex sospechosa detrás de cada palabra. Había una amenaza en cada oración.

—Pero ¿por qué corres? —preguntó Kim.

—No la conoces tan bien como yo esperaba. —Sarah recuperó la carta y dio un largo suspiro—. Mi hermana es una sociópata. Ya sabes que es una persona muy atractiva y enigmática. Es inteligente y encantadora. También es despiadada y no tiene un gramo de conciencia. Es una persona peligrosa que no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere. —Dobló la carta y se la quedó mirando—. Es así de simple: no tiene la menor habilidad para conectarse con ningún otro ser vivo.

—¿Qué te hace creer que tu hermana es una sociópata?

—Que nunca en su vida ha tenido el menor apego emocional a nada ni nadie.

—¿Qué me dices de su esposo y sus dos hijos? —preguntó Kim.

Sarah frunció el ceño.

—Nunca ha estado casada y, ciertamente, no tiene hijos. Los sociópatas se casan y tienen hijos como trofeos o tapaderas, pero sin la menor conexión emocional.

Kim enarcó una ceja.

Sarah sonrió.

—¿Te das cuenta? No puedes creer que alguien quiera tener hijos como un símbolo de posición social, igual que un coche o una casa más grande, y en eso confía el sociópata. La gente como nosotros no puede entender sus motivaciones y, entonces, les inventamos excusas. Así es como permanecen ocultos. —Sarah movió la cabeza con desconsuelo—. Y por eso nunca la detendrán.

—Me dijo que estabas muerta —intervino Kim.

Sarah no se sorprendió.

—Quisiera estarlo para ella. Tal vez entonces me dejaría en paz.

La mujer se quedó mirando a Kim con un semblante lleno de triste resignación. Esta era su vida y nadie podría cambiarla. Había pasado años tratando de huir de su hermana, y eso tendría que seguir haciendo.

Miró hacia la puerta principal. Había compartido la carta y era hora de que Kim se marchara.

—Sarah, creo que está usando a sus pacientes con propósitos experimentales —le soltó Kim—. Y quisiera detenerla. Tengo que meter a tu hermana en la cárcel. —Ella inclinó la cabeza un poco y la detective pudo apreciar un destello de interés—. Vamos, Sarah —le suplicó—. Ayúdame a recuperar tu vida.

Kim pudo percibir la lucha interna, la indecisión de depositar su confianza en alguien que ni siquiera conocía.

Esperaba haber dicho lo suficiente.

Sarah le ofreció una sonrisa acuosa.

—Inspectora detective, creo que necesitaremos café.

Cuarenta y cuatro

Entre ellas, sobre la mesa, ya había dos tazas de café humeante.

—Tienes que entender que esto no será fácil para mí —dijo Sarah, apoyando los codos sobre la mesa—. Toda la vida he sabido que a mi hermana le falta algo, pero nunca nadie me ha creído. —Se encogió de hombros—. Por eso siempre estoy huyendo.

Kim lo entendía. Sus propias sospechas habían sido desestimadas tanto por sus colegas como por su jefe.

—Eres la primera persona que no me cree completamente loca —observó Kim.

—Idem —añadió Sarah con ironía.

—Así que ¿crees que sea posible... lo que te dije?

—No, creo que es probable. —Sarah cubrió la taza de café entre las manos y se encogió de hombros—. Recuerdo cuando acababa de cumplir cinco años. Me di cuenta de que Alex pasaba mucho tiempo en su dormitorio, excepto durante las horas de la comida y el colegio. Una noche, me despertó emocionada y aplaudiendo. Me sacó de la cama hasta su habitación, hizo que me sentara en el borde de su cama y quitó una enciclopedia alta que tenía frente a la caja del hámster.

«El animal estaba atrapado entre las barras verticales de la jaula, muerto. A un lado, fuera de su alcance, pero dentro de su campo visual, había comida y agua. Había sufrido una muerte dolorosa en su esfuerzo por alcanzar la comida».

—Madre santa —dijo Kim, horrorizada.

—La verdad es que no lo entendí al principio. Pensé que estaba haciéndome una broma, pero entonces comenzó a explicarme lo que progresó el hámster en cuanto ella le abrió las barras ligeramente. Había hecho gráficas y todo.

Kim no dijo nada.

«Lo estuvo observando días enteros; lo vio ponerse cada vez más débil y hambriento, antes de ampliar la abertura».

—Pero ¿por qué? —preguntó Kim.

—Para saber como de lejos llegaría en su intento de conseguir lo que deseaba —respondió Sarah, cerrando los ojos—. Lloré tan fuerte... La cara de desesperación del hámster me produjo pesadillas durante meses.

Kim estaba asqueada con el recuerdo que Sarah acababa de compartírle, pero, en ese

momento, había algo más que quería saber.

—¿Se llevaba mejor con alguno de tus padres?

Sarah negó con la cabeza.

—Mi madre no la tocaba mucho. Había entre ellas una suerte de diplomacia, una cordialidad, como si su relación estuviera dos pasos más allá de la de madre e hija. Desde entonces, he pensado que mi madre, antes que nadie, supo exactamente en qué clase de persona se convertiría Alex.

»Recuerdo una vez que mamá me hacía cosquillas y pedorretas sobre la panza. Nos reíamos tanto que se nos salían las lágrimas, y entonces noté que Alex estaba de pie en la entrada. Juro que tenía lágrimas en los ojos, pero, entonces, se dio la vuelta y salió de la habitación, incluso antes de que mamá la detectara. No tendría más de seis años, pero nunca más tuvo esa mirada.

—Pero ¿qué quiere de ti? —preguntó Kim.

—Atormentarme. Comprende cuánto pavor le tengo y se divierte conmigo. Lo único que sé es que, hasta el momento, se ha dado gusto manejándome a través del miedo como a una marioneta. Siempre le han bastado sus notas de advertencia.

—¿Crees que iría más allá?

—No lo sé, pero tampoco quisiera ponerla a prueba. Me desprecia y disfruta persiguiéndome por todo el país, y eso está bien, porque, mientras nos mudemos, estaremos seguros.

Sarah se encontró con su mirada. Una sonrisa nada alegre se dibujó en su boca.

«Terrible, ¿no?».

Kim negó con la cabeza.

—Creo que eres más fuerte de lo que crees. Haces todo lo posible por tener a tu familia segura. A diferencia de tu hermana, tienes una casa encantadora, un esposo y una niña. Ella podrá estar ganando pequeñas batallas, pero la guerra la ganas tú.

La primera sonrisa genuina arqueó los labios de Sarah como debe ser.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Solo tengo una pregunta más. Sarah, ¿por qué te tiene tanto odio? —preguntó Kim con el último sorbo de café.

—Porque me quería a bordo. Quería que yo fuera como ella. Es así de simple: creo que quería tener una amiga.

Cuarenta y cinco

—Muy bien, gente, una rápida recapitulación del caso Dunn antes de ponernos otra vez manos a la obra. —Se dirigió a Dawson—. ¿Algo de los vecinos?

Él negó con la cabeza.

—Nada. Toda la maldita calle se sofoca tras los visillos y estoy harto de beber té.

Parecía un niño de seis años a quien le hubieran pedido que pusiera en orden los Lego, pero, por esta vez, ella estaba de acuerdo. Había pocos trabajos en que a uno le pagaran por beber té durante horas y muy pocos detectives dispuestos a apuntarse.

—La casa de los Dunn. ¿Descubrimos algo más que la fibra y el fluido?

—Sí, descubrí que Kev sigue siendo un gilipollas.

Nadie dijo nada.

Dawson miró a Kim y a Bryant.

—Venga, vamos, uno de vosotros podría no estar de acuerdo.

Kim reprimió una sonrisa. Se preguntaba si, en realidad, alguno de ellos tenía una idea de que buen equipo formaban.

—Todavía no nos dicen nada en el laboratorio, jefa —dijo Stacey.

Kim no se sorprendió. Habría dado cualquier cosa por la tecnología que se usaba en la televisión, donde los pelos, las fibras y los fluidos podían identificarse en cuestión de horas, incluso de minutos, para un programa de tres cuartos de hora.

—¿Qué sabemos de ese club de lectores, Stace?

—Lo conduce el dueño de una tienda de Rowley Regis: Charles Cook. Se reúnen el primer martes de cada mes en Druckers, en Merry Hill. Hay un triste intento de página en Facebook, pero solo tiene tres «me gusta» y dos publicaciones. No han puesto nada en los últimos cuatro meses. Les envié mensajes a los dos que publicaron cosas.

—¿Alguna respuesta?

Stacey asintió.

—Un tipo fue a una reunión, pero después se cambió de trabajo, así que no pudo volver a ir. La otra es un poco más interesante. Dice que algo no anda bien con este tal Cook. No le gustó, así que dejó de ir después de tres sesiones.

Kim abrió la boca, pero Stacey siguió adelante:

«Ya le mandé otro mensaje, para escarbar un poco más hondo. Lo leyó hace dos horas, pero

no me ha respondido.

»Hablé con Cook y averigüé que el grupo tiene menos de una docena de miembros. Y yo no me puedo apuntar, porque soy mujer.

—Qué pena, Stace —interrumpió Dawson—. Deberías decirle que apenas se te nota.

Stacey lo fulminó con la mirada mientras él se reía de su propio chiste.

«Y, si el escroto parlante se callara, solo añadiría que el libro de este mes es *The Longest Road*».

Kim frunció el ceño, El título le sonaba familiar, pero no sabía por qué.

—¿Un libro popular, Stace? —preguntó.

—*Sip*, ha estado entre los diez más vendidos de Amazon durante siete meses.

Eso era, entonces. Probablemente lo había descubierto en una valla publicitaria, o algo así.

—Jenks y Whiley no aportaron gran cosa. Sabemos que la maestra llevó a las niñas a casa el día de aquella visita y que, a menudo, es el hermano de Wendy quien recoge a las niñas de la escuela.

Dawson enarcó una ceja. Cada hombre con quienes las niñas hubieran tenido contacto era un sospechoso en potencia.

«Consigue su número de teléfono y su dirección —le dijo a Stacey—. Dawson, vuelve a indagar en los viejos expedientes. Busca cualquier cosa que pudiéramos haber pasado por alto. Y Bryant... —Kim dudó. ¿Qué hacer con Bryant, que habitualmente la acompañaba? No esta vez—. Ayuda a Dawson. Tengo cita con el dentista».

Fue al Tazón a recoger su chaqueta antes de que su rostro la delatara.

A esta cita en particular tenía que asistir sola.

Cuarenta y seis

A las 9:30 de la mañana, Kim encontró un espacio a la vuelta de la esquina de las instalaciones de Alexandra Thorne. Se sentía como una niña pequeña haciendo novillos por primera vez. Eso de la cita con el dentista había sido la primera mentira que le había dicho nunca a Bryant, y esperaba que fuera la última. En este caso particular, era preciso volar en solitario.

Le abrieron la puerta de inmediato.

Como la reunión había sido a petición suya, Kim adivinaba que lo adecuado era andarse con ciertos modales.

—Gracias por recibirme, doctora Thorne.

—Por supuesto, inspectora detective Stone. —Alex sonrió abiertamente—. Sin embargo, dado que me ha pedido que esta no sea una cita de carácter profesional, insistiré en que me llame Alex.

Kim asintió y siguió a Alex hasta el despacho. La doctora lucía impecable en sus pantalones de color crema, hechos a la medida, y la blusa aguamarina de seda. No llevaba joyas y su cabello estaba perfectamente peinado.

—Por favor, siéntate donde quieras.

—¿No tienes pacientes esta mañana? —preguntó Kim. Se daba cuenta de que parecía una pregunta de interrogatorio. En su interior, lo que quiso decir fue «Oh, espero no estar quitándote el tiempo», pero, al parecer, su reserva de buenos modales se había agotado.

—No, este es el rato que normalmente uso para encargarme de la facturación. —Una leve mueca de disgusto apareció en su cara—. No es mi parte favorita del trabajo, pero todos tenemos que vivir de algo.

Y muy bien, también, pensó Kim, a sabiendas de que la doctora tenía en alquiler el edificio completo. Supuso que no sería barato.

Kim sabía que tenía algo que decir acerca de su último encuentro, cuando fue algo menos que amable con el éxito de Alex de mantener a Barry Grant en la cornisa.

—Mira, con respecto a lo de la otra noche...

Alex levantó la mano y rio.

—Por favor, no digas nada. No estoy segura de poder aceptar ningún cumplido de tu parte.

Kim se maravilló de que Alex supusiera que estaba a punto de ofrecerle un cumplido. Por supuesto, ¿qué otra cosa podía haber estado a punto de decir?

Esta era una Alex distinta a las que había conocido. En la primera visita, se había mostrado profesional y rígida, con un toque de seducción en beneficio de Bryant. En el cementerio había aparecido como introspectiva y vulnerable. Con Barry, Alex había sido proactiva y decidida. Ahora, parecía casi juguetona y coqueta.

—Necesito asegurarme de que esta conversación no saldrá de aquí —declaró Kim.

Para atraer la curiosidad de la doctora, Kim le había dicho que había asuntos que deseaba discutir con ella, pero sin que la visita fuera a parar a su registro médico. Cualquier otro psiquiatra la habría mandado al cuerno. No le sorprendió que Alex le donara generosamente su tiempo; la psiquiatra quería algo de ella, aunque Kim no estaba segura de qué se trataba.

—Por supuesto, Kim. En lo que a mí respecta, aquí no somos más que un par de conocidas que charlan mientras se toman un café. Y, ya que estamos, adivino que lo querrás con leche y sin azúcar.

Kim asintió. Se le ocurrió que Alex le había quitado el título sin pedirle permiso. Muy poca gente la llamaba Kim. La hacía sentir un poco incómoda, pero, con el pretexto de la visita, no podía quejarse.

Alex puso el café sobre la mesa, en medio de las dos. En ese momento, Kim se dio cuenta de que, cuando la doctora la invitó a sentarse, estaba parada frente a la otra silla disponible, con lo que se sintió obligada a ocupar la silla del paciente. Tendría que ser muy cuidadosa.

—Así que ¿en qué puedo ayudarte?

Kim eligió las palabras con mucha cautela.

—Cuando hablamos en el cementerio, dijiste cosas que me pusieron a pensar.

Levantó la mirada. Alguien menos astuto se habría perdido del triunfo que emergió momentáneamente en la expresión de Alex, reemplazado de inmediato por un compungido movimiento lateral de la cabeza. Pero Kim se dio cuenta de todo.

—Lo lamento. No debí haber hablado así. No quería que te sintieras incómoda. Tengo pocos amigos y, supongo, un lugar como ese amplifica tus vulnerabilidades. —Alex sonrió e inclinó la cabeza un poco hacia atrás—. Por otra parte, tengo la impresión de que eres una persona con quien es fácil hablar.

A vueltas con los halagos, pensó Kim. Por fortuna, era inmune a ellos, sobre todo porque era muy consciente de que poseía la calidez y el encanto de un dictador del Oriente Próximo.

Kim simplemente asintió y guardó silencio, obligando a Alex a seguir adelante.

«No somos perfectos. Todos tenemos nuestras inseguridades, pero, por lo general, las ocultamos de los demás por miedo a que nos pierdan el respeto. En tu caso, por ejemplo, lo que quieres discutir aquí es algo que, probablemente, no compartirías con tus compañeros de trabajo».

Alex estaba en lo correcto. Kim había concertado esta reunión bajo el pretexto de hablar de sus dificultades para dormir y, aunque no había sido más que una artimaña, el problema existía y no lo compartía con nadie.

Kim dio un sorbo al café, forzando a Alex, una vez más, a continuar.

«Una mujer en tu posición, con autoridad sobre un equipo formado predominantemente por hombres, no puede exhibir vulnerabilidades. Es posible que pienses que tu equipo podría perderte el respeto y, por lo tanto, trabajas muy duro para ocultar cualquier debilidad. Quizás la opinión que tengan de ti no afecte tus habilidades laborales, pero su validación y respeto sí que

son un imperativo para ti. Las razones exceden lo que estarías dispuesta a admitir».

Kim decidió que probablemente sería una buena idea dejar de hablar en ese momento con la doctora. Su teoría era demasiado cercana como para ser cómoda.

—Hablaste de trastornos del sueño. Podría serme útil algún consejo al respecto.

—Ay, Kim, lo lamento. Te hice sentir incómoda. Lo siento mucho. Riesgos del oficio, me temo.

Kim detectó más diversión que sinceridad en esas palabras y reconoció el aguijonazo como una leve reprimenda: «¿Te das cuenta de lo que sucede si me dejas hablar?».

—No, de ninguna manera —dijo sonriendo. En su rostro, esa expresión forzada se sentía ajena, así que la borró.

—¿Alguna vez has buscado ayuda para ese problema?

Kim negó con la cabeza. No estaba buscando una cura. Hacía varios años que había renunciado a eso. No, estaba aquí por otro motivo: venía a determinar la culpabilidad o cualquier involucramiento de Alex Thorne en un crimen.

Alex se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó las piernas y sonrió.

«Las buenas noticias son que las personas que sufren de insomnio tienen tasas metabólicas más altas y tienden a vivir más que la gente que duerme siete u ocho horas cada noche. Según las clasificaciones, para que sea insomnio, tienes que dormir menos de tres horas o tres horas y media por noche».

—Esa soy yo.

—¿Has probado algunos de los remedios, como la terapia de oscuridad o la cognitivo conductual? ¿Has seguido los pasos de la higiene del sueño?

Kim negó con la cabeza. Había oído de todas esas cosas, pero nunca hizo el intento de ponerlas a prueba. Encontrar ayuda para su trastorno del sueño no era la razón de su visita.

«¿Sabes?, hay diferentes tipos de insomnio. La dificultad para conciliar el sueño suele estar asociada con la ansiedad. Algunas personas se quedan dormidas fácilmente, pero se despiertan por la noche, mientras que otras se levantan demasiado temprano, sin importar la hora en que se fueron a dormir».

—Yo no puedo irme a dormir —dijo Kim con franqueza. No hacía ningún daño regalarle una pequeña cantidad de información.

—Eso podría ser síntoma de un trastorno de estrés postraumático. Podría haber una intención paradójica en tratar de permanecer despierto.

—Créeme, quiero dormir.

Alex pareció pensativa.

—¿Hace cuánto que apareció el problema?

—Hace muchos años —respondió vagamente. La verdad, pero sin fechas.

—¿Alguna vez oíste hablar del término *somnifobio*?

Kim negó con la cabeza, mientras trataba de mantener una respiración uniforme. Después de todo, quizás esta no había sido una buena idea.

«Es un miedo anormal a dormir, a veces establecido en la infancia, a partir de un trauma».

Hubiera jurado que la voz de la doctora había bajado un poco, suavemente. O, tal vez, estaba completamente paranoica. Las palabras «infancia» y «trauma» habían salido casi como un susurro.

—No, fue en la universidad, creo.

La doctora no dijo nada.

Kim habló a medio sonreír:

—Mi infancia fue bastante normal: me encantaban los dulces, detestaba el repollo, tenía discusiones normales con mis padres acerca de irme a dormir demasiado tarde.

Alex sonrió y asintió.

—Creo que debió de haber sido el estrés por los exámenes.

Justo a tiempo, Kim se percató de que la doctora estaba usando contra ella su propia técnica de permanecer callada. Por suerte, había caído en la cuenta antes de revelar cualquier verdad sobre su infancia.

—¿Sabes, Kim?, es sorprendente cuántas veces has usado la palabra *normal*. La mayoría dice eso acerca de su infancia y, a pesar de todo, no hay tal cosa, a menos que vivas en un anuncio de televisión. ¿A qué se dedicaban tus padres?

Kim lo pensó rápidamente y eligió a su sexta pareja de padres de acogida.

—Mi madre trabajaba a tiempo parcial en Sainsbury's y mi padre conducía un autobús.

—¿Hermanos?

La boca se le secó. Kim no confió en otra respuesta que un movimiento de cabeza.

—¿Ninguna pérdida ni sucesos traumáticos antes de los diez años?

Una vez más, Kim lo negó.

Alex rio.

«Tuviste, entonces, una infancia verdaderamente encantadora».

—¿Cuándo, después de que perdiste a tu familia, comenzaron tus dificultades para dormir?

—preguntó Kim, llevando la conversación lejos de sí misma. A lo mejor podría averiguar algo si la doctora hablaba acerca de su propia experiencia.

Alex pareció sorprendida momentáneamente, pero se recuperó bien. Sus ojos volaron a la fotografía que estaba sobre el escritorio y su voz se hizo apenas audible. Kim la observaba con un interés renovado, a sabiendas de que esa familia nunca había existido.

—Perder a Robert y a los niños prácticamente me destruyó. Robert era mi alma gemela. A diferencia de ti, ambos tuvimos infancias problemáticas y nos sentimos atraídos el uno al otro. Durante dos años buscamos tener un hijo, hasta que Mitchell nació. Era muy sensible. Diecinueve meses después, nació Harry, que era completamente opuesto a su hermano. —Alex se la quedó mirando con ojos enrojecidos por las lágrimas—. Mi familia estaba completa y, luego, un día, la aniquiló un camionero cansado que salió de ahí con una muñeca rota.

A su pesar, Kim estaba fascinada con Alex y no pudo evitar poner en duda todo lo que la había impulsado a arreglar esa cita. Esa actuación era como para eclipsar a la Paltrow, la Berry y la Streep combinadas. Y todavía faltaba algo. Ahora, Kim se sentía más segura que nunca.

—¿No tenías una familia que pudiera apoyarte?

Alex negó con la cabeza y se repuso.

—Mis padres estaban muertos, y me parece recordar que te conté que mi hermana había fallecido también, cuando yo tenía nueve años.

De no haber estado tan bien enterada de los hechos, Kim le hubiera creído palabra tras palabra. Pero sabía la verdad, y eso hacía que la actuación de Alex fuera mucho más terrorífica aún.

—Qué terrible, cuánto lo lamento. ¿Te llevabas muy bien con...?

—Sarah. Se llamaba Sarah. Era menor que yo y me seguía a todos lados. Un día le pedí que se largara. Fue al estanque y se cayó. Mi madre era, mmm..., digamos, un poco *distraída*, y no la estaba vigilando. Perder a un hermano menor es algo muy profundo, especialmente cuando una parte de ti siente que pudiste salvarlo.

Kim apretó la mandíbula y trató de no poner atención al mareo que la amenazaba. Tenía que salir de esa habitación antes de perder la capacidad para respirar.

«Pero tú, con tu infancia normal, nunca entenderías algo así». La salvó el sonido del timbre. Una molestia destelló en la cara de Alex cuando Kim se puso de pie en un instante.

—De verdad, tengo que...

—Lo lamento, Kim, parece que a mi cita de las diez y media se le hizo temprano.

—Muchas gracias, doctora. Creo que echaré un vistazo a algunas de esas técnicas que mencionaste.

—Ten la confianza de venir a verme otra vez. De verdad que me encantó nuestra breve charla.

Kim asintió en señal de gratitud y siguió a la doctora a la entrada. Miró brevemente a la mujer cuando se cruzó con ella, pero toda su atención estaba en llegar a la seguridad de su Golf antes de derrumbarse.

Se las arregló para entrar en el vehículo con éxito, pero aquello de poner la llave en el encendido resultó ser un desafío demasiado grande. El llavero se le cayó entre los pies.

No había duda de que, aunque la entrevista la había solicitado Kim, no hicieron otra cosa, casi definitivamente, que seguir la agenda de Alex.

Kim golpeó el volante con la mano. Maldita sea, esta no era la cita que había planeado.

La doctora había vuelto a mentir sobre la familia inexistente y se había fabricado toda una historia acerca de la hermana muerta. Kim sintió náuseas.

Sabía que Alex sería un adversario formidable. Su inteligencia y falta de empatía le otorgaban algo de ventaja. Aun así, Kim estaba preparada para entrar en batalla con las armas de que disponía aquí y ahora. En el presente tendría que librarse una lucha justa.

Si Kim tenía la mitad de razón con respecto a las manipulaciones de Alex, el conocimiento que ella había adquirido de su pasado significaba un juego totalmente distinto.

Era evidente que Alex había encontrado su historia por un motivo. Tenía que preguntarse cuánto le costaría descubrirlo.

Cuarenta y siete

En lo que se recuperaba, Alex pidió a su paciente que esperara unos minutos en el pequeño vestíbulo. Estaba tanto molesta como jubilosa. Aun si se lo hubiera propuesto, Jessica Ross nunca habría calculado tan mal su aparición anticipada.

La llamada de Kim, un día antes, había sido una sorpresa llegada justo cuando se preguntaba qué debía hacer para diseñar su siguiente reunión. Se había levantado mucho más temprano que de costumbre para prepararse, con una agitación nerviosa parecida a la de una primera cita. El hecho de que Kim hubiera hecho contacto con ella, sin ninguna clase de intervención, había convencido a Alex de que había afinidad entre las dos.

Sabía que cada reunión con Kim la dotaría de más municiones, y ese día había acopiado un montón. Empezaba a hacerse una idea de cómo la inspectora detective podría encajar en sus planes.

Alex estaba intrigada con la forma en que Kim negaba su espantosa infancia y con la claridad del dolor que esos sucesos le provocaban. Era evidente que nunca había buscado ayuda contra los demonios que la perseguían. Por eficaz que, según la propia detective, fuera su rígida catadura para esconder esos sentimientos, le era imposible ocultarlos ante alguien que había pasado la vida estudiando a la gente y sus emociones.

Y, dado que Kim nunca había lidiado con el dolor de su infancia, sus lazos con la cordura eran tenues, en el mejor de los casos. Bajo tratamiento, los recuerdos podían seguir trayendo sentimientos de dolor y pérdida, pero no la amenaza de verse sumergido en ellos. Alex no podía sino preguntarse como de lejos podría empujar a Kim hasta hacerla caer en el abismo de su frágil psique. Lo único que la mantenía segura era la distancia que había tratado de poner entre ella y esos recuerdos lamentables.

A fin de cuentas, Alex sabía que sus tratos con la detective serían fructíferos y educativos, en el mejor de los casos; en el peor, entretenidos.

Su umbral de aburrimiento le demandaba más retos. Una persona como Kim la desafiaba. Había en ella tantos conflictos que irradiaba como un faro. La detective tenía asuntos de los que ni ella misma estaba al tanto, y eso entusiasmaba a Alex. Era un juguete nuevo con el que podría jugar por un tiempo verdaderamente largo.

Se obligó a apartar sus pensamientos de Kim, respiró hondo y se acomodó las gafas. La molestia no era un buen rasgo que mostrar a sus pacientes. No con lo que ella cobraba por hora.

—Señora Ross, haga el favor de entrar —dijo, con calidez, tras abrir la puerta. La mujer entró sin mirarla realmente, arrastrando los pies.

Algunos de los pacientes que le enviaban de los tribunales llegaban de esa guisa. No particularmente contentos de acudir a un psiquiatra, pero con poco qué decir al respecto.

Estudió rápidamente a la mujer. Aún tenía un pequeño bulto donde alguna vez estuvo el bebé, y, aunque su hijo ya tenía siete meses, Jessica Ross no se había molestado en perder el peso ganado. Llevaba el cabello sin arreglar y desordenado, un poco por debajo de los hombros. Se movía al paso de un pordiosero, como carente de esperanza. No llevaba maquillaje, y su tez demacrada sumaba otros diez a sus veinticinco años.

Para Alex, este caso no tenía un interés significativo. Podría pagar el nuevo ordenador portátil que quería y, posiblemente, un servicio del coche, en caso de que consiguiera dilatarlo un poquillo.

La paciente se sentó de inmediato. Esta no merecía un café. El *gold* colombiano era caro.

—Así que, Jessica, ¿la corte la envió a terapia debido a un incidente violento con su bebé?

Aún con voz suave, esas palabras mordientes provocaron en la mujer una visible mueca. Alex estaba contenta de haberle provocado algún dolor. «Gracias por la interrupción, perra». Alex colocó la libreta de notas sobre la mesa y se echó atrás. No le haría daño comenzar a estirar este caso desde el principio.

«Puedo advertir que se siente muy tensa e incómoda, así que no nos apresuremos. ¿Por qué no me habla un poco acerca de usted?».

Los hombros de Jessica se relajaron un poco con el alivio de no tener que ir al grano de inmediato.

Alex la incitó:

«Simplemente, hábleme de su crecimiento, de la familia, de ese tipo de cosas».

Jessica asintió, agradecida desde ya.

Madre santa, la gente era deplorable, pensó Alex desconectándose. La transparencia era tan carente de interés.

—... Las vacaciones eran normalmente en Blackpool. Recuerdo una vez en la playa...

Alex se aisló cuando una lenta sonrisa apareció en el rostro de Jessica. Dios santo, la mujer estaba reviviendo un recuerdo grato. Alex asentía ocasionalmente, urgiéndola a continuar, mientras pensaba en los desengaños que había sufrido hasta el momento.

Ruth era el más grande de todos, no solo por el tiempo invertido. No había sido una candidata oportuna como Barry, quien tampoco había tenido el desempeño que a Alex le hubiera gustado; aunque, por lo menos, había sido instrumental para concertar un encuentro inesperado entre ella y Kim.

Shane prometía al principio, pero su inestabilidad se puso en evidencia después, cuando estuvo en su casa. El solo acordarse de él le provocó un estremecimiento. No por el miedo que le causó al principio, en el momento en que la asustó, sino por no haberlo visto venir. Shane le serviría como un recordatorio de que los cabos sueltos tenían que atarse.

Alex ya había decidido que la casa Hardwick dejaría de ser parte de su vida. Las exigencias de tiempo no compensaban los beneficios. Había esperado que el lugar la dotara de una corriente constante de sujetos para elegir, pero había subestimado tanto la calidad como la cantidad de la oferta. Durante, el reto de seducir a David Hardwick fue sugerente y había hecho que sus visitas

a esa casa de inadaptados fuera, por lo menos, tolerable. Sin embargo, incluso ese desafío estaba dejando de entretenerla. Su juego de hacerse el difícil se le había vuelto tedioso.

En algún momento enviaría una carta a David para explicarle que ciertos sucesos la habían afectado emocionalmente y que ya no se sentía capaz de dar sus servicios al centro. Mientras tanto, anotó en su libreta que debía bloquear las llamadas de ese teléfono.

«... abandoné la universidad por la ansiedad y los ataques de pánico...». No era necesario decir nada aún, pero le estaba costando mucho trabajo no poner los ojos en blanco. Esta mujer tenía señales de pobre víctima por todo el rostro. Alex sentía que el único desafío que enfrentaría con esta paciente en particular sería no echarla a la calle.

De repente, se le ocurrió por qué esta mujer le parecía tan irritante. Había en ella cierta cualidad que le recordaba a Sarah. Hizo otro apunte en su libreta. En el último par de días no había consultado las listas en línea de los agentes de bienes raíces. Estaba segura de que, a esas alturas, habría una nueva entrada. Sí, una casa pequeña y atractiva de dos dormitorios que, para su rápida venta, probablemente se anunciaría como «oferta excepcional».

Por lo general, impulsar a su hermana a la acción no le tomaba más que un par de cartas. En caso de que eso no funcionara, Alex tenía otro par de trucos bajo la manga para obligar a Sarah a ponerse las zapatillas. En sus marcas, listos, corre, hermanita.

A pesar de que, a estas alturas, su hermana era bastante predecible, Alex seguía el juego simplemente porque podía; además, meterse en la vida de Sarah le producía alguna suerte de entretenimiento. El hecho de que la pobre estúpida se dejara desarraigar cada pocos años era, de por sí, bastante entretenido.

«... comenzó un par de semanas después del nacimiento...». Bla, bla, bla. Alex se preguntaba cuánto podría aliviar el aburrimiento si se empezara a arrancar, uno por uno, los finos vellos de los brazos. Tal vez sería menos doloroso.

Oh, Dios mío, líbrame de este tedio. Según Alex, la depresión posparto se estaba convirtiendo en uno de los accesorios de última moda entre las madres primerizas, de modo que se diagnosticaba indiscriminadamente. Ya no había melancolías ni períodos de adaptación.

«... simplemente me sentía inútil y quería entender qué me estaba provocando estos sentimientos...». Tal vez, tu propio subconsciente diciéndote las cosas con toda franqueza, pensó Alex mientras asentía ante la angustia de la mujer.

«... tenía una sensación de culpa por todos esos sentimientos negativos. Creía que mi esposo me iba a abandonar. Él estaba muy emocionado y disfrutaba del bebé, y yo no podía decirle la verdad. —Movié la cabeza de un lado al otro—. Creí que me estaba volviendo loca...». Todo de libro, pensó Alex, aunque Jessica había llegado a esta etapa antes de lo pensado. Alex estaba obligada a soportar la monotonía de hacerle algunas preguntas.

—¿Ha tenido pensamientos suicidas?

Jessica dudó y asintió, limpiándose los ojos.

—Y eso me ha dado más motivos para sentirme culpable: la sola idea de abandonarlos.

—¿Qué sucedió ese día? —preguntó Alex. Ahora solo quería que esta inútil se marchara. Si tuviera que adivinar, diría que el niño simplemente no dejaba de llorar y que ella lo había cogido de los brazos con demasiada fuerza, o bien, le daría otra explicación insustancial.

—¿Qué día? —preguntó Jessica.

La pregunta cogió a Alex por sorpresa. Había dado por hecho que la mujer habría tenido un

solo episodio de violencia contra el niño y que los servicios sociales habrían intervenido desde el principio.

—El primero —respondió, poniendo ahora toda su atención. Esto empezaba a pintar interesante.

—Fue uno de los peores. El día anterior me sentía en la cima del mundo; fue estupendo, casi demasiado bueno. Estaba llena de energía y entusiasmo. Entonces vino la caída: el siguiente día fue más oscuro que todos los demás. Fue terrible para todo. Hasta el ruido de la tetera al apagarse me hacía castañear los dientes. Recuerdo que no podía recordar dónde puse el detergente. Fue raro. Me encontré buscándolo en el cobertizo del jardín.

«Jamie comenzó a llorar y, al principio, yo no podía encontrar su dormitorio. Era muy extraño. Hemos vivido en esa casa durante tres años y yo no podía encontrar el segundo dormitorio».

Alex colocó la libreta sobre el escritorio y se deslizó hacia delante en la silla.

—Continúe —pidió, y ya tenía toda su atención puesta en la paciente.

—Me puse sobre su cuna y dejó de llorar. Miré hacia abajo, hacia él, y, de pronto, empecé a escuchar esas voces, muy bajas al principio, diciéndome que lo pellizcara. Fue confuso, pero, en cuanto las escuché, supe que todo mejoraría si cogía su piel entre mis dedos y la apretaba.

Ahora, Alex estaba atenta a cada palabra.

—¿Y eso fue lo que hizo?

Jessica se sonrojó y las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos mientras asentía.

Alex tenía ganas de aplaudir. Los sobrecargados servicios sociales acababan de enviarle un obsequio. Esta mujer había sido diagnosticada con depresión posparto y mostraba todos los signos. Pero, por encima de lo obvio, Jessica había experimentado euforia, confusión y alucinaciones auditivas. Jessica Ross padecía psicosis *post natal*, una clase muy distinta de bicho, y eso, de pronto, la hacía sumamente interesante.

—Oh, Dios, acabo de darme cuenta —dijo Alex con calidez mientras se levantaba de la silla—. No he preparado el café. Téngame paciencia mientras echo a andar la cafetera.

Sonrió tranquilizadamente a su caso de estudio número cuatro.

Cuarenta y ocho

Bryant detuvo el coche detrás del Teseo en el centro de Blackheath.

—¿Sabes?, a lo mejor engañaste a los demás, pero no soy tan estúpido como parezco.

—No podrías —bromeó ella.

—Sé que no fuiste al dentista —dijo él, mirando al frente.

—Tengo dientes, bien lo sabes —aclaró Kim, tocándose el labio superior.

—Sí, los he mirado hacer pedazos a hombres hechos y derechos, pero no me refiero a eso. En tres años, nunca has ido al médico dentro de tu horario de trabajo. Ni una sola vez.

Tenía el hilo de la discusión en la punta de la lengua, pero cambió de opinión. Bryant sabía que había mentido y Kim sabía que él sabía que había mentido. No tenía ningún deseo de empeorar las cosas.

—Solo necesito asegurarme de que sabes lo que haces —le dijo sin volverse a mirarla.

Kim se sintió tentada a ponerle una mano en el brazo, para tranquilizarlo, pero no lo hizo, y el momento se esfumó.

—Venga, mi pequeño aprensivo, tenemos una sombra que encontrar.

La zapatería estaba en la calle principal, entre una carnicería y la entrada al mercado interior.

Una campanilla sonó cuando Kim abrió la puerta para Bryant.

Si el aroma a autorecambios le había parecido fascinante, el olor de este lugar le sugería todo lo contrario. Había un aire mohoso, como si la mercancía hubiera permanecido estancada y sin moverse durante mucho tiempo; no exhibida, sino conservada.

Había carteles de precios hechos a mano desprendiéndose de paredes llenas de bolsos pasados de moda. Una isla central contenía una selección de bolsos y billeteras. Era una tienda con trastorno de personalidad múltiple. O bien, una que solo intentaba sobrevivir.

Un hombre salió del despacho y se deslizó tras el mostrador. Kim calculó que estaría acercándose a los cincuenta años. Sus vaqueros grises estaban arrugados bajo un cinturón que el vientre ocultaba. Su camiseta negra tenía marcas de sudor en las axilas. No pudo evitar preguntarse si el tipo cambiaba su ropa con la misma asiduidad que el inventario. Pero la imagen se iba haciendo más clara según la popularidad de la tienda. Atractiva no era.

Bryant dio un paso al frente. Kim se quedó en segundo plano, observando al hombre con cuidado.

—Hemos venido a hablar acerca de Leonard Dunn. Es miembro del club que usted dirige.

Kim alcanzó a distinguir una manchita de piel enrojecida sobre el cuello de la camiseta del hombre.

«Ha de saber, por supuesto, que lo han arrestado por abusar de sus dos hijas».

Aunque Bryant hablaba con amabilidad, la dureza de la cuestión quedó en el aire.

Charlie Cook negó vigorosamente con un movimiento de cabeza.

—No tengo ni idea de eso. Nos vemos de vez en cuando para hablar de libros.

Sus ojos iban de Bryant a Kim y de regreso.

Bryant asintió comprensivo.

—Sí, yo también estoy en un club. Es estupendo encontrarse con los amigos de vez en cuando.

A Kim no la sorprendió esa mentira.

Bryant avanzó y se apoyó en el mostrador.

«Mi santa cree que ese es mi modo de encubrir otras cosas». El enrojecimiento viajó hacia el norte.

—No es ninguna tapadera... Lo juro... Leemos libros... Después discutimos sobre ellos. Eso es todo lo que hacemos... Se lo juro...

—Sí, mi esposa cree que, si salimos, es solo a mear.

Charlie se relajó notablemente. Sonrió y el enrojecimiento descendió un poco.

—Pero, mire usted, la cosa es que sabemos que alguien más estuvo involucrado en lo que hacía Leonard Dunn.

El enrojecimiento se elevó como un globo.

Charlie movió la cabeza vigorosamente.

—Na, amigo, no hay manera. Ninguno de nosotros. No hay la menor posibilidad. Qué tipo tan enfermo. Na, nada de niñas... Eso me pone mal. Todo lo que hacemos es hablar de libros. El solo pensarlo...

—Muy bien, Charlie —dijo Bryant, levantando una mano—, pero teníamos que preguntar.

—Claro, sí... Claro... Por supuesto. Lo entiendo.

—Vale. Si llegara a acordarse de algo que pudiera servirnos, llámenos.

La piel de Charlie comenzó a regresar a su color normal ante la perspectiva de que se marcharan.

Extendió una temblorosa mano sobre el mostrador y Bryant fue lo suficientemente valiente como para aceptársela.

Kim ya iba hacia la puerta. Bryant la siguió unos cuantos pasos y se volvió.

—Por cierto, el mes pasado, en mi club leímos *The Longest Road* —comentó Bryant, refiriéndose al libro que Stacey había mencionado.

—Sí, sí. Buen libro.

Bryant se encogió de hombros.

—Solo me dejó un poco decepcionado que Amy Blake muriera al final. Me gustaba ese personaje.

Charlie asintió vigorosamente.

—Sí, sí... Una verdadera lástima.

Kim negó con la cabeza y continuó su camino de salida.

Bryant se materializó a su lado después de haber esquivado un grupo de colegiales.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Sabes, Bryant?, tengo un elogio atascado en la garganta, aquí mismo —dijo, y se puso el dedo en el cuello.

—Fantástico, jefa, así que esto te va a encantar: club de lectores, me descojono. Leí ese libro por encima mientras estabas en el dentista. Y no hay ningún personaje que se llame Amy Blake.

Cuarenta y nueve

—Debimos haber dicho que no, me cago en... —se quejó Dawson, deslizándose hacia la puerta del coche.

Stacey rio.

—Sí, claro, notifícame cuando vayas a decirle a la jefa que no. Reservaré un lugar, venderé entradas, todo...

—Sí, supongo que esto, para ti, ha de ser como una salida nocturna —dijo él.

Kim les había pedido que vigilaran a Charlie Cook; que vieran en qué estaba metido. Después de la entrevista de esa mañana, tenían la sospecha de que algo no andaba bien.

El tipo había llegado media hora antes a su piso de protección social y, desde ese momento, lo tenían bajo vigilancia.

—Para que lo sepas, Kev, voy a salir pronto.

Él se volvió hacia ella.

—No jodas. ¿De verdad tienes una cita?, ¿una como Dios manda?

—Podría ser.

—Venga, Stace, suéltalo, ¿hombre o mujer?

Su bisexualidad era bien conocida por sus colegas, a pesar de que no andaba por ahí publicándola. Sus padres eran chapados a la antigua y se aferraban a ciertas creencias. Cualquier cosa que no fuera la heterosexualidad era una elección inadmisibile.

Pero ella no era de África. Sus padres, sí. Ella nunca había conocido otro hogar que Inglaterra.

—Mujer —respondió Stacey.

Él cayó en la cuenta y eso dibujó en su rostro una sonrisa sardónica.

—Ya sé quién es.

—No te cabrees solo porque le gusté más que tú.

Él negó con la cabeza.

—Na, Stace, juego limpio. Trish es una chica estupenda.

Stacey todavía no estaba del todo decidida, pero se inclinaba más por el lado del sí.

—Ey, Cook se mueve.

Stacey puso la mano en el contacto.

—Aguarda —dijo Kev—, parece que saldrá caminando.

—Mierda —dijo ella, y los dos se bajaron del coche.

La calle estaba en el centro de una urbanización. Había callejones y acequias por todas partes. Cuando Stacey era adolescente, su mejor amiga había vivido a doscientos metros de donde estaban. Las dos habían pasado muchas horas caminando sin rumbo por esas calles.

Se detuvieron detrás de un seto de ligustros. Stacey asomó la cabeza.

«Se dirige a un callejón que pasa por debajo del puente del ferrocarril».

—¿Podremos seguirlo? —preguntó Dawson.

Stacey negó con la cabeza.

—No es lo bastante largo. Si se girara, nos descubriría.

En cuanto se perdió, atravesaron la calle. Stacey echó un rápido vistazo. No había suficiente distancia entre el hombre y ellos.

—¿A dónde lleva esto?

—A la calle Sutherland. Si doblara a la izquierda, entraría en una zona comercial. A la derecha hay una hilera de casas adosadas, y enfrente, un campo y un parque.

Echó otro vistazo. El tipo ya había salido por la parte superior de la acequia.

—Corre —dijo Stacey. Tenían que averiguar hacia dónde se dirigía.

Fueron a toda prisa hasta la parte alta del callejón. Stacey miró alrededor. Si el tipo había doblado a la derecha, aún lo tendrían a la vista.

Comenzaron a atravesar la calle.

—Va campo a través. Si nos quedamos muy atrás, lo perderemos, y el parque tiene tres salidas.

—Mierda —exclamó Dawson.

Stacey lo entendía. Así no había modo de conservar una distancia de seguridad. Sin la ayuda de las farolas callejeras, su objetivo desaparecería muy pronto.

Corrieron por el campo hasta que volvieron a avistarlo. Cuando redujeron el paso y lo igualaron con el de Charlie Cook, lo tenían apenas unos seis metros por delante.

Dawson extendió una mano para tocar el brazo de Stacey.

—Kev... ¿qué Coño?

—Stacey, ¿me tomas de la mano?

¿Tendría que hacerlo?, pensó ella. A decir verdad, ella no sabía dónde había estado él.

Lo cogió de la mano y se la apretó fuerte. Sintió cómo molía los huesos de sus dedos. Había que decir, a favor de Dawson, que no hizo el menor sonido.

—¿A dónde lleva esto? —preguntó él cuando Cook se dirigió a la primera salida del campo.

—Casas y una escuela. La biblioteca está en el fondo de la calle y hay unas cuantas tiendas enfrente.

El hombre caminó bajo el resplandor de las farolas. Ellos cambiaron la velocidad inmediatamente. Delante, el panorama estaba despejado. Había una sola calle a la derecha.

Se detuvieron un momento en la oscuridad del campo cuando miraron que llegaba al fondo de la calle y doblaba a la derecha.

Una vez más, pegaron una carrera para cerrar la distancia.

Esta vez fue Dawson quien miró por la esquina.

—Ha atravesado la calle —dijo, buscando orientación.

Stacey rebuscó en su memoria.

—Hay un *pub*, The Waggon and Horses, creo, una tienda de artículos eléctricos y... Espera...

—¿Qué? —siseó Dawson.

—El antiguo colegio Reddal Hill, que ahora es un centro comunitario.

—Está saliendo de nuestro alcance visual —dijo Dawson.

Caminaron por el pavimento, pero por el otro lado de la calle.

Otros quince metros y Stacey pudo distinguir la entrada del viejo colegio. Cook no estaba a más de tres metros y se volvió.

Stacey dejó de moverse.

—Bueno, al menos, ahora ya sabemos.

Dawson siguió adelante.

—¿Por qué te detienes?

—Porque ya sabemos a dónde va.

Él le dedicó una sonrisa de complicidad.

—Sí, pero no sabemos qué ha venido a hacer.

Ella se puso en movimiento y lo alcanzó.

Un minuto después, regresaron a las instalaciones del viejo colegio. Justo a la entrada se había montado un tablero de anuncios.

Había hojas A4 de diversos colores con un surtido de tipos y cuerpos de letra.

—Maldita sea, esto es como leer el itinerario de un campamento de verano —observó Dawson.

Stacey leyó en voz alta algunos de los avisos:

—Boxeo, karate, modelismo de trenes, club de vídeos, ejercicio ligero. Ah, y para ti, Kev, tienen algo de bingo...

—Lee la actividad de esta noche, Stace.

Sus ojos encontraron el dedo de Dawson en el tablero.

El anuncio decía «Club Juvenil».

Cincuenta

Kim se estacionó fuera del centro de amigos y familiares de la prisión Eastwood Park una hora después de la llamada. Un alcance de seis coches cerca de Bristol la había obligado a salirse de la autopista y viajar por la ruta pintoresca, a través de las colinas de Malvern.

Antes de apagar el motor, bajó la ventanilla del asiento del conductor unos cinco centímetros para asegurarse de que Barney tuviera suficiente aire mientras ella permanecía dentro. El perro parecía saber que no saldría del coche y dio dos vueltas completas antes de acomodarse en el asiento trasero.

Antes de convertirse en una prisión para mujeres con trescientas sesenta reclusas, esas instalaciones habían sido un centro de detención para varones jóvenes y una institución para delincuentes juveniles. Sin embargo, sin importar el esfuerzo puesto en camuflar las instalaciones con el entorno, la presencia de concertinas señalaba que ahí había algo que temer.

En opinión de Kim, no se suponía que la prisión fuera bonita. No había lugar para flores ni arbustos que suavizaran los contornos. Había que construirlas altas y sólidas, según ella. Las cárceles servían para albergar gente que había cometido crímenes y para disuadir a otros de cometerlos. Los esfuerzos por hacerlas parecer viviendas comunitarias eran un extravío, un caso de publicidad engañosa.

Recordó un programa de Ross Kemp acerca de una prisión en Sudamérica atiborrada de los peores criminales que uno pudiera imaginar.

El gobierno enviaba semanalmente comida y provisiones, y la vigilaba por fuera para asegurarse de que nadie escapara. Era mucho menos costosa de operar que el proceso inglés, si bien, de algún modo, Kim sentía que el sistema no podría funcionar en un país más «civilizado».

Por suerte, no se requerían órdenes de visita para los internos en prisión preventiva, además de que su llamada al alcaide le aseguró una exención del período de veinticuatro horas para notificar. Kim mostró su identificación en la puerta exterior, y una vez que confirmó que no tenía más que un poco de cambio en el bolsillo, le hicieron un cacheo superficial en la aduana. Aguardó quieta, muy obediente, a que los perros especializados le dieran un rápido «repaso». Tras declararla libre de contrabando, la condujeron a la sala de visitas.

Lo primero que le llamó la atención fue la cháchara. Aunque algunos grupos de personas parecían hablar en voz baja, la cogió por sorpresa la muchedumbre artificialmente animada. Era una cárcel, y, aun así, se las arreglaba para exudar el ambiente de una cafetería de pueblo

pintoresco en sábado por la mañana.

Parecía como si cada uno estuviera jubiloso por el bien de alguien más. Las internas hablaban con una algarabía exagerada, porque no querían que sus amigos y parientes se preocuparan por su bienestar, en tanto que los visitantes actuaban como si aquello fuera un día de campo en la ribera de un río, como si no hubiera otro lugar donde quisieran pasar el fin de semana. Kim se preguntaba cuántos pañuelos desechables se necesitarían más tarde a ambos lados de la barda.

Localizó a Ruth sentada en una mesa, a media sala y a la izquierda. Kim casi no reconoció a la mujer mientras asentía a una agente que pasaba por ahí.

Un examen rápido le confirmó que Ruth había engordado un poco, hasta deshacerse del aspecto demacrado con que Kim la había visto la última vez. Llevaba el cabello lavado, aunque no particularmente bien arreglado, y le colgaba suelto y saludable, un poco por debajo de los hombros. El encierro parecía venirle bien; como recién llegada de un fin de semana en un *spa*.

—Inspectora detective —dijo Ruth extendiendo la mano.

Kim esbozó una sonrisa, una expresión que nunca la hacía sentir cómoda, pero quería que la prisionera se sintiera tranquila.

—¿No tiene más visitantes hoy?

Ruth negó con la cabeza.

—Mamá y papá vinieron ayer —dijo, como si no hubiera nadie más.

—¿Cómo se encuentran?

Ruth se encogió de hombros.

—Lo están pasando un poco peor que yo con todo esto. —Miró alrededor—. Puedo entender por qué algunas personas piden a sus familias que se mantengan alejadas. El rostro de mi madre, su mirada, lo dice todo. Las prisiones son para los hijos de otros. Las visitas son la parte más difícil de la semana.

—La mayoría de la gente parece disfrutarlo.

—Eso pensaría uno. Esto es para el bien de los visitantes, pero después duele endemoniadamente haber hecho algo como para obligar a tus seres queridos a venir aquí y pasar los fines de semana haciendo esto.

—¿Quiere un café?

Ruth asintió.

—Con leche y dos de azúcar, por favor.

Kim se alejó de la mesa pensando que la situación era un tanto surrealista. La conversación estaba siendo cortés y sociable, a pesar de que Kim había sido la encargada de arrestar a Ruth. Una pizca de resentimiento no habría estado nada fuera de lugar, pero Kim no percibía ninguna. De hecho, sus sentidos no captaban otra cosa que aceptación.

Mientras esperaba que las bebidas se prepararan dentro de la máquina, Kim sintió unos ojos sobre ella. Se volvió y detectó a una mujer con sobrepeso que la miraba fijamente. Tres niños pequeños trataban de escalarla. No la reconoció, pero algunos criminales experimentados son capaces de detectar un centavo a cincuenta metros.

Kim regresó y puso las bebidas sobre la mesa.

—Así que ¿cómo lo lleva?

Ruth se encogió de hombros.

—Bien. No se necesita mucho tiempo para adaptarse a la vida en prisión. Todo está

controlado: levantarte, hacer ejercicio, el baño, la hora de comer, el momento de irte a la cama. Es muy poco lo que cambia cada día. Te acostumbras al personal, a las otras reclusas y al rincón de la celda que te pertenece. Tienes muy poco de qué preocuparte, no tienes que decidir nada.

Kim detectó una nota de alivio en la última frase.

Ruth miró alrededor.

«Podría ser peor. Me he metido en el club de caminatas matutinas, me he inscrito en un par de cursos y, ocasionalmente, tenemos veladas sociales».

—Parece que se ha adaptado muy bien —dijo Kim, pensando en que ella estaba oyendo la versión para turistas de las instalaciones. A pesar de las cosas que Ruth había mencionado, así como de una unidad decente para madres y bebés, la prisión tenía el cuarto lugar nacional en suicidios.

Ruth sonrió.

—Me quedaré aquí durante mucho tiempo. Mis posibilidades son limitadas. Y si esta es la razón por la que ha venido, de una vez le puedo confirmar que me declararé culpable. De los cargos ya se encargarán los abogados, pero no voy a oponerme al castigo.

Dijo esas palabras como si estuviera discutiendo la derrota en un juego de ajedrez, no la pérdida de años de su vida.

Ruth rio levemente.

«Lo lamento, pero parece que la he dejado sin habla».

Esta no era la mujer que había arrestado. La persona que tenía enfrente ahora parecía estable, resignada, casi contenta.

—Pero usted tiene derecho a un juicio.

Tal era el sistema de justicia en que Kim confiaba.

Ruth negó con la cabeza.

—No habrá ningún juicio. No someteré a mi familia ni a la madre de ese hombre a semejante cosa. No se sorprenda; no tengo una discapacidad psicológica. Hice eso y estoy preparada para afrontar las consecuencias de mis actos. Matar no es algo que pueda quedar impune. Debo pagar la deuda que dicte la sociedad y comenzar de nuevo.

Kim había esperado mucho tiempo para conocer alguien que se hiciera eco de sus propios sentimientos, pero nunca se imaginó que sería una persona a quien ella misma había arrestado. Ciertamente, no había previsto la incierta incomodidad que eso habría de producirle. Tal vez, esta mujer aceptaba su castigo con demasiada facilidad, y Kim no podía deshacerse de la sensación de que no era la única culpable.

—Espero haber respondido a sus preguntas —dijo Ruth, moviendo las piernas en actitud de levantarse.

Kim negó la cabeza.

—Por favor, siéntese. Ese no es el motivo por el que estoy aquí.

La calma mesurada pareció eclipsarse por un segundo cuando una arruga surcó la frente de la reclusa.

—¿Podemos hablar de la doctora Thorne?

Los ojos de Ruth se entrecerraron.

—Perdone, no entiendo.

Kim era consciente de que debía tratar esto con toda cautela.

—Sería útil que me contara un poco acerca de sus sesiones.

—¿Por qué razón?

Kim percibió la repentina brusquedad de su tono.

—Eso ayudaría a la fiscalía de la corona a entenderlo todo mejor.

Ruth no parecía convencida y cruzó los brazos.

—Bueno, solo charlábamos, como era de esperarse. Fue mucho lo que discutimos durante el tiempo que pasamos juntas.

—¿Podría hablarme de su última sesión? De verdad, sería muy útil.

—Hablamos un rato y me condujo a través de un ejercicio de visualización simbólica.

Ruth parecía incómoda y Kim pudo sentir que se retraía. «No ahora», suplicó en silencio. Necesitaba saber qué demonios era un ejercicio de visualización simbólica. Sus instintos le decían que, en este caso, no sería nada bueno. Sutilezas aparte, Kim sabía que tenía que intentarlo, si quería averiguar algo.

—Ruth, ¿hubo algo en esa última sesión que pudiera haberla inspirado a hacer lo que hizo?

—Todos fueron actos míos: yo cogí el cuchillo, lo esperé, lo seguí y lo apuñalé.

Kim sentía que las emociones iban creciendo en la mujer que tenía enfrente. Un rubor se le extendía por el pecho, se le tensaban los músculos de la cara.

—Pero ¿no cree posible que la doctora Thorne la hubiera manipulado, que la hubiera usado? Quiero decir, al hacer que usted imaginara el asesinato de Allan Harris, al usar un cuchillo en el ejercicio simbólico, ¿no es posible que la doctora, intencional mente...?

—No sea ridícula. ¿Cómo podía ella saber que yo usaría lo que me estaba diciendo? ¿Que eso me serviría para...?

Las palabras se perdieron cuando Ruth se dio cuenta de que estaba confirmando algo que había sido una hipótesis afortunada de Kim. El homicidio había sido un espejo de la sesión.

—Ruth, dígame algo, por favor.

Ruth movió la cabeza de un lado al otro, con vehemencia.

—Inspectora detective, no diré una sola palabra en contra de la doctora Thorne. Es una psiquiatra intuitiva y hábil que me ha ayudado en el peor momento de mi vida. No sé qué cree usted que hizo, pero puedo decirle que ha sido mi salvación. Me parece que debería marcharse y llevarse con usted sus asquerosas acusaciones.

—Ruth...

—Por favor, márchese y no vuelva más.

Ruth la fulminó con la mirada antes de irse de la mesa.

Kim maldijo entre dientes. La desgraciada mujer estaba tan envuelta en su propia flagelación que ni siquiera se abrió a la sugerencia de que, tal vez, en ese crimen había más culpables. Estaba tan comprometida con su desertión que no había manera de sacarla de ahí.

Regresó a su coche sabiendo lo que antes tenía solo por sospecha: que Alex había sido el instrumento de manipulación de Ruth. Lo que no sabía era por qué.

Se preguntaba si la doctora se divertía con alguna clase de perverso juego de poder, probando con cuánta fuerza era capaz de empujar a las personas; pero no creía que eso fuera todo. Recordó la primera vez que estuvo con Alex, después de la muerte de Allan, y que ella le preguntó si podría visitar a Ruth. ¿Sería para cubrir sus huellas o para algo más? Si el objetivo había sido simplemente manipular a Ruth, el hecho de saber lo que esta había hecho habría sido un triunfo

suficientemente grande, pero no fue así. Había querido medir a Ruth después de los hechos.

No, la cosa no era tan simple como joder cerebros. Alex quería aprender algo y Kim debía tratar de descubrir exactamente qué era lo que estaba buscando. Tendría que viajar a su pasado para averiguarlo.

Kim no podía pasar por alto el poder que Alex tenía ahora en sus manos. Que ella tuviera acceso a los horrores de su pasado convertía esto, definitivamente, en una pelea desequilibrada. La psiquiatra podía examinar esos hechos de manera abierta, sin perder el juicio. Kim no podía darse ese lujo.

Alex echaría mano de cada dato para arrastrarla a la oscuridad y Kim ni siquiera estaba segura de cómo darle batalla. Lo que necesitaba era tener un mejor entendimiento de aquello a lo que se enfrentaba.

Sospechaba que, en ese momento, había un solo hombre capaz de ayudarla.

Cincuenta y uno

La casa Bardsley, a seis kilómetros al este del centro de la ciudad de Chester, se usaba para albergar a criminales dementes. Abierta desde finales del siglo XIX, nunca ofreció excursiones a los ricos, es decir, una visita guiada a través de las etapas de la locura, como Bedlam, en Londres. La casa Bardsley mantenía a sus pacientes en lo privado, a puerta cerrada y lejos de los curiosos. Externamente, no mostraba ninguna señal de la locura interior.

El camino de grava de poco menos de un kilómetro serpenteaba entre prados ricos y ondulantes y una reserva de doscientas ochenta hectáreas para ciervos. Terminaba en una estructura imponente que había retenido su aspecto del siglo XVII.

Al acercarse a la entrada, Alex decidió que había peores lugares donde estar loco.

La recepción no se parecía al vestíbulo de ningún hospital. Había cómodos sillones de orejas por toda el área, con algunas mesillas esparcidas aquí y allá. Las paredes estaban decoradas con acuarelas de paisajes locales. Un delicado sonido de flautas brotaba de un altavoz sobre la cámara de circuito cerrado de televisión.

El dedo de Alex estaba posado sobre la campanilla cuando la puerta se abrió y salió a su encuentro una mujer de cerca de sesenta años, con sobrepeso. Un examen rápido le dijo que la mujer había estado en esas instalaciones durante algún tiempo. Vestía pantalones negros, hechos de una mezcla barata de poliéster, y una camiseta blanca cubierta con un delantal azul liso. Sus uñas eran de todos los colores y llevaba la muñeca y el cuello adornados de joyas de fantasía amarillas y brillantes. Su cabello corto estaba teñido de un púrpura vivo. Una placa simple la identificaba como Helen. Sin título ni posición, solo Helen.

Alex le tendió la mano.

—Hola, me llamo...

—Doctora Thorne —completó Helen con una sonrisa grande y franca. La mujer era notablemente accesible y digna de confianza. Justamente el tipo de persona que le encantaba a Alex.

—El doctor Price nos dijo que vendría. Nos pidió que le diéramos toda la ayuda posible.

Por supuesto. El doctor Nathaniel Price era el encargado del hospital. Su «amistad» se remontaba a la facultad de medicina, cuando Alex descubrió que él mantenía relaciones homosexuales con uno de los profesores. Ese secreto le había sido de poca utilidad en aquel tiempo, cuando no era propensa a las frivolidades maliciosas. Tenía que encontrarle algún

beneficio; por lo menos, un poco de entretenimiento. En aquellos tiempos, su secreto habría sido de leve impacto: noticias para una semana o dos, rápidamente engullidas dentro del torbellino universitario de superficialidades. Pero ahora valía más, sobre todo frente a la esposa y las tres hijas.

Por fortuna, Alex no había tenido que echar mano de esa amenaza. Estaba ahí, yendo de un lado al otro de la línea telefónica. Para él, bastaba con que ella lo supiera, y Price, si era tan intuitivo como ella suponía, también se daría cuenta de que era capaz de usarla. Acaso él seguía en aquello secretamente. Se puso una nota mental: debía averiguarlo. Un seguro extra nunca hacía daño.

—Es usted muy amable, Helen —le dijo, sonriendo y estrechándole la mano con calidez. A los gordos y feos siempre les gustaban las atenciones de los guapos.

Helen la llevó del vestíbulo por un corto pasillo, dobló a la izquierda y entró en un pequeño despacho de ordenanza.

—Siéntese, por favor.

Alex obedeció. El espacio era funcional y pequeño, con una ventana que daba a una fuente en el lado este del terreno. La boca de delfín parecía no haber arrojado agua en cincuenta años.

«He sido la gerente de cuidados aquí durante veintidós años, así que, si hay algo en lo que pueda ayudarla, solo pídalo».

Alex se apoyó en el respaldo.

—No sé cuánto de esto le habrá dicho el doctor Price.

—Solo que usted tenía un caso semejante en este momento y que cualquier información le sería útil.

Alex asintió con pesar.

—Es obvio que no puedo entrar en detalles, pero si usted pudiera hablarme sobre Patricia Stone y me permitiera hacerle una breve visita, creo que eso me ayudaría a tratar a mi paciente con mayor efectividad.

Helen parecía contenta de compartir.

—Bien, simplemente hablaré, entonces, y, si tiene alguna pregunta, no dude en intervenir.

Alex sacó su libreta. Helen bebió un trago de Coca-Cola *light*; algo gracioso, tomando en cuenta la circunferencia de la mujer.

—Supongo que conoce los detalles básicos de la infancia de Patty. Fue internada aquí en 1987, después de la tragedia.

»Años antes, había sido diagnosticada con esquizofrenia, pero estaba respondiendo a los medicamentos, así que la liberaron durante los tiempos de la desinstitucionalización.

»Cuando la pusieron bajo nuestro cuidado, mostraba muchas de las características de la esquizofrenia. Sufría delirios, alucinaciones, habla desorganizada y comportamiento catatónico. Era disfuncional socialmente, y esos signos le duraron durante más de seis meses. Se confirmó la exclusión de causas orgánicas conocidas».

—¿Podría ser más específica acerca de la naturaleza de sus delirios y alucinaciones? —preguntó Alex. Sus lecciones de primer año de medicina se estaban diluyendo.

—Bueno, al principio oía voces que discutían dentro de su cabeza, completamente independientes de ella. Era la árbitra o, si usted lo prefiere, la pacificadora. Las voces siempre le pedían que se inclinara por una de ellas. También sufría de percepción delirante. Hay un registro

de antes de que yo llegara: durante el almuerzo, si otra paciente le pasaba de un empujón la jarra de agua, eso quería decir que el personal de enfermería estaba tratando de matarla y que solo podía protegerse orinando en medio del comedor.

«No mucho después de mi llegada, Patty desarrolló una fobia a las ventanas. Si había una abierta, temía que sus pensamientos fueran aspirados de su mente».

—¿Tuvo episodios de violencia?

Helen asintió con tristeza. Era evidente que esta mujer sentía mucho afecto por Patricia Stone. «Qué poco profesional desarrollar semejantes sentimientos por una paciente», meditó Alex.

—Desgraciadamente, sí. No es violenta por naturaleza, pero hay veces en que resulta difícil de controlar.

—¿Puede hablarme un poco más de esos incidentes?

Helen sacó el expediente para ofrecerle algunos detalles.

—En 1992 atacó a una paciente. Alegó que la anciana le lanzaba pensamientos a la mente y que tenía que detenerla. En junio de 1997 agredió a otra. La reclamación, ahora, fue que proyectaba sus sentimientos dentro de Patty. Unos meses después, insistió en que esa misma paciente le leía los pensamientos en voz alta. Hace seis años atacó a un visitante, con la excusa de que había conseguido controlarla mentalmente y la había obligado a rascarse la rodilla hasta sangrar. Y más recientemente derribó a una joven enfermera por proyectarle impulsos mentales.

Alex estaba intrigada. Patty Stone cubría casi por completo los síntomas de primer orden de Schneider. Cualquiera de ellos podía ser un indicador de esquizofrenia.

Helen cerró el expediente.

«Por favor, no malinterprete esto. Son pocos episodios y muy distantes entre sí. Por lo demás, es una paciente modelo, cooperativa y razonablemente agradable. Los episodios como estos nos ayudan a reformular su medicación. Al principio tomaba clorpromazina, pero ahora la tenemos con clozapina. Por lo general, la clozapina se administraba a pacientes que habían sido difíciles de tratar. El fármaco producía menos efectos secundarios».

—¿Su comportamiento o sus ataques se vinculan de algún modo con visitas familiares?

—En todos estos años, Patty nunca ha tenido una sola visita.

Alex fingió sorpresa.

—Oh, creí que su hija...

—Es una tristeza, pero no. Llama una vez al mes, cosa que ha hecho desde que cumplió dieciocho años, pero nunca la visita.

—Eso debe ser duro para Patty.

Helen abrió las manos.

—Nuestro papel no es interferir en la dinámica familiar. Simplemente hacemos lo mejor por los pacientes que tenemos a cargo.

—¿Hay alguna esperanza de que Patty sea dada de alta, en algún momento?

Helen se quedó pensando.

—Esa es una pregunta difícil, doctora Thorne. Hay veces en que Patty permanece muy estable y no es difícil imaginarla controlando su vida fuera de aquí, pero sus estallidos periódicos de violencia hacen que esa posibilidad sea muy remota. Tenga en cuenta que estuvo fuera de las instituciones durante más de un cuarto de siglo. Aquí dentro vive con seguridad, en un ambiente

que le es familiar. Nuestro instituto no es un restaurante de comida rápida; nuestro objetivo no es una devolución inmediata. Cuidamos a los pacientes que lo necesitan y aceptamos que, para algunos de ellos, eso puede ser por mucho tiempo; en ciertos casos, para el resto de sus vidas.

Alex asintió con toda seriedad, pensando que, si esta mujer no era la responsable de escribir el prospecto de relaciones públicas, debería serlo.

—Es un cuidado costoso, empero. Quiero decir, estas instalaciones no son como muchas otras que he visitado.

—Tenemos una mezcla de pacientes privados que se pagan su estancia junto con otros cuyos gastos son cubiertos por el sistema de atención social.

Desde luego que tenía que haberlos, pensó Alex, especialmente pacientes a los que ese sistema había fallado y que habían seguido causando olvido y muerte.

—Gracias, Helen. Su ayuda ha sido muy valiosa. Es evidente que usted es un componente esencial del cuidado de calidad que se ofrece aquí.

Helen pareció convenientemente halagada.

—Según tengo entendido, usted quiere conocer a Patty.

Eso había sido más fácil de lo pensado.

—Si fuera posible.

—Le dije al doctor Price que no la obligaría a entrevistarse con usted. Como le he dicho, nunca ha recibido visitas, y, si ella llegara a sentirse incómoda o no quisiera hablar con usted, ahí terminaría todo.

Alex asintió en señal de beneplácito y agradecimiento. Bajo toda esa grasa, la mujer tenía una columna vertebral.

«Y yo estaré con usted todo el tiempo, ¿entiende?».

Alex asintió a esa mujer que cada vez le gustaba menos.

Helen se puso de pie y le pidió que la siguiera. Una vez más, iba por el pasillo escuchando las flautas de pan. Era espeluznante que no hubiera más sonidos. Helen no llevaba llaves. Cada puerta se abría con un código que ella, muy acostumbrada, tecleaba a toda velocidad.

Se detuvo ante una pesada puerta de roble.

—Preferiría que usted no entrara en la zona de la población en general. Nuestros pacientes entienden las rutinas. Saben cuándo se recibe a las visitas y no quiero que se inquieten.

Guio a Alex a una sala amplia; un área que, aparentemente, los internos del lugar no tocaban.

—Siéntese. Iré a hablar con Patty.

Alex le dio las gracias, pero no se sentó enseguida. Deambuló por la habitación, entre dos paredes llenas de libros de suelo a techo. En la tercera había pinturas que reconoció como de Gainsborough, van Dyck y *Sir Peter Lely*.

Alex escogió con mucho cuidado dónde sentarse. Se puso de frente a la ventana, de modo que si Patty, por suerte, se sentaba delante de ella, no se distraería con nada interesante del exterior. El viaje ya había valido la pena. El hecho de que Kim nunca hubiera visitado a su madre y que, sin embargo, siguiera llamando mes tras mes, le parecía fascinante.

No sabía qué más datos podría conseguir, pero estaba ansiosa de conocer a la mujer que había gestado a Kim y que había sido decisiva en la formación de cada uno de los complejos rasgos de personalidad de la detective. El conocimiento de la familia de Kim cementaría la relación con más fuerza. Alex adivinaba que nadie en la vida de Kim había conocido a ninguno

de sus parientes vivos, así que este vínculo era de ellas dos y nadie más.

La puerta se abrió y Alex ocultó su sorpresa ante la apariencia de Patty Stone. La mujer era delgada, pero no frágil. Tenía el pelo corto y totalmente gris. Vestía unos vaqueros holgados y un jersey de flores. Complementaba su vestimenta con zapatos de tacón azul claro. Como sacada de una cabaña del jardín, aunque sin el sombrero ni la canasta de flores.

Alex sonrió mientras la mujer se acercaba. Percibió la rigidez y lentitud de sus movimientos.

—Hola, Patty, ¿cómo está?

Patty le dejó cogerle la mano. Era cálida, aunque flácida. En principio, esta delicada mujer de mediana edad parecía tener más de sus cincuenta y ocho años y ser incapaz de tener un arrebato de violencia, aunque Alex sabía que las apariencias pueden ser engañosas.

Se sentó y observó a Alex con una mirada desconcertante. La psiquiatra contempló los ojos anormalmente oscuros que la madre había transmitido a su hija. De pronto, sin parpadear ni mover ningún músculo, Patty se dio una palmada en el muslo.

Alex no hizo caso al movimiento.

«Entonces, Patty, ¿le parece bien si charlamos un poco?».

La mujer parecía escuchar, pero no a ella. Después de seis o siete segundos, asintió.

«Me gustaría hablar de su hija, Kimberly, si me lo permite».

—¿Usted conoce a Kimmy? —No hubo vacilaciones, pero sí una palmada en el muslo.

Alex miró de reojo hacia donde Helen, sentada, leía una revista. Lo suficientemente lejos como para no entrometerse, pero lo suficientemente cerca como para oír cualquier cosa que se dijera. Y para medir las reacciones de Patty. Alex tenía que cerciorarse de formular sus preguntas con mucho cuidado.

Asintió, se encontró con la mirada de la mujer y recibió el impacto de su intensidad, aunque solo por un segundo, antes de que un parpadeo la devolviera a la docilidad.

—Conocí a Kim hace poco. Creo que usted no ha estado con ella durante algún tiempo.

Patty miró a su izquierda, frunciendo el ceño.

«Lo lamento Patty. ¿No ha estado con *Kimmy* por algún tiempo?».

Una sola lágrima cayó por su mejilla mientras sus manos comenzaban a moverse, como si tejiera algo.

—¿Kimmy está a salvo?

—Sí, Patty, Kimmy está a salvo. Tiene un trabajo muy importante como oficial de policía.

—Kimmy está segura.

Alex asintió, aunque Patty había fijado la mirada en algún lugar sobre su cabeza.

—Kimmy me llama. Estoy a salvo.

Alex siguió asintiendo. A veces no tenía ningún sentido desentrañar el habla desorganizada de un esquizofrénico. Notó que Helen no había cambiado la página de la revista que tenía en las manos.

—¿Puede hablarme un poco de la infancia de Kimmy? —presionó. No creía poder sacarle nada de utilidad.

Las manos comenzaron a tejer más rápido.

—Mikey a salvo, Kimmy a salvo. El diablo viene, el diablo te quita.

Patty se detuvo en seco y giró la cabeza de lado, escuchando, a pesar de que no había ningún otro sonido en la habitación. «Oh, por Dios, mujer, no te detengas», pensó Alex.

Comenzó a agitar la cabeza.

«No, la amiga de Kimmy. Kimmy está a salvo».

Hizo una pausa para escuchar una respuesta que solo estaba en su cabeza.

Patty dejó de tejer solo el tiempo suficiente para darse otra palmada en el muslo. Enseguida reanudó el tejido, más deprisa.

«No, la amiga de Kimmy. Amiga Kimmy. ¿Kimmy a salvo? —Se la quedó observando con una mirada que, para Alex, fue como una visión de rayos equis—. ¿No lo está?».

Los ojos oscuros e inquietantes parecían observar directamente su alma. La psiquiatra asintió.

Con la agilidad de una gacela, Patty se le echó encima. A Alex le llevó un instante darse cuenta. Las manos de la mujer ya estaban en su cabello, sus uñas le rasgaban la piel. Por instinto, levantó las manos para quitársela de encima. Apenas podía advertir los gritos de Helen, que le pedía a Patty que se detuviera.

Tenía las manos de la mujer por todas partes, clavándose en su cuero cabelludo. Salía de su boca un sonido gutural. En la mejilla de Alex aterrizó un escupitajo y la psiquiatra casi vomitó cuando la saliva estuvo cerca de sus labios. Bajó la cabeza para protegerse el rostro, pero las mejillas y las sienes ya le escocían.

Trató de empujarla otra vez; sin embargo, la ventaja estaba con la menuda mujer que se alzaba sobre ella.

Alex notó que los brazos de Helen rodeaban la cintura de Patty por detrás para apartarla. La mano derecha de la paciente estaba agarrada de un mechón de cabello y Alex soltó un grito cuando se lo arrancaron de raíz. Con la otra mano, Patty trataba desesperadamente de agarrar más cabellos.

—Agárrele la otra mano y yo tiraré —gritó Helen.

Alex extendió el brazo y se encontró con la mano izquierda de Patty, que la tenía agarrada del cabello con mucha fuerza. Los ojos de Alex se llenaron de lágrimas cuando la mujer dio un tirón. Uno por uno, consiguió soltar sus dedos.

—Tire —gritó a Helen.

Los brazos de Patty seguían agitándose contra Alex incluso cuando Helen la hizo retroceder de un tirón.

La psiquiatra se quedó observando a Patty mientras se la llevaban del salón. Sus ojos le devolvían la mirada con ferocidad. Se había ido la diminuta figura traída del jardín campestre y su lugar lo había ocupado un animal salvaje que escupía.

«Aguarde aquí y traeré a alguien para que la revise», dijo Helen, empujando a Patty hacia la salida.

Cuando la puerta se cerró, Alex se arregló el cabello y se dirigió a la salida. No tenía ninguna intención de quedarse esperando ni un momento más. Había tenido suficiente. No conseguiría ninguna otra cosa de esa lunática psicópata.

De vuelta en el coche, inspeccionó los daños. Un largo arañazo iba de su sien a la mandíbula. La fina línea estaba roja, pero no sangraba. Por el resto de la cara tenía manchas rojas de las uñas de Patty. La mayoría de los perjuicios estaban bajo el cabello.

Sentía toda la cabeza como si le ardiera.

La visita le había proporcionado mucho más de lo que esperaba y tenía que preguntarse si había valido la pena.

Había algo en Patty que no tenía mucho sentido para Alex. Sacó su libreta.

Los trastornos motrices eran muy pronunciados, a pesar de los medicamentos. Ese paso metódico de Patty a través de la mayoría de los síntomas de primer orden de Schneider era algo que Alex rara vez había presenciado. Los episodios violentos periódicos que ocurrían con una regularidad precisa eran intrigantes, así como las palabras confusas y aparentemente sin sentido que decía.

Alex dio golpecitos en el volante con las uñas. «Por supuesto», se dijo a sí misma, y las piezas encajaron en su lugar. Cuando todo estuvo finalmente en su sitio, no pudo evitar sonreír ante la astucia de la vieja salvaje.

A pesar de las lesiones, la psiquiatra disfrutó la ironía de que la persona más perspicaz que había conocido en años fuera una esquizofrénica paranoide.

Al poner la marcha atrás, sonrió para sí. El viaje había valido la pena, después de todo.

Cincuenta y dos

El edificio de dos pisos en Brockmoor había cambiado muy poco desde la última vez que Kim estuvo ahí. La puerta principal necesitaba una mano de pintura y el pomo de latón estaba opaco y ennegrecido en algunos lugares. No tenía ninguna certeza de que él todavía viviera y trabajara en esa dirección, pero había que intentarlo.

Dudó antes de presionar el botón, insegura de cómo sería recibida; o de si él la recordaría.

En principio, tocó el timbre y contuvo la respiración. Su boca se fue abriendo mientras oía unos pasos fuertes y un gruñido.

Abrió la puerta un hombre más pequeño y ancho de lo que ella recordaba. Su cabello canoso y áspero brotaba en todas las direcciones, como el de Einstein. Llevaba las gafas colgadas del cuello. Estaba casi igual.

—Lo lamento, señorita, pero no compro... —Las palabras se fueron perdiendo mientras las miradas se encontraban. Se puso las gafas en la punta de la nariz—. ¿Kim?

Ella asintió, a la espera de su respuesta. Había dejado de venir por una sola razón: era demasiado bueno en su trabajo y había empezado a acercarse más de lo debido. Ella no le dio las gracias, no le dio explicaciones ni se despidió.

—Entra, entra —dijo—, y dio un paso atrás. No había molestia ni decepción en su tono. Sí, ella tenía que haberlo sabido.

Lo siguió hasta el consultorio y se quedó inmediatamente sorprendida por el contraste entre este lugar y la sala de tratamientos de Alex. La doctora Thorne ofrecía una comodidad ilusoria: sillas caras bien colocadas, un tapete oriental, plantas de plástico, velas, cortinas de terciopelo y ventanas de guillotina. Pero esta habitación albergaba viejas sillas que el uso había vuelto cómodas, un poco gastadas en algunos lugares, pero limpias y acogedoras. Dispersos por ahí, había árboles bonsái en diversas etapas de esculpido. Ningún certificado gritaba desde las paredes las credenciales del hombre. No había necesidad.

«¿Cómo has estado, querida?», preguntó. Viniendo de cualquier otro, hubiera sido una pregunta trivial planteada como un formulismo educado. Viniendo de él, estaba cargada de conocimiento y comprensión.

—Me las apaño, Ted.

—Dejaré que mi curiosidad se asiente mientras te preparo un café.

Lo siguió a la cocina, en la parte trasera de la casa. Era una habitación pequeña y pasada de

moda, con viejos muebles y vitrinas de roble que la oscurecían. En el fregadero había piezas de vajilla que no hacían juego.

—¿No te volviste a casar?

—No, querida, no era justo. Ninguna mujer le hubiera llegado a los talones a Eleanor; habría sido un error. Y yo nunca he bajado mis expectativas. En estos años he tenido algunos devaneos por ahí, pero mi rechazo a pasar al siguiente nivel siempre has sido el punto de conflicto.

Kim no dijo nada mientras él vertía agua hirviendo en una taza del West Bromwich Albion y en otra del Aston Villa. A ella le dio la del Villa.

—Perdieron este fin de semana, así que esa taza cayó en desgracia.

Ella cogió la bebida y regresó a la cómoda habitación.

«Así que ¿qué ha sido de ti desde que me dejaste plantado, hace veinte años?».

Vaya, su memoria era aguda. A estas alturas, darle una excusa no tenía ningún sentido. Se sentó en la silla que le era familiar. La sintió exactamente igual que entonces.

—Fui a la universidad y después entré en la policía. Me gusta mi trabajo.

—¿Qué rango tienes?

—Inspectora detective.

—Mmm..., muy bien hecho, pero ¿por qué te estancaste en ese punto de la cadena alimenticia?

Madre santa, era todo un reto tener a este hombre cerca. No pasaba por alto ni siquiera hechos aparentemente inocuos. Esa era una de esas cosas que lo convertían en un excelente psicólogo.

—¿Quién dijo que me he estancado?

—Si quisieras ascender, ya lo habrías hecho.

Era una revelación simple y totalmente cierta. En menos de tres minutos, ya la estaba leyendo como un libro abierto.

—¿Y qué hay de ti? ¿Te jubilaste finalmente o sigues metiendo las narices en los asuntos ajenos?

Él sonrió.

—Vaya, muy buena, querida: rodeo e intento de hacer un chiste, todo en la misma oración. Has recorrido un largo camino, pero lo dejaremos de lado, ya que has venido a verme y tus motivos quedarán claros en algún momento. —Bebió un sorbo de café—. Digamos que estoy semirretirado. Atiendo a dos o tres pacientes a la vez, y en ocasiones, si lo necesito, alguno más.

Kim se preguntaba si ese «si lo necesito» ocurría a petición de los servicios asistenciales. Ted siempre había trabajado para el Estado; sobre todo, en abuso infantil y casos de desatención. Ella ni siquiera se podía imaginar los relatos de horror que había escuchado, las imágenes perturbadoras que había tenido que soportar.

—¿Cómo haces esto, Ted?

Él pensó por un momento.

—Lo hago porque me gusta creer que consigo cambiar un poco las cosas; porque, si lo hago, soy capaz de dormir por las noches.

Definitivamente, no era por las recompensas económicas, pensó Kim. Él vivía en dos de las habitaciones del piso superior. Era, de verdad, un tipo de los buenos.

Él se rio.

«¿Sabes?, recuerdo que una vez tuve aquí una niña que estaba tan terriblemente enojada, tan defensiva, que durante tres sesiones enteras se negó a decir una sola palabra. Me parece que entonces tenía seis años. Nada funcionó. Probé con piruletas, juguetes, un paseo por el jardín... Simplemente se negaba a hablar».

Kim se puso rígida. Ese era un sitio al que no quería ir.

«La siguiente vez que vino conmigo, tenía nueve años y estaba entre dos casas de acogida, incapaz de establecerse ni adaptarse. Cuando le ofrecí una galleta con chocolate, oí sus primeras palabras: “¿Qué pasa, doc, se le acabaron las piruletas?”. Y entonces volví a recibirla a los quince años, cuando negó categóricamente a discutir lo que había sucedido en su última casa de acogida, a pesar de que...».

—Ted, necesito que me ayudes —interrumpió. Confiaba en las habilidades de este hombre más allá de toda cuestión, pero no podría permitirle acercarse a esas áreas restringidas. Era demasiado bueno en lo que hacía.

Él captó su mirada y la sostuvo.

—Si tan solo me permitieras ayudarte, tu vida podría ser...

—Doc, por favor.

Él cogió una pipa que tenía en una orilla de la mesa y encendió el tabaco con un fósforo. El olor a azufre llenó la habitación.

—Pregúntame lo que quieras, Kim.

Se sintió relajada. Él nunca presionaba en exceso y ella se lo agradecía.

—He estado trabajando en un caso de homicidio. Tal vez has leído u oído hablar de esto en las noticias.

—¿La víctima de violación?

Kim asintió.

—Esto podría sonar completamente ridículo, pero la mujer estaba bajo el cuidado de una psiquiatra, una mujer muy capaz e inteligente. Durante nuestro primer encuentro, algo me puso de punta los pelos de la nuca, pero no pude identificarlo. Creo que la psiquiatra está involucrada de algún modo.

Kim notó la mirada dubitativa de Ted.

«Lo sé, sé que suena raro. Sin embargo, después del encuentro inicial, me la volví a encontrar en el cementerio. Todo pareció un accidente, pero fue como si ella lo hubiera provocado. Nos hemos encontrado otro par de veces desde entonces y, después de cada reunión, siento que sabe todo de mí, que se ha tomado el tiempo de investigarme».

—Tal vez simplemente reaccionaste de más a alguien que podría ser perspicaz e intuitivo. ¿Te has preguntado si sientes alguna animosidad hacia personas como ella? Has sido examinada toda la vida por gente que quiere analizarte.

Kim se encogió de hombros.

—Su hermana piensa que es una sociópata, y una parte de mí cree que eso es cierto, pero, en este momento, no tengo ni idea de a quién me estoy enfrentando.

Ted soltó un largo silbido.

—Y si ella lo es, ¿cómo puedo ayudarte, exactamente?

—Necesito meterme en la mente de una sociópata para ser capaz de seguirle el juego.

—Esa sería una expedición temeraria para cualquiera, pero, para ti, sería un suicidio

definitivo. No estás preparada para lidiar con esta mujer, Kim, y no puedo consentir tu plan.

Los ojos de Kim destellaron ante esa falta de fe.

—¿Así que te niegas a ayudarme?

Ted lo pensó por un momento.

—Si tienes razón y ella conoce algo de tu pasado, su motivación podría ser usar esos datos en tu contra, de alguna manera. Si le hubieras puesto cara a tu pasado, ya sería suficientemente peligroso. Así que, para responder tu pregunta, el consejo que le daría a cualquier otro sería que corriera sin detenerse. A ti te diría «corre más rápido».

Lo miró fijamente.

—Te pregunto otra vez: ¿te niegas a ayudarme?

Él le sostuvo la mirada.

—Sí, querida, me niego.

Kim cogió su chaqueta y salió a toda prisa por la puerta.

Cincuenta y tres

Kim contó los peces que daban vueltas en el estanque en busca de comida.

—Moby se murió —dijo Ted, y le ofreció café recién hecho—. ¿Lo recuerdas?

Kim cogió la bebida y asintió, recordando otras ocasiones en que salió molesta al jardín.

«Me preguntaste cuáles eran sus nombres y yo te dije que no tenían. Vaya, eso no te gustó e insististe en que cada cosa debería tener un nombre. —Rio entre dientes—. Si mal no recuerdo eran Moby, Willy y...».

—Jaws.

—Claro. Y cuando llegaron las palomas de collar, querías ponerles nombres a...

—Ted, de todos modos, lo voy a hacer, con tu ayuda o sin ella.

—Lo sé.

Se volvió hacia él.

—Así que, ¿me ayudarías..., por favor?

—Sentémonos.

La guio a la mesa del jardín, bajo un parasol que nunca se cerraba, con lo que las sillas se mantenían secas en cualquier clima.

«Jugaremos al dos por uno».

Madre de Dios, este hombre no olvidaba nada. Una de sus técnicas era permitir al paciente hacer cierto número de preguntas antes de que él pudiera contestar cualquiera. El número era la proporción de preguntas.

—Tres por uno —dijo ella.

Durante el breve tiempo que pasaron juntos, ella había aprendido de él más de lo que él había averiguado de ella, o eso pensaba Kim entonces.

Sabía que el amor de su vida había perdido la batalla contra el cáncer a la prematura edad de treinta y siete años. Sabía que era un jardinero entusiasta y que se inspiraba para sus cortes extraños en centros de jardinería muy caros. Sabía que escondía su colección de novelas de Terry Pratchett en su dormitorio, con el fin de no inquietar a sus pacientes, y que se quedaba despierto hasta altas horas de la noche viendo póquer. También, que ningún otro ser humano había estado más cerca que él de compartir su pasado.

Él asintió en señal de aceptación.

—Un pase.

—Tres pases.

Había ciertas cosas que ella no discutiría por ningún motivo.

—Acepto las reglas del juego. Comencemos.

—Vale. Primera pregunta: ¿qué es un sociópata, exactamente?

—Es una persona sin conciencia. Simplemente no la hay en su conformación genética. No tiene la capacidad de preocuparse ni de sentir amor por ningún ser vivo. Sorprendentemente, abundan: alrededor de un cuatro por ciento de la población.

»A menudo, esta gente es carismática, sensual y divertida, y está dotada de un encanto superficial que le permite seducir a las personas.

Kim recordó cómo Bryant se había quedado pasmado ante el carisma que Alex había irradiado, y ella misma tuvo que admitir que se había sentido intrigada por la mujer.

«Todo es una fachada. Los sociópatas no tienen ningún interés en entablar vínculos emocionales, a pesar de su habilidad para atraer a la gente».

—¿Entienden la diferencia entre el bien y el mal?

Ted asintió.

—Intellectualmente, por supuesto, pero no tienen una guía interna que los invite a adherirse a eso. La conciencia no es un comportamiento; es algo que sentimos. ¿En la policía tienes agentes subordinados?

—Claro.

—Y, después de un día de trabajar horas más largas de lo normal, ¿qué haces?

—Les digo que tendrían que haber trabajado más rápido.

Ted sonrió.

—Divertido, querida, pero responde a la pregunta.

—Les compro la cena y les digo que lleguen más tarde al día siguiente.

—¿Por qué haces eso? Es su trabajo.

—Porque sí.

—¿Lo haces para volverte popular entre el grupo?

—Sí, claro, porque eso me mantiene despierta por la noche.

—Precisamente. Es una decisión que tomas en tu conciencia. Es lo correcto. Nace del apego emocional. —Levantó las manos—. Venga, sé que me vas a rebatir este punto, pero tú no eres una sociópata.

—Gracias por confirmar que no estoy loca, doc.

—Ah, pero el sociópata, tampoco. Su comportamiento es el resultado de una elección. Entienden la diferencia entre el bien y el mal, pero deciden no acatarla. Al igual que algunas personas aprenden a vivir sin un miembro, el sociópata debe aprender a vivir sin conciencia.

—Pero, para empezar, ¿cómo se llega a eso?

—Bueno, el mal no tiene preferencias por ningún grupo racial, tipo físico, género o rol social. Y me parece que te habrás percatado de que ya respondí tres preguntas.

Kim puso los ojos en blanco.

—Dispara.

—¿Qué sucedió en la casa de acogida número dos?

—Paso. Así que ¿se nace así o es algo que se desarrolla?

Ted sonrió. Ya lo esperaba.

—Los estudios muestran que, probablemente, ambas cosas. La predisposición para el trastorno puede ser genética, pero el ambiente dicta cómo se expresa.

Kim se quedó callada, sabiendo que él ampliaría la respuesta sin hacerla gastar otra pregunta.

«Hay una teoría en el sentido de que el rechazo materno puede contribuir a la disposición sociopática. La teoría del apego es relativamente nueva, pero, para resumir, en los primeros años, las perturbaciones en el vínculo entre el padre y el hijo tienen un enorme efecto cuando el hijo se convierte en adulto. Eso está fuera de mi área de especialización; sin embargo, algunos indicios sugieren que los entornos más amplios tienen mayor repercusión».

Kim inclinó la cabeza.

«La filosofía occidental recompensa la persecución de los bienes materiales».

—En otras palabras, ¿hay menos sociópatas en las sociedades orientales?

—Interesante pregunta. Hay muchos menos comportamientos sociopáticos en, digamos, Japón.

Kim se sentía confundida.

Ted continuó.

—Venga, digamos que eres una sociópata en ciernes y, para entretenerte, quieres meter un petardo en la boca de un gatito, solo para observar cómo la sangre salpica por la pared.

Kim se estremeció.

«Sí, claro. Pero ¿estarías igual de ansiosa por llevar a cabo tu experimento si cada una de las personas que te rodean considera que es algo malo? La sociopatía está muy relacionada con el comportamiento. Ahora, como un joven sociópata, la urgencia de volar al gatito quizás siga siendo la misma, pero tu decisión de actuar podría ser diferente basada en la cultura predominante».

Kim pensó la siguiente pregunta en relación consigo misma. Casi tenía miedo de formularla.

—¿Qué pretenden?

—Mira, Kim, ¿por qué no me dejas ayudarte a perdonar a tu madre?

—Todavía me queda una pregunta, pero será un pase. ¿Qué pretenden?

Ted negó con la cabeza.

—Querida, Indira Gandhi decía que perdonar es virtud de valientes.

—Y William Blake dijo que es más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo. Y si se trata de tu madre, está jodidamente cerca de ser imposible. Eso último lo he dicho yo.

—Pero, si pudieras...

—Pasé, Ted. ¿Qué quiere un sociópata?

Ted abrió las manos expresivamente.

—Quieren lo que quieren. Los sociópatas no son robots idénticos. Todos tienen características distintivas. Algunos tendrán un bajo cociente intelectual y podrían tratar de controlar a un grupo pequeño de gente. Otros tendrán un cociente alto y aspiraciones de gran poder.

—¿Qué me dices del homicidio?

—Muy pocos sociópatas son asesinos y muy pocos asesinos son sociópatas. El homicidio solo puede ser posible si, para empezar, la persona tiene propensión a la violencia. Su único objetivo es conseguir lo que pretenden: de hecho, ganar.

Kim pensó en Ruth.

—¿Son capaces de controlar mentes, como en el hipnotismo?

—El hipnotismo no es control mental. No puede persuadir a nadie de ir en contra de sus creencias fundamentales.

«La manipulación, por otro lado, es algo muy distinto. El control mental absoluto es cosa del cine, pero la explotación de un pensamiento, sin importar como de profundo esté en el subconsciente, es un rasgo de alta habilidad».

—Sigue —le rogó. Eso no contaría como pregunta.

—Persuadir a alguien de que haga algo completamente ajeno es muy difícil. Digamos que un día, después de una reprimenda de tu jefe, te imaginas brevemente a ti misma vaciando en su regazo una taza de café hirviendo. El momento pasa y no vuelves a pensar en eso. Si te pusieras en las manos adecuadas, dos semanas más tarde podrías entrar en su despacho y hacerlo.

Kim también sabía contar.

—Ya tengo la siguiente pregunta, pero ambos sabemos que es tu turno.

—¿Cuál es tu lugar feliz?

Tenía en la punta de la lengua pedir otro pase, pero, aunque los recuerdos eran dolorosos, no la amenazaban de muerte.

—En la casa de acogida número cuatro. Keith y Erica.

—¿Por qué?

Kim rio.

—Creo que podrás darte cuenta de que esa es otra pregunta, pero te la responderé. Porque ellos no hacían ningún intento por repararme. Durante tres años, me permitieron ser yo misma sin reproches ni expectativas. Me dejaron simplemente ser.

Ted asintió comprensivo.

—Gracias, Kim. Siguiendo pregunta.

Kim volvió al presente.

—¿A qué te refieres con «manos adecuadas»?

—Vale. Si yo quisiera, podría hacerte revivir la humillación de haber sido reprendida por tu jefe. Provocaría que te sintieras aún peor, y, entonces, te haría visualizar el castigo para que disfrutaras de la revancha. Finalmente, te daría motivos para justificar el acto. Al hacer todo eso, prácticamente te estaría dando permiso de entrar ahí y ejecutarlo.

—Pero ¿por qué no habría de ser eso control mental?

—Porque tú ya habías tenido ese pensamiento y tus acciones se estarían llevando a cabo conscientemente. Ni siquiera te enterarás de que la manipulación ha sucedido.

Kim pensó en Ruth y las cosas empezaron a tener un poco más de sentido. Por supuesto, la mujer había tenido fantasías de clavarle un cuchillo a su atacante. La idea estaba ya en sus pensamientos, y Alex estaba al corriente. Hasta donde Kim sabía, nunca hubo proximidad entre Alex y Allan Harris, así que ¿qué trataba de conseguir la psiquiatra?

—¿Esta gente no tiene ningún tipo de emociones?

—Tienen lo que llamamos emociones primarias: dolor o placer inmediato, frustraciones y éxitos de corto plazo. En el sociópata, las emociones de alto nivel, como el amor y la empatía, no están presentes. La falta de experiencias amorosas reduce la vida a un juego que consiste en intentar dominar a otras personas.

—¿Ese es su pasatiempo?

—Venga, Kim, ambos sabemos que es mi turno. ¿Alguna vez te desharás de la culpa que sientes por Mikey?

Kim negó con la cabeza.

—No.

—Pero ¿no quisieras...?

—Contesté tu pregunta, doc.

—Muy bien. Para responder a la tuya, el aburrimiento es casi doloroso, como un niño que necesita estimulación constante. Es lo mismo para el sociópata. En un momento dado, los juegos se vuelven aburridos y el entretenimiento mengua; de modo que los pasatiempos deben volverse más grandes, mejores, más elaborados.

Kim pensó en Sarah y su constante huir de su hermana. ¿Cuánto entretenimiento habría obtenido Alex de ese pequeño juego de poder durante años?

Kim sintió que su frustración iba en aumento.

—Pero debe de haber una manera de desenmascararlos.

—Así que, volviendo con esta psiquiatra en la que estás interesada. Tú crees que pudo haber sido determinante en un asesinato. ¿Cuál será tu siguiente paso?

No era el turno de Ted, pero contestó de todos modos.

—Conseguir una orden judicial.

Ted rio a carcajadas.

—¿Con qué argumento? Estoy seguro de que ella es muy respetada en su campo. Te puedo apostar a que no hay quejas profesionales sobre su conducta. Es poco probable que la mujer que está en prisión declare en su contra, a menos de que la convenzas de lo profundamente manipulada ha sido. Así que ¿cómo obtendrás una orden judicial, exactamente? Tus superiores pensarán que has perdido el control y, de pronto, tu credibilidad habrá desaparecido por completo.

—Gracias, doctor.

—Te estoy siendo franco, nada más. Los sociópatas pueden caer, pero se necesita que muchos den un paso al frente y los señalen. Creo que fue Einstein el que dijo «el mundo es un lugar peligroso, no solo por la gente que hace mal, sino por aquellos que no hacen nada para detenerlos».

—¿Pueden curarse?

—¿Y por qué habrían de quererlo? La responsabilidad es una carga que otras personas aceptan, pero ellos no pueden entender por qué. La sociopatía, como enfermedad, no produce la menor incomodidad a quien la sufre.

—Pero la orientación...

—Te estás desviando, Kim —dijo Ted exasperado—. Están completamente satisfechos consigo mismos. No tienen el menor deseo de cambiar.

—Pero ¿no se quedan solos?

No hay marco de referencia. Sería como pedirle a un ciego de toda la vida que describa el color azul. No tienen ninguna referencia de lo que es el azul.

Kim pensó que la cabeza le explotaría en cualquier momento con todo lo que Ted le había dicho.

Él abrió la boca para decir algo, pero ella levantó las manos para hacerlo parar.

—Sé que te toca a ti, pero me queda un pase que definitivamente voy a usar, así que no te molestaré haciéndote perder el aliento. Sonrió para suavizar sus palabras. Si algún día decidiera compartir su pasado con alguien, tendría que ser él.

—Siempre has sido muy hábil en este juego, Kim.

—Así que ¿tienes algún consejo sobre cómo lidiar con esta mujer?

—Te repito la instrucción que te di antes: Apártate de ella, Kim. No estás equipada para salir intacta de esto.

Kim sintió que la conversación volvía a ella. Apuró su café y se puso de pie.

—Vale, doc, muchas gracias.

Él permaneció sentado.

—¿Ni siquiera reflexionarás sobre la idea de regresar conmigo?

Kim negó con la cabeza y se dirigió a la puerta lateral.

«¿Sabes?, de los niños que he atendido en todos estos años, tú has sido mi fracaso más lamentable».

Ella habló en voz baja, sin volverse.

—¿Por qué, doc?, ¿porque estaba demasiado dañada como para curarme?

—No, porque eran tantas mis ganas de ayudarte que me dolía, simplemente.

Kim se tragó las emociones que se le acumulaban en la garganta. Tuvo el impulso de darle algo.

—Tengo un perro.

—Es una muy buena noticia, Kim. Estoy encantado de que te hayas conseguido un perro. Ahora simplemente debes entender por qué.

Cincuenta y cuatro

Kim aparcó el coche y se dirigió a Bryant.

—Yo me encargo de esta. Debemos andarnos con cuidado.

La carcajada de su compañero quedó cubierta tras una tos.

Ella valoró el inmueble que tenía delante. Una hilera de cuatro casas unifamiliares de tres plantas construidas en el espacio donde antes hubo dos bungalós. El nuevo ladrillo naranja destacaba frente al resto de una finca construida a finales de los cincuenta. En el camino de entrada había un Audi plateado con un Corsa estacionado enfrente, sobre la calle.

—Madre mía —dijo Bryant, poniéndose de lado y caminando lentamente, como un cangrejo, entre el Audi y la pared del siguiente inmueble.

A la puerta salió un hombre vestido con un traje azul marino. Llevaba suelta en el cuello la corbata color borgoña. En su fuerte barbilla lucía una barba incipiente que probablemente le había crecido durante el día.

—¿Qué se le ofrece?

—Soy la inspectora detective Kim Stone, él es el sargento detective Bryant. ¿Podemos hablar con usted por un...?

—Aléjese de mi casa, inspectora detective. No la dejaré seguir torturando a mi hermana ni un minuto más.

Le cambió el rostro. La sonrisa tolerante reservada para las visitas inesperadas se había transformado en puro disgusto.

Kim podía entenderlo. Ella había sido todo menos agradable con su hermana durante la última reunión.

—Señor Parks, si me permitiera tan solo un minuto...

—¿Qué coño podría querer *usted*? —preguntó Wendy, que acababa de aparecer a un lado de su hermano. Aunque Kim tenía a Bryant a un lado, el disgusto, obviamente, estaba dedicado a ella.

Una breve mirada de triunfo apareció en los rasgos de Robin mientras se cruzaba de brazos.

Kim pudo notar, de inmediato, que Wendy había perdido peso. Ya delgada y con el pelo recogido hacia atrás, a Kim le recordó a Olivia Olivo.

Sus ojos no mostraban más que odio.

Rápidamente, la detective se dio cuenta de que tendría que replantearse la estrategia para esa

entrevista. Robin Parks era, definitivamente, un tipo hostil que no respondería ninguna pregunta directamente, en tanto que Wendy daba la impresión de que estaba a punto de destriparla como a un pez. Pero tenía que entrar en la casa.

—Wendy, he estado con las niñas —le dijo.

El odio se apagó un poco, reemplazado por conmoción y luego preocupación.

—Hazte a un lado, Robin —dijo Wendy.

No se movió, sino que, incrédulo, se quedó mirando a su hermana.

—¿Estás loca? No voy a dejar que esta gente entre en mi...

Wendy agarró la puerta y la abrió.

Robin se hizo a un lado.

Kim siguió a Wendy por un salón decorado con muy buen gusto, dominado por un televisor montado en la pared. Rodeaba la habitación un sofá de cuero de una pieza con un asiento reclinable en un extremo.

Wendy se sentó en el lugar más lejano, pero no antes de que Kim pudiera apreciar cuánto peso había perdido.

La mujer se agarró las manos fuertemente sobre el regazo.

—¿Ha estado con mis hijas?

Kim se desplazó de modo que ella y Bryant pudieran sentarse, aunque no habían sido invitados a hacerlo.

Sabía que esta mujer estaba ansiosa por lanzarse de un lado al otro del salón y golpearla hasta matarla, pero la necesidad de saber algo sobre sus hijas era más grande.

Kim asintió.

—Están bien —dijo, y pensó que tenía que añadir algo—. Daisy llevaba puesto un mono de dálmata y Louisa iba vestida de lechuza.

Wendy trató valientemente de contener las lágrimas, pero se le salieron hasta empaparle las mejillas.

—Sus favoritos. Me aseguré de enviarles sus favoritos.

La habitación se quedó en silencio. Kim abrió la boca, pero Wendy se le adelantó.

—Ya no me importa que no me crea, pero la verdad es que yo *no lo sabía*. O él era muy listo o yo muy estúpida, pero, de haberlo sabido, ese hijo de puta ya no estaría ocupando espacio en este planeta.

Mientras hablaba, de su boca salieron un par de gotas de saliva.

«Quizás usted no lo entienda, pero estoy llena de una rabia tan brutal, que de verdad puedo sentirla arder. Nunca en mi vida he sido violenta, pero sueño con ponerle las manos en el cuello y exprimirle hasta el último aliento. No pienso en otra cosa».

Robin entró en la habitación y se sentó a un lado de su hermana.

Ese no era el plan que Kim tenía en mente, pero sabía cómo improvisar. Cualquier intento de interrogar directamente a Robin Parks conduciría a una inmediata expulsión del lugar, y terminaría saliendo de ahí sin haber averiguado nada.

«Daría mi vida por volver atrás y evitar que esto sucediera. Daría cualquier cosa por deshacer sus daños, y créame, pasaré el resto de mi vida intentándolo».

Robin cogió la mano de Wendy y comenzó a acariciarla.

Kim le creía. Y sabía que había cometido un error: esta mujer no sabía nada.

—Wendy, había alguien más en la habitación.

Kim trató de que sus palabras surgieran con toda gentileza, pero salieron disparadas como balas por toda la habitación.

Un grito escapó de los labios de Wendy y sus ojos se llenaron de un nuevo horror. Kim hubiera querido confirmarle que había sido un voyeurista, simplemente, pero no quiso darle falsas garantías.

Aunque hablaba directamente con Wendy, la reacción que la detective observaba era la del hermano. Sabía que Bryant también estaba pendiente de él. No tenía la menor duda de que su compañero había entendido el cambio de dirección de la entrevista.

Robin dejó de acariciar la mano de Wendy.

—Creo que deberían...

—¿Está absolutamente segura? —preguntó Wendy implorante.

Kim simplemente asintió con la cabeza.

—Eso es ridículo —dijo Robin, y pasó un brazo protector por los hombros de Wendy.

La detective no le hizo caso. En el mismo instante en que ella se dirigiera a él, sin duda los echarían de la casa.

—¿Puede pensar en algún conocido de su esposo...?

—No puedo creerlo... Ni siquiera puedo pensar... Yo solo...

—¿Por qué mi hermana tendría que saber quién es ese personaje de ficción? Ella le ha dicho...

—No es un personaje de ficción, señor Parks. Ha sido confirmado.

Nada de preguntas directas, aún.

A pesar de su angustia, el instinto materno de Wendy permanecía intacto. Su labio temblaba.

—Daisy se lo confirmó. ¿Por eso fue allá?

Kim asintió y respiró hondo.

—Wendy, era alguien a quien ella conocía.

Robin explotó y se puso de pie.

—No, no, no... No voy a seguir tolerando esto. Ella no sabe nada, ¿no lo entiende? Atravesó la habitación y fue directamente hacia Kim.

Bryant ya estaba de pie.

—Yo no haría eso, señor Parks.

Kim se levantó y los miró a ambos.

—Wendy, esto lo hago por sus hijas.

Robin trató de rodear a Bryant y coger a Kim de un brazo. Ella se lo sacudió y avanzó hacia él.

—¿Quiere intentarlo de nuevo?

—Es hora de que se marchen —dijo, y retrocedió, Kim no le hizo caso y se dirigió a Wendy.

—¿Quiere que atrape al hijo de puta que estuvo ahí?

—Robin, detente, gritó Wendy y se puso de pie. Atravesó lentamente el salón.

—Pensaré en algo y se lo haré saber. De verdad, es hora de que se vayan, y espero no volver a encontrarme con usted nunca más.

Kim miró a Robin, que estaba preparado para sacarla de la casa por la fuerza, y a Bryant, que simplemente aguardaba a que el tipo lo intentara.

A Wendy le estaba costando cada gramo de fortaleza mantenerse erguida.

Sí, definitivamente, se había quedado más de la cuenta.

—Bien hecha esa negociación cuidadosa, jefa —le dijo Bryant cuando caminaban hacia el coche.

Ella no respondió. En última instancia, Kim había conseguido lo que había ido a buscar.

Cincuenta y cinco

Parecía que hubieran transcurrido semanas desde la última reunión informativa, cuando, en verdad, solo habían sido un par de días.

—Vale, Stace, ¿alguna novedad acerca de Charlie Cook?

—No mucho, jefa. He estado en contacto con el centro comunitario, pero no llevan registro de ciertos programas. La mayoría de las actividades son organizadas por terceros y el centro solo presta el lugar. Aún sigo trabajando en esto para averiguar a dónde fue Charlie Cook.

—¿Seguimos pensando que era el club juvenil? —preguntó Bryant.

Kim se encogió de hombros.

—No me gusta —dijo con franqueza—. Cualquiera que se relacione con clubes juveniles debe estar en el DBS, pero todos sabemos los problemas que hay con eso.

El Disclosure and Barring Service, es decir, el Servicio de Divulgación y Exclusión, había ocupado el lugar del viejo registro de antecedentes criminales. Cualquiera que trabajara con niños debía estar ahí. El cambio de nombre no había remendado los agujeros de la red.

—¿Alguna novedad con respecto al fluido y el pelo?

Stacey negó con la cabeza.

—Les envié un recordatorio esta mañana.

Kim se preguntaba qué parte de «tan pronto como sea posible» no terminaban de entender en el laboratorio.

—¿Qué pasó con el tipo de la tienda de autorecambios, jefa?

Kim negó con la cabeza. Había un cabo un poco suelto, pero ella no tenía con él otro problema que su falta de respuesta emocional. Y, tal como Bryant había dicho más de una vez, ella no era la mejor jueza para esas cosas.

Podía sentir el desánimo en el equipo. Todos preferían los casos lógicos y metódicos, donde una pista llevaba a la otra. Pero no todos los asuntos eran tan complacientes. Algunos eran muy enredados, como caminar por arenas movedizas con botas de goma. Peor aún era la revocación de un caso que ya estaba resuelto. Interrogaban y cuestionaban a las mismas personas sin que surgiera nada nuevo. Eso destruía el ánimo más rápido que una congelación de salarios.

—Escuchad: sé lo mucho que habéis estado trabajando por una recompensa minúscula. Siento vuestra frustración. Sin embargo, llegaremos. Este equipo nunca se rinde.

Todos se volvieron a ella y asintieron.

«Pero este equipo también necesita tiempos muertos. Idos de aquí y no volváis hasta mañana. Entonces comenzaremos a traerlos.

»Vamos, idos —gruñó Kim.

Dawson fue el primero en salir, seguido de cerca por Stacey. Kim miró hacia atrás.

—Eso te incluye a ti también, Bryant.

—¿Tú vas a hacer lo mismo, jefa? —preguntó él mientras cogía su chaqueta.

—Por supuesto que sí —contestó ella apartando la mirada.

Era hora de empezar a agitar algunas jaulas. Alguien sabía más de lo que estaba comunicando. Era hora de sacudir algo que estaba suelto.

Cincuenta y seis

Los ojos de Alex se dirigían a la puerta cada vez que se abría, a la espera de su nueva mejor amiga. La relación había cambiado desde su último encuentro. Ahora se hablaban de tú y el proyecto marchaba estupendamente.

Cuando Kim la llamó esa mañana para pedirle que se reunieran a tomar un café, ella había estado pensando exactamente lo mismo. Era una prueba adicional de curiosidad mutua. Kim había sugerido la acogedora cafetería que estaba a quince metros del consultorio, así que Alex aceptó más que encantada.

La puerta se abrió y Alex observó a Kim, que se acercaba en su característico atuendo negro. La psiquiatra se preguntaba si esa mujer tenía alguna idea de cuán poderosamente llamaba la atención. Su andar era resuelto y decidido. Sus ojos marcaban una ruta que los pies no se atrevían a desobedecer.

—Doctora —dijo Kim al sentarse.

La psiquiatra se percató de que Kim había revertido los títulos. La vez pasada se dirigían una a la otra por sus nombres de pila, y Alex no se echaría para atrás.

Si Kim alcanzó a notar los finos rasguños bajo el corrector, prefirió no mencionarlos.

—Qué gusto verte, Kim. Me tomé la libertad de comprarte un café con leche.

Kim dobló las piernas bajo la mesa.

—Gracias, doctora, pero mi título es inspectora detective y tengo algunas preguntas que hacerle.

No hizo ningún esfuerzo por suavizar la amonestación con una sonrisa. Alex se sintió extrañamente decepcionada. Ya fuera que la visita espontánea de Kim a su despacho hubiera sido genuina o no, más satisfactorio habría sido jugar con esta mujer fingiendo una amistad. Pero, de cualquier manera, tendría que trabajar con lo que había.

—¿Debo suponer que esta vez no hablaremos de trastornos del sueño?

—Podríamos, si usted quisiera. ¿Los suyos comenzaron con la muerte de su familia?

Alex inclinó la cabeza y no dijo nada. Esa parecía ser una pregunta retórica.

—Vaya, lo lamento, pero lo olvidé: ni son su familia ni están muertos.

Alex contuvo la sorpresa. Por un instante consideró la idea de permitir que los ojos se le humedecieran y comenzar con una cháchara suplicante acerca de la soledad, de su carrera y de los sacrificios de la vida personal, pero esa etapa ya había quedado atrás. Kim no caería, así que

Alex no pensaba gastar su energía en ese juego. En última instancia, se sentía halagada de que Kim se hubiera tomado la molestia de averiguarlo.

«Es mentira, ¿o no?».

Alex se encogió de hombros.

—Una inofensiva. Mis pacientes se sienten tranquilos tanto por mi amplia preparación como por mis experiencias vitales.

—Pero ese no es un reflejo fiel de usted, ¿o sí, doctora?

—Muy pocos de nosotros somos, de manera integral, nosotros mismos. Puedo imaginar que usted lo sabe tan bien como cualquier otro. La fotografía que está sobre mi escritorio está ahí para que los pacientes hagan suposiciones, y las hacen. Todos mostramos al mundo una fachada. A mí me viene bien presentar una familia. Incluso ante usted, Kim.

Los ojos de la detective se inflamaron al oír su nombre de pila, pero se contuvo.

—Así que, ¿es una manipulación?

—Sí, supongo que lo es, pero, como le dije, es inofensiva.

—¿Y todas sus manipulaciones son inofensivas? —preguntó Kim, inclinando la cabeza.

—No tengo ni idea de a qué se refiere.

—¿Manipula a sus pacientes de otras maneras?

Alex permitió que las comisuras de sus labios se levantaran ligeramente, con el fin de parecer desconcertada.

—¿De qué me acusa, exactamente?

—Era una pregunta, no una acusación.

Así que la detective estaba analizando cada una de sus palabras. Toma esto, pensó Alex.

—Kim, tengo muchos pacientes. Trato con enfermedades que cubren todo el espectro de la salud mental, desde un episodio de estrés hasta una esquizofrenia paranoide. Doy tratamiento a gente que jamás se recuperará de sus traumas infantiles. Trato a personas con todo tipo de culpa, tanto a supervivientes como a otros.

Alex no estaba segura de cuántos puntos había anotado, pero una ligera rigidez en la otra parte le confirmó que uno o dos de sus dardos venenosos habían dado en el blanco.

«Así, que, si fuera más específica, la ayudaría en lo que pudiera».

—Ruth Willis.

La psiquiatra se sentía intrigada por lo que Kim creía saber.

—Hay personas que no se pueden curar, Kim. Me puedo imaginar que, en el pasado, usted habrá dejado casos sin resolver, incidentes que, por mucho que se haya esforzado, no pudo llevar a un cierre exitoso. De manera ideal, me hubiera gustado conducir a Ruth a la siguiente etapa de su vida, pero es una joven muy atribulada. ¿Sabe?, a veces hay seguridad en la rabia y, a veces, la venganza es el aglutinante que mantiene todo en una sola pieza. —Alex bajó la mirada—. Ruth nunca se recuperará de lo que hizo.

—De hecho, lo lleva muy bien —le devolvió Kim.

Como era de esperar, Alex se enteraba de lo que quería. La detective había ido a hablar con Ruth. Pero eso no la preocupaba. Nadie nunca creería en Ruth, si acaso se atreviera a hablar.

—Qué interesante ese ejercicio de visualización que usted usó con ella durante la última sesión.

Alex se encogió de hombros.

—Es una técnica que se usa ampliamente por numerosas razones: alivio de la tensión y alcance de objetivos, y funciona muy bien para soltar las emociones negativas. Es simbólica.

—¿O los planos constructivos para una mente inestable?

Alex rio. No se había divertido tanto desde que, en un chat, convenció a un grupo de enfermos de bulimia de que estaban teniendo lo mejor de dos mundos.

—No, por favor, las técnicas de visualización pueden incluir toda clase de cosas, pero la gente no sale de ahí a ejecutarlas. Es una técnica, no un libro de instrucciones.

—¿Y usted no fue capaz de saber que Ruth era lo suficientemente inestable como para ponerse a actuar su papel simbólico?

Alex lo pensó por un momento.

—¿Cree usted de todo corazón en la integridad de su profesión y en los individuos que, dentro de las fuerzas policíacas, se encargan de hacer cumplir la ley?

—Está respondiendo una pregunta con otra, pero sí, sí creo.

—¿Es un sistema en el que usted cree a pesar de cualquier imperfección?

—Por supuesto.

—Aunque el caso de Carl Bridgewater fue antes de que usted entrara en la corporación, estoy segura de que habrá oído de él: un vendedor de periódicos de trece años a quien mataron a tiros en una granja, no muy lejos de aquí. El Escuadrón de Delitos Graves de Midlands se obsesionó con un grupo de cuatro hombres y, al final, se aseguró de que los cuatro fueran condenados con pruebas dolorosamente escasas.

»Después de que sus métodos fueran investigados, el Escuadrón de Delitos Graves fue disuelto por, entre otras cosas, haber fabricado pruebas, así que muchas de las sentencias condenatorias se revocaron. Años después, tras una apelación, los tres sobrevivientes condenados por el asesinato de Carl Bridgewater fueron liberados.

Alex inclinó la cabeza hacia su derecha.

«Así que, dígame, ¿de qué parte de ese proceso en particular se siente más orgullosa?».

—Uno de los hombres lo confesó todo —se defendió Kim.

—Bajo unos métodos de investigación gravemente cuestionables. Lo que trato de demostrarle con ese ejemplo en particular es que, en el peor de los casos, esos policías tenían plena conciencia de que estaban incriminando a hombres inocentes, en cuyo caso, el sistema falló. O, tal vez, fueron excesivamente extremistas en sus métodos y, aunque atraparon a los hombres correctos, tuvieron que dejarlos salir tras la apelación. De todos modos, el sistema falló.

«Cualquier sistema está cargado de inconsistencias. Es la excepción que a menudo confirma la regla. Creo apasionadamente en lo que hago, pero ¿acepto que no todo el mundo se comportará como yo quisiera? Por supuesto, puesto que así es la naturaleza humana».

Kim frunció el ceño.

—Así que, para seguir con su ejemplo, esos policías o bien manipularon las pruebas deliberadamente o bien eran del todo incompetentes. ¿Cuál de esas dos opciones se aplica a su error con Ruth, doctora?

Alex se rio. De verdad disfrutaba de una conversación desafiante.

—El fallo fue totalmente de Ruth, se lo puedo asegurar.

Kim fijó en ella esa mirada cautivadora.

—Pero eso es lo que no entiendo. O usted escogió a posta una forma de tratamiento que la

inspiraría a hacer lo que hizo o cometió un error al conducir ese ejercicio. De un modo u otro, usted es parcialmente responsable por los acontecimientos subsecuentes. ¿No lo cree, doctora?

Alex suspiró profundamente.

—¿Algún sospechoso se ha suicidado en celdas policiales? —Kim asintió—. ¿Por qué? ¿Cómo es posible? —La detective no respondió—. Poner a los sospechosos bajo custodia es parte de su proceso judicial, así que lo hacen. Ustedes no pueden saber que el individuo aprovechará la oportunidad para suicidarse. Si lo supieran, no lo harían.

—Quizás usted lo haría, con tal de observar la reacción.

—Una persona que ha dedicado su vida a la profesión de la salud mental no tendría ningún interés en sus pacientes como objetos de estudio.

Por primera vez, Kim sonrió.

—Tomemos en cuenta que lo ha dicho en tercera persona.

Decepcionada, Alex comenzó a avistar las primeras etapas del aburrimiento.

—Vale, Kim, yo no usaría de ese modo mis conocimientos ni mi experiencia.

Kim hizo una pausa y ladeó la cabeza.

—Mmm, su hermana muerta tendería a estar en desacuerdo.

Alex se sintió momentáneamente sorprendida ante esa alusión a Sarah. La comunicación entre Kim y su hermana no era algo que hubiera tenido en cuenta. Ella hubiera preferido mantener esos juegos por separado. Sin embargo, rápidamente recuperó la compostura.

—Mi hermana y yo no somos cercanas. Ella no es una fuente confiable sobre mi vida profesional.

—¿De verdad? Las cartas que usted le envía indican que le gusta mantenerla al tanto de los avances de sus pacientes.

La tensión se filtró por el cuello de Alex. ¿Cómo se atrevía esta putilla ñoña a interferir en su vida?

«De hecho, ella siente que usted la ha estado torturando y acosando durante años».

Alex trató de sonreír para aflojar la tensión de sus quijadas.

—Los celos son un rasgo muy feo. Cuando uno tiene hermanos, siempre hay competencia. Yo siempre he sido muy exitosa en mi profesión. Mi cociente intelectual es superior y, como niña, yo era la favorita. Así que, ya lo ve, tiene muchos motivos para estar amargada.

Kim asintió en señal de entendimiento.

—Sí, me dio detalles minuciosos acerca de su vida en común. Hablamos de sus diferentes ideas sobre el cuidado de las mascotas.

Alex tuvo que invertir mucha energía para no gruñir en voz alta. Dios santo, ¿esa lastimosa criaturita aún no olvidaba aquel pequeño incidente?

La psiquiatra detestaba que la cogieran al contrapié. De niña, nunca le gustaron las sorpresas, y, cuando la arrinconaban, se defendía atacando. Alex estaba a punto de presionar el botón de avance rápido.

—Ay, Kim, las relaciones familiares son asuntos muy complicados. Si Mikey no hubiera muerto a su lado, sabría todas estas cosas, pero, desafortunadamente para usted, los abusos y descuidos que sufrió en la infancia la han dejado con mucho más que culpa del sobreviviente. Usted es...

—Usted no sabe nada al respecto...

Alex se sintió recompensada con la emoción que destelló en los ojos de la mujer.

—Ay, pero sí que sé —respondió amable—. Sé mucho de usted. Sé que su dolor no terminó cuando escapó de su madre. Acaso en esos hogares de acogida sucedieron cosas que nunca ha compartido con nadie.

—Por lo visto, hizo los deberes, doctora. Diez sobre diez.

Alex percibió el cambio en la voz de la mujer y supo que había picado en nervio.

—Sí, pero siempre me ha gustado sacar las mejores calificaciones, Kim. Sé que la única validación que usted obtiene es a través de su trabajo. Sé que su vida es solitaria y que usted es emocionalmente fría. Cuando transgreden su espacio personal, se siente sofocada y tiene que liberarse. Sus relaciones se constituyen bajo sus propios términos o no existen.

La detective empezó a perder los colores del rostro. Pero a Alex le apetecía retorcer un poco más el puñal.

«En cualquier momento, podría caer en la negrura que la persigue cada minuto del día. Sé que hay momentos en que usted está tentada a aflojar ese agarre y permitirse ser tragada por su propia mente».

Alex se detuvo. Quería decir más, pero ya había hecho lo suficiente para demostrar lo que quería. El resto vendría después.

Cogió su bolso y se puso de pie.

«Hasta la próxima, inspectora detective».

Los ojos negros la taladraron de odio puro. Alex se sintió gratificada y no pudo resistirse a darle un último pinchazo.

Mientras pasaba junto a la silla de Kim, se abalanzó y la besó en la mejilla.

«Ah, y, Kimmy, mami te manda saludos».

Cincuenta y siete

Kim volvió a entrar en la casa con la reunión aún zumbándole en los oídos. Se había saltado dos semáforos en rojo y adelantado a todo el que se le había puesto en el camino. La imprudencia no exorcizó la rabia que traía en el cuerpo. La urgencia de lastimar algo seguía viva.

—A la mierda con esa puta —gritó, arrojando la chaqueta sobre la mesa de centro. Una revista y un par de bujías rodaron hasta el suelo.

Barney fue a ella, moviendo la cola, aparentemente inmune a su estado de ánimo.

—Si sabes lo que te conviene, aléjate de mí —lo advirtió.

El perro la siguió a la cocina, como si supiera que con ella no corría ningún peligro. Y tenía razón.

Barney reaccionó con el mismo entusiasmo con que lo hacía cada vez que ella llegaba a casa. Unos cuantos movimientos de cola y a sentarse frente a la puerta del segundo aparador: el de la comida.

Kim encendió la tetera y se sentó a la mesa del comedor. Había pensado en meterse en la cochera, pero su cerebro seguía inflamado de preguntas.

Barney se sentó y se apoyó en su pierna, igual que lo hizo cuando Kim fue a visitar a su ama anterior. Pero, esta vez, una mano encontró el camino a la parte superior de su cabeza. Él se quedó quieto bajo el movimiento acariciador de esa palma.

Kim tenía que admitir que no toda su cólera estaba dirigida contra la doctora. Había dos casos escapándose constantemente de su alcance.

La vida privada de Leonard Dunn había sido evaluada en incontables ocasiones. Habían interrogado a cientos de personas durante la investigación inicial que condujo a su arresto, y ahora perseguían a un fantasma. Todos eran sospechosos potenciales y, con pavor, ella sabía lo que tenía que hacer.

Sacó el teléfono y tecleó unos cuantos nombres en la lista clave.

Brett Lovett, de Car Spares National.

Charles Cook, de Blackheath.

Wendy Dunn.

Robin Parks.

Sabía que usaba tiempo prestado en la investigación Dunn. Los nuevos casos caían sobre su escritorio un día tras otro. Cada vez que Woody pedía hablar con ella, se preparaba para recibir la

instrucción de archivar el caso Dunn. Temía que esa orden saliera de la boca de su jefe. Porque sabía que no podría cumplirla.

No se detendría hasta encontrar a la persona que había estado en ese sótano observando a una niña mientras el padre abusaba de ella. En el mejor de los casos, esa persona había salido de esa casa sabiendo que un acto así podía volver a ocurrir y, sin embargo, no acudió a la comisaría; en el peor... Bueno, no valía la pena pensar en eso.

Kim abrió la boca para aflojar la mandíbula. La tensión había viajado hasta ese punto para quedarse.

No, nunca dejaría eso por la paz; no hasta encontrar al hijo de puta.

Y también estaba el caso en que volaba en solitario.

Sabía que la próxima reunión no sería tan civilizada. Entre tanto, necesitaba diseñar alguna clase de armadura mental para mantener fuera a Alex. Ted le había aconsejado mantenerse al margen. Le había dicho «corre más rápido».

La mujer parecía saber todo sobre ella. Ahora, los guantes estaban en medio de las dos, y una pequeña parte de Kim se sintió aliviada de saber que siempre había tenido razón acerca de Alex. Ahora tendría que encontrar un modo de demostrarlo.

Kim abrió Yahoo y volvió a escribir el nombre de la doctora en el cuadro de búsqueda. La primera vez solo había entrado en los sitios web donde había artículos oficiales, tanto acerca de Alex como escritos por ella, pero, mientras se desplazaba por los resultados, fue entrando en los lugares donde la mencionaban.

Entró en un sitio web tras un blog tras una sala de chat, descubriendo referencias acerca de la doctora. Cuarenta minutos más tarde, Kim ya maduraba la idea de nominarla para el premio Nobel de la Paz. Las declaraciones eran efusivas y, en algunos casos, reverenciales.

Kim se llenó de nuevo la taza de café pensando «Madre mía, estoy tratando de atrapar a la madre Teresa». Volvió a su asunto y, en un momento dado, encontró una nota que llamó su atención.

Estaba casi oculta en una sala de chat, señalada con un hipervínculo desde un sitio web de agorafobia. Preguntaba, simplemente, si alguien había recibido tratamiento de la doctora Thorne. Kim contó diecisiete respuestas, todas positivas, pero ninguna réplica de la persona que había comenzado el hilo.

Tenía que aceptar que esta no era un arma humeante, pero el autor del mensaje, un tal DaiHardi37, había hecho la pregunta por algún motivo. El hecho de que no hubiera habido réplicas indicaba que el autor no había recibido la respuesta que esperaba. Si DaiHardi37 había querido halagar a la doctora, ¿por qué no publicó un segundo mensaje mostrando su acuerdo con tantas alabanzas?

Un nudo de entusiasmo gruñó en su estómago y, enseguida, murió. No había manera de averiguar quién era DaiHardi37. Desde luego, en el departamento tecnológico de la comisaría había gente capaz de rastrear al usuario en minutos, pero la solicitud de investigación hubiera dejado un rastro directamente hasta el despacho de Woody.

Cogió una libreta nueva y comenzó a escribir notas sobre cada contacto que había tenido con la doctora, haciendo su mejor esfuerzo por recordar dónde había tenido lugar cada conversación. El bolígrafo flotaba sobre la página mientras Kim recordaba el encuentro en el consultorio de Alex. Había algo familiar en la paciente con quien se cruzó al salir, la que interrumpió la

reunión. Kim trató de extraer más detalles de su memoria, pero había estado distraída. Era capaz de visualizar el rostro: nervioso, ansioso, solo que no podía ubicarlo.

Kim dejó el escritorio y caminó alrededor de la habitación, tachando posibilidades. No era una testigo. Kim sabía que nunca había hablado con ella, así que descartó sus propios casos. Supuso que la mujer le era familiar de algún punto de la ciudad, pero también desechó eso.

El tribunal. La palabra se le apareció en la mente. No era uno de sus casos, pero, de pronto, todo encajaba en su lugar.

Marcó el número de Bryant. Él cogió el teléfono al segundo timbrazo.

—Bryant, trata de recordar aquel caso de fraude de hace un par de semanas. ¿Qué otros asuntos había en el tribunal?

Bryant tenía que saberlo. Había estado charlando con uno de los agentes de apoyo a las víctimas. Él hablaba con todo el mundo.

—Esto... uno de robo agravado y otro de abuso infantil.

Ese era. Lo más probable era que la mujer que había salido del despacho de Alex estuviera asistiendo a terapia por orden del juez.

—Gracias, Bryant.

Colgó antes de que le hiciera preguntas.

Mientras la emoción crecía, también lo hacía el miedo. La psiquiatra estaba atendiendo a una mujer que ya había provocado un daño a su hijo, o bien, que lo había permitido. Y eso era antes de que Alex comenzara a trabajar con ella. Le daba miedo pensar en lo que Jessica podría hacer bajo el cuidado de Alex.

Kim sumergió la cabeza entre las manos. Nadie iba a creerle. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo encontrar el rastro de esa mujer?; y si llegara a encontrarlo, ¿qué demonios debía decir?

Se frotó los ojos y volvió a contemplar la pantalla del ordenador. Entonces se quedó con la boca abierta.

—¿Esto es un cachondeo? —dijo en voz alta.

Obviamente, Barney pensó que le hablaba a él. Saltó sobre el sofá y se sentó a su lado. La mano de Kim cayó a un lado y, distraídamente comenzó a acariciarle la cabeza.

«No me jodas», murmuró, mirando una vez más el nombre del autor del mensaje que había abierto el hilo. Pensó entonces que DaiHardi37 era un nombre bastante ingenioso, sobre todo si eras David Hardwick, el de la casa Hardwick.

Cincuenta y ocho

El rostro del hombre que le abrió la puerta era de total confusión.

—¿Inspectora detective?

Kim había pensado en llamar a Woody para alertarlo acerca de sus temores, pero no tenía ninguna prueba que ofrecerle. Su esperanza era encontrar algo ahí.

—¿Me recuerda?

—Desde luego. Fue una noche inolvidable para todos nosotros. ¿Hay algún problema?

Con el tipo de gente que vivía entre esas paredes, Kim supuso que el que la policía tocara la puerta era una amenaza constante.

Ella negó con la cabeza.

—¿Puedo entrar?

—Claro.

Le abrió la puerta y la invitó a entrar. De su piel emanaba un aroma limpio a pino.

—Acompáñeme a la cocina.

Ella lo siguió y se sentó. Él se acomodó en el otro lado, sobre la mesa de madera gastada. Un hombre alto apareció en el umbral. Llevaba vaqueros claros y una sudadera con el nombre de una universidad. Sus ojos miraron hacia arriba y hacia la izquierda. Golpeó con los dedos índices juntos.

—Dougie, te presento a... Lo lamento, no sé...

—Inspectora detective Stone.

—Dougie, esta señora es una agente de la policía y está aquí para... En realidad, no estoy seguro de por qué está aquí, pero no hay nada malo, ¿vale?

Él asintió y se fue a deambular por ahí.

«Dougie se siente incómodo con la gente nueva».

Kim se sentía confundida.

—¿No es esta una casa de transición para excriminales?

—Bien investigado, inspectora detective.

—¿Qué hizo Dougie?

—Mmm... Dougie no es un residente oficial. Él no está a medio camino de ningún lado.

Kim frunció el ceño. Eso no parecía muy amable.

«Discúlpeme, no quise que se oyera así de mal. Debí decir que Dougie estará con nosotros

todo el tiempo que él quiera. No aparece en nuestros libros, puesto que no se ajusta a los criterios para ser admitido en la casa Hardwick, pero ya usted se habrá dado cuenta de que padece un autismo grave; por lo tanto, aparece como un gasto diverso en nuestras cuentas».

—¿Cuál es el criterio para ser admitido aquí? —preguntó Kim. Abordaría lo del mensaje un poco después. En primer lugar, quería entender qué había atraído a Alex a estas instalaciones en particular.

—Primeros delitos y una genuina contrición por el crimen. Mire, ¿no le importa que hablemos allá fuera? Estoy trabajando en algo.

Kim lo siguió a la puerta trasera. En el suelo yacía, dañada, una motocicleta Jawa 500 de *speedway*.

—¿Usted monta *speedway*?

Su rostro se tensó.

—Solía hacerlo, pero, al tomar demasiada ancha una curva, me hice pedazos la rodilla.

Emanaba de él una mezcla de emociones: tristeza, arrepentimiento, añoranza. Era obvio que el deporte había sido importante para él.

Se sentó sobre la lona que cubría el suelo y protegía la moto de la hierba húmeda. Kim cogió una silla de jardín de plástico blanco.

—Linda moto —le dijo.

Él le respondió con una sonrisa del tipo «¿qué sabe usted de esto?».

«Así que, ¿qué se ofrece en este lugar, exactamente?», preguntó.

—Reintegración, sobre todo. La desafío a que nombre una sola cosa que haya permanecido sin cambios en los últimos diez años.

Kim lo pensó por un momento.

—El estofado de ternera.

David se volvió con una mirada divertida.

—¿Qué?

—Vaya, con tantos avances tecnológicos, ¿qué hacen en el fondo de las latas esas Naves olvidadas de Dios que siempre se rompen cuando les das vueltas?

David rio a carcajadas.

«En serio, ¿por qué nadie ha encarado ese problema?».

David relajó el rostro.

—¿Sabe?, comparto su opinión. —Hizo una pausa para mirarla a los ojos. Kim notó una chispa de atracción en esa mirada y estuvo tentada a desviar los ojos, pero se mantuvo firme—. ¿Cuál es su historia, inspectora detective? ¿Cómo llegó a convertirse en policía?

No, eso no iba a suceder de ninguna manera. Por más cómoda que estuviera.

—Me gusta encerrar a los malos.

—Vale, hasta ahí esa conversación. Ahora, ¿podría decirme a qué ha venido?

Kim miró alrededor y notó que Dougie salía y entraba por la puerta trasera. David no le hizo caso.

—¿Ha ido a visitar a Barry?

David pareció contrariado.

—Sí, sigue con el respirador artificial.

—¿Tenía usted alguna idea de que él se disponía a ir a casa de su exesposa?

Él negó con la cabeza.

—No, y de haberla tenido, yo lo hubiera desanimado de inmediato. Simplemente no entiendo ese cambio tan repentino en él. Parecía ansioso por seguir adelante y rehacer su vida.

Eso no se correspondía con un hombre que estuviera listo para matar a su familia, pensó Kim.

—Debo decir que la doctora Thorne se comportó de manera espectacular al tenerlo hablando todo ese tiempo, ¿no lo cree?

David asintió y bajó los ojos. Aún no tocaba nada de la moto. Solo la observaba una y otra vez.

«Usted debe de estar encantado al tener una psiquiatra tan respetada entre el personal».

—Ella no tiene ninguna función oficial aquí —aclaró.

—Vaya, no entiendo. —Kim ya lo había adivinado, pero quería oír la historia.

—Alex llegó a nosotros hace unos dieciocho meses, después de la muerte de su esposo y sus dos hijos. Los mató un conductor borracho, un primer infractor que fue sentenciado a cinco años de prisión por matar a los tres. Estaba al tanto de la filosofía de ayudar a los primeros infractores. Dijo que para ella sería una catarsis el poder ayudar a gente como el hombre que había matado a su familia.

Era evidente que esa era una de sus mentiras favoritas.

—¿Y a usted le pareció una buena idea?

—¿Ha oído aquello de que a caballo regalado no se le miran los dientes?

Kim no estaba segura de si esa era una respuesta directa.

Dougie entró y salió dos veces de la cocina.

—Ha oído el nombre de Alex. Tiene un oído sorprendente. La adora. Cuando ella está aquí, la sigue sin descanso.

El que Alex aún no hubiera encontrado el modo de explotarlo era un misterio para Kim.

—Es obvio que usted le guarda un gran respeto.

—Es una psiquiatra muy preparada y renombrada.

Nada de asentimientos, aún; solo la declaración de un hecho. Esta conversación se estaba convirtiendo en una danza y Kim no estaba segura de quién dirigía a quién.

—Mmm... Creo que dice algo de ella el hecho de que esté dispuesta a dedicar su tiempo a una causa sin recibir una paga, ¿no cree?

—Me parece que quienquiera que dedique su tiempo a...

—Madre santa, ¿podría simplemente darme una respuesta directa? —Kim acababa de decidir que ella sería quien dirigiera—. Sus respuestas están tan bien formuladas para no comprometerse con una opinión que va a necesitar un médico para que le saque las astillas del culo.

—No creí que esto fuera un interrogatorio.

—Es una charla, David.

—¿Necesito un abogado?

Sus ojos eran verdes claros, intensos.

—Solo por crímenes contra la franqueza.

Él sonrió.

—Exactamente, ¿qué quiere saber?

—¿Por qué tuvo dudas de la capacidad o de la práctica de la doctora Thorne?

—¿Quién dijo eso?

—Un sencillo mensaje en una oscura sala de chat, señor DaiHardi37.

David se sentó en su silla.

—Ya ha pasado algo de tiempo.

—No obtuvo las respuestas que esperaba, ¿eh?

—No estaba esperando ninguna respuesta en particular. Era una simple pregunta.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué le parece importante?

Este hombre era exasperante. Había algo en este lugar y Kim solo necesitaba encontrarlo.

—¿Le sorprendería saber que su familia no murió en un accidente de coche puesto que nunca existió?

David frunció el ceño.

—¿Cómo sabe eso? ¿Por qué ella habría de inventarlo?

—Lo sé porque la confronté al respecto y admitió que nunca estuvo casada. El por qué es una pregunta totalmente diferente, pero hay indicios de que ha estado manipulando a sus pacientes para que hagan cosas que normalmente no harían.

Dougie salió al jardín y se la quedó mirando por unos segundos antes de desaparecer otra vez.

—Tiene que hablar en voz baja. Se está poniendo nervioso.

Kim asintió y bajó la voz.

—No tengo pruebas directas de lo que le estoy diciendo, pero mi impresión es que usted siente que algo no anda bien con ella. ¿Tengo razón?

David se quedó pensativo.

—No creo tener nada que pudiera servirle. Me está costando trabajo creer lo que está diciendo y, aun así, nunca me he sentido completamente cómodo con ella. Hay algo casi remoto en Alex; trata con las emociones, pero es como si no las entendiera por completo. Ahora bien, si leyó mi pregunta en el salón de chat, habrá leído también las respuestas de las personas a quien trató.

Kim asintió. Se sentía desinflada. Aquí no había nada, después de todo. David solo tenía una corazonada de que algo no andaba bien con la doctora, pero ninguna prueba verdadera de esos esfuerzos por manipular a personas vulnerables.

«Si lo que dice es cierto, ¿qué cree que sería capaz de hacer?».

—Por lo que he averiguado, es capaz de cualquier cosa que se proponga. Mi único problema es que no tengo ni idea de cómo detenerla.

La decepción la inundó. Nunca sería capaz de demostrar el involucramiento de esta mujer en la muerte de Allan Harris, ya no digamos exponer otros crímenes cualesquiera en los que hubiera participado.

Era hora de marcharse, pero le quedaba una pregunta.

«David, no puedo sino preguntarme por qué ha estado sentado junto a esa motocicleta durante quince minutos sin haber tocado nada. ¿Hay algo en que pueda ayudarlo?».

Él negó con la cabeza, un poco desdeñoso.

—Mmm... No quisiera ofenderla, pero las características mecánicas de una motocicleta de *speedway* quedan un poco lejos de...

—¿Por qué? ¿Porque tienen una sola marcha y no tienen frenos? —El tono del hombre le había puesto los nervios de punta. Contra su costumbre, estaba tratando de ser útil. Ahora él ya le estaba poniendo atención—. ¿O es porque el uso de metanol permite un motor con mayor radio de compresión y produce más potencia que otros combustibles, con lo que se consigue más velocidad en las curvas? O...

—¿Quiere casarse conmigo? —preguntó David.

—Ahora, ¿me quiere decir cuál es el problema?

—Simplemente no quiere arrancar. Por lo general, doy unas vueltas cada dos meses, pero esta vez no quiere hacer nada.

Kim pensó por un momento.

—Podría ser un cortocircuito en el motor de arranque. Antes de gastar dinero en partes nuevas, pruebe con una tira que conecte a tierra desde la carcasa del motor al bastidor.

—No tiene ni idea de lo cachondo que estoy en este momento.

Kim rio a carcajadas, pero se sintió impedida de responder ante la presencia de Dougie, a un lado. Con mucha gentileza, él se agachó y le tocó la mano izquierda.

«Dougie... —advirtió David mientras se encontraba con los ojos inquisitivos de la detective — nunca toca a la gente».

«Ni él ni yo», pensó Kim.

—Está bien —dijo ella. La piel de Dougie era fría y suave. Él deslizó su manaza dentro de la mano mucho más pequeña de Kim, pero aún sin mirarla.

Por su mejilla rodó una sola lágrima. Kim se volvió hacia David en busca de guía. Él se encogió de hombros, evidentemente inseguro con este cambio de comportamiento.

El agarre de Dougie era firme mientras tiraba de su mano. Kim no detectó ninguna malicia ni peligro, solo una leve tristeza.

Kim habló en voz baja:

«¿Quieres que vaya contigo, Dougie?».

Él asintió sin dejar de mirar hacia arriba y a la izquierda.

Kim se puso de pie y se dejó guiar por él a través de la cocina y el pasillo. El agarre de su mano era firme, pero no amenazador. David frunció el ceño, pero los siguió.

—Dougie, ¿qué haces? —preguntó David mientras los tres subían por las escaleras al primer piso.

No contestó, pero siguió su camino con determinación. Giró el pomo de la puerta de su dormitorio y abrió.

«Dougie, sabes bien que no se permiten mujeres en las habitaciones».

Dougie soltó la mano de Kim cuando ella entró en el dormitorio. Era como el de un niño de doce años. Había carteles de automóviles deportivos por toda la pared, todos a la misma altura, exactamente. La cama de un metro veinte estaba cubierta con una colcha de coches de carrera. Había un estante lleno de DVD de *Top Gear*. Sobre la mesita de noche tenía una foto enmarcada de uno de los conductores de ese programa. Kim se volvió hacia David y este se encogió de hombros.

—Le gusta Jeremy Clarkson, ¿qué le puedo decir?

Bajo los DVD, otro estante albergaba una colección de libretas. Algunas eran cuadernos endebles de bajo costo, de los que se venden en las papelerías, mientras que otros eran carpetas

de anillas con patrones coloridos en las cubiertas.

—Le encantan los cuadernos. Los baratos se los he dado yo, mientras que los otros son regalos. No los usa. Solo le gusta tenerlos.

Dougie pateó el suelo dos veces al oír las palabras de David, evidentemente disgustado. Kim notó que había un pincel escondido detrás del marco de la foto.

—¿Está seguro de que no los usa?

David parecía tan confundido como ella. Kim se volvió al desgarrado hombre que tenía al lado.

«Dougie, ¿hay algo que te gustaría mostrarme?».

Él contó las libretas y sacó la tercera de la izquierda. Sin mirar las páginas, pasó hasta la séptima y la abrió.

La letra era penosamente pequeña. Aunque ella tenía una agudeza visual normal, tuvo que entrecerrar los ojos para entender algunas de las palabras. El escrito estaba hecho en forma de guión con nombres de personajes y marcas de diálogo.

Ella miró el libro y luego a Dougie. Se le puso la piel de gallina.

«Dougie, ¿tienes memoria eidética?».

No hubo respuesta.

David se sentía tan confundido como ella.

«¿Qué demo...? —Ella echó otro vistazo.

»David, tú pensabas que Dougie estaba enamorado. Creías que seguía a Alex por todos lados porque ella le gustaba, pero iba registrando cada palabra —se dio un golpecito en la cabeza— aquí.

Hojeó el libro. Las páginas estaban llenas de escritos.

Volvió a mirarlo con la boca abierta.

«Este increíble y talentoso joven sabía antes que nadie lo que ella era».

Kim dio un paso adelante y lo tocó en la mejilla, cariñosamente. Él no se apartó.

El alivio y la gratitud inundaron su cuerpo.

«Gracias por mostrarme tu trabajo».

Kim leyó un párrafo del libro. Su furia iba creciendo conforme avanzaba:

Porque me haces perder el tiempo. Estás tan dañado que nunca tendrás una vida normal, ni remotamente. No tienes la menor esperanza. Las pesadillas no se irán nunca y cada varón de mediana edad que se esté quedando calvo será tu tío. Nunca te liberarás de él ni de lo que te hizo. Nadie te querrá, puesto que estás contaminado y todo lo que te atormenta se quedará contigo para siempre.

Apartó los ojos de la página.

«David, ¿quién demonios es Shane?».

Cincuenta y nueve

El inmueble consistía en dos casas grandes convertidas en cuatro pisos de un dormitorio. En la entrada había un timbre y placas con los nombres de los habitantes.

—Vamos, Charlie —gimió Dawson—, que aquí hace mucho frío.

—Déjate puestas las braga, Kev —dijo Stacey.

Ella presionó otro de los botones.

—¿Hola? ¿Señora Preece? ¿Podría abrirnos la puerta? Somos de la policía y estamos...

Stacey dejó de hablar cuando la línea se cortó. Esperaba el zumbido del cerrojo, pero no llegó.

Dawson la hizo a un lado.

Presionó otro botón.

—Señor Hawkins, le traigo una entrega de Amazon.

La cerradura se abrió con un zumbido.

Stacey entró detrás de él.

—¿Qué demonios...?

—Todo el mundo pide cosas de Amazon.

Giró a la izquierda y golpeó la puerta. No hubo respuesta. Dawson volvió a golpear.

«En serio, este tipo me tiene hasta los cojones. Si me hace encabronar, no le va a gustar el interrogatorio».

—¿Qué le vas a hacer, el submarino?

Dawson se rio.

—Stacey, eso fue casi chistoso.

—No me gusta esto, Kev —dijo ella, y se agachó. Miró a través del buzón. La chaqueta y los zapatos que Cook llevaba un par de noches antes estaban en el pasillo—. Está dentro, pero en silencio. Esto no da buena espina.

Tocaron juntos y gritaron.

—Por una vez, Stace, estoy de acuerdo contigo. Tenemos que entrar.

—¿Debo llamar a los bomberos? —preguntó ella.

—No, en vez de eso, usaré el equipo de esos chicos.

Dawson levantó el extintor y apuntó a la cerradura.

—¿Usted tiene mi paquete? —preguntó una voz de anciano por las escaleras.

—El mensajero dijo que se había equivocado de dirección —gritó Dawson como respuesta.
Golpeó la puerta firmemente con el extintor. El impacto la abrió de golpe. Stacey se sintió impresionada sin poder evitarlo.

—Oiga, ¿qué hace allá abajo?

—Somos la policía —gritó Stacey mientras Dawson llamaba a Charlie.

—¿Tienen mi paquete?

—No, somos la policía —repitió Stacey en voz más alta, y siguió a Dawson al interior de la vivienda.

—Aaah... mierda —dijo Dawson, parado junto a la entrada.

Stacey se detuvo a un lado. Su mente hizo el eco exacto de esas palabras.

El enorme gordo estaba despatarrado sobre la cama, boca abajo. Llevaba unos calzoncillos celestes y la cubierta de su propio pelo. La pierna derecha le colgaba por un lado de la cama. Había paquetes de aspirinas a un lado de un vaso de agua.

De un salto, Stacey se puso en acción. Le tocó un lado del cuello. No quitó los dedos hasta que estuvo segura.

—Llama a una ambulancia, Kev. Sigue vivo. Diles que está inconsciente, pero que respira.

Dawson sacó el móvil y empezó a hacer la llamada. Stacey cogió las cajas para contar los comprimidos.

Él se puso a recitar la dirección y el estado del paciente.

—Calculo que fueron unas veinticinco tabletas —dijo ella.

Dawson comunicó la dosis al operador antes de colgar.

Se miraron el uno al otro.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó ella.

Él miró a su alrededor.

—Podrías prepararle una taza de té, pero no creo que se la beba. —Stacey le dirigió una mirada de repugnancia. Él abrió los brazos—. ¿Qué quieres que diga? No puedo administrarle reanimación cardiopulmonar, gracias a Dios. Aún respira.

—Madre mía, Kev, déjalo. Eh... insensible.

Ella fue a la cama y se inclinó cerca del oído del hombre.

—Charlie, soy la asistente de detective Wood y...

—Coño, Stacey, buena cosa para decirle a un hombre que ya está al borde de la muerte.

Stacey giró y lo fulminó con la mirada, mientras Dawson pasaba junto a ella para apretar el hombro desnudo del hombre.

—Vale, Charlie, soy Kev. Todo va a salir bien. La ayuda viene en camino. Estarán aquí en cualquier momento, pero no te abandonaremos hasta que lleguen.

Sí, eso estuvo mejor, admitió Stacey, pero solo para sus adentros.

—¿Un grito de ayuda? —le preguntó a Dawson.

Él negó con la cabeza, se alejó y bajó la voz.

—No, fue un intento serio. Deseaba morir. Ningún tipo quiere que lo encuentren así y luego vivir para contarlo.

Y, a esas alturas, ni siquiera sabían si lo conseguiría.

¿De qué huía Charlie Cook, exactamente?

Sesenta

Mientras servía el aromático *gold* colombiano, Alex reconocía que había planeado esta sesión con mucho cuidado. Idealmente, ella hubiera preferido trabajar un poco más con Jessica, pero estaba sintiendo impaciencia por tener resultados. Deseaba, desesperadamente, que Jessica no terminara decepcionándola, como los otros.

Este era el juego más grande de todos. Si este lance terminaba con éxito, borraría los fallos de los otros pacientes. Kim seguía siendo un trabajo en proceso, pero Jessica estaba en una liga totalmente distinta.

Si Alex estuviera interesada en ayudar a esta mujer de la mejor manera, estaría esforzándose por explorar su pasado, pero esa no era su prioridad. Le quedaba poco tiempo. La mayoría de las mujeres con psicosis posparto habían experimentado un episodio de enfermedad mental grave.

Estaba sorprendida de que los servicios sociales la hubieran soltado por depresión posparto, en vez de psicosis, a pesar de que un caso así sucedía en una de cada quinientas mujeres. Habían hallado en Jessica los síntomas normales de la depresión, pero no los indicadores adicionales que la elevaban a psicosis.

La mujer también había sido propensa a graves perturbaciones del estado de ánimo, a manías, pensamientos confusos, ideas falsas y a escuchar voces. La aparición de los síntomas había ocurrido muy rápido tras el nacimiento del hijo, con todo apuntando a una psicosis *post* natal. Ese tipo de condiciones requerían la supervisión, día y noche, por parte de adultos bien preparados.

Ese tipo de trastornos terminaban, a menudo, en filicidios, y Alex necesitaba determinar cuál era el motivo principal detrás del deseo de Jessica de dañar a su hijo. Había investigado casos bien conocidos para cada una de las posibilidades. Tenía todos esos casos bien fijos en su mente, listos.

Dejó el café sobre la mesa. De verdad, necesitaba comenzar.

—Entiendo que usted les contó a las autoridades que rodó sobre Jamie mientras dormía la siesta con él a su lado. Ambas sabemos que eso no es cierto, pero quiero que hable del asunto sin ambages.

Jessica parecía dubitativa.

«Todo lo que diga aquí es confidencial. Estoy aquí para ayudarla y solo podré hacerlo si hablamos con franqueza absoluta. Mientras más pronto me lo cuente todo, más rápidamente le

daré la ayuda que necesita».

Jessica movió la cabeza de un lado al otro y se quedó contemplando las profundidades de su regazo.

Alex podía adivinar lo difícil que sería persuadir a la mujer de que revelara sus secretos más íntimos. Ninguna madre desearía tener los pensamientos de Jessica, ya no digamos enfrentar la carga de decirlos en voz alta. Pero la psiquiatra necesitaba esa franqueza. Necesitaba esas palabras.

«¿Fue algo relacionado con su esposo? ¿Estaba enojada con él? —Alex hablaba con voz amable y uniforme—. La revancha entre cónyuges es mucho más común de lo que la gente cree».

Hizo una pausa para evocar un recuerdo.

«Hace unos años, un hombre llamado Arthur Philip Freeman arrojó a Darcy, su hija de cuatro años, desde el puente West Gate de Melbourne durante una agria batalla por la custodia. Se cree que lo hizo meramente por provocarle un sufrimiento a su esposa».

Alex pensó que ese motivo difícilmente sería el de Jessica, puesto que ella no había dicho nada que demostrara alguna hostilidad entre ella y su esposo. Pero tenía que haber un método en su locura.

«¿Estaba usted tan enojada con su esposo que decidió lastimarlo haciéndole daño a Jamie?».

Jessica negó lentamente con un movimiento de cabeza. Qué bueno. No se defendería alegando que el asunto había sido accidental. La cabeza de la mujer aún veía el suelo, pero los ojos no miraban más allá del regazo, sino directamente a él.

Escuchaba, y eso era exactamente lo que Alex quería. Jessica no estaba lista para admitir que se había equivocado. El responsable de la sumisión que la agobiaba era el juicio de la sociedad y su familia. Lo que la mujer quería era ser comprendida, ser acogida. Aprobación. Y saber que no estaba sola.

«¿Puedo preguntarle si el embarazo de Jamie fue planeado?».

—Sí, sí —contestó rápidamente.

Bien, estaba alerta y conectada. Y finalmente había hablado.

Alex no había considerado con seriedad que pudiera tratarse del filicidio de un hijo indeseado, pero eso no tendría ningún impacto en su siguiente jugada.

Se apoyó en la silla y simplemente habló.

—Tal vez no lo recuerde, pero esto estuvo en todos los noticiarios a mediados de los noventa: Una mujer de Carolina del Sur, Susana Smith, si mal no recuerdo, denunció a la policía que un hombre negro le había robado el coche y que había escapado llevándose a sus dos hijos, que aún estaban en el vehículo.

»Nueve días después de súplicas llorosas a través de la televisión por el retorno de sus hijos, terminó confesando que había dejado el coche hundirse en un lago cercano, ahogando así a sus niños. Todo por conservar a su amante rico.

No hubo ningún estremecimiento de horror en el cuerpo de su paciente. Solo una leve inclinación de cabeza con que señaló que había puesto atención.

Muy bien. Había llegado a la primera de las tres etapas. Entendimiento. Jessica necesitaba sentir que no estaba sola.

«Con toda franqueza, Jessica, el problema está mucho más extendido de lo que la gente cree.

Usted no es la primera persona en tratamiento por esta afección y, con toda certeza, no será la última. Sus sentimientos no son nada de lo que deba avergonzarse. Son parte de usted, y le prometo que, en este lugar y por lo que a mí respecta, no será juzgada».

Finalmente, Jessica levantó la cabeza e hizo contacto visual. Alex le dedicó una sonrisa compasiva y continuó.

«Le prometo que podré ayudarla, pero tiene que decirme la verdad».

Hubo un ligero movimiento en esa cabeza. Excelente, iban dando pasos hacia la aceptación, y a Alex le quedaban dos posibles motivos: altruismo o delirio. Era capaz de trabajar con cualquiera de los dos. A partir de su conversación anterior, no tenía razones para sospechar que Jessica padeciera de delirios. Así que quedaba el altruismo. Bajo esta conclusión, Alex había guiado a Jessica en un viaje a través de actos exitosos de matricidio, y ahora la mujer la estaba escuchando.

Alex se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

«Creo que usted quería proteger a su hijo, Jessica».

Una lágrima solitaria apareció y viajó por la mejilla.

«Ay, idiotas», pensó Alex en los trabajadores sociales. De haber sabido el verdadero alcance de la enfermedad de esa mujer, lo más probable era que le hubieran quitado al hijo. Pero eso no le hubiera servido a la psiquiatra en lo más mínimo. El regalo que le enviaron los servicios sociales no habría sido mejor ni envuelto con una gran cinta roja.

«Usted ama a Jamie tanto que no puede soportar la idea de que le hagan daño. Quiere formarle un escudo contra cualquier maldad del mundo. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó Alex con suavidad».

Jessica empezó a mover la cabeza de arriba abajo, lentamente.

«Es tan hermoso, tan perfecto e inocente. Usted no puede soportar la idea de que experimente el menor dolor».

Jessica asintió de manera más definida.

Alex solo necesitaba una última pieza de información vital antes de pasar a la tercera parte del proceso. La aprobación.

«¿Puede recordar cuándo comenzaron esos pensamientos?».

Las lágrimas se secaron mientras ella reflexionaba un poco en la pregunta.

—Fueron las noticias —dijo Jessica, mecánicamente. Le habían prescrito medicamentos que la adormecían, pero, por supuesto, no eran los adecuados para su enfermedad. El litio o los electrochoques eran más efectivos, pero esta era información que a Alex no le convenía compartir con las autoridades.

—Prosiga.

—No mucho después de que regresé del hospital, hubo un reportaje sobre un atentado con bombas en Paquistán. Miré las imágenes y me sentí aterrada por el mundo al que había traído a Jamie. Al principio, simplemente sintonizaba un programa de noticias de vez en cuando, pero, de pronto, tenía los canales de veinticuatro horas todo el tiempo, todos los días. En un momento dado, sostenía a Jamie con una mano mientras, con la otra, revisaba las noticias en mi teléfono. Era como una adicción.

—¿Qué estaba buscando?

—Esperanza. Pero el mundo entero estaba lleno de muerte y destrucción y odio. No podía

entender por qué no fui capaz de enterarme de todo esto antes de quedar embarazada. ¿Cómo me había atrevido a traerlo a un mundo tan terrible?

Alex asintió comprensiva. El motivo de Jessica era el más común: altruismo. Genuinamente, creía que su hijo estaría mejor muerto, por cualquier cantidad de motivos. El trastorno a menudo se manifestaba porque la madre se sentía incapaz de ofrecer a su hijo una adecuada protección contra las amenazas, fueran reales o imaginarias.

—¿Podría hablarme un poco más de las cosas que la atemorizan?

—Un día estaba leyendo acerca de bombas que explotaban, familias enteras torturadas y asesinadas en países del tercer mundo. Había hambre, miseria, sequía, guerras civiles. Trataba de decirme a mí misma que todas estas cosas sucedían en países ajenos, pero entonces me encontré con artículos sobre accidentes de coches, niños apuñalados por otros niños, un hombre asesinado a palos por una botella de vino... Me di cuenta de que todo estaba cada vez más cerca. Demasiado cerca.

La mirada se perdió en la distancia, sin parpadear, mientras Jessica hacía el recuento de todos sus miedos. Y había unos cuantos con qué trabajar. Alex estaba encantada de ni siquiera tener que molestarse.

—Así que ¿qué hizo?

—Tenía a Jamie en el sofá, a mi lado, y, de repente, sentí la abrumadora necesidad de salvarlo, de protegerlo de las maldades que lo rodeaban. Lo imaginé quedándose dormido, poniéndose a salvo. Solo me eché encima de él y cerré los ojos. Por un rato, sentí calma, como si finalmente estuviera dándole los cuidados convenientes a mi hijo.

—¿Qué ocurrió después?

—Mitch llegó temprano del trabajo; quería saber cómo me encontraba. No lo oí llegar. Me empujó, cogió a Jamie y salió corriendo al hospital.

—¿Cómo se sintió usted? Y, por favor, por el bien de su recuperación, dígame la verdad.

Jessica cerró los ojos y dudó por un rato tan largo que Alex llegó a preguntarse si se habría quedado dormida.

La psiquiatra la incitó:

«Jessica, por favor. Con toda franqueza, quiero ayudarla, pero no podré a menos que me diga toda la verdad».

La mujer suspiró profundamente. No abrió los ojos.

—Me sentí decepcionada. Jaime ni siquiera estaba luchando. Era como si supiera y entendiera lo que yo intentaba hacer. Simplemente se dormiría. Era una gran sensación.

Alex se maravilló de lo simple que resultaría todo esto.

—¿Mitchell la entendió después de oír su explicación?

Jessica negó con la cabeza.

—No le dije nada. Él simplemente dio por hecho que yo me había quedado dormida y había rodado sobre el bebé. Eso es lo que dijo en el hospital, pero los servicios sociales se metieron en el asunto y me acusaron de negligencia.

Alex podía percibir la incredulidad en la voz de Jessica. En su propia neblina delirante, no podía comprender que alguien llegara a creer tal cosa de ella. El hecho de que hubiera mentido a su esposo era una señal de que seguía creyendo en sus motivos, que todavía los llevaba dentro.

«El juez me ordenó que recibiera asesoramiento y eso fue todo. He mantenido la farsa porque

me parece que es lo que todo el mundo quiere oír. Usted es la primera persona a quien digo la verdad».

—¿Y cómo la hace sentir eso? —Alex preguntó con amabilidad. La confianza era importante.

—Mejor. Todos los que me rodean tienen la misma expresión. Hasta mi madre parece aterrarse si me acerco a menos de tres metros de mi bebé.

—¿La están vigilando de cerca?

Jessica dudó.

—Nunca haría nada que no fuera lo mejor para mi hijo. Nunca.

Alex se percató del juego de palabras. Sí, la motivación todavía estaba ahí, definitivamente. Se impuso ir más despacio.

De cualquier modo, Jessica estaba buscando permiso para hacer lo que le parecía correcto. Alex se obligó a borrar su propia sonrisa.

—Es raro, pero los dogmas occidentales dicen que sus motivos están equivocados. Según una creencia budista, un niño que es asesinado renace en mejores circunstancias.

Alex asintió con cara de «mira nada más». No le explicó que esa creencia la compartía solo gente demasiado pobre como para alimentar a sus hijos. Por esa razón, esas personas sentían que los niños renacerían en circunstancias tales que no morirían de hambre.

Jessica asentía con toda su atención.

De verdad, la psiquiatra tendría que estar advirtiendo a los servicios sociales de que esta mujer era un peligro para su hijo. Debería estarlos informando de que no sufría de depresión posparto. Tendría que decirles que el medicamento que estaba tomando no era el adecuado para su afección.

Sin embargo, nada de eso satisfacía sus intenciones.

Alex se quitó las gafas y miró a la izquierda, buscando un recuerdo que había sido ensayado, que estaba listo y a la espera. Los ojos de Jessica no se desviaron de su rostro, en ningún momento. Alex quería reír a carcajadas. No hubiera escrito un mejor libreto para esta sesión, y las verdaderas emociones comenzaban a tomar forma en su vientre. Jessica podría ser la indicada.

Bajó los ojos para encontrarse con la mirada expectante de su paciente.

«De hecho, ahora que lo pienso, su situación me recuerda la de una mujer estadounidense llamada Andrea Yates. Tenía miedos semejantes a los suyos, solo que ella veía al diablo en todos lados. Era una religiosa muy devota y amaba mucho a sus hijos.

»Cada día se sentía aterrada de que el demonio se los reclamara. Cuanto más crecían, más lejos estaba su capacidad de protegerlos.

»Las autoridades consideraron que Andrea no debía quedarse sola con sus cinco hijos, así que la familia estableció un sistema de turnos para que siempre alguien estuviera en casa con ella. Al igual que usted, era vigilada día tras día. Pero, en una ocasión, su esposo, también un hombre religioso, decidió que las autoridades estaban equivocadas y confió a Dios el cuidado de su familia. Salió a trabajar antes de que llegara el siguiente cuidador y Andrea aprovechó la oportunidad. Ahogó a sus cinco hijos, uno por uno, en la bañera.

Alex buscó una conmoción en los rasgos de Jessica, pero solo se encontró con su atención completa.

«Durante el juicio, Andrea insistió en que lo había hecho por amor a sus hijos, para protegerlos. La sociedad juzgó que se había equivocado; pero, antes de nuestra próxima sesión, me gustaría que usted se quedara pensando un poco en los sentimientos que ese caso le provoca».

Justo en ese momento, sonó la alarma de su reloj.

—Vale.

—Jessica, esto es todo por hoy. —Suspiró pesadamente—. Mi siguiente sesión es con una niña de cinco años cuyo rostro quedó destrozado tras el ataque de un perro. —Alex negó con la cabeza—. Pobre niña. Solo estaba jugando en el parque.

A Alex le habría gustado tomar una fotografía de la cara de terror de Jessica. Acompañó a su paciente a la salida y abrió la puerta.

«Nos vemos la próxima semana. Cuídese».

Cerró la puerta. Esperaba que la próxima semana no hubiera sesión. Quería que su siguiente encuentro con el rostro de Jessica fuera en las noticias vespertinas.

Sesenta y uno

Jessica Ross salió de ahí a trompicones. Tenía que ir a casa. Jamie la necesitaba. Los vecinos tenían un perro que a menudo dejaban suelto en el jardín. Podría saltar la cerca y meterse en la casa.

Puso el coche en marcha y dio gracias a Dios por haberla llevado a Alex, la única persona capaz de entender por lo que ella estaba atravesando. Al haberse podido abrir y ser completamente franca con la psiquiatra, había limpiado las dudas paralizantes que sus sentimientos la hacían abrigar. La historia que la doctora Thorne le había contado de la mujer estadounidense, Andrea algo, se repetía en su cerebro. Se le agotaba el tiempo.

Cuanto más crecían, más lejos estaba su capacidad de protegerlos.

El peligro estaba por todos lados. Los semáforos, bajo cuyas luces aguardaba en ese momento, podían fallar, y eso significaba que los coches que se precipitaban colina abajo podían chocar contra un costado de su Citroen. Eso había sucedido en Gomal dos años antes, y una pequeña había quedado atrapada entre los restos durante más de una hora.

Sonó una bocina detrás de ella. Las luces estaban en verde. Jessica giró y dejó atrás la mediana ajardinada que había tenido a su izquierda. Dos niñas pequeñas corrían y reían por el aparcamiento. Podrían fácilmente ir a dar a la calle y morir arrolladas. Solo en el último mes, este tramo del camino se había cobrado la vida de un ciclista adolescente.

Pasó a un lado de la señal de límite de velocidad nacional, pero siguió conduciendo a cincuenta kilómetros por hora entre campos a un lado y el otro. En caso de que algo se le atravesara, tendría tiempo de detenerse.

En el espejo retrovisor, el vehículo de atrás la presionaba. Observó los burdos ademanes que le dedicaba el tipo de atrás, mientras con su parachoques delantero jugaba a los besos con la puerta trasera del coche de Jessica. Ella se concentró en la carretera que tenía por delante.

Con cuidado, llevó el coche al centro del camino para girar a la derecha en la finca familiar. El coche de atrás tocó la bocina y pasó a toda velocidad por la izquierda, provocando que una ráfaga de viento balanceara un poco el Citroen. Miró el salpicadero. Diablos, se había olvidado de indicar el giro.

Pasó junto a una mujer que empujaba un cochecito. A su derecha, un labrador marrón iba sujeto al manillar con una correa; a su izquierda, un niño pequeño iba agarrado del otro lado del manillar. El perro caminaba por el lado interior, el lado de las casas, mientras que el niño iba más cerca del camino. En cualquier instante, el perro podría descubrir un gato y reaccionar, arrastrando consigo a toda la familia. ¿Por qué la gente no observaba esas cosas? Hasta un simple paseo por el parque estaba lleno de peligros.

Niña de cinco años... Rostro destrozado... Ataque de perro.

Jessica detuvo el coche frente al Ford Ka de su hermana y dejó escapar un suspiro. La pequeña con medio rostro la había perseguido todo el camino.

Contempló su casa y supo lo que tenía que hacer. La reunión con Alex simplemente le había dejado más claro lo que ya sabía.

—Hola, hermana, ya estoy aquí —gritó desde la entrada principal. El llanto de Jamie llegó a sus oídos.

Jessica luchó contra la urgencia de entrar en el salón, agarrar al niño y protegerlo. Tenía que hacerlo bien. Era su única oportunidad.

Emma daba vueltas al salón, meciendo a Jamie entre sus brazos, de un lado al otro.

—Ha estado así todo el tiempo. No puedo tranquilizarlo.

Jessica brindó a su hermana lo que esperaba fuera una brillante sonrisa y extendió las manos.

—Aquí, déjame.

Tomó al niño entre sus brazos y lo meció con suavidad. Sintió cómo ese cuerpo se relajaba en el suyo. Contento. Él sabía.

Pudo captar la breve expresión de alivio que se dibujó en la cara de su hermana. Estaba resentida de que todos pensaran que era capaz de lastimar a su hijo, cuando lo único que quería era protegerlo. Cualquier signo de afecto por su bebé se encontraba con pequeños asentimientos secretos y susurros por los rincones.

—¿Tuviste una buena visita? —preguntó Emma y se sentó en el sofá.

Jessica asintió.

—Hablar con Alex es verdaderamente útil. Ya me siento mucho mejor. —Acarició el cabello de su hijo—. ¿No es así, chiquitín?

Siguió caminando alrededor, meciendo el pequeño cuerpo con el suyo.

—Yo nunca le haría daño, Emma —dijo, dirigiendo a su hermana lo que ella esperaba que fuera una mirada clara.

Emma tragó.

—Lo sé, Jess.

Jessica suavizó la mirada.

—Él sabe que nunca le haría daño, ¿no es verdad, ángel?

El bebé respondió con un gorgoteo. Emma rio.

Los ojos de Jamie comenzaban a cerrarse con todo ese balanceo. Jessica le besó la cabeza y lo puso en el moisés.

... Antes de que llegara el siguiente cuidador... aprovechó la oportunidad.

Se volvió hacia su hermana. Era hora de que ella se marchara.

—Vaya, voy a darme un largo y agradable baño mientras Jamie duerme una siesta. Eres bienvenida a quedarte y esperar, si quieres.

Captó la rápida mirada de Emma hacia el reloj de la chimenea. Ella era madre de tres y tenía muchas cosas que hacer.

—Mamá estará aquí en veinte minutos, Em. Estaré bien.

Emma la miró dubitativa.

Jessica sonrió tranquilizadora.

«Emma, de verdad, estoy bien, te lo prometo. Me siento mucho mejor».

La hermana miró para otro lado.

—Vale. Solo me quedaré esperando otro rato hasta asegurarme de que esté dispuesto a dormir.

Jessica se encogió de hombros y se dirigió escaleras arriba, esperando que su hermana simplemente se marchara. El tiempo se le agotaba. Iba a la mitad del camino cuando escuchó su nombre.

—¿Qué pasa, Em?

Se volvió hacia su hermana, que estaba al pie de la escalera buscando su abrigo.

—Tienes razón. Sé que todo está bien. Confío en ti.

Jessica regresó al pasillo y abrazó a su hermana. Ya se iba, finalmente.

—De verdad, estoy bien, Em. No te preocupes.

Abrió la puerta principal para dejar que su hermana saliera de la casa.

Ella se volvió.

—¿Estás segura?

Jessica le dio un último abrazo y asintió.

—Estaremos bien. Solo quiero lo mejor para él.

Emma caminó lentamente hacia su coche, tal vez cuestionando su propia decisión, pero Jessica le mostraba una amplia y tranquilizadora sonrisa. Si a Emma le diera por llamar a su madre, ella seguramente vendría en camino, conduciendo, y no le cogería la llamada. Si le daba por llamar a Mitch, a él le tomaría, cuando menos, veinte minutos llegar a casa.

Cuando su hermana se alejó por fin, Jessica le lanzó un último saludo y cerró la puerta.

En el instante en que entró al salón, la inundó una bienvenida calma. El sonido de la televisión se desvaneció en el fondo.

Tras la sesión con Alex, ya no le quedaba ninguna duda de que siempre había tenido razón. Al principio se había cuestionado a sí misma, debido a las reacciones de todo el mundo a su alrededor, y por eso había fingido, y por eso había apaciguado, pero ella era quien tenía la razón, siempre.

La sesión con Alex no solo la había hecho confiar en sus propias convicciones, la había reivindicado. Sus sentimientos ya no la hacían sentir culpable. Se sentía justa y empoderada.

—Ven con mamá, cariño —susurró mientras metía las manos en el moisés.

El pequeño cuerpo somnoliento se retorció una vez y enseguida se sumergió en ella, en su lugar seguro.

Escogió un cuchillo de un cajón de la cocina y subió las escaleras. Con delicadeza, puso a Jamie en medio de la cama que compartía con Mitch.

Entró en el baño privado, colocó el cuchillo en el borde de la bañera y abrió los dos grifos, el del agua caliente y el del agua fría, para que se llenara rápidamente. Su hijo no pasaría mucho tiempo sin ella.

Fue al cuarto de Jamie y se tomó un instante para elegir su vestimenta. Se decidió por un pelele cubierto con dinosaurios bebé azules. Era su favorito.

De regreso en el baño, cerró las llaves, se desvistió de prisa y se envolvió en un albornoz blanco.

Al volver al dormitorio, dedicó un momento a contemplar a su hijo, ahora despierto, intrigado por este nuevo entorno. Sus pequeñas manos agarraban la funda del edredón. Jessica sintió una oleada de orgullo.

Se paró un momento junto a la ventana de la habitación, a observar ese mundo que permitía que los peligros acecharan cada día más cerca. Satisfecha, cerró las persianas y bloqueó el terror. El rastreador e invisible mal nunca tendría la oportunidad de dañar a su hijo.

A oscuras, la habitación se volvió íntima y segura.

Jessica sonrió a su hijo mientras le quitaba el pijama blanco. Las piernas del pequeño se agitaron cuando ella le cambió el pañal y lo vistió de nuevo con el pelele.

Jamie estaba seguro ahí. Nada lo había lastimado nunca y, en ese momento, nada podría hacerle daño. Como madre, Jessica era la responsable de protegerlo. Y podía hacerlo.

Un niño asesinado nacerá en mejores circunstancias.

En otros tiempos, el mundo no estará lleno de crueldad y violencia. Los niños serán libres de crecer sin miedo, sin intimidaciones. En otra vida, su hijo estaría seguro.

Jessica observó los ojos de su hijo y cogió la almohada.

Jamie le gorgoteó, moviendo las extremidades en todas las direcciones. Alegre, emocionado.

—Te amo tanto que me hace daño, mi amor. Sé que entiendes que debo protegerte de este mundo. No puedo permitir que nada te lastime ni te dañe. Hay peligros por todos lados y mi deber es mantenerte a salvo. Sé que tú también lo sientes, ¿no es así, cariño?

Él chilló con placer y Jessica supo, sin la menor sombra de duda, que estaba haciendo lo mejor, lo único que podía hacer para cuidar a su hijo.

Se inclinó sobre él y le llenó de besos las mejillas regordetas, la frente y la punta de la nariz.

«Muy pronto estaremos juntos, mi querido y dulce ángel».

Sesenta y dos

«Mierda», pensó Kim mientras veía a Jessica Ross cerrar las persianas. Algo no lucía bien en esa imagen.

Había llegado al consultorio de Alex para confrontar a la doctora con respecto a las conversaciones anotadas por Dougie. En ese momento, Jessica estaba saliendo del edificio. Kim no sabía nada de esas sesiones, pero no se suponía que una paciente debería salir del consultorio de su psiquiatra como si el mismísimo diablo la viniera persiguiendo.

La conducción errática y la expresión que Jessica tenía en el rostro mientras se despedía con un abrazo de la otra mujer no habían sofocado la ansiedad que Kim sentía en el estómago. El semblante sereno de Jessica mirando por la ventana en el cuarto de su hijo le congeló la sangre en las venas.

Kim no había detectado ningún otro movimiento en la vivienda. Adivinaba que la mujer se había quedado sola en la casa.

Tragó, sintiendo que sus latidos se aceleraban. No sabía qué clase de escena estaba presenciando, pero sí que había habido cierta clase de conclusión antes de que Jessica saliera del despacho de Alex.

Madre santa, ¿a quién podría llamar...? ¿A Bryant? ¿Y qué le diría? «Una mujer está de pie en la ventana de su dormitorio y luce bastante contenta». Bryant ya tenía suficientes indicios como para comprometer a Kim, así que, ciertamente, no le ofrecería ninguno más.

¿Podría llamar a los servicios sociales? Conocían la historia de Jessica, pero difícilmente ofrecerían una respuesta urgente. También era probable que, si Kim llamaba como un ciudadano preocupado, le aconsejaran acudir a la policía. La ironía de la escena no le pasaba inadvertida. Pero no podía quedarse sentada, simplemente. Sin duda, algo no andaba bien.

—Joder —dijo, sabiendo que iba por su propia cuenta. Abrió la puerta del conductor y atravesó de prisa la calle hasta la casa de los Ross. Presionó el timbre y, al mismo tiempo, golpeó la puerta. En caso de que Jessica acudiera preguntando qué demonios estaba pasando, Kim le pediría que la salvara de un maniático con machete que, curiosamente, acababa de desaparecer en el aire.

Abrió el buzón para mirar a Jessica acercarse a la puerta, pero la casa resonó con un silencio que le heló hasta la médula. Ningún sonido del niño ni de la madre. Mierda, sabía que ambos estaban ahí dentro. ¿Por qué coño no venía?

Kim trató de abrir la puerta lateral de la casa. Estaba cerrada con llave. Echó un vistazo alrededor y descubrió una carretilla llena de hierbas de diente de león. La puso ante la puerta y la usó para trepar. En el costado de la casa no se veían ventanas abiertas. No había nadie dentro.

Fue a la parte trasera y trató de abrir las puertas francesas. Estaban bloqueadas. Kim tenía la sensación de que se le estaba agotando el tiempo. Miró el jardín y fue a por una pala. La balanceó hacia atrás, ganando impulso, y la estrelló contra un panel de vidrio. Lo hizo añicos al segundo intento. Los fragmentos volaron a todo su alrededor y un par de ellos se le enterraron en la mano derecha. No hizo caso al dolor. Se cubrió el puño con la manga del jersey para ampliar la abertura lo suficiente como para poder entrar.

Si Jessica no estaba haciendo nada más siniestro que ducharse, Kim estaría metida en un tremendo problema. Por una vez, esperaba que así fuera.

Atravesó corriendo la cocina hasta el frente de la casa y estuvo a punto de tropezarse con una alfombra llena de juguetes. Saltó los escalones de dos en dos, con la sangre brotándole por las orejas. Al llegar arriba, se topó con una puerta cerrada.

Forzó la entrada y se detuvo en seco. A su mente le llevó un segundo registrar lo que estaba viendo.

Jessica llevaba solo un albornoz. Estaba de pie, mirando la cama debajo de ella. Una almohada colgaba de sus dedos.

El pequeño e inmóvil cuerpo vestido en un pelele de dinosaurio contemplaba, sin mirarlo, el techo.

Jessica asintió y le sonrió calmada.

—Ahora está seguro.

Kim recordó otro par de ojos inocentes que habían mirado el techo; hermosos, aunque sin vida, como un muñeco perfecto. Entonces, no había sabido qué hacer cuando el último aliento abandonó el cuerpo de su hermano. Solo pudo sentarse y sacudirlo, suplicándole que regresara con ella. Lo había intentado todo y nada había servido. Al sentir que la temperatura de su cuerpo disminuía contra el suyo, finalmente había cerrado los ojos de Mikey y lo había encomendado al cielo.

En un santiamén, Kim volvió a la vida. Necesitaba una ambulancia, pero no tenía tiempo de hacer la llamada y dar los detalles.

Corrió a la ventana, la abrió y gritó tan fuerte como se lo permitieron los pulmones. Había tres personas en la calle y todos se volvieron a mirarla.

—Llame a una ambulancia. Niño muerto.

Rápidamente regresó de la ventana y, de un empujón, quitó a Jessica del camino. La mujer tropezó y cayó de espaldas, como si estuviera en trance.

Kim perdió la conciencia del entorno mientras aquietaba sus manos trepidantes. Se metió la mano a la chaqueta para limpiarse la sangre de la cortada antes de poner los dedos en el cuello del bebé y confirmar lo que ya sabía. Estaba muerto. Pero no podía rendirse. No se rendiría.

Arrodillada a un lado de la cama, llenó de aire sus mejillas, cubrió con su boca la nariz y la boca de bebé y sopló suavemente dentro de sus pulmones. Notó que el pecho se levantaba artificialmente y esperó a que bajara antes de repetir el proceso cuatro veces más. Le puso dos dedos en el esternón y presionó firmemente alrededor de un tercio de la profundidad de la caja torácica. Repitió los movimientos treinta veces y puso la oreja en la boca del niño. Nada.

Se detuvo para darle dos respiraciones de rescate. Lo suyo era un combate contra ese ritmo frustrante. Habría sido más contundente con un adulto.

—Venga —susurró en el segundo grupo de compresiones.

Kim no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba trabajando, pero empezó a oír una mezcla de sirenas a la distancia.

«Venga, cariño, tú puedes».

Kim le dio dos respiraciones más. Se detuvo al poner su mirada en el pequeño pecho que, sin duda, se levantaba y bajaba por sí mismo. La vida retornó a los ojos del bebé y un leve lamento escapó de sus diminutos labios: el sonido más dulce que Kim había escuchado jamás.

El llanto pareció espabilar a Jessica, que rompió su especie de trance y empezó a moverse hacia la cama.

—Quítele las manos de encima.

Kim rugió mientras, con los brazos, formaba un círculo protector en torno al pequeño cuerpo. La sangre de su mano derecha fue a dar a las sábanas.

Jessica se paró en seco y miró a su hijo. Había mucha confusión en su semblante. Kim no sabía si esa confusión era por el propio acto de haber tratado de matar a su hijo o si la mujer se preguntaba cómo era posible que siguiera vivo.

Kim oyó el crujido de la puerta principal, y después, una tormenta de pasos por la escalera. La inundó una sensación de alivio. No hubiera soportado mucho más tiempo estar en la misma habitación que esa mujer.

Entraron en el dormitorio un paramédico y un agente de policía a quien no reconoció. El paramédico la rodeó y se agachó para revisar al niño, que seguía respirando.

—La sangre es mía —dijo Kim mientras se hacía a un lado.

El policía miró a Jessica, que apretaba la almohada contra su pecho. Se volvió entonces a Kim tratando de confirmar sus peores temores. Kim asintió.

—¿Inspectora detective?

No quiso contestar sus preguntas.

—Presentaré una declaración más tarde, pero, por ahora, debe saber que la madre está muy enferma y que sostenía la almohada sobre su hijo cuando entré en la habitación.

—Llamaremos a los de los servicios sociales para que se reúnan con nosotros en el hospital. Pero ¿por qué usted...?

—Más tarde, agente —dijo Kim, mientras la fatiga drenaba su cuerpo y la adrenalina regresaba a sus niveles normales.

El paramédico se la quedó mirando.

—El niño está débil, pero estable. —Sus ojos se dirigieron a la sangre que goteaba de la mano de Kim—. Déjeme echar un vistazo...

—Estoy bien —lo cortó ella. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Tras una última mirada a la cama, Kim giró y salió de la casa.

Finalmente, ya no le quedaban dudas de que Alex había manipulado a Jessica para que cometiera ese acto tan atroz, tal como había hecho con Ruth, Barry e incluso Shane.

Era suficiente. Alex debía ser detenida. A cualquier precio.

Sesenta y tres

—Señor, ¿podría escucharme, tan siquiera? —suplicó Kim.

Woody golpeó la mesa con el puño. Kim hubiera querido una salida igual para su frustración, pero el vendaje recién puesto se lo impedía.

—No, Stone, no lo haré. Esta mujer ya te ha quitado demasiado tiempo y no tienes ni la menor prueba de que hubiera hecho algo malo, siquiera.

—Tengo las libretas. Dougie ha recitado cada...

—Y él atestiguará en el estrado, ¿verdad? —estalló, fulminándola con la mirada.

El móvil de Kim sonó en su bolsillo. No le hizo caso. Woody tampoco.

—Créame, está haciendo daño. No directamente, pero manipula a la gente para que haga cosas. Ruth Willis...

—Asesinó a Allan Harris por venganza.

—Pero Jessica ha sido manipulada...

—No seas ridícula. Jessica Ross está gravemente enferma. No tienes modo de saber si eso se relaciona con la psiquiatra.

Kim se preguntaba si en algún momento la dejaría terminar una oración.

Su móvil le indicó que acababa de recibir un mensaje de voz.

La irritación de Woody metió una marcha más.

—Sé que está usando a sus pacientes para alguna clase de investigación perversa...

—Eso suena ridículo aquí, en mi despacho, y sonará más descabellado aún en el tribunal.

El móvil de Kim repicó con un mensaje de texto y la cara de Woody se volvió atonadora.

—Stone, ya mandé a tu equipo a casa y te sugiero que hagas lo mismo. No volveré a discutir este asunto contigo. —Ella se levantó en el instante en que su móvil volvía a sonar—. Y, por favor, contesta tu maldito teléfono.

Proviendo de su jefe, cualquier clase de maldición significaba que estaba a unos cuantos grados de su punto de ebullición. La siguiente frase señalaría el fin de su carrera. Tenía que marcharse. Por ahora.

Para cuando cerró la puerta del despacho de Woody, el repiqueteo se había cortado.

Las dos llamadas eran de David Hardwick.

Fue directamente a leer los mensajes.

El primero era un poco desnatado:

Perdone que te moleste si estás ocupada.

Pero el segundo la hizo dar un salto.

Pero Dougie no ha regresado de su paseo.

Kim presionó el botón de llamar mientras bajaba por las escaleras. David le contestó al segundo timbrado.

—Gracias por llamar...

—¿Cuánto se ha retrasado?

—Veinte minutos, pero es que él nunca se retrasa...

—¿No crees que haya sido Alex? —le preguntó, tragándose la inquietud que le crecía en el pecho.

—¿Después de lo que leímos? No lo sé, simplemente —respondió con franqueza.

—Pero ella no sabe nada de esas libretas —dijo Kim. No había tenido la oportunidad de confrontarla; había estado demasiado ocupada persiguiendo a Jessica Ross.

—Quizás sí lo sabía —admitió David.

La cabeza de Kim comenzó a dar vueltas. Oh, no.

—Después de que te fuiste, sorprendí a Malcolm escuchando tras la puerta.

—Mierda —dijo ella y colgó.

Sesenta y cuatro

Kim arrancó el motor de la motocicleta y envolvió el acelerador con la mano. El dolor viajó desde sus cinco dedos tan lejos como hasta el hombro. No le hizo caso y ajustó la posición de la palma de modo que el imperdible no se le clavara en el área de la herida.

Ya con las llaves y la chaqueta en las manos, David le había dicho, en una breve llamada, que Dougie normalmente caminaba junto al canal de Netherton a Breirley Hill; ahí se desviaba para ir a casa. Pasaba por un bar de pescado y patatas en Quarry Bank, donde le regalaban un cono de patatas fritas.

Habían acordado que David comenzaría en Netherton y ella en Brierley Hill y que se encontrarían en algún punto intermedio.

Las palabras de David decían que probablemente no había nada de que preocuparse. Su tono decía algo distinto.

Ambos sabían que, si Alex tenía a Dougie, seguramente había motivos para preocuparse. A la doctora no le gustaban los cabos sueltos, y Dougie era, definitivamente, uno muy flojo.

Kim se detuvo en un semáforo en la parte alta de Thorns Road y limpió de humedad su visera.

Durante ese invierno no había habido nevadas como las del año pasado y las lluvias de principios de marzo traían apenas un deslucido intento de aguanieve.

Pasó frente a las brillantes luces del centro comercial de Merry Hill. El puente que David había descrito estaba frente a una urbanización nueva y las siete manzanas de torres que se elevaban desde su vientre.

Detuvo la motocicleta en una franja de tierra. Metió los guantes dentro del casco y aseguró este al asiento.

Rodeó la moto para recorrer la pendiente hacia abajo, hacia el camino de sirga del canal. Por toda la ruta había bolsas de pañales y envolturas de comida para llevar.

Cada paso la alejaba más de la luz de la única farola. Por sorpresa, dio con el pie en un balón desinflado. Tropezó y se estiró para estabilizarse, pero una espina se le clavó en la piel.

Kim soltó un taco en voz baja mientras seguía su camino en la oscuridad. Los sonidos de la carretera eran un ruido siniestro en la distancia.

Cuando mucho, podría caminar otros seis o siete metros antes de verse sumergida en una oscuridad total. No tenía ni idea de cuánto duraría esa invisibilidad. Siguió caminando entre la

enorme masa negra. No pasaría mucho tiempo antes de que le fuera imposible diferenciar el camino del canal.

Se desplazó lentamente, sobresaltada en ocasiones con movimientos que provenían del agua. Kim pensó que probablemente serían ratas.

Sacó el móvil y lo apuntó a la tierra. Sus alrededores no estarían más oscuros si caminara con los ojos cerrados. La luz de la función de linterna del móvil le permitía poner un pie frente al otro.

Siguió avanzando y notó cambios en la tierra que tenía debajo. Extendió el brazo izquierdo y sintió la viscosidad del cieno que goteaba sobre el ladrillo. Se había topado con un túnel. El olor a orina casi la avasalló, pero había un hedor aún más oscuro y asqueroso.

Una farola solitaria sobre el puente iluminaba la salida del túnel, donde estaba, abierto, un contenedor blanco de pedal con carne podrida. Algo pequeño se escabulló de la luz del móvil. Ella se tapó la nariz y pasó rápidamente a un lado.

Una vez más, entró en la oscuridad.

Alex la tenía jugando al gato y al ratón y, en ese momento, Kim se sentía como el ratón.

—Venga, Dougie, ¿dónde estás?

Sesenta y cinco

Dawson suspiró profundamente y descansó la cabeza en la pared.

Stacey siguió caminando. Había leído cada cartel del tablón de anuncios una docena de veces y ahora se sentía conocedora de los síntomas de, al menos, quince enfermedades.

La puerta se abrió en el pabellón lateral. Stacey hizo un alto y Dawson levantó la cabeza con expectativas esperanzadas. Llevaban más de cuatro horas esperando.

La enfermera asintió.

—Pueden entrar ahora. Está débil y frágil, pero vivo. No puedo dejarlos quedarse por mucho tiempo.

Stacey asintió en señal de conformidad mientras Dawson se levantaba de la silla.

—Maldita sea, Charlie, nos tuviste allá por un minuto —dijo Dawson al entrar en la habitación.

Stacey se quedó sorprendida por su apariencia. Era muy grande su sobrepeso, pero ese atributo, probablemente, le había salvado la vida. Por lo general, la muerte por aspirina estaba relacionada con la cantidad del ingrediente y el peso corporal. Y él cargaba con mucho.

Su complexión no guardaba correlación alguna con el ritmo de su corazón. Ni una mancha de color adornaba su rostro; pero era más joven de lo que Stacey había creído inicialmente. Ahora le calculaba de treinta y cinco a cuarenta.

«¿Qué pasa, Charlie?», preguntó Dawson. Ocupó el asiento al lado de la cama.

—Me harté, simplemente.

—¿Hay algo que quieras contarnos, colega? —preguntó Kev.

—No sé a qué te refieres.

—Venga, Charlie. Algo está pasando por aquí. Querías morir por algún motivo. Simplemente dínoslo y podremos ayudarte. Te sentirás mejor cuando lo hayas soltado.

Stacey lo observó tragar y mover la cabeza de un lado al otro.

—Charlie, sabemos que eras tú, colega. Estuviste en el sótano con esas niñas, ¿no es cierto? Mirabas mientras el padre...

—No —dijo, cerrando los ojos—. No era yo. Lo juro.

Dawson se acercó más y bajó la voz.

—Vamos, Charlie, deja de mentir, ¿vale? Sabemos que el club de lectores es una tapadera. Ni siquiera lees los libros.

Finalmente, una mancha de color tiñó su piel blanqueada.

—No siempre tengo tiempo...

—Difícilmente arrastras tus pies por la tienda. Charlie, confía en mí, te sentirías mejor si simplemente lo admitieras. Sabemos que la otra noche fuiste al club juvenil, en el centro comunitario. En ese momento, eso era lo único que había ahí. ¿Por qué habrías de estar con un grupo de niñas de doce años si tú...?

—No estuve en el club juvenil —dijo cerrando los ojos.

—Charlie, lo comprobamos, no había nada más...

—Hay otras cosas que no se anuncian.

Stacey lo entendió primero.

—Alcohólicos Anónimos —se dijo a sí misma.

Dawson se volvió otra vez a Charlie.

—¿Eres alcohólico?

Hizo una larga pausa mientras escurría una lágrima por el rabillo de su ojo. Negó suavemente con la cabeza.

Dawson miró a Stacey y se encogió de hombros.

—Les he dicho que lo soy —admitió.

Ella se acercó.

—Porque nunca rechazan a nadie.

—¿Vas a las reuniones de Alcohólicos Anónimos en busca de compañía? —preguntó Dawson incrédulo.

Charlie asintió levemente, lleno de vergüenza.

—¿Y el club de lectores? ¿Es lo mismo? ¿Te reúnes con unos cuantos tipos una vez a la semana solo para charlar?

—Vienen de todos lados, de cada profesión. Todos tienen algo que decir. Yo solo escucho, básicamente.

Dawson se desinfló en la silla. De verdad, había deseado haberlo capturado, pero lo que realmente tenían ahí era un hombre desesperadamente tímido y solitario que se agarraba de cada oportunidad para hacer amigos.

—¿Por qué esto?, ¿por qué ahora? —preguntó Stacey.

Él se encogió de hombros.

—El club de lectores estaba destinado a disolverse en cuanto vosotros comenzasteis a interrogarlos. No era mucho, pero sí un poco de compañía de vez en cuando.

—Tienes que conseguirte una mujer, colega —dijo Dawson poniéndose de pie.

Charlie sonrió, pero parecía desesperado.

—¿Con este aspecto, eh?

Stacey fue a la puerta. El trabajo estaba hecho. Charlie Cook no era su hombre.

Dawson se quedó un poco atrás.

—¿Conoces el Fitness Gym de Dudley?

Charlie negó con la cabeza.

—Justo al salir a la calle por el mercado. Yo estoy ahí casi todas las noches de lunes y miércoles. Pásate y veremos qué podemos hacer.

Stacey cruzó la puerta y Dawson la siguió.

Ella se volvió hacia él y negó con la cabeza.

—¿Por qué me sonríes, Stacey?

—Por nada, Kev. Nada de nada.

Él se encogió de hombros y metió la mano en el bolsillo.

—¿Has revisado tu móvil? —Stacey sacó el suyo y lo miró. Frunció el ceño—. ¿Alguna noticia de la jefa?

Ella negó con la cabeza.

Sus ojos se encontraron y un mensaje tácito pasó del uno al otro. Habían transcurrido muchas horas desde la última vez que supieron algo de la jefa. Y eso nunca, nunca había sucedido.

Sin decir nada, se volvieron y emprendieron el camino a la comisaría.

Sesenta y seis

Alex dedicó a Dougie una sonrisa muy jovial. No había sido difícil encontrarlo. David le había hablado muchas veces de las caminatas del bobalicón. Un animal de costumbres. Nunca cambiaba de ruta.

Las esclusas de Delph era una serie de ocho esclusas que unían la ruta del canal de Dudley y Stourbridge. Cada una medía un poco más de veinte metros de largo y veintiséis de profundidad. Un lugar muy adecuado para la muerte de Dougie, dado el número de horas que pasaba ahí.

Al principio, la llamada telefónica la había dejado atónita, no solo porque no tenía ni idea de que Malcolm tuviera su número. Sin embargo, ahora estaba contenta. Después de la sesión con Jessica, se encontró con que había siete llamadas perdidas y, por curiosidad, marcó el número.

Su primera reacción fue no creerle. No había manera de que un zopenco balbuceante como Dougie fuera tan listo; pero, mientras Malcolm hablaba, ella escuchó.

El primer arranque de furia había sido contra sí misma. Tontamente, había descartado a Dougie, asumiendo que tenía su atención porque le gustaba. La cólera se había convertido en una irritación leve en cuanto se dio cuenta de que el joven era un problema fácil de resolver.

La sorpresa inicial de Dougie al toparse con ella había sido sofocada cuando Alex le aseguró que Kim quería hablar con él. Eso era lo que lo tenía ahí en ese momento.

A Alex le encantaba que mirara furtivamente a derecha y a izquierda.

—¿Ay, Dougie, me creíste?

Le iluminó la cara con la linterna. Entre ellos cayeron un par de gotas de aguanieve. Él parpadeó y se puso la mano frente a los ojos.

Ella sonrió.

«Vaya hombre ridículo y estúpido. Tu vida está a punto de cambiar. No hay ninguna necesidad de asustarse. Por primera vez en tu vida, tienes la oportunidad de ser útil. Eres irrelevante, no vales nada, pero te usaré para hacerle llegar un mensaje a tu preciosa Kim».

Le escupió el nombre y negó con la cabeza.

«Y ahí iba yo pensando que eras absolutamente idiota, y tú que vas y me sorprendes, Dougie. No me gustan las sorpresas».

Se acercó un paso más, con la linterna fulgurando entre ellos dos. Cuando el rayo de luz apuntó a la parte baja de su cuerpo, ella rio a carcajadas.

Dirigió la luz a su ingle.

«Ay, Dougie, te mojaste. ¿Cuán humillante es eso?».

La complacía su incomodidad y se deleitaba con su miedo.

«Mucho mejor habría sido que fueras analfabeto, además de retrasado mental».

Una vez más le dirigió la luz a la cara. Él tenía la cabeza ligeramente inclinada y sus ojos se desviaron hacia arriba y a la izquierda. Su boca se movió. Parecía que estuviera tratando de decir algo, pero, hasta donde Alex sabía, nunca había hablado.

Movía las manos furtivamente, como si tratara de exprimirlas.

Ella cogió al joven del brazo para llevarlo más cerca del borde.

Dougie no ofreció mucha resistencia. Mientras, ella podía sentir en su mano las vibraciones del cuerpo tembloroso del hombre.

Físicamente, él habría podido dominarla en cualquier momento, pero, al igual que un pastor alemán, no sabía que era más grande y fuerte. En la mente de Dougie, ella era más dura, así que él ni siquiera se molestaba en darle pelea.

Sus pies se arrastraban por la grava mientras trataba de plantarse en su lugar. Para Alex, no había que dedicarle más esfuerzo que a una bolsa de basura.

—Venga, Dougie, no te hagas el difícil —dijo, remolcándolo hasta el borde de la esclusa.

Dirigió la luz hacia abajo, hacia el abismo. Un pequeño grito escapó de los labios de Dougie. Alex calculó que habría unos diez metros antes del punto donde el agua lamía las paredes.

Sonriendo, le puso las manos en los omóplatos.

Le bastó un pequeño empujón para que Dougie comenzara a rodar hacia delante.

Sesenta y siete

Kim oyó el chapoteo a la distancia. El agua había hecho muchos sonidos a su lado, pero ninguno tan contundente como ese.

Se detuvo en seco y escuchó con toda su atención, pero no pudo oír otro sonido que el de su propia sangre atronando dentro de su cuerpo.

Avanzó rápidamente. Aún tenía por delante unos tres kilómetros de canal hasta el lugar donde había quedado de encontrarse con David, por lo que, a ciencia cierta, iba por su propia cuenta.

No había tiempo para pensar en opciones. Necesitaba averiguar qué o quién había caído al agua.

Al girar en una leve curva del camino de sirga, sus ojos se encontraron con una figura que, inclinada, iluminaba la esclusa con una linterna.

Si antes no había sabido lo que Alex era capaz de hacer, en ese momento no le quedaba la menor duda: la demente había empujado a Dougie. Kim podía oír el chapoteo de los brazos que golpeaban el agua.

Si hiciera el intento de salvar a Dougie, a Alex le sobraría tiempo para huir, y Kim estaba tratando con una criminal nada típica.

Nunca volvería a encontrarla.

Kim se apoyó cerca de la esquina y rápidamente calculó la distancia: quince metros.

En cuanto empezara a moverse, tendría que hacerlo muy rápido y aprovechar la sorpresa, pero sabía exactamente lo que tenía que hacer.

A toda prisa, se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. Las botas tendrían que quedarse. No tenía tiempo. El chapaleo se iba acallando.

Respiró hondo, contó hasta tres y se lanzó a través de la distancia.

Kim no dejó de mirar a Alex en ningún instante. Aunque no alcanzaba a mirarle la cara, podía adivinar su expresión de asombro. Qué bien. Esa era la distracción que necesitaba.

Tres metros, metro y medio y ¡pum! Alex se precipitó al agua.

Kim respiró hondo y se zambulló justo detrás de ella.

Sesenta y ocho

De un lado al otro de la mesa, Bryant encaró a Robin Parks.

No era de los que hacen juicios instantáneos ni se dejan llevar por sus corazonadas. Eso se lo dejaba a su jefa. Si a Bryant no le gustaba alguien desde el principio, trataba de otorgarle el beneficio de la duda.

El hombre se apoyó en el respaldo de la silla, cuyas dos patas delanteras se levantaron. Tenía el pie derecho sobre la rodilla izquierda. Llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de cuello en V.

—Señor Parks, gracias por aceptar hablar conmigo esta tarde.

Él abrió magnánimo los brazos.

—Haré lo que pueda para ayudar.

Bryant percibió una sorna subyacente, pero se obligó a no reaccionar.

—La inspectora detective Stone y yo hemos hablado con usted hace poco...

—¿Inspectora detective? ¿No quiso decir «buldog»? No deberían dejarla salir sin bozal.

Bryant se pateó su propio tobillo por debajo de la mesa. No, esto no iba bien.

—Usted ya ha sido informado de que hemos descubierto que, en ese sótano, en la última ocasión, alguien más estaba con su cuñado.

—Lo habrán mencionado mientras aterrorizaban a mi hermana. —Se balanceó en su silla hacia delante y hacia atrás.

—¿Tiene alguna idea de quién podría ser esa persona, señor Parks?

—Con toda franqueza, no creo que exista. Me parece que esa es una historia que su bulldog se inventó para poder seguir haciendo un infierno de la vida de Wendy.

—¿Y por qué haría eso, señor Parks? —Demonios, había mordido.

Robin Parks se inclinó hacia delante.

—Porque es una mujer amargada y solitaria que, evidentemente, desearía haber nacido hombre y que se desquita descargando sus frustraciones en personas inocentes. Por eso.

Volvió a su balanceo hacia delante y hacia atrás, completamente satisfecho de sí mismo.

—Esa será su opinión, señor Parks —dijo Bryant, tratando de mantener un tono uniforme.

—Definitivamente, usted debería estar de acuerdo. Es ruda, insoportable...

—Y claramente inolvidable, dado que usted no ha dejado de hablar de ella desde que me senté aquí.

El balanceo se detuvo, pero Bryant siguió con lo suyo.

—Señor Parks, tenemos pruebas forenses y un pelo. Nada de eso pertenece a Leonard.

Las patas delanteras de la silla aterrizaron.

—¿De verdad?

Bryant asintió y habló para la cinta.

—Sí. Como usted sabe, Daisy ha confirmado que conocía a la persona que estaba ahí. ¿Hay algo con lo que usted pudiera ayudarnos?

El ambiente en la habitación había cambiado.

—Yo he estado en ese sótano...

—Si desea ofrecernos una muestra, puedo...

—Ni de coña. He notado cómo trabajan. Su jefa habría incriminado a mi hermana de haber tenido la menor oportunidad. —Robin Parks echó atrás la silla y se puso de pie—. Creo que estoy aquí por mi propia voluntad, ¿no es así? —Bryant asintió. Ni siquiera se molestó en confirmarlo—. Ya veo por dónde va esto, así que me despediré en este momento.

Bryant se puso de pie.

—Señor Parks, por favor. Aquí estamos hablando de sus sobrinas. Sé lo mucho que usted ama a su hermana, pero, por favor, recuerde que ella no es la víctima. No deje que su cólera contra mi jefa se interponga en nuestra investigación.

Bryant estaba impresionado de que los ojos del hombre estuvieran tan llenos de rabia.

—¿No lo entiende? Tengo que enojarme con alguien. Esta es mi familia y amo a esas niñas como si fueran mías. Daría mi vida por proteger a cualquiera de ellas. No entiendo cómo me pasó inadvertido lo que el hijo de puta de mi cuñado estaba haciendo, pero me niego categóricamente a creer que había alguien más. Yo lo habría sabido.

—Señor Parks, entiendo...

—Y una mierda —escupió antes de salir a grandes zancadas de la habitación.

Bryant se apoyó en la silla. ¿De verdad Parks estaba interponiendo su ego en la investigación? No podía aceptar que no hubiera notado cómo abusaban de sus propias sobrinas, aunque ya no estaba dispuesto a argüir frente a las evidencias. Pero ¿eso de haber pasado por alto la participación de alguien más? ¿O su negativa a reconocer la posibilidad se debía a una razón por completo más siniestra?

Era hora de hablar con la jefa.

Sesenta y nueve

El agua golpeó la cara de Kim como una capa de hielo.

Sintió que, al caer, su mano izquierda había chocado con la extremidad de alguien, pero no estaba segura de a quién pertenecía.

A su izquierda podía oír chapaleos y movimiento; a su derecha, una actividad menos frenética, mucho más lenta, pero no alcanzaba a distinguir nada.

Kim se arriesgó. Pataleó del lado izquierdo y nadó hacia la derecha.

Los gritos de dolor de Alex eran su recompensa. Sospechaba que los movimientos más débiles, a la derecha, eran los de Dougie, ya fatigado.

Las aguas del canal se movían a su alrededor en todas las direcciones. Kim se tomó un segundo para orientarse y, como punto de referencia, registró el lugar donde estaba la linterna caída. Nadó a lo ancho del espacio.

«Venga, Dougie, ¿dónde estás?». Su pie se enganchó en alguna cosa de metal y trató de soltarse dando patadas, inútilmente. Era como una telaraña que le sujetara el tobillo. Se sumergió y pudo zafar su pierna de los radios de una rueda de bicicleta.

En su tercer recorrido, nadó hacia el cuerpo de Dougie, que apenas estaba a flote. Sus brazos todavía golpeaban la superficie, como si nadara de perrito, pero su cabeza se mecía dentro del agua. No hacía ningún sonido.

Ella lo alcanzó y lo agarró por el cuello. Levantó su cuerpo de tal modo que la cabeza salió del agua. Él tosió y escupió el líquido, pero, en vez de relajarse, el contacto con Kim pareció impulsarlo a la acción y darle un poco de energía para seguir resistiendo. Y la lucha por la vida era contra ella. Grandioso, pensaba que se trataba de Alex.

—Dougie, soy yo, Kim —dijo ella.

Sacó del agua la mano izquierda y la puso suavemente en la mejilla del hombre, mientras con las piernas se ocupaba furiosamente de mantenerse a flote. Tenía que transmitirle que estaba seguro.

Podía sentir que el desfallecimiento se había apoderado de su cuerpo.

«Todo está bien, Dougie, solo afloja el cuerpo. No te resistas».

En el momento justo, se relajó por completo. Silenciosamente, Kim le agradeció que confiara en ella.

Le metió la mano derecha bajo la barbilla y lo giró hasta ponerlo boca arriba. Bajo el agua,

las piernas de Kim eran como las paletas de un barco de vapor. Eran la única fuente de energía que ambos tenían para llegar a un lugar seguro.

Chocó con la frente contra el muro del canal.

Ajustó su posición para poderse mover a lo largo de la pared. Arrastraba a Dougie con la mano derecha y se guiaba con la izquierda.

Sabía que las esclusas tenían escaleras, pero solo Dios sabía dónde estaban.

Un par de brazadas y su mano dio con un montante de metal. Por fin. Se agarró de él, pero, antes de poder tirar de Dougie, sintió algo contra su mejilla. Con demasiada lentitud, se dio cuenta de que era algo de cuero, y entonces advirtió la fuerza completa de un tacón pisando su cabeza. El dolor le borró la visión por una fracción de segundo antes de que pudiera percatarse de lo que eso significaba. Mierda, Alex estaba sobre ella. Escapaba por las escaleras.

Kim no podía permitir que la mujer huyera.

—Dougie, chapotea —gritó, y lo soltó momentáneamente. Dobló el cuerpo y se estiró hacia arriba. Su mano izquierda se agarró a un tobillo enfundado en una media. Trataba de escapar. Kim cerró los dedos y tiró hacia abajo.

Oyó los jadeos de Alex, y, aunque no había podido soltarla de la escalera por completo, supo que la había hecho bajar unos cuantos peldaños.

El borde de metal de la escalera presionaba contra su mejilla.

Kim extendió la mano hacia Dougie. Aferrada al montante y habiéndolo atrapado por la capucha, tiró de él. Le ardían todos los músculos.

—Sube la escalera cuando me haya ido, pero no salgas, ¿entiendes?

En el brazo notó sus movimientos al asentar.

Cuando estuvo segura de que él estaba agarrado al metal, subió por la escalera. Su cuerpo se elevó sobre la superficie y de sus ropas brotaron litros y litros de agua, casi hasta arrastrarla de nuevo dentro de la esclusa.

Se agarró con fuerza del pasamanos y obligó un pie a elevarse sobre el otro. El suyo era el único movimiento en la escalera. Mierda, Alex ya había salido. El ascenso parecía no terminar nunca. Sus músculos aullaban en cada peldaño.

Al acercarse a la parte más alta, la linterna le proporcionaba un poco de luz, pero, de todos modos, no había señales de Alex.

Se alejó de la escalera. Sus piernas habían quedado muy débiles y el agua en la ropa era como llevar una persona a la espalda.

Se tropezó y volvió a enderezarse. Ahora podía notar que Alex estaba a solo tres, cinco metros más allá.

Kim deseaba poder mover las piernas más rápido. Voló sobre el camino de grava, ganando segundo tras segundo.

En una última zancada, se lanzó hacia el frente y derribó a Alex.

Setenta

Kim supo que había errado el cálculo cuando sus brazos rodearon la tela de los pantalones empapados de Alex, en vez de su cintura. Pero se había agarrado de algo y no pensaba soltarlo.

Alex jadeó y cayó de frente. Kim la sujetó con fuerza y apiñó las extremidades de Alex contra su cuerpo, como una pelota de *rugby* ganada con mucho esfuerzo.

La psiquiatra se retorció ahora en el suelo, tratando de soltarse hacia delante, fuera del alcance de Kim.

Kim sintió la tela de los pantalones resbalar entre sus brazos y los pies enfundados en medias golpearle el pecho. Estaba agradecida de que los zapatos se hubieran perdido.

Bien agarrada del tobillo izquierdo de la mujer, Kim lo torció bruscamente hacia la derecha.

Alex gritó de dolor, pero siguió moviéndose hacia delante. Era inútil, Kim necesitaba algo más.

—Alex... Tengo... la respuesta... que estás buscando. —Kim sacó a fuerzas esas palabras entre las respiraciones cortas y agudas de que disponía.

Alex dejó de luchar por un segundo, y eso era todo lo que se necesitaba.

Kim la puso boca arriba y se arrastró sobre su cuerpo. Le apretó la caja torácica con las rodillas.

Estaban en el borde de un anillo de luz que proyectaba una farola del puente.

Kim podía sentir movimientos en el pecho de Alex mientras sus pulmones se expandían, tratando de llenarse de aire. La proximidad de esta mujer le dejaba un sabor de boca peor que el del agua.

—Quita... tu puto culo... de mí —gritó Alex furiosa.

Kim negó con la cabeza.

—Ni de coña..., maldita demente.

Tenía la urgencia de golpear y patear a esa mujer hasta matarla, pero antes tenían que hablar.

Sentía como si, por semanas, se hubieran estado mirando una a la otra de un lado al otro del salón de baile. Se quitó del ojo un mechón de pelo mojado.

—Tengo la respuesta que querías.

—¿De qué... coño estás hablando?

Kim sonrió.

—Hace tres horas que salí de casa de Jessica.

—¿Y?

Kim se rio.

—¿Eso es todo?

—Me he perdido.

—Manipulaste a Ruth para que asesinara a Allan Harris. Estuviste detrás de los actos de Barry Grant. Jessica Ross vino a pedirte ayuda, pero estaba mucho más trastornada de lo que las autoridades creían. Sabías lo que había hecho, pero te importó un par de cojones. Todo esto era para averiguar qué sentía después, ¿no? —Kim notó que Alex se ponía rígida—. ¿Estabas igual de decepcionada con Ruth que con Shane?

—No he estado con Ruth desde...

—No hacía falta que la vieras. Bryant y yo te dijimos lo que querías saber. Nunca pediste volver a hablar con Ruth.

Alex no dijo nada.

—Jessica, tu último conejillo de indias. La mujer que salió de tu despacho esta mañana para asfixiar a su hijo.

—Oh, Dios santo, ella...

—Déjate de sandeces, Alex. Me querías en este juego y aquí estoy, así que no me insultes. No hay nada que pueda hacer al respecto y eso es exactamente lo que querías.

Kim sintió que el cuerpo que tenía debajo se relajaba.

—Si eso dices.

—¿Quieres saber qué ocurrió?

Alex se quedó quieta. Kim podía sentir que estaba desesperada por saber. La mujer estaba empapada, tumbada de espaldas en un camino de sirga y no ofrecía la menor resistencia. Vaya, de verdad que quería saber.

—Pregúntame y te lo diré. —Kim podía observar la tensión en su mandíbula—. Venga, Alex. Hazme la pregunta.

—¿Cómo se siente Jessica? —preguntó con voz suave.

—He ahí la prueba. ¿Ni siquiera tienes ganas de saber si el bebé está vivo o muerto? Eso es lo que te voy a contestar, aunque te importe dos cojones. Jamie está vivo, Alex. Pero tú solo quieres saber cómo se siente Jessica.

La mirada de la psiquiatra la quemaba.

—Bien, déjame decírtelo. Siente una culpa de mierda.

Alex empezó a resistirse, pero Kim estaba alerta. Descargó cada gramo de su cuerpo sobre el vientre de Alex y se le echó encima, como si montara una motocicleta, desplazando su propio centro de gravedad. Cuando los agitados brazos intentaron golpearla en la cara, ella los atrapó y los sujetó con fuerza.

«Toda tu vida has vivido sin conciencia... sin responsabilizarte de nada. Sabes que un sociópata nunca podrá desarrollar una conciencia y quisiste cambiar eso. Querías tener el poder de quitar conciencias. Todo esto para tratar de convertir a una persona vulnerable en un sociópata peligroso, obligarla a cometer infamias sin que sintiera culpa».

La boca de Alex se había convertido en una línea de odio. Todas sus posibilidades de refutación se habían ido.

Kim siguió:

«Sabías que podías manipular a los sujetos de tus experimentos para hacer lo que tú deseabas, pero querías que lo hicieran sin sentirse culpables. Fuiste lo suficientemente arrogante como para creerte capaz de controlar la naturaleza humana».

»Buena suerte en los tribunales. No tienes...».

A media frase, Alex dio un corcovo hacia arriba y se desprendió de la rodilla derecha de Kim.

Kim trató de volver a someterla, pero la mujer retorció todos sus miembros. Cuando quiso agarrarla de la mano derecha, Alex cogió la suya primero.

En cuanto capturó su mano vendada, Alex le clavó los dedos, con fuerza. De inmediato, el dolor se disparó hasta la cabeza de la detective y en sus ojos brillaron estrellas.

Trató de soltar la mano, pero Alex la apretó otra vez.

Kim sintió que las náuseas ascendían desde su estómago.

Alex apretó una vez más y Kim cayó de costado, retorciéndose de dolor.

En un rápido movimiento, Alex estaba a horcajadas sobre ella. La posición de poder se había invertido.

—Muy bien, Kimmy, es hora de hablar de ti.

Setenta y uno

Bryant entró a grandes zancadas en la sala del escuadrón.

—Decidme que alguno de vosotros ha oído de ella.

Dawson y Stacey negaron con la cabeza.

Bryant sacó el móvil.

—Madre santa, Bryant, quizás se le acabó la batería con tantas llamadas perdidas.

De cualquier modo, Bryant hizo otro intento. Mientras sonaban los tonos, tuvo una impresión ominosa.

Una percepción de temor se enrollaba en su estómago, igual a la que se reflejaba en sus dos colegas. Tenía el sentimiento inexplicable de que la había abandonado.

Sabía que Kim seguía investigando a la doctora Thorne, porque era incapaz de dejarla sola. Muchas veces, ella había tratado de comunicar a Bryant sus sospechas y él la había mandado a freír espárragos; le había dicho que se imaginaba cosas. Él sabía que había subestimado su determinación. En el mundo de Kim, nadie se escapaba.

Y, ahora, nadie sabía dónde estaba.

—¿Deberíamos ir a buscarla? —preguntó Stacey.

—¿Y dónde comenzamos? —preguntó él.

Si los tres salían por todo West Midlands a buscar a su jefa, las noticias terminarían rebotando hasta Woody, y eso no sería nada bueno para Kim.

—Mierda, chicos, simplemente tendremos que confiar en ella.

Tal vez se preocupaban por nada. Estaba autorizada a apagar su móvil, a dedicarse un poco de tiempo a ella misma. Esa era una idea encantadora en la que ninguno de los tres creía en realidad.

Bryant simplemente sabía que su amiga estaba en problemas y no había nada que hacer para ayudarla.

Setenta y dos

—No te atrevas a llamarme así, hija de puta —le gritó Kim.

Como respuesta, Alex le sonrió y se dio cuenta de que su posición era ahora más cómoda. Prefería estar arriba y mirar hacia abajo.

Ahora estaba a punto de divertirse un poco.

—Lo lamento, ese es un término que solo usa tu madre.

Alex estaba muy complacida con el odio insuperable que veía reflejado en los ojos de su adversaria. Amor, odio, tan claramente entretreídos. Lo aprovecharía.

Kim corcoveó y trató de golpearla, pero la psiquiatra tenía los músculos de sus muslos a la jineta y apretaba a Kim con firmeza. Durante el tiempo en que la detective estuvo hablando, Alex supo que, si tan solo lograba ponerse encima, el juego de hablar sería suyo.

La violencia nunca había sido su fuerte. Y las debilidades de Kim no estaban por el lado del combate físico; Alex no tenía ningún deseo de romperle los huesos. En algún momento, ella se curaría y terminaría indemne el juego. No, las debilidades de la mujer que tenía debajo estaban deliciosamente en el pasado. Divertirse con la mente era el arte de la psiquiatra y había llegado el momento de romper en dos a la detective.

«Me tienes intrigada, Kim. Eres muy inteligente, pero estás aislada dentro de ti misma. Constantemente luchas contra la vida que el destino ha trazado para ti».

—Qué perspicacia, qué maravilla, pero ¿podríamos entrar en materia? Tengo cosas que hacer.

—El sarcasmo, Kim, tu defensa favorita. Pero ¿no piensas en eso todo el tiempo? Todos los días te enfrentas a lo que debiste haber sido.

—¿Y qué debí haber sido, Freud?

—Una alcohólica, una drogadicta. El hecho de que la única persona que en verdad has amado hubiera muerto a tu lado, de una manera tan horrenda, tenía que haber dado lugar a un individuo amargo, mezquino y lleno de odio. Tus primeras experiencias vitales a merced de tu propia madre...

—¿Este es tu concepto de concurso de meadas, Alex? —preguntó Kim, poniéndose de lado.

Alex reajustó su postura. Se inclinó hacia delante y sujetó a Kim contra el suelo por los antebrazos. Hizo una cruz con el cuerpo de su rival.

Los rostros estaban mucho más cerca ahora.

Alex hizo una pausa para disfrutar del odio. Bajó la voz hasta susurrar.

—He leído el libro y entiendo tu forma de vivir. Nunca, en todo el tiempo que te queda de vida, confiarás en otro ser humano. ¿Y a quién podrías culpar? Tu hermano...

—No te metas con él, hija de...

—Mikey es la única persona a quien has amado y tu madre te lo arrebató. Abusó de vosotros, os descuidó y él no pudo soportarlo. De todos modos, llamas a tu madre una vez al mes, ¿no es así, Kimmy?

Alex se dio el gusto de disfrutar del triunfo que la invadía. Esta mujer estaba tan terriblemente marcada por su pasado que cualquier viaje atrás podría quebrantarla para siempre.

«Tu odio hacia ella es lo que os mantiene unidas. Cada logro, cada victoria es un corte de mangas contra ella. Ni siquiera te preguntas por qué hizo lo que hizo. No puedes permitirte. Si lo hicieras, podrías sentirte forzada a perdonarla. Así que ella debe ser completamente malvada, ¿verdad?».

—No sabes nada de...

—Sé que tu madre tiene episodios violentos justo antes de cada audiencia de libertad provisional. Sí, Kimmy, tu madre se mantiene encerrada por ti. Ese es el único regalo que puede darle a su hija. Así que, ¿cómo cuadra eso con la imagen que te has hecho de ella?

No hubo ninguna respuesta en sus ojos. Ni siquiera un parpadeo.

Alex estaba encantada de que sus proyectiles dieran en el blanco. Uno tras otro.

«Los hematomas y las visitas al hospital están documentadas en el libro. Los delirios de tu madre la persuadían de que Mikey era el demonio y que constantemente trataba de matarla. Tú tenías que estar alerta todo el tiempo para mantenerlo vivo.

Alex sonrió para sí mientras los ojos que tenía tan cerca comenzaban a vaciarse de emociones. Kim viajaba al pasado y Alex estaba feliz de transportarla».

«Y aun así, al final, no pudiste sino sentir cómo se escabullía. Te acostaste a su lado con unas cuantas galletas y un poco de Coca-Cola. Racionaste vuestros suministros, alimentaste a Mikey y te quedaste con muy poco para ti, pero, aun así, no fue suficiente, ¿o sí? Le dijiste que estaría bien, que alguien vendría, pero no llegó, ¿o sí? Y ahí te quedaste, abrazándolo, mientras calladamente luchaba por su vida.

»¿Cuánto tiempo estuviste acostada junto a su cadáver antes de que llegara la ayuda, Kim?».

Alex esperaba que su adversaria se resistiera, pero no hubo ningún movimiento entre sus muslos. La mirada la atravesaba sin tocarla. Alex sabía que había roto a esa mujer. Había jugado con sus debilidades como quien toca un violín. Había llevado a Kim al pasado para abandonarla ahí. Alex rezaba para que nunca regresara.

Kim Stone nunca volvería a ser la misma.

Setenta y tres

Kim mantuvo la mirada en la farola mientras su dedo índice se seguía moviendo.

Solo... un poco... más... Ahí. El imperdible se desprendió del vendaje.

Reenfocó los ojos y sonrió.

—¿De verdad eso es lo mejor que tienes, doc?

Disfrutó de la confusión en el rostro de Alex por tan solo un segundo, antes de levantar del suelo la mano vendada.

Su palma se encontró con el cuello de Alex. Kim sintió cómo el imperdible entraba en la piel y apretó la mano un poco más, enterrando la punta tan hondo como le fue posible.

Alex gritó de dolor y trató de lanzarse a un lado, pero Kim la agarró del cuello y, retorciéndose, se quitó de abajo.

Se puso de pie y arrastró a Alex consigo. La mano de la psiquiatra le arañaba los dedos, pero Kim no la soltó.

Agarró a la mujer hasta sostenerla erguida mientras miraba profundamente sus ojos llenos de terror.

«Esperaba mucho más de ti, Alex».

La psiquiatra intentaba hacer palanca para liberarse de la mano de Kim.

«Pero quería que estuvieras de pie para esto».

Echó atrás la mano izquierda y, con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, la impulsó hacia el rostro de Alex.

La fuerza del puñetazo lanzó a Alex de espaldas, la mano derecha de Kim la soltó.

La detective se tambaleó hacia delante y se irguió sobre la mujer. Estaba lista, por si acaso se levantaba.

A su izquierda, un movimiento llamó su atención. Alguien venía corriendo hacia ella.

—Kim... Kim... ¿Qué demonios?

David se detuvo cerca de la figura inerte que yacía en el suelo.

Las piernas de la detective se tambalearon de fatiga y David se acercó para darle apoyo.

Kim negó con la cabeza.

—Ve a por Dougie, está en la escalera.

David le echó otro vistazo y fue hacia donde ella apuntaba.

Kim sabía que Dougie había hecho exactamente lo que le había dicho que hiciera. Fuera del

agua, él habría quedado en una situación muy vulnerable, y Kim necesitaba que toda la atención de Alex se centrara en ella.

Dougie tendría frío, estaría mojado, asustado y cansado. Pero vivo.

Kim se agachó a un lado de Alex y contempló los ojos azules abiertos. Un hilo de sangre salía de su cuello hasta perderse en su pelo. La batalla había terminado.

Miró hacia la oscuridad, aliviada de descubrir las dos personas que emergían.

—Sabes que nunca te dejaré ir —dijo Alex en voz baja.

Kim observó a David guiar a Dougie a tierra firme mientras hablaba:

—Y esa será tu perdición.

Los dos aparecieron a su lado.

«Alexandra Thorne, la arresto bajo sospecha de intento de asesinato contra Douglas Parry. No tiene que decir nada. Pero su defensa podría verse afectada si no menciona en los interrogatorios algo que después usará como apoyo en los tribunales. Cualquier cosa que diga podría usarse como prueba».

Kim se levantó. Cuanto más tiempo permaneciera en el suelo, más difícil sería ponerse de pie.

En la distancia sonaron sirenas.

Se volvió hacia David.

«¿Tú?».

Él asintió.

Su propio móvil estaba en algún sitio en el fondo del canal.

Dio un paso adelante y se paró frente a Dougie. Le puso la mano izquierda en la mejilla. Él no la apartó.

«Gracias por confiar en que te salvaría. Sé qué difícil ha sido».

Los ojos del joven seguían mirando hacia arriba, pero levantó la mano derecha y cubrió la de ella.

Por el cuerpo de Kim corrió un caudal de emoción. Eso era muy bueno.

El contacto se rompió cuando sonaron pasos desde todas las direcciones. Los rayos de las linternas cayeron sobre ellos. Kim se cubrió los ojos.

—Marm...

Estaba encantada de saludar a su viejo amigo, el sargento Jarvis. Los desacuerdos que habían tenido en el escenario criminal de un violador parecían haber quedado muy atrás.

Kim señaló a Alex.

—Hay que llevarla a la comisaría. El cargo es intento de homicidio, y ya le he enunciado sus derechos.

Él asintió mientras dos agentes se agachaban y ayudaban a Alex a incorporarse.

«Y a estos dos hay que llevarlos a casa. Cualquier interrogatorio podrá esperar hasta mañana».

David dio un paso adelante.

—Kim... No sé...

Ella levantó la mano.

—Simplemente llévate a Dougie a casa, a que se seque.

David asintió y luego sonrió.

—Vaya gancho izquierdo potente el tuyo.

Ella se encogió de hombros y levantó la mano. Tenía los nudillos inflamados y enrojecidos por el golpe.

Se miró la mano izquierda por un momento y sintió que la dominaba un nuevo mareo.

—No..., mierda —dijo a nadie en particular, mientras la imagen de las niñas Dunn aparecía en su mente.

Ahora sabía quién había estado en esa habitación.

Setenta y cuatro

Kim se bajó de la motocicleta y gimió en la oscuridad. Ese día se estaba haciendo interminable. Ni siquiera podía recordar la última vez que estuvo en la comisaría, pero ahora era un espectáculo hospitalario. Al igual que el hombre que la estaba esperando en la entrada.

Aún se aferraba a su cuerpo la ropa empapada, enviándole escalofríos ocasionales hasta los huesos.

Su cuerpo aullaba con cada movimiento que hacía al avanzar. En la tela que tenía enrollada alrededor de la mano, muy suelta, había aparecido un charco de sangre.

Kim soñaba con darse un baño prolongado y descansar con Barney en el sofá, pero, por ahora, eso tenía que esperar.

—Virgen santa, Kim...

Advirtió que la había llamado por su nombre.

Ella levantó la mano.

—En realidad..., no.

Él asintió con un movimiento de cabeza, y los cientos de bromas que tenía para referirse a la apariencia de su jefa se quedaron en su boca.

«¿Están ahí?», preguntó Kim mientras él le abría la puerta.

Ella lo había llamado por el teléfono de David.

—Sí, pero todavía no entiendo qué...

—Lo entenderás —le dijo—. No tenía intenciones de explicarlo dos veces.

Bryant la siguió a una habitación en la que ya habían estado.

Una vez más, recorrió el laberinto, pero, a diferencia de la vez anterior, ambos agentes estaban de pie.

Los dos vestían sudaderas y vaqueros.

—Casi, muchachos. Casi me engañáis —dijo, apoyándose en una taquilla. Su cuerpo agradecía el soporte—. Pero no del todo.

El rostro de Jenks se puso rojo. El temblor de sus piernas era visible a través de los vaqueros. Se dejó caer en el banco.

El mayor, Whiley, miraba más allá de ella. Una flacidez tiraba de su mandíbula.

«¿Esa era tu intención cuando lo golpeaste? ¿Qué este caso nunca llegara a la corte?».

Jenks vaciló por un segundo.

—No..., simplemente me enfurecí... Pensé en esas pequeñas...

—Cállate, Jenks. No estaba hablando contigo. —Se volvió al agente que estaba a punto de retirarse—. Whiley, te estaba hablando a ti.

El rostro del policía perdió el color.

«No fue Jenks quien le dio el puñetazo, pero tú lo dejaste hundirse. Golpeaste a Dunn y luego le pediste a tu colega que dijera que él había sido, por lo de tu jubilación».

Se volvió otra vez a Jenks.

«¿Por eso te pidió que lo hicieras? ¿Te dijo que simplemente no había podido controlarse a causa de las pequeñas?».

Jenks asintió. Sus cejas se juntaban mientras pasaba la mirada de ella a Whiley.

«Se han aprovechado de ti, colega —dijo ella, moviendo la cabeza de un lado al otro—. Esto no tiene ninguna relación con su retiro. Fue él quien estuvo en esa habitación».

Jenks se quedó boquiabierto y comenzó a agitar la cabeza.

A Kim no le quedaban energías suficientes para convencerlo.

Solo había algo que necesitaba averiguar.

Arrastró su propio cuerpo hasta el otro lado de la habitación y se puso a pocos centímetros de Whiley.

Lo miró directamente a los ojos. Y entonces se encontró con la verdad.

«¿Las tocaste?».

—Lo juro... No fui yo... No sé...

—Abre tu taquilla, Whiley.

El hombre lo había comprendido, y esa comprensión se reflejó en sus ojos.

Ella extendió la mano.

«Ábrela tú o dame la llave».

Su mano temblorosa hurgó en el bolsillo.

Kim cogió la llave y abrió la cerradura.

El espacio atiborrado contenía camisetas y jerséis que colgaban de la barra. El suelo de la taquilla estaba lleno de botas y equipo de alta visibilidad. Pero fue en el estante superior donde ella buscó.

Su mano aterrizó en un libro. Ella lo sacó de ahí y se lo enseñó a Bryant.

—*The Longest Road* —dijo él, negando con la cabeza.

—Ya lo conocías —gritó Jenks—. Se refirió a ti por tu nombre de pila cuando atendimos su llamada. —Había un evidente tono de incredulidad en su voz—. No me había dado cuenta, pero bien que lo conocías, coño.

Jenks se puso de pie, pero Bryant ya estaba a su lado.

«Qué hijo de puta», gritó Jenks detrás de Bryant.

Kim se volvió de nuevo a Whiley.

—Te pregunto de nuevo: ¿las tocaste alguna vez?

Kim pensó que todas las emociones que llevaba dentro se habían agotado. Pero, mientras su rodilla se elevaba lentamente hacia la ingle del hombre, supo que siempre habría un poco más.

—¿Tocaste a...?

—No..., no..., no... —dijo, limpiándose las gotas de sudor de la barbilla—. Solo quería mirar. Tenía curiosidad... Juro que yo no...

Kim se apartó con las náuseas casi en la garganta. Una palabra más y eso sería todo.

—Sargento —gritó desde la puerta.

Una vez más, apareció el sargento Travis.

—Vaya noche ocupada, Marm —dijo él con ojos sonrientes.

Ella le ofreció un saludo cordial. Ahora se entendían entre sí.

—Por favor, aparta de mí esta cosa repugnante.

—Con gusto, Marm.

Kim se dejó caer en el banco a un lado de Jenks. Sus manos todavía temblaban con el disgusto.

—Te mereces un azote por haber participado en esto, Jenks, pero, después de todo, aún tienes una carrera por delante.

—Gracias. Pero ¿cómo lo supiste?

—Sí, jefa, ¿cómo lo supiste? —repitió Bryant.

Ella cogió la mano derecha de Jenks y le dio la vuelta.

—Tenías la cabeza entre las manos. No había inflamaciones ni marcas cuando vine a los vestuarios después de lo que había sucedido. Whiley tenía las manos en los bolsillos.

—¿Eso fue todo? —preguntó Bryant, frotándose la barbilla.

—No exactamente. Cuando mencionaste el nombre del libro, supe que lo había oído o visto en algún lado.

Kim no mencionó las gafas de lectura ni el hecho de que, durante la visita por el incidente doméstico, Whiley se había llevado a Dunn rápidamente a la cocina y se había tomado la libertad de enviar las niñas a la cama. No es de extrañar que Wendy Dunn nunca hubiera registrado su existencia. Era un maldito agente de la policía.

Se volvió hacia Jenks.

«Whiley fue a buscarme al pasillo después del ataque, solo para reafirmar lo que habías hecho. También me insinuó que tú sabías dónde estaba la casa. Era consciente de que buscábamos a alguien a quien las niñas habían conocido, y, cuando me di cuenta de que tú no lo habías golpeado, solo quedaban las acciones de una persona por cuestionar.

»Whiley nunca ha sido violento en su carrera y Dunn no es el primer abusador a quien conoce, así que tenía que haber algo más en todo esto».

—Vaya, jefa, eso sí que ha sido un acto de...

—Te encargo que averigües los detalles. Tienes que interrogarlo.

—Será un absoluto placer.

Kim se puso de pie con esfuerzo.

—¿Pero antes podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Ve a por tu coche y llévame a casa.

Setenta y cinco

Kim se situó frente a la tumba de Mikey en busca de respuestas a todas las preguntas que revoloteaban en su cabeza.

Woody había insistido en que se tomara una semana de descanso. Y, por una vez, ella no se lo había discutido.

Los primeros dos días los había pasado durmiendo y paseando al perro. En un momento dado, Barney había dejado de responder al tintineo de la correa y, dueño de toda su obstinación, se había negado a moverse del sofá.

Era incapaz de concentrarse en la motocicleta, al principio había pasado muchas horas en los manuales y diagramas, aunque sin poder descifrar ni la más sencilla de las instrucciones. Tres días antes, por fin había conseguido sacar la tuerca rota del colector del escape.

El encuentro al borde del canal la había dejado con muchas interrogantes. En su pasado, todo en la mente de Kim estaba dividido, compartimentado y etiquetado. Había un rincón que no visitaba y, aun así, Alex había irrumpido ahí y rasgado el empaque, dejando recuerdos y emociones desperdigados aquí y allá.

En ese lugar, Kim se sintió momentáneamente tentada. Una parte suya quería seguir a Alex hacia la oscuridad. Para dejarse ir, para abandonar la lucha. Para disolverse en el recuerdo de Mikey y los primeros seis años de su vida. Pero no lo hizo, porque, de haberlo hecho, Alex se habría salido con la suya.

Le había llevado algún tiempo empaquetar todo de nuevo y poner la cinta otra vez. En los días transcurridos desde entonces, Kim se había preguntado, de verdad, cuán tenuemente se aferraba a la sensatez. Se daba cuenta de que el momento de tomar una decisión estaba cada vez más cerca. O bien abriría por completo los compartimentos de su mente y examinaba el contenido, o bien los cerraba con más fuerza todavía. Conocía las consecuencias de ambas acciones. Sacarlo todo terminaría por consumirla. Quizás quedaría incapacitada para volver a la vida tal como la conocía.

Si cerraba las cajas a piedra y lodo, quedaría a salvo de las tinieblas; conservaría la sensatez y estaría protegida, pero condenada a una vida de soledad y desconfianza.

Sus sentimientos por Alex no eran menos complicados. Detestaba a la doctora por su falta de escrúpulos al jugar con las vidas y emociones de las personas y, al mismo tiempo, se sentía fascinada por su habilidad para lograrlo. Odiaba a la doctora por haber dejado expuestos sus

miedos más oscuros y, al mismo tiempo, admiraba la destreza con que casi la había destruido.

Kim respiró hondo y se inclinó lentamente a un lado de la fría piedra. Con la mano derecha trazó el nombre de su gemelo muerto. En su garganta se agolparon las emociones mientras le enviaba un mensaje silencioso.

—Cariño, lamento mucho todavía no estar lista para ti. Te echo de menos día tras día y te prometo que, cuando sea lo suficientemente fuerte, recordaré cada uno de los minutos que pasamos juntos.

A su izquierda, un movimiento capturó su atención. La figura familiar se acercaba a ella ascendiendo la colina.

Su voz no era más que un suspiro.

—Por ahora, me gustaría presentarte a un amigo.

Bryant llegó a ella y le extendió un café para llevar.

Kim asintió hacia la lápida.

—Te presento a mi hermano gemelo. Murió.

Bryant giró la cabeza hacia la tumba.

Una de las grandes virtudes de Bryant era saber cuándo preguntar y cuándo cerrar la boca.

Ella se apartó de la tumba y se sentó en el banco.

Bryant se sentó a su lado.

—Kim...

—Dime dónde estamos —dijo ella tomando un sorbo de su bebida.

—Vale. Whiley ha confesado que estuvo en el sótano con Dunn. Alega que fue la única vez y los registros lo respaldan. Con su testimonio sobre el resto de las pruebas, Dunn no saldrá caminando, a pesar de las bofetadas.

—¿Fuiste a visitar a Ruth?

Bryant asintió.

—Para cuando terminé de contarle todo, prácticamente me suplicó que le diéramos la oportunidad de testificar contra la doctora. Se está trabajando en un alegato a favor de Ruth. Pasará un tiempo en la cárcel; no obstante, le queda un largo tramo de vida por delante.

Con respecto a Ruth, Alex había acertado. Nunca habría cometido el crimen sin aquella intervención.

Kim ya sabía que Jessica había sido diagnosticada otra vez, ahora con psicosis puerperal. La habían sacado de su casa para ponerla en una institución de asistencia. Como un favor muy especial, Ted había accedido a atenderla. Kim confiaba plenamente en que Jessica recibiría la mejor ayuda posible.

Había llamado a Sarah personalmente. El cartel de «se vende» ya no estaba al frente de su casa. Por fin, la pequeña familia podría echar raíces.

«Bryant Grant ha sido desconectado del respirador, pero sigue en cuidados intensivos. El pronóstico no está claro. Su memoria quedó afectada y a nadie ha pasado inadvertida la ironía de que no volverá a caminar».

Había hablado con David, quien visitó a Shane en la prisión. Nada comunicativo, Shane no había querido revelar los sucesos que lo tenían de regreso en la cárcel. Le había pedido a David no volver a visitarlo nunca más.

Durante las conversaciones que Kim tuvo con David, él había expresado, sin grandes

sutilezas, su deseo de conocer el proyecto de restauración de la BSA Goldstar. Aunque ella aún no lo había invitado, la posibilidad no estaba del todo descartada.

Así que a la mayoría de las víctimas de Alex les estaba yendo bien, pero, en cuanto a ella misma, Kim no estaba tan segura. Externamente, había recuperado la fachada. Estaba lista para trabajar en casos nuevos; dormía mal y bebía más cafeína de la conveniente.

—Vale, gracias por la actualización. Ahora, desaparece y regresa con tu familia.

—Sabes que este lugar no es tuyo y que, en realidad, tú no decides cuándo debo marcharme.

—Lo sé, pero ¿y si te lo pidiera por favor?

—Te pondría en postura de recuperación y llamaría una ambulancia.

—Eso es casi gracioso —refunfuñó.

Él se puso de pie.

—Pero, puesto que me lo has pedido como una persona normal, te dejaré en paz. —Dio dos pasos y se volvió—. Kim, gracias.

—Vale, lo que sea. Ahora, largo.

Reía cuando giró para emprender el camino de salida.

Ella se puso de pie y contempló el panorama desde el corazón de *Black Country*. No era un paisaje hermoso. Era una cuenca que tenía más de lo justo en pobreza y delincuencia.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar que allá abajo, en algún lugar, había un bebé cuyo corazón aún latía fuertemente dentro de un pijama de dinosaurios. Al igual que la propia Kim, el bebé Jamie había luchado para escapar del abismo y había salido vencedor.

Carta de Angela

Antes que nada, quiero darte las gracias por haber leído *Juegos del mal*. Espero que hayas disfrutado de esta segunda entrega del viaje de Kim y, también, que sientas lo mismo que yo. Si bien no siempre es perfecta, es alguien a quien querrías tener de tu lado.

Si te gustó, te agradeceré eternamente que escribas una reseña. Además de que me encantaría saber qué piensas, con esas palabras podrías ayudar a otros lectores a encontrarse por primera vez con uno de mis libros. O, tal vez, podrías recomendar mis libros a tus amigos y familiares...

Una historia comienza como la semilla de una idea y crece de observar y escuchar a todo el mundo alrededor. Cada individuo es único y todos tenemos una historia, y yo quisiera capturar tantos relatos como me sea posible. Espero que nos acompañes en nuestras travesías, tanto a mí como a Kim Stone, a donde quiera que estas nos lleven.

Así que me encantaría saber de ti. Ponte en contacto conmigo por Facebook, en las páginas de Goodreads, en Twitter o en mi propio sitio web.

Y si quieres estar al día sobre mis últimas publicaciones, solo apúntate en el sitio web cuya dirección pongo enseguida.

Muchas gracias por tu apoyo, que agradezco enormemente.

Angela Marsons.



ANGELA MARSONS es una autora británica de ficción criminal. Ha vendido más de tres millones y medio de copias de sus novelas, que han sido traducidas a 28 idiomas. Es de Brierley Hill en West Midlands y fue guardia de seguridad en el centro comercial Merry Hill. Habiendo sido rechazada por numerosas editoriales durante 25 años, lanzó tres libros en su serie de crímenes en 2015 bajo la editorial digital Bookouture. Todos sus libros tienen un escenario de Black Country, pero el autor dice: «Nunca escribo sobre un grupo determinado de personas o sobre alguien en particular que conozco, todos mis personajes son ficticios». El personaje principal de la serie policíaca es la detective Kim Stone. El éxito de los libros de Kim Stone publicados digitalmente resultó en un acuerdo de impresión con la editorial Bonnier Publishing Fiction. Marsons firmó con Bookouture por un total de 16 libros en la serie de Kim Stone. En 2020, Marsons firmó un contrato con Bookoture por 12 libros adicionales en la serie de Kim Stone, lo que eleva el total a 28.